

LA VÍA DE UN METRO

(Artículos — Volumen I)

DOUGLAS E. HARDING

ÍNDICE

Prefacio (¿A qué estamos esperando?).....	3
Auto-Indagación: Respuestas a algunas objeciones	4
¿Qué es Auto-realización?	11
Los tres pretendientes de Sofía.....	15
El gran juego de aparentar.....	17
La respuesta a «¿Quién soy yo?»	21
Véase a usted mismo	24
Perseo y la Gorgona	27
Sobre el juicio por mi vida: Sumario de procedimientos	33
Cómo abandonarse	41
La transustanciación: El famoso y polémico dogma cristiano reexaminado	45
Ramana Maharshi y la Disponibilidad de la Auto-realización	48
Ramana Maharshi y las Variedades de la Experiencia Mística	52
Ramana Maharshi y Cómo Experimentamos Nuestros Cuerpos	56
Ramana Maharshi y Cómo Ser Feliz.....	60
Ramana Maharshi y Cómo Tomar la Responsabilidad.....	64
Ramana Maharshi y Cómo no Envejecer	68
Ramana Maharshi y la Naturaleza del Mundo Físico	73
Ramana Maharshi y Krishnamurti: Diferencias Esenciales.....	77
La vía de un metro.....	81
¿Qué es lo que está mal en el mundo?	86
Sobre ser consciente	92
El poder del pensamiento positivo	99
Los tres deseos	105
Un viaje guiado al cielo.....	112
Un paseo por el bosque	124
¿La última Upanishad?.....	128
Treinta preguntas.....	134
Seis esbozos para un retrato	138
Un taller budista	144
Once pruebas para budistas	147
El verdadero ver, el eterno ver	151

PREFACIO

¿A QUÉ ESTAMOS ESPERANDO?*

TOMEMOS al Maharshi seriamente y dejemos de fingir que no podemos ser quien somos ahora mismo. ¿Qué dijo él acerca de ello? Escuche:

«El Sí mismo está dentro de la experiencia de cada uno en todo momento».

«No se necesita ninguna ayuda para conocerlo».

«No hay nada tan simple como ser el Sí mismo».

«Nosotros pensamos que hay algo ocultando nuestra Realidad y que debe ser destruido antes de que la Realidad sea obtenida. Eso es ridículo».

«El gran juego de aparentar».

«¿A qué está usted esperando? El pensamiento: “Yo no he visto”, la expectativa de ver y el deseo de obtener algo son operaciones del ego... Sea usted mismo y nada más».

«Esta idea de dificultad es el principal obstáculo».

(*Conversaciones*, pág.: 99, 104, 116, 153, 177, 236 del original inglés).

Si queremos conocer la verdad, si estamos interesados en averiguar si somos realmente el cuerpo o no, solo tenemos que mirar, sin más demora, al lugar que ocupamos. Si estamos secretamente asustados de la verdad y no deseamos ver Quién somos, encontraremos excelentes razones para continuar pasando por alto al Veedor. ¡Incluso podemos persuadirnos de que somos devotos tanto mejores por ignorar las instrucciones claras del Maestro!

El hecho no es que no podamos ver, sino que estamos decididos a no ver lo Evidente. Tenemos miedo de desaparecer. Una vez que admitimos esto, estamos al menos a medio camino de superar nuestro miedo. Y realmente, por supuesto, no hay nada que temer. En el instante mismo en que uno ve que uno es nada, uno ve que uno es Todo.

* Del *Ramana Pictorial Souvenir*.

**AUTO-INDAGACIÓN:
RESPUESTAS A ALGUNAS OBJECIONES**

«Nuestro auto-conocimiento es nuestra belleza; en la auto-ignorancia somos feos» —
Plotino.

«Toda la religión cristiana consiste enteramente en esto, aprender a conocernos a nosotros mismos, de dónde venimos y qué somos» —*Boehme.*

«¿Quién es quien repite el nombre de Buda? Debemos tratar de descubrir de dónde viene este “Quién” y qué es» —*Hsu Yun.*

«¡Tú conoces el valor de todo, excepto de ti mismo!» —*Rumi.*

«El olvido del Sí mismo es la fuente de toda miseria» —*Ramana Maharshi.*

¿CÓMO es que necesitamos todo este aliento, todas estas advertencias y diligentes invitaciones y promesas de inmensas recompensas, para persuadirnos a echar una mirada *realmente* íntima a nosotros mismos? ¿Por qué no toda las personas inteligentes y serias hacen que su principal asunto en la vida sea descubrir qué son *realmente*?

La personas reflexivas, cuando se les plantea este tema, se muestran proclives a excusarse suscitando numerosas objeciones a esta investigación interior: no están seguros de que sea una cosa buena. Por supuesto (todos están de acuerdo en que) necesitamos un conocimiento de nuestra naturaleza que funcione a fin de sacar el mayor partido de nosotros mismos y de entenderse con los demás, pero la investigación puede profundizar demasiado y durar demasiado. «Conócete a ti mismo» está bien hasta cierto punto, pero no debe devenir una obsesión, un fin en sí mismo, y ciertamente no debe devenir la tarea de nuestra vida: tal introspección (dicen) probablemente hará más daño que bien. Y así, continúan:

1° Es una desviación egoísta de nuestras energías desde el servicio a los demás a la pre-ocupación de nosotros mismos.

2° Es una introversión morbosa que resulta en una auto-consciencia (en el mal sentido) cuando no efectivamente en enfermedad mental.

3° Consume tiempo y no es práctica, incapacitándonos para nuestras tareas e incluso para la vida familiar.

4° Es deprimente y descolorida, un aburrimiento espantoso, un callejón sin salida que termina en un blanco mental.

5° Mata la espontaneidad y todo disfrute efusivo y natural.

6° Es una maravillosa excusa para la ociosidad y el parasitismo.

7° Es fríamente indiferente al arte y a la naturaleza, a la belleza y a las maravillas del universo y a la rica variedad de la escena humana.

8° Es una droga estupefaciente que reduce las palabras a incongruencias, detiene los pensamientos, entumece la mente misma, cambiando nuestras funciones humanas más altamente evolucionadas por la inanidad no-humana o subhumana.

¿Egoísta?

Primeramente, tomemos la acusación de egoísmo. Un punto de vista típico es que no estamos aquí para descubrirnos a nosotros mismos sino para olvidarnos de nosotros mismos, concentrándonos sobre los demás y cambiando nuestro ego-centrismo natural por el ego-centrismo del conjunto en solícito servicio.

¿Pero cómo podemos hacer realmente mucho bien a los demás mientras no nos conocemos a nosotros mismos profundamente? ¡Cuánta de nuestra supuesta ayuda está de hecho compensando nuestros sentimientos de culpa sobre el mundo, tratando de resolver nuestros conflictos inconscientes independientemente de la necesidad real! ¡Y cuán a menudo nuestra ayuda a corto plazo acaba en un problema a largo plazo! Es sabido que la ayuda material e incluso psicológica que damos a las personas, para solucionar alguno de sus problemas, es proclive a crear dos más. Solamente la ayuda espiritual más alta, dada por el que realmente se conoce a sí mismo, y a los demás a través de sí mismo, puede garantizarse que es enteramente beneficiosa y libre de esos infortunados efectos secundarios que se multiplican tan incalculablemente; y entonces el don es probablemente un don secreto, inexpresado e inexpresable. La verdad es que ayudarse a uno mismo (lo cual significa encontrarse a sí mismo) *es* ayudar a los demás, aunque la influencia sea enteramente subterránea. No es necesario decir que debemos ser tan activamente buenos como podamos, pero hasta que vemos claramente *Quién* está siendo bueno, estamos trabajando más o menos en la obscuridad, con las consecuencias acertadas o erradas que cabe esperar.

Uno de los problemas de este presunto olvido de uno mismo en el servicio de los demás es que es prácticamente imposible: la virtud deliberada raramente olvida congratularse a sí misma un poquito. La bondad perseguida directamente difícilmente puede evitar la auto-complacencia, y entonces su aroma deviene desagradable. Pero si, por otra parte, es un mero producto secundario, que surge naturalmente del verdadero conocimiento de uno mismo y toca a los demás (debido a que uno es ellos), entonces es completamente indiferente a sí misma y a todo mérito o demérito incidental, y así continúa oliendo bien. Desafortunadamente, tratar de devenir un santo, o incluso un sabio, es una empresa auto-frustrante (o más bien, Auto-frustrante) que acabará probablemente en su opuesto —un ego infatuado—.

¿Morbosa?

¿Puede no obstante ser morbosa una tal Auto-indagación?

¿Qué es la enfermedad mental, en último recurso, sino la alienación de los demás y por lo tanto de uno mismo? Es la vergüenza y la miseria de la parte que trata de ser un todo (lo cual nunca puede ser), en lugar del Todo (que siempre es). Todos nosotros estamos locos, más o

menos, hasta que encontramos por la Auto-indagación nuestra identidad absoluta con todos los demás.

¿Impráctica?

La Auto-indagación es también sospechosa de ser, si no efectivamente insana, al menos impráctica. Esta objeción gana algún peso por el hecho (penosamente evidente para alguien que se haya mezclado en movimientos religiosos) de que las personas «espirituales» son muy a menudo maniáticos, inadaptados, o inclinados a ser neuróticos. De hecho, esto no es sorprendente. Las personas contentas (por no decir satisfechas de sí mismas), razonablemente «normales» y bien ajustadas y medianamente buenos como seres humanos, no se sienten atraídas a descubrir que más pueden ser. Son aquellos que *necesitan* descubrir *Quién* son, los afortunadamente desesperados, quienes son más proclives a emprender la empresa del Auto-descubrimiento. Un sano instinto les dice dónde está su Cura.

De modo que el mundano puede parecer (y a menudo efectivamente ser) un hombre mucho mejor que el inclinado espiritualmente. Mirar adentro no transforma la personalidad de la noche a la mañana. Sin embargo, en el grado en que esta empresa suprema tiene éxito, «normaliza» a un hombre, haciéndole apto finalmente para la vida y corrigiendo su torpeza y debilidad y fealdad. Ahora está verdaderamente ajustado: sabe cómo vivir y prosperar y ser feliz. Paradójicamente, es descubriendo que él no es un hombre como deviene un hombre satisfecho. Y es natural: una vez que ve *Quién* es él realmente, sus necesidades y sus demandas a los demás, disminuyen rápidamente; su habilidad para concentrarse sobre cualquier tarea escogida es notable; su desapego proporciona la fría objetividad necesaria para la sabiduría práctica; por primera vez ve a las personas como son; acoge todo pero él mismo no es acogido. Al comienzo, la Auto-indagación puede no ser la mejor receta para hacer amigos e influenciar a las personas, pero finalmente es la única manera de estar en casa en el mundo. Nada más es tan completamente *práctico*. Los Sabios son hombres inmensamente eficaces, no un montón de soñadores incompetentes.

¿Aburrida?

¡Ah (dicen aquellos que no saben), pero su vida es tan aburrida, tan monótona! ¿Cómo es posible —esperando durante meses y años lo que es admitidamente sin cualidad, sin ningún contenido, mera Claridad— evitar un terrible aburrimiento? Descubrir nuestro Polo Norte puede ser interesante, ¿pero tenemos que vivir entonces ahí, en la obscuridad helada donde nada acontece nunca?

La verdad extraordinaria es que, contrariamente a todas las expectativas, este Centro de nuestro ser aparentemente helado y lúgubre es en realidad inacabablemente satisfactorio, absolutamente fascinante: no hay ningún momento aburrido aquí. Es nuestra periferia, el mundo donde las cosas acontecen, el que finalmente aburre y deprime. ¿Por qué la Fuente sin nombre, vacía, sin cambio, sin forma, sin color se muestra (en la práctica de hecho, no en la

teoría) tan pasmosamente interesante, mientras que todos sus productos, a pesar de su inagotable riqueza, se muestran eventualmente tan enormemente fatigantes? Bien, este hecho curioso ha de ser aceptado —agradecidamente—. Difícilmente puede ser un asunto de queja seria el que todas las cosas nos decepcionen hasta que descubrimos *Quién* está siendo decepcionado. Con solo que se lo permitamos, todas las cosas nos empujan hacia el Sí mismo.

¿Innatural?

Todo nos dirige naturalmente de retorno a su Fuente. De hecho, toda la empresa del Auto-descubrimiento de Sí mismo es nuestra función normal, nuestro desarrollo natural, a falta del cual permanecemos atrofiados, si no perversos o extravagantes. Nuevamente, éste es un descubrimiento sorprendente. Uno quizás había imaginado que una mirada interior sostenida le habría hecho a un hombre más bien menos humano, dándole probablemente una apariencia distante, un aire raro, ensimismado, y quizás repelente. De hecho, lo verdadero es lo contrario: el hombre que se ve a Sí mismo tiene la gracia y el encanto del que es libre. *Encontrar la Fuente es abrirla*. Tómese el caso del hombre que comienza siendo morbosamente consciente de sí mismo (de su ego): hay dos cosas que puede hacer al respecto: una, una mera mejoría (si cabe), la otra, una cura verdadera. La cura falsa para su retraimiento es perderse a sí mismo saliendo hacia el mundo; la cura verdadera es encontrarse a sí mismo moviéndose hacia sí mismo hasta que un día su auto-consciencia deviene Auto-consciencia y por lo tanto en casa en todas partes. Es cierto que nadie puede recuperar, por ninguna técnica de olvido de sí mismo (de su ego), la naturalidad, la espontaneidad simple del niño pequeño o del animal; pero por el proceso opuesto de Auto-recordación puede ganar algo semejante a ese estado bienaventurado, aunque a un nivel más alto. Entonces sabrá, como por un instinto superior, qué hacer y cómo hacerlo; y, bastante más a menudo, qué no hacer. A falta de esta meta, todos nosotros somos en uno u otro grado burdos y artificiales.

¿Ociosa?

¿Es ésta una salida fácil —del Infierno de la responsabilidad, compromiso y peligro— a un Cielo seguro y sin esfuerzo? Al mirar a algunos indagadores se podría pensar así, pero usted no podría estar más equivocado. En un sentido, admitidamente, es la cosa más fácil del mundo ver lo que nadie más puede ver, a saber, *qué* es ser uno mismo, *qué* es ser aquí a ninguna distancia de uno mismo: la Luz es deslumbradoramente evidente, la Claridad transparente e inequívoca. Pero en otro sentido —¡ay!— es la cosa más difícil del mundo, ver y continuar viendo este Lugar desde este Lugar: este misterioso Sitio que uno ocupa, donde uno suponía que había una cosa sólida, un cuerpo o un cerebro, y donde de hecho *es* solo el Veedor mismo, está *demasiado* abierto a la inspección, es *demasiado* evidente para retener nuestra atención. Todas nuestras flechas de atención apuntan hacia afuera; y podrían estar hechas de acero, hasta tal punto es aparentemente difícil girarlas en redondo de manera que apunten hacia el Centro, y todavía más difícil impedirles que reboten de nuevo inmediatamente. De

todas las ambiciones ésta es la de máximo alcance, y ninguna otra aventura es tan atrevida o tan «difícil» —hasta que vemos que la dificultad era toda de nuestra propia hechura—.

¿Rechaza el mundo?

¿Es el resultado digno del esfuerzo? ¿No hay nada de valor fuera de ahí, nada digno de nuestra atención y amor? Volver nuestras espaldas a un universo tan magnífico y tan fecundo, a todos los tesoros del arte y del pensamiento, y sobre todo a nuestros congéneres, es ciertamente una pérdida enorme. El Sabio —así se cuenta— no está interesado en estos asuntos: el mundo consiste en cosas que él no quiere conocer: para él, el conocimiento de las cosas particulares es solo ignorancia. Por raro que parezca, es el hombre que está atento solo a la escena exterior, ignorando lo que hay en su Centro, el que es más o menos ciego a esa escena exterior. Pues el mundo es un curioso fenómeno que, como una estrella fugaz, puede ser observado claramente solo cuando no se lo mira *directamente*. Es un objeto que no se revelará plenamente hasta que miremos en la dirección opuesta atrapando su visión en el espejo del Sí mismo. Por ejemplo, aunque el mundo es congruentemente bello cuando es contemplado *directamente* como completamente real y auto-soportado, es consistentemente bello cuando es contemplado *indirectamente* como un producto o accidente del Sí mismo. Cuando usted ve *Quién es realmente aquí*, ve lo que *es* realmente *ahí* como una suerte de don. Y este don es una deliciosa sorpresa: el universo se transforma. Los colores casi cantan, tan brillantes y resplandecientes son; las formas y planos y texturas se ordenan por sí solas en composiciones encantadoras; nada es repulsivo o despreciable o fuera de lugar. Cada diseño de objetos al azar —copas de árboles y bancos de nubes, hojas y piedras en el suelo, figuras humanas y coches reflejados en escaparates, pósteres manchados y rotos sobre viejas paredes, basuras de todo tipo— se ve inevitable y perfecto en su propia manera única. Y esto es lo opuesto mismo de la imaginación humana: es realismo divino, la liquidación de esa cortina de humo imaginativa y verbosa que nos oculta progresivamente el mundo a medida que nos hacemos más viejos y más resabiados.

¿No creativa?

Ciertamente la vía de la Auto-indagación no es ninguna ruta de escape: es el camino más corto adentro del universo, nuestro pasaje al gozo más vivo del mundo. Sin embargo, dicen, es incompatible con cualquier otra tarea creativa seria, bien sea artística o intelectual o práctica. Si ello es así, esto es ciertamente un considerable inconveniente.

Es cierto que la Auto-indagación nunca tendrá éxito hasta que nosotros pongamos todo nuestro corazón en ella, y consecuentemente al artista o al filósofo o al científico de oficio les parece que es un asunto nada prometedor. De hecho, esto no se debe a que estén demasiado entregados a su vocación, sino a que todavía no se han entregado suficientemente, a que todavía no son absolutamente serios con ella: necesitan profundizar y ampliar su campo hasta que incluya tanto a sí mismos como a la totalidad del mundo. Pues el único genio congruente, el único Artista-Filósofo-Científico completo, es el Sabio, que es plenamente consciente de

ser el Pintor de la totalidad de la pintura del mundo, el Pensador de todos los pensamientos, el Inventor del universo, el Conocimiento mismo. Esto no significa, por supuesto, que conozca al dedillo todos los detalles, sino que ve a qué equivalen todos en su esencia más profunda y en su suma última, a saber, a su verdadero Sí mismo. Y siempre que surge una cuestión de detalle, su respuesta es la correcta. Su no-mente es la base indispensable de un funcionamiento fluido de la mente; su Auto-información incluye todas las demás informaciones que necesita de momento en momento. Brevemente, es sabio, lo cual significa «sabio»: no inteligente e instruido y con una cabeza llena de ideas, sino simple y —literalmente— limpio de cabeza.

Incluso en la vida ordinaria encontramos sugerencias de esta conexión vital entre la Auto-consciencia y la creatividad. ¿No incluyen siempre nuestros mejores momentos una exaltada consciencia de nosotros mismos, de modo que no estamos realmente «perdidos» en la inspiración o el fervor creativo o el amor, sino recién encontrados? En su máxima sutileza, ¿no apunta aquel objeto opaco de allí inequívocamente al sujeto transparente aquí? Puede acontecer incluso que la transparencia venga primero: estamos atentos, nuestra necia verborrea interior se apaga, devenimos conscientemente *nada* excepto este *Vacío* expectante, alerta —y al instante el tono o el color requerido, la noción clave, la verdadera respuesta, sobreviene exacta en ese *Vacío*, desde ese *Vacío*.

El resultado de observar sólo el universo es la ansiedad. Solo observar al Observador del universo detendrá la zozobra, el desasosiego y el maquinarse de un hombre. Cuando su interés se vuelve hacia dentro, suelta naturalmente su presa —su asfixiante presa— del mundo exterior. Habiendo retirado su capital y habiéndolo puesto en su propio Banco Central (donde inmediatamente se aprecia hasta la infinitud) no tiene nada que perder afuera y ninguna razón para interferir. Sabe cómo llevar las cosas, y cómo terminarlas en su propio tiempo. No tiene ninguna prisa. Conociendo el Sí mismo, difícilmente puede dejar de confiar en sus productos; todo lo que ocurre es fundamentalmente agradable para él, e incluso si no lo fuera, ello jamás podría tocar su Ser real. En los términos cristianos, no tiene ninguna voluntad sino la de Dios; lo que quiere es lo que acontece, y lo que acontece es lo que quiere. Paradójicamente, su obediencia a la naturaleza de las cosas es su dominio sobre ellas; su debilidad es todopoderosa. Y el secreto de su poder es que no está interesado en los acontecimientos en absoluto. «Buscad primero el Reino de Dios, y todas estas cosas se os darán por añadidura». Buscad primero estas cosas, y aún éstas os serán arrebatadas.

Esta perfecta obediencia no es investirse uno mismo con la voluntad de Dios, o imitarla, o aún devenir parte de ella: es esa voluntad misma en plena operación. Si queremos descubrir exactamente lo que es crear el mundo, solo tenemos que no desear nada y prestar atención. Pero la aceptación total es muy difícil. Es precisamente lo opuesto de la perezosa indiferencia que meramente deja que las cosas resbalen. Brota de la fuerza interior, no de la debilidad, y es el resultado de la concentración, no de la relajación. ¿Por qué es el mundo tan perturbador, tan terrible? ¿Es así por naturaleza, o debido a que tomamos la vía fácil de combatirle en lugar de la vía difícil de cuadrar con él? Tenemos que descubrir por nosotros mismos la verdad de la demostración del Sabio de que incluso en las cosas más pequeñas la vía de la no interferencia, del abandono de toda voluntad propia, de la «desaparición», es sorprendentemente práctica, la

sabiduría que funciona. No sólo a la larga, sino de momento en momento, saliendo *conscientemente* de la Luz, acogiendo a toda cosa que se presenta en ella, enderezándola instantáneamente. Nosotros hacemos demasiado y por lo tanto permanecemos ineficaces; hablamos mucho y por lo tanto no decimos nada; pensamos mucho, muchísimo y por lo tanto impedimos que los hechos hablen por sí mismos —en palabras de aquellos que conocen el poder de la Vacuidad. Nos corresponde a nosotros hacer nuestras propias pruebas, no —repito *no*— por el método directo de tratar de estar quieto y sin mente (esto no funcionará) sino por el método indirecto de ver Quién está tratando de ser así. Ningún hombre deviene deificado excepto viendo que él no es un hombre.

Su experiencia de deificación no tiene ningún contenido, ningún detalle en absoluto: no es meramente indescriptible, sino no mental o no psicológica, y en el sentido más verdadero no humana. Pensar o hablar sobre ella la destruye, complicando lo que es la Simplicidad y la Obviedad misma. Es más bien como saborear azúcar o ver el verde: cuanto más reflexiona usted sobre ello tanto más se aleja del hecho efectivo. Pero los extremos se tocan. Ver el verde es una experiencia inefable debido a que es un fenómeno prehumano o infrahumano; ver al Veedor del verde es una experiencia inefable debido a que es una experiencia posthumana o suprahumana. El rechazo por el Sabio de la mente llena de conceptos, atestada de palabras está en el polo opuesto de la mente del sensualista. La Auto-indagación no es retrogresión, sino el siguiente paso más allá del hombre, o más bien la totalidad de la vía desde él a la Meta. Y aunque la Meta está más allá del pensamiento, pura limpidez, vacía incluso de vacuidad, no es tampoco nada excepto Verdad Honesta a secas. Pues solo el Sí mismo puede ser *conocido*: todo lo demás es en parte conjetura, en parte falso. Solo la Auto-consciencia está plenamente despierta y es plenamente observante: toda otra consciencia es errancia mental. Alerta total *es* el Sí mismo.

Y así, en conclusión, cada falta que pudimos encontrar en la Auto-indagación ha resultado ser solamente un mérito. Ciertamente hay tipos de introspección que son dañinos, pero éstos se interesan en el ego o sí mismo empírico y son lo opuesto mismo de la verdadera indagación, que es sana y salutífera, creativa, natural, mejoradora de la vida, práctica y altruista. Aunque algunos de nosotros podamos comenzar esta verdadera indagación terriblemente tarde, para eso es para lo que estamos aquí. Desatenderla es en todo sentido una vergüenza.

Sería también una desatención vergonzosa, indigna de nuestra energía e inteligencia, aunque la prometedor Auto-indagación no se amortizara en absoluto. Y en cualquier caso sus beneficios son puramente coincidentales: el único modo de tenerlos es no preocuparse por ellos, sino solo por la Verdad desnuda sobre nosotros mismos, sin importar cuán ineficaz se pueda mostrar. *Si todo lo que queremos es ver Quien somos, nada puede impedir que lo hagamos en este mismo instante.* Pero si nuestro plan es meramente usar esa visión para comprar felicidad humana o cualesquiera otros bienes, entonces tanto da que abandonemos la idea misma de la Auto-indagación.

¿QUÉ ES AUTO-REALIZACIÓN?

A fin de responder a esta pregunta tan claramente como sea posible, vamos a distinguir seis etapas progresivas:

- | | |
|----------------------|---|
| | (1) <i>Ignorancia</i> — no saber Lo Que uno es. |
| De (1) a (2) Gradual | |
| | (2) <i>Comprender</i> — saber Lo Que uno es. |
| De (2) a (3) Abrupta | |
| | (3) <i>Ver</i> — ver Lo Que uno es. |
| De (3) a (4) Gradual | |
| | (4) <i>Iluminación</i> — ver permanentemente Lo Que uno es. |
| De (4) a (5) Abrupta | |
| | (5) <i>Auto-Realización</i> — ser Quien uno es. |
| De (5) a (6) Gradual | |
| | (6) <i>Auto-Realización plena</i> |
| | — Ver permanentemente Lo Que uno es. |
| | — Ser permanentemente Quien uno es. |
| | — Realizar permanentemente Que uno es. |

Este esquema está sujeto a variación en los casos individuales. Por ejemplo, Comprender (2ª etapa) puede venir después de Ver (3ª etapa), y la Iluminación (4ª etapa) puede venir después de la Auto-realización (5ª etapa). Además, algunas de las etapas pueden superponerse, aunque no pueden evitarse. Y, por supuesto, los títulos escogidos para las seis etapas son más bien arbitrarios y no cuadrarán a todo el mundo. De hecho, una vez establecido un tal esquema, es fácil (y, finalmente, necesario) demolerlo parcialmente. Sin embargo, antes de hacer eso, veamos hasta qué punto puede aclarar incomprensiones sobre la naturaleza de la Auto-realización y cómo puede llegarse a ella.

(1) *Ignorancia* — no saber Lo Que uno es:

Las características de esta etapa son que uno cree que el mundo es real por sí mismo, que uno es un cuerpo que es una parte del mundo, y que la consciencia de uno depende del cuerpo.

Las actividades que normalmente acompañan a esta etapa son la persecución del placer, y cuando esto decepciona, la persecución de posesiones y poder, y cuando esto decepciona, la persecución de reputación y fama.

Comprender — saber Lo Que uno es:

Una etapa decisiva en la vida de uno es cuando uno se vuelve desde el mundo que le rodea hacia su Centro, y pregunta Qué hay aquí. Más o menos gradualmente uno llega a comprender que uno no es el cuerpo sino Consciencia o el Sí mismo, que uno no es una cosa entre cosas sino esa única No-Cosa que es la Fuente, el Terreno y el Contenedor de todas las cosas. Uno llega a saber, y finalmente a creer sin la más mínima duda, que lo Real no es lo que es experimentado, sino el Experimentador, el Uno que no está en el mundo, sino en Quien el mundo está.

El trabajo intelectual profundo es característico de esta etapa. Toma la forma de discriminación siempre renovada entre el objeto o no-Sí mismo ahí, y el Sujeto o Sí mismo aquí, con el resultado de que uno deviene progresivamente desapegado del mundo e identificado con la Realidad de la cual depende. También es propio de esta etapa hablar y leer sobre temas espirituales, y la práctica de la meditación sistemática. Todo esto lleva al crecimiento del propio deseo de Auto-Realización experimentada directamente.

(3) *Ver — ver Lo Que uno es:*

Aunque es una preparación útil, ninguna cantidad de comprensión del Sí mismo resultará nunca en ver el Sí mismo. Y por una buenísima razón: *ver* el Sí mismo es completamente incompatible con *pensar* en el Sí mismo, y es una experiencia mucho más simple y más directa. En lugar de *saber* que justamente aquí, en el Lugar que uno ocupa, hay esta brillante Claridad sin el menor rastro de cuerpo-mente, uno *ve* efectivamente esta Claridad, y la ve más aguda y convincentemente de lo que ve ninguna otra cosa. El Sí mismo aquí se ve a sí mismo perfectamente lúcido, transparente, evidente. De hecho, los meros objetos de afuera, por comparación, apenas se ven en absoluto: solo se perciben aspectos muy limitados de ellos, remotamente y uno cada vez, y en el hueco espacio-temporal entre observador y observado es seguro que se deslizarán todo tipo de errores. No así verse a Sí mismo, donde Veedor y ver y visto son uno y lo mismo, coincidentes, no separados por ningún intervalo de tiempo o espacio, con el resultado de que no hay ninguna posibilidad de error. Además, debido a que este verse a Sí mismo es ver lo que no tiene partes ni aspectos o historia, es siempre un ver total y perfecto: uno no puede verlo a medias, ni tampoco puede uno ver solo su mitad. Ver el Sí mismo es verlo entero —mientras dura el ver—.

Este verse a Sí mismo es verdadera Liberación, el paso decisivo. O más bien, es un salto repentino, no premeditado en la obscuridad: no el resultado de la intención ni del trabajo ni del mérito, sino el don libre de una Gracia que no puede ser forzada. Sin embargo, este primer ver es, como regla general, un vislumbre repentino que no desemboca de inmediato en un estado permanente. Se borra inmediatamente si no se lo atiende, y necesita renovación constante. En un sentido, por lo tanto, esta tercera etapa es solo el comienzo de la verdadera vida espiritual.

(4) *Iluminación — Ver permanentemente Lo Que uno es:*

Verse a Sí mismo necesita ser practicado y estabilizado, hasta que se hace continuo. En realidad «practicado» no responde al hecho: «gozado» se acerca más al punto, debido a que ver es muy fácil, natural y agradable. No obstante, puede ser descuidado, y es indispensable una dedicación total. Normalmente, se requerirán años de ver más o menos deliberado antes de que ver devenga completamente automático, en todas las circunstancias de la vida diaria. Finalmente, no habrá ninguna ocasión que sea desfavorable a verse a Sí mismo.

(5) *Auto-realización — ser Quien uno es:*

Lo mismo que no hay ningún puente entre comprender el Sí mismo y ver el Sí mismo, así tampoco hay ningún puente entre ver el Sí mismo y ser el Sí mismo: la transición es un salto repentino, propulsado por la Gracia. Ninguna cantidad de ver claramente *Lo Que uno es* —a saber, esta Vacuidad de cuerpo-mente— conducirá automáticamente a la experiencia de primera mano de ser *Quien uno es* —a saber, el Uno, la Única Realidad, el Solo—. Ciertamente todo progreso en la estabilización de verse a Sí mismo hará más probable la realización de Sí mismo. Pero son órdenes de experiencia distintos e independientes, y es perfectamente posible avanzar en un único salto desde el ver inicial de *Lo que uno es* a ser *Quien uno es*, sin ninguna práctica del primero. Este cambio radical de consciencia, de identidad, sobreviene de repente, cuando quiere.

La característica de esta etapa es que, en lugar de meramente *pensar sobre* y *ver* el Uno, uno se *siente* efectivamente como el Uno. Uno responde a este Nombre, como antes respondía a un nombre humano. Uno experimenta directamente lo que es ser el Todo y la Fuente de todo.

Pero una vez más, esta realización no es, normalmente, constante, sino una serie de realizaciones, de destellos de la Identidad Suprema separados por periodos de Auto-olvido.

(6) *Auto-realización Plena — ser permanentemente Quien uno es:*

Nuevamente, no es ciertamente la práctica como una tarea o como un deber, sino como un gozo siempre renovado, la que lleva al establecimiento permanente de la Identidad Suprema.

Y probablemente, mucho antes de que la Identidad se goce ininterrumpidamente, se verá que incluye, además de ver *Lo Que uno es*, y ser *Quien uno es*, realizar *Que uno es*. En otras palabras, aunque la experiencia de esta sexta etapa es en último recurso perfectamente simple e indivisible, no obstante debe incluir de alguna manera una perplejidad total —perplejidad ante el hecho «imposible» de que uno se ha encontrado, de que algo existe, de que el Sí mismo *es* efectivamente—. Aquí, uno dice «¡Yo soy!» y eso es suficiente. No *Cómo* soy yo o *Qué* soy yo, sino *Que* yo soy: no lo que parezco, o contengo, o hago, sino el hecho simple y pasmoso de que SOLO YO SOY —esta increíble proeza de haber-Me alzado, sin ayuda ni razón ni causa, del caos de la no existencia y la nulidad, a SER—. Solo esto es verdadero conoci-

miento espiritual —el conocimiento del Misterio incognoscible, que es la propia maravilla del Sí mismo en Sí misma—.

* * *

El hecho de que algunas almas especialmente dotadas sean capaces de combinar dos o más de estas seis etapas, abreviando así nuestra tabla, no invalida su sentido. Para la mayoría de nosotros, es esencial ordenar nuestras confusas ideas sobre la Auto-realización, y dejar de confundir (por ejemplo) el mero *comprender* de la 2ª Etapa con el *ver* de la 3ª Etapa, o el *ver* de la 3ª Etapa con el *ser* de la 5ª Etapa; de otro modo, probablemente nos quedaremos satisfechos con una realización parcial, o (en el caso de la 2ª Etapa) con ninguna realización en absoluto, sino solo con un entendimiento intelectual de la verdad. Además, a menos que reconozcamos la diferencia entre las etapas de progreso gradual, donde la práctica sistemática es apropiada (por no decir esencial), y las etapas de apertura repentina, donde la práctica es insignificante y solo cuenta la Gracia, corremos el peligro de dirigir mal nuestras energías.

La única manera de *ver* el Sí mismo es estar suficientemente interesado en mirar, de una vez por todas, al Lugar que uno ocupa. Y la única manera de *ser* el Sí mismo es someterse, de una vez por todas, a la experiencia de la Soledad. Estos dos saltos esenciales en la vida espiritual no pueden ser forzados ni trabajados ni ocurrir lentamente. Son dones misteriosos e impredecibles. Por otra parte, son eminentemente dignos de saber sobre ellos, debido a que es más probable que se otorguen a aquellos que tienen noticias de ellos, y que los desean fervientemente. La Gracia no da dones a la fuerza, pero se ha sabido que responde a una invitación apremiante y profunda.

LOS TRES PRETENDIENTES DE SOFÍA

HUBO una vez una princesa llamada Sofía que era no solamente encantadora e incomparablemente bella, sino también (de acuerdo con su nombre) la perfección misma de la sabiduría. Un día, tres pretendientes llegaron a su palacio —un gallardo caballero, un poeta transido de amor y un rudo porquerizo—.

Primeramente, el caballero fue admitido a su presencia.

«¿Cuántos dragones ha matado vuestra merced recientemente?» preguntó la princesa.

«Prácticamente ninguno, querida señora», admitió el caballero. «Pero mi espada y mi armadura son del acero más fino, y por amor de vuestra merced partiré a buscar y a matar a todos los dragones de esta tierra. Me doy cuenta de la inmensidad de una tarea tal; pues estos monstruos se ocultan en las profundidades del mar y en obscuras y tortuosas cavernas, y tendré que seguir su rastro uno por uno y atraerlos al aire libre, donde fácilmente acabaré con ellos. Pero aunque ello me lleve todo el resto de mi vida, juro cumplir esta gesta, y así devenir al fin digno de vuestra merced. Todo lo que pido, antes de partir, es vuestro favor y vuestra bendición».

«¡En verdad los tenéis, bravo caballero!», exclamó la princesa.

«Vuestra determinación y coraje están más allá de alabanza, y ciertamente hay que dar cuenta de esos terribles dragones».

Así pues, el caballero se alejó a caballo, con su armadura brillando a la luz del sol.

*

Seguidamente, el poeta fue conducido adentro, y comenzó humildemente a defender su petición.

«Todo lo que puedo ofrecer, querida princesa, es mi adoración y los pobres cantos que inspira. Solo espero que un día mi devoción hacia vos —expresada, quizás, en alguna gran composición digna de su tema— ganará vuestro corazón. Mientras tanto, suplico que se me permita permanecer aquí. Prometo no aprovecharme de esta merced, ni acercarme demasiado a vos».

«Querido poeta», respondió la princesa, tiernamente, «valoro vuestra devoción más de lo que puedo expresar, y es verdad que nadie que sea frío y falto de ánimo me obtiene. Daré órdenes para que seáis alojado en una habitación agradable en palacio».

*

Tan pronto como el poeta hubo partido a su nuevo aposento, el porquerizo fue admitido, por oficiales extremadamente reluctantes, a la presencia real. Era un tosco joven, iletrado, harapiento, y oliendo todavía al estiércol de los cerdos.

«Yo te quiero a ti y nada más, y te quiero ahora», espetó.

«¡Pero esto es ultrajante!» gritó la princesa. «¡El bravo caballero y el devoto poeta dedican toda su vida a merecerme un día, y he aquí que tú, un rústico maloliente, me pides ahora mismo, como si yo fuera tu derecho de nacimiento, tuya a petición!».

«Porque así eres tú», respondió el porquerizo sin amilanarse. «Además, el amor genuino es impaciente. Tu caballero está enamorado de la caballería y de la caza del dragón, y por eso es por lo que es feliz esperándote indefinidamente. Tu poeta está enamorado del amor y de sus propios poemas de amor, y por eso es por lo que promete mantenerse a una respetuosa distancia. La verdad es que ambos tienen miedo de ti. Pero yo no tengo miedo, y te reclamo inmediatamente».

«*Insisto* en que hay que dar cuenta de los dragones», gritó la princesa, dando una patada en el suelo. «Aunque puedas no tener miedo de mí, parece que tú no puedes hacerles frente».

«Para el caballero que les hace frente desde afuera, parecen terroríficos, y son de hecho prácticamente invulnerables; así es como a él le gustan sus dragones. Pero cuando yo los cojo en la retaguardia desde aquí, son meros gatitos. Ahora que he venido a vivir contigo, todos estos monstruos serán nuestros animales domésticos —aunque pueda llevar años domesticarlos a todos—».

«Para ser un porquerizo eres muy inteligente», dijo la princesa. «Pero todavía exijo la completa devoción que el poeta ofrece, incluso si sus buenas maneras están más allá de ti».

«La única devoción que yo ofrezco es la unión, nuestra identidad total. Ya somos uno, y tus infinitas perfecciones son más que suficientes para ambos».

«¡Ah, bien!», suspiró la princesa, «parece que no tengo ninguna alternativa. Despósame ahora, rudo porquerizo, y mérceme después».

«Como mi verdadero Sí mismo, como tú, corazón de mi corazón, ¿cómo podría yo merecerme a mí mismo? Y como mi falso sí mismo, como ese rústico maloliente, ¿cómo podría yo merecer nada en absoluto, aunque matara a un millón de dragones?»

«No obstante», replicó la princesa sonriendo, «hay sitio para mucha mejora. En verdad, noto que ya ha comenzado. Inclusive ese horrible hedor ha partido».

EL GRAN JUEGO DE APARENTAR

Maharshi: No hay ninguna absurdidad más grande que ésta — que busquemos ganar la Realidad que somos... Es ridículo. Amanecerá un día en que se reirá de usted mismo por sus pasados esfuerzos. Lo que será ese día es también aquí y ahora.

Discípulo: ¿Así pues, es un gran juego de aparentar?

Maharshi: Sí.

Es un hecho singular y muy significativo el que, desde que el hombre devino plenamente humano, ha cuestionado su humanidad y se ha preguntado a sí mismo quién es realmente. Y cuanto más maduro y consciente de sí mismo deviene tanto más insistentemente surge la pregunta. ¿Por qué esta curiosa duda, esta obsesión al parecer insoslayable, este problema universal sobre su identidad?

Según todas las apariencias, no existe ningún problema tal; o, si existe, no es más que un atolladero semántico. ¿Cómo podría un hombre dejar de ser un hombre? Si no soy la persona descrita en mi pasaporte, ¿quién sobre la tierra podría ser yo? ¿Qué alternativas se ofrecen? Bien, obviamente, si soy una cosa, soy un hombre, y no un escarabajo o una piedra o una planta o una estrella o un átomo. En la práctica, acordemente, hay solo dos alternativas serias: *o bien soy este hombre-cosa o bien no-cosa*. O bien (para poner las alternativas de manera más tradicional) soy en realidad el ser humano que parezco ser para los demás, o bien no soy un ser humano, ni ningún *tipo* de ser ni de cosa alguna, sino ese Ser o No-Cosa indiferenciado, que ha sido llamado diversamente el Vacío, Claridad, la Única Luz, el Sí mismo, Brahman-Atman, Espíritu, Realidad, Consciencia, el Reino de los Cielos, y demás —lo nombre usted como lo nombre, es tan no-humano como es posible ser—. Tal es mi doble alternativa, pues no puedo encontrar ninguna tercera posibilidad creíble. Ciertamente no hay ninguna vaguedad aquí: el contraste es tan agudo como inmenso. Por una parte se me ofrece una cosa pequeña, local, mortal, imperfecta, empaquetada, un mínimo y breve fragmento del mundo; mientras que por la otra se me ofrece la Fuente y Contenedor y Esencia del mundo, ilimitada, inmutable, sin-cualidad, perfecta, con el mundo mismo contenido en ella. Más brevemente, ¿seré yo una parte o el Todo? ¿Tengo yo que estar en el universo o es el universo el que está en mí? Éste no es un asunto trivial. Va a constituir para mí una diferencia total en el mundo cuál de éstos dos escoja, cuál de ambos elija ser, o más bien descubra que yo soy; y dejar para otro día esta decisión crucial sería irresponsable y absurdo, incluso suicida. De todas las múltiples variedades de locura ésta es ciertamente la más loca —negarme o desentenderme de profundizar y saldar esta cuestión tajante de quién soy yo— especialmente ahora que la cuestión se me ha planteado llanamente, y que las alternativas se han reducido a dos, haciendo así que el resultado sea completamente definitivo.

Tampoco puedo delegar mi responsabilidad. El resultado es tal que tengo que saldarlo por mí mismo, pues nadie más está en situación de decir qué pasa conmigo justamente aquí. A los

demás les falta la información interior; yo la tengo debido a que yo la soy, yo coincido conmigo mismo. Yo soy la única autoridad final sobre lo que es ser esta primera persona del singular, ahora. Por lo tanto, tengo que poner a un lado todo lo que he leído y se me ha dicho, y mirar, como si fuera por primera vez, con toda honestidad y simplicidad, a mí mismo por mí mismo. Los grandes sabios están alentándome a hacer justamente esto. ¿Es difícil para mí ver quién soy yo? Maharshi responde: «Sería absurdo si mirar a las cosas exteriores fuera fácil y mirar dentro fuera difícil. Es exactamente al revés». ¿Es entonces difícil para mí realizar lo que veo? Maharshi responde: «Usted lo es. Todo lo que se necesita es abandonar el pensamiento “yo no he realizado”». ¿Y cuál es la naturaleza de esta realización? Maharshi responde: «La absurdidad es pensar que uno es esto o eso. Solo “Yo soy” es, no “yo soy fulano”. Cuando la existencia es incualificada es verdadera, cuando es particularizada es falsa. Eso es toda la verdad». «Tener *alguna* forma o figura es el trastorno: solo sea usted mismo: solo sea». «El pensamiento “yo soy un hombre” es innatural. “Yo soy” es natural. ¿Por qué lo califica usted con “un hombre”?». A un interlocutor que señala que la Biblia enseña que el hombre nace en pecado, Maharshi le da una respuesta drástica en verdad: «¡El *hombre* es pecado!»

Pero no es suficiente *pensar*, o incluso *sentir*, que uno no es este hombre particular, ni ningún hombre, ni ninguna cosa en absoluto. Por el contrario, es *pensar* lo que es nuestro trastorno, toda esta niebla conceptual que suscitamos para ocultar lo que se da simplemente; y de todos modos lo que pensamos hoy probablemente lo negaremos mañana. Nuestra tarea es dejar de pensar lo suficiente como para mirar a quien está mirando. En cuanto a *sentir*, varía como el tiempo en Inglaterra: raramente podemos tenerlo cómo y cuándo lo queremos, e incluso entonces es notoriamente decepcionante. No, ni pensar ni sentir son fiables o concluyentes. Solo ver es de fiar. Por eso es por lo que los veedores son llamados veedores y no pensadores o sentidores: ellos insisten en que la verdad de quien-uno-es luce brillantemente por sí misma y que no necesita ninguna asistencia de la mente que piensa y siente: el Sí mismo es auto-luminoso, tan claramente visible como una cereza en la palma de la mano. Así Maharshi de nuevo: «Vea al veedor dentro». «Lo Supremo es de oídas pero el individuo se experimenta a sí mismo directamente. Usted solo puede hacer uso de la experiencia directa, por lo tanto vea quién es usted». «¡Deje en paz toda esta verborrea! Sea lo que usted es. Vea quién es usted y permanezca como el Sí mismo, libre de nacimiento, de todo ir, venir y retornar». Es ver lo que convence, y lo que (a diferencia del pensamiento y del sentimiento) puede ser tenido a voluntad. Lo que hay que ver está siempre presente, y es siempre capaz de inspeccionarse a sí mismo. En ningún tiempo es imposible, y ni siquiera difícil, ver quien es uno —provisto que uno quiera—.

El trastorno es que la primera persona ha devenido tan acostumbrada —tan terriblemente adicta— a ponerse este traje de tercera persona y a representar el papel de ser un hombre que es muy difícil «quitárselo» y devenir perfectamente sincero y natural de nuevo. El juego comienza muy pronto en la vida. El niño pequeño comienza pronto a imprimir sobre su No-Forma central —que es completamente neutral, fluida como la cera fundida— características que no son suyas sino que pertenecen a sus compañeros de afuera. Una de las principales ra-

zones es que teme ser raro, ser excluido del club. Así las dos niñas que fueron criadas por lobos cerca de Midnapore estaban persuadidas de que ellas eran lobos y se comportaban igual que los demás miembros de la manada, al igual que (inversamente) los animales domésticos criados solo por humanos devienen miembros de la familia y tienen poco tiempo para su propia especie. En el poema de Alan Alexander Milne, Christopher Robin tiene cuatro sillas en su cuarto de niños: en la primera, él es un explorador; en la segunda, un gran león rugiendo; en la tercera, un barco en el mar; y en la cuarta, solo por broma, un ser humano:

«Siempre que me siento en una silla alta
 Para la comida o la cena o el té,
 Intento aparentar que ella es *mi* silla
 Y que yo soy un niño de tres años»

En las otras sillas, según parece, estaba completamente a gusto siendo un león o un barco; ¡era fingir ser *humano* lo que era difícil! A la edad de tres años o menos, Christopher Robin es, probablemente al menos, tanto un león que pretende que es un niño como un niño que pretende que es un león. Pero el juego de fingir ser un niño, de fingir la humanidad, pronto toma precedencia, aunque solo sea porque es el único que sus padres insisten en jugar con él. «Ahora sé un niño bueno», dicen. Y muy pronto deviene, si no un niño bueno, al menos un niño. Aprende a verse a sí mismo a través de los ojos de ellos y a fingir ser lo que ellos esperan que sea. Y por supuesto esto pasa a su libro también, pues progresivamente éste oculta el hecho de que, en tanto que la única primera persona, él es totalmente diferente de todas esas terceras personas de afuera. Este destierro de su verdadero sitio para devenir una cosa, un ser humano, es inevitable; es su pasaporte de admisión adentro de la sociedad humana, y él lo acoge vehementemente. Pero el precio de la socialización es alto y sube constantemente. A medida que transcurre la vida, cada vez consigue fingir más y mejor que él es lo que los otros ven, cada vez se engaña más a sí mismo y se aleja más de sí mismo, cada vez se particulariza más, cada vez se encoge más desde su primer Ser general hasta ser una persona en verdad muy especial. Al comenzar, solamente *es*; después es un niño con un nombre; después es una persona característica —saliéndose afuera de sí mismo se considera a sí mismo como alto o bajo, guapo o feo, amable o grosero—. Y entonces, al crecer hacia la hombría, se reduce además a un tipo social, un poseedor de oficio, un representante de un papel, un especialista, y quizás finalmente a poco más que un sofisticado actor. Tomemos, por ejemplo, el camarero en un café francés, tan bien descrito por Sartre. Sus movimientos son demasiados precisos y rápidos, su interés en los requerimientos de sus clientes demasiado solícito, sus movimientos más bien agitados y mecánicos, el equilibrio de su bandeja innecesariamente precario. «Todo su comportamiento nos parece un juego... Está jugando, está divirtiéndose. ¿Pero a qué está jugando? No necesitamos observar mucho antes de poder explicarlo: está jugando a *ser* un camarero en un café».

El camarero de Sartre no es una persona inusualmente falsa o afectada: de hecho, su problema especial no es que esté pretendiendo sino que la pretensión no está completamente lo-

grada —no convence—. Pero sirve para señalar y subrayar la absurdidad por la que todos los adultos civilizados «normales» viven —la absurdidad de verse a uno mismo solo como los otros le ven a uno (o más bien, como uno espera o teme que lo hagan) y de negarse a verse a uno mismo como uno se ve a sí mismo, justamente aquí y ahora—. *Todo* abandono del propio hogar de uno aquí, para mirar la apariencia de uno ahí e identificarse solo con eso, es negar la Realidad central, ser falso con la Naturaleza intrínseca de uno, y —en una palabra— ser irreal. Incluso si yo no me considero a mí mismo un camarero (o un carnicero, o panadero o hacedor de velas o lo que sea), incluso si a veces pienso en mí mismo como «un hombre para una tarea», todavía estoy haciéndome a mí mismo ser lo que ciertamente no soy *aquí*, en el lugar donde jamás ha habido un hombre y jamás lo habrá. El resultado puede no ser tan penoso o ridículo para los otros, pero está perjudicándome inmensurablemente a mí, debido a que está haciéndome creer que yo soy lo opuesto exacto de lo que soy. Es imaginarme que yo soy una cosa, una masa sólida, un cuerpo, justamente aquí —lo cual es imposible—. En verdad es, en el lenguaje tajante de Maharshi, fatal. «La persona empapada en la idea yo-soy-el-cuerpo es el pecador más grande y un suicida». ¿Y cómo nos hacemos con una tal idea? Nos vemos a nosotros mismos como el cuerpo saliendo afuera y mirándonos desde ahí. «La identidad corporal se debe a la errancia de la mente... Busque su Fuente, sumérjase en el Sí mismo y permanezca en paz».

El verdadero discípulo hace lo que se le aconseja hacer, y mira por sí mismo a sí mismo sin ningún prejuicio. Atiende a su propio asunto, que es su propia Realidad situada precisamente donde él es, ahora —perfectamente evidente y perfectamente accesible a él y a nadie más—. ¿Y qué encuentra?

Bien, yo no puedo responder por ningún otro. Lo que es ser usted es asunto suyo y no me incumbe a mí decírselo. Lo que yo tengo que hacer es ver cómo es *aquí*, ahora mismo. Y juro que no puedo encontrar aquí ninguna cosa, ningún objeto sólido en el punto central de mi universo, ninguna casa o caja de carne y sangre aquí en la cual yo estoy encerrado, sino solo esta maravillosa Vacuidad o Ausencia o Luz o Claridad o Apertura. Y esta Apertura, muy lejos de ser mero vacío, está en este momento visiblemente llena hasta el borde con las nubes y los árboles y las flores de afuera de mi ventana, y las sillas y mesas y alfombra de esta habitación, y estas piernas y este brazo y mano y pluma y papel sobre el que estas palabras se están formando ahora. En la medida en que yo soy, soy ilimitado en esta escena familiar, repleta de esta asamblea de formas coloreadas y móviles que ahora se está presentando a mí: todas ellas están en mí, son mí.

Para lo que yo estoy aquí, el propósito de mi vida, es detener el gran juego de aparentar, mirar, y ser Yo mismo. Nada podría ser más simple, o más urgente.

LA RESPUESTA A «¿QUIÉN SOY YO?»

«No hay ninguna respuesta a “¿Quién soy yo?”
El preguntar mismo es la respuesta»

Ramana Maharshi

NORMALMENTE cuando hacemos una pregunta —a menos que sea una pregunta meramente retórica— buscamos una respuesta. Y en el caso de la más importante de todas las preguntas —«¿Quién soy yo?»— esperamos ciertamente una respuesta particularmente clara, satisfactoria y final: de otro modo, ¿para qué molestarse en hacer la pregunta? Sin embargo, Maharshi dice que no hay ninguna respuesta, puesto que el preguntar mismo es la respuesta. E incluso esta no-respuesta parece estar lejos de ser final, puesto que tenemos que continuar haciendo la pregunta.

¿Por qué esta contradicción, esta paradoja enigmática o incluso perturbadora? Si podemos encontrar la explicación estaremos muy cerca del corazón de su enseñanza. Si no podemos encontrarla, o si ignoramos la paradoja, permaneceremos ciertamente lejos de ese corazón.

Consideremos qué tipo de respuesta buscamos naturalmente cuando preguntamos *Quién* somos realmente.

Primeramente, buscamos una respuesta intelectual, una fórmula verbal, una frase iluminadora o un texto sagrado que parezca saldar la cuestión más allá de duda, que satisfaga nuestra necesidad de conocer la verdad, de comprender el caso. Cuando preguntamos quién es el Presidente de EE. UU. esperamos una respuesta verbal concisa y concluyente como «Sr. Nixon». En otro nivel, cuando preguntamos cuál es el propósito de la vida esperamos una respuesta clara (si no del todo concluyente) como «Descubrir Quién está viviéndola». Similarmente, cuando preguntamos *Quién* somos realmente, esperamos alguna respuesta verbal definida tal como «*Atman-Brahman*, o el Uno, o la Naturaleza de Buda, o la Divinidad». Pero obviamente las palabras, bien sean leídas o habladas o cantadas (por mucho que se repitan), no son suficientes; no es mera información lo que buscamos. Junto con las palabras debe haber una genuina comprensión de su significado e implicaciones. Tenemos que saber lo que significa el término *Atman-Brahman*, así como saber que nosotros somos, en la raíz, ese mismo Ser.

Pero claramente esta comprensión todavía no es suficiente. Incluso si estamos diciéndonos continuamente a nosotros mismos que en realidad somos *Atman-Brahman*, y tenemos alguna idea de lo que esta sorprendente afirmación significa, nuestra pregunta «¿Quién soy yo?» todavía no está zanjada. Ninguna fórmula, por muy sagrada que sea, y ninguna comprensión que la acompañe, por muy penetrante que sea, es buena si nos falta su «sensación». Debe haber también una convicción profundamente «sentida» de que ésta es la verdad central, de que somos verdaderamente, ahora y siempre y contrariamente a todas las apariencias, la Fuente misma de todas las cosas. No solo tenemos que decir esto con nuestros labios y pensarlo en

nuestras cabezas sino creerlo en nuestros corazones, de modo que todo el hombre esté implicado. De otro modo, no acontece nada significativo.

Pero nuevamente, esto no es suficiente. La creencia tiene que ser mantenida. No es muy eficaz estar profundamente convencido ahora de que nosotros somos, intrínsecamente, la No-cosa que es el Origen del mundo, si al momento siguiente lo olvidamos, y pensamos en nosotros mismos como una mera parte de ese mundo y esencialmente una cosa rodeada por otras cosas. Tiene que haber también una realización constante de *Quien* somos.

Sin embargo, ¿es esto plenamente suficiente? La convicción profunda, mantenida constantemente, referente a nuestra verdadera Identidad, necesita ser actualizada en la vida diaria, para devenir plenamente operativa en todo lo que hacemos y decimos, de modo que, manifiestamente, no estemos viviendo ya desde nuestro centro humano imaginado sino desde nuestro verdadero Centro.

Pensando y sintiendo y viviendo así, podríamos ser disculpados por creer que al fin hemos zanjado verdaderamente la cuestión «¿Quién soy yo?» Sin embargo, según Ramana Maharshi, esto no es así: la pregunta permanece sin responder —debido a que es sin respuesta—. ¿Qué puede haber querido decir? ¿Qué hemos descuidado hacer?

De hecho, el tipo de respuesta que hemos estado explorando hasta aquí no es el tipo que él propone, no es el tipo que puede zanjar realmente nuestra cuestión. Hemos estado yendo en la dirección equivocada, trabajando a lo largo de líneas enteramente equivocadas —a lo largo de las sendas bien trilladas de la mente, pensamiento, conocimiento, sentimiento, acción, sendas que se ramifican en complicaciones que crecen sin cesar y que imponen al viajero demandas que también crecen sin cesar. Si el descubrimiento de *Quien* somos está disponible solo para el tipo de persona que hemos estado describiendo, entonces es solo para los poquísimos que son suficientemente inteligentes, intuitivos, concentrados, dedicados, infatigables: resumiendo, no está disponible para casi nadie. Pero Ramana Maharshi negaba esto firmemente. Nunca esperaba que las personas devinieran sabias o virtuosas de ningún tipo. Sin reservas o condiciones anunciaba: «Sea cual sea su sí mismo humano, sea su Sí mismo real. Sea cual sea su problema, la respuesta es ver *Quien* lo tiene, ahora. ¿A qué está esperando? Todas las dificultades son imaginarias: si *usted* no puede ver su Sí mismo, ¿quién puede? La razón de que no esté Auto-realizado es que piensa que no lo está».

Aquí, entonces, está la clave de lo que él quiere decir. Cuando hacemos la pregunta «¿Quién soy yo?» de la manera que él propone, lo que acontece es que ninguna idea, ninguna fórmula, ningún texto sagrado, ninguna intuición, ningún color emocional surge en respuesta a ella. Todo lo contrario: todas éstas se desvanecen, y nos quedamos en un estado de claridad, apertura y no-mente total —plenamente alerta, completamente despierto, pero libre de toda experiencia particular, vacío de todo contenido o proceso mental—.

El conocimiento implica ignorancia de lo que hay más allá de lo conocido, dice Maharshi. «El conocimiento es siempre limitado». Pero ver *Quien* soy yo no es conocimiento: es descubrimiento siempre renovado, fresco, sin conexión con el pasado y el futuro, perfectamente simple. Y es ver lo Ilimitado, la Claridad sin límites que no tiene ningún más allá. Por lo tanto

proporciona la respuesta plenamente convincente y satisfactoria a nuestra pregunta. Si contuviera el más mínimo ingrediente verbal o intelectual o emocional, no lo haría en absoluto. No podríamos reposar en ella, debido a que tales ingredientes requerirían comentario, más estudio, interpretación, desarrollo. La Claridad que hay justamente aquí para el ver, en la Fuente y Centro de mi experiencia cotidiana, se descubre a Sí misma libre de toda polución de la corriente del mundo que fluye desde Ella. Completamente de otro orden, este Manantial permanece enteramente lúcido, transparente, incoloro, inmutable, mientras desde Él fluye con inconcebible abundancia la turbulenta e incesante corriente del mundo.

¿Cómo, entonces, tengo que hacer la pregunta «¿Quién soy yo?» de tal manera que llegue a esa verdadera respuesta que no es ninguna respuesta? Solo tengo que mirar justo aquí donde yo soy ahora, y tomar en serio lo que encuentro. Olvidando lo que recuerdo y lo que se me ha dicho sobre mí mismo, tengo que echar una mirada fresca a lo que es ser mí mismo. Y cuando miro a mí mismo aquí, sin preconcepción o prejuicio, ¿qué encuentro? ¿Obscuridad, una masa de carne y sangre, una caja con dos pequeños ventanucos en ella, un aparato o cosa de algún tipo? ¿Un observador, un veedor, una persona? ¿Una mente, un sistema de ideas, sentimientos, palabras?

¡No! Cuando presencio honestamente este Lugar mismo que yo ocupo no encuentro aquí absolutamente Nada (No-cosa) —la Simplicidad misma, indudable, evidente, final—. Esa No-cosa (Nada) es la no-respuesta a la pregunta de «¿Quién soy yo?»; ¡y, paradójicamente, la respuesta perfecta también!

VÉASE A USTED MISMO

«“¡Mirar a las cosas de afuera es fácil; mirar dentro es difícil!” Eso es absurdo. Es exactamente al revés».

«El engaño de que “yo soy el cuerpo” es la causa de toda aflicción: este engaño debe partir. Eso es Realización. Realización no es adquirir algo nuevo ni tampoco es una facultad nueva. Es solo la eliminación de todo camuflaje».

«La Verdad última es muy simple... Pero la gente quiere algo elaborado y atractivo y enigmático».

«Descubra si usted es físico».

«El Ser Eterno es ese estado donde usted ha desaparecido...»

«Aunque usted no se manifiesta, sin embargo usted no está perdido».

«Incluso en la más profunda obscuridad cuando un hombre no puede ver su mano, responde: “Estoy aquí”».

«Los hombres espirituales no son cuerpos... Son ilimitados y sin forma».

«Toda forma o figura es la causa de perturbación».

«El Sí mismo es evidente».

«¿A qué está usted esperando».

De Conversaciones con Sri Ramana Maharshi

¿PUEDE ver, por sí mismo, sin la menor dificultad o duda, que no es el cuerpo, que no es una *cosa* en absoluto? En otras palabras, ¿son los dichos de Ramana Maharshi citados aquí evidentemente verdaderos justo ahora, en su propia experiencia personal (de usted)? Si es así, no se tome el trabajo de leer el resto de este artículo.

Si, de nuevo, no ve de qué está hablando, ni quiere verlo, carece de propósito continuar leyendo.

Pero si, por otra parte, no lo ve, pero está dispuesto a intentar algo que pueda permitirle hacerlo, entonces se sugiere que dedique los próximos veinte minutos a llevar a cabo algunos simples experimentos. Sólo leerlos será más perjudicial que útil. Tienen que hacerse realmente. Las siguientes preguntas son para cerciorarse, *sólo según la evidencia presente*, de lo que usted encuentra determinado en este momento, dejando a un lado la imaginación, la memoria, y cuanto ha oído:

1. Póngase de pie, mire al frente, manténgase quieto (Ayuda tener un amigo para que le lea las preguntas, pero no necesita responderlas en voz alta). ¿Cuántos pies tiene ahora, que pueda contar?

Por supuesto percibe sensaciones, ¿pero qué son realmente? ¿Equivalen juntas a unos pies? Según la evidencia presente, ¿no podría tener también garras o pezuñas o aletas? ¿Cuántas piernas puede encontrar ahora? ¿Cuántos troncos? ¿Cuántas cabezas? ¿Dónde están sus límites? ¿Cuán grande es usted? ¿Cuán viejo? ¿De qué sexo? ¿Es usted alguna cosa, o es el espacio en el que diferentes cosas están teniendo lugar ahora?

Incapaz de decir «yo soy esto, o eso», ¿es usted por ello menos capaz de decir: «Yo Soy»?

2. Responda a las mismas preguntas, con los ojos cerrados.
3. Mire a su mano. ¿Está usted en ella, o está ella en usted? ¿Tiene usted algún indicio presente de que sea lo mismo para ella?
4. Siga mirando a su mano.
 - ¿Cómo podría ver su color, si usted tuviera color?
 - ¿Cómo podría recibir su forma, si usted tuviera forma?
 - ¿Cómo podría registrar ahora sus movimientos, excepto en su inmutabilidad (de usted)?
 - ¿Cómo podría contenerla si usted no estuviera vacío?
 - ¿Cómo podría abarcar toda esa complejidad, excepto siendo absolutamente llano y simple?
 - ¿Cómo podría sentir el dolor en ella (cuando la uña de su pulgar presiona dentro de la yema de su dedo) si no fuera por este trasfondo de no-dolor?
 - ¿Cómo podría oír el ruido que hace (cuando chasquea los dedos) si no cayera dentro de su continuo silencio (de usted)?
5. ¿Desde cuántos ojos está usted mirando ahora? Vea lo que acontece cuando se pone sus gafas, lentamente. Circunde con sus manos la extensión de su «Ojo». ¿Qué hay detrás de él?
6. Apunte con su dedo hacia sus pies, piernas, vientre, pecho, ahora hacia lo que está por encima de eso. Continúe mirando a lo que su dedo está apuntando.
7. Vea si usted puede estar cara a cara con alguien. ¿No es cara a no-cara?
8. Observe dónde tiene su cara. ¿Está ella donde usted está? ¿O está allí en el espejo, y donde su amigo la recibe (y por lo tanto le habla a usted sobre ella) y donde él tiene su cámara (que puede por tanto registrarla)?

9. Pasando la mano y pellizcando y palpando, intente construir sobre sus hombros una cosa coloreada, opaca, compleja, limitada. Intente entrar adentro y describir sus contenidos. ¿No es usted todavía ampliamente inmenso?
10. Túmbese boca arriba y mire al cielo. ¿Está su Tierra-cuerpo vaciada ahora, lo mismo que su cuerpo y cara y ojo de hombre estaban vaciados antes? ¿No está *desde* donde usted está mirando siempre vacío para el *hacia* donde usted está mirando?
11. Haga que su amigo compruebe su vacuidad (de usted, a cero metros) viniendo derecho hacia usted con su cámara (un agujero que sirva de encuadre en una hoja de papel bastará). ¿No comienza él en un lugar (digamos a dos metros) donde encuentra que usted es un hombre, después viene a un lugar donde (digamos a un metro) encuentra medio hombre, después una mano o una cabeza, después un parche de piel, después un mero borrón? (Supongamos que tuviera el microscopio apropiado, etc., ¿no se resolvería el borrón en células, después en una sola célula, después en partículas de orden decreciente, y finalmente en espacio prácticamente vacío, sin cualidad, transparente, incoloro?) ¿No es verdad que cuanto más se acerca a usted tanto más se acerca él a su propia visión de usted mismo como No-cosa (Nada)?

¿Puede ahora ver por sí mismo, siempre que quiera y sin ninguna duda, que no es el cuerpo, que no es una *cosa* en absoluto, sino simple SER? Si es así, las siguientes citas de Maharshi pueden ser útiles:

«*Discípulo*: Con toda su penitencia durante tantos años, ¿qué ha logrado usted?

Maharshi: He logrado lo que hay que lograr. Veo lo que hay que ver.

Discípulo: ¿Pueden todos ver lo mismo?

Maharshi: Yo sólo veo lo que todos ven.

La experiencia es la misma para una persona que realiza el Sí mismo una vez que para un *jñani* que lo experimente ininterrumpidamente.

La Auto-realización misma no admite progreso.

La primera experiencia (de «yo-no-soy-el-cuerpo, sino puro Ser») es pasajera y por la concentración puede devenir permanente.

Discípulo: ¿Puede perderse *jñana*?

Maharshi: *Jñana*, una vez revelado, lleva tiempo estabilizarse... Para permanecer inmutable son necesarios más esfuerzos... El *samadhi* con los ojos cerrados es ciertamente bueno, pero se debe continuar hasta que se realiza que la no-acción y la acción no son hostiles entre sí. El temor de perder el *samadhi* mientras se está activo es el signo de la ignorancia».

PERSEO Y LA GORGONA

Una Nueva Interpretación del Antiguo Mito

EL hombre es más sabio, sus raíces van mucho más profundamente, de lo que sabe. Su Inconsciente está siempre emergiendo con imágenes, a menudo elaboradamente disfrazadas, cuya función es rectificar el desequilibrio de su mente consciente. Un notable ejemplo de esta sabiduría oculta que surge de las profundidades es el antiguo mito griego de Perseo y la Gorgona. Ningún hombre o grupo de hombres iluminados compuso nunca esta historia a fin de transmitir, en la forma de un cuento excitante y fácil de seguir, profundas verdades religiosas y psicológicas para las que la gente no estaba preparada. No; la historia creció junto con los antiguos griegos mismos, lo mismo que crecieron su lenguaje y costumbres sociales, y sólo se puso por escrito y se pensó en ella mucho más tarde. De hecho, estamos todavía pensando en las aventuras de los héroes griegos. No puede haber ninguna interpretación final y concluyente de los grandes mitos de la humanidad. Nosotros encontramos en ellos lo que comúnmente necesitamos.

En este artículo presentamos (1°) un esbozo del mito como ha llegado hasta nosotros desde los poetas y dramaturgos y escultores griegos. Después ofrecemos (2°) nuestra propia interpretación en los términos de la Auto-realización. Y concluimos (3°) con algunos dichos de Ramana Maharshi, a modo de resumen; más (4°) una nota de advertencia.

1° EL MITO

Héroe típico de la mitología griega, Perseo era mitad divino y mitad humano —hijo de Zeus, el Padre de los dioses, y de Danae, una mujer mortal—. El padre de Danae, Acrisio, había sido advertido de que sería matado por el hijo de Danae, de modo que tomó la precaución de encerrarla en una torre de bronce. Esto no detuvo a Zeus que, convirtiéndose en un chubasco de lluvia de oro, descendió a través del techo y la impregnó, engendrando así a Perseo. Cuando Acrisio descubrió que su hija había dado nacimiento a un hijo, abandonó a ambos a merced del mar en un arca. Sin embargo, Zeus hizo que llegaran a la orilla del mar en Seriphos, donde un pescador los rescató y los llevó al rey del país, quien acogió amistosamente a los refugiados.

Cuando Perseo alcanzó la hombría el rey le encomendó la formidable tarea de matar a Medusa, una de las terribles hermanas Gorgonas, cuya cabeza estaba cubierta de retorcidas serpientes en lugar de pelo —una visión tan pavorosa que mirarla una sola vez le convertía a uno en piedra—. Perseo se equipó para la aventura muy concienzudamente. Primeramente, visitó a las Hermanas Ominosas, que compartían un solo Ojo entre las tres, y se lo quitó cuando se lo estaban pasando una a otra. Entonces hizo que ellas le dirigieran hacia las Ninfas, de quienes obtuvo las Sandalias Aladas (que permitían a su portador viajar rápidamente a través del aire), el Zurrón Mágico (dentro del cual las cosas desaparecían y fuera del cual reaparecían), y el Casco de la Invisibilidad (el cual daba a su poseedor el poder de volverse in-

visible a voluntad. Seguidamente, Hermes le regaló una Espada maravillosa para decapitar a Medusa. Finalmente, Atenea, la diosa que personificaba la sabiduría y el poder ideales, le dejó su Espejo-escudo, únicamente en el cual Medusa podía ser mirada sin peligro. Armado así magníficamente, nuestro héroe siguió la pista y decapitó al monstruo sin mirarla directamente, ocultó la cabeza decapitada en su Zurrón Mágico, y escapó indemne de sus encolerizadas hermanas —gracias a su Casco de Invisibilidad—. Otras aventuras siguieron, en las cuales venció a sus enemigos sacando de su Zurrón la cabeza de la Gorgona y petrificándolos en el sitio.

2º INTERPRETACION

Tal es, brevemente, la famosa leyenda de Perseo y Medusa la Gorgona. Acordemente a la interpretación que sigue, Perseo es cada hombre —en particular, mí mismo en gesta de realizar Quién soy yo realmente, mi verdadera Identidad.

(a) *El héroe Divino-humano*

Por una parte (la de su madre) Perseo era mortal; por la otra (la de su padre) divino. Mi naturaleza es dual. Visto desde afuera, parezco enteramente humano; desde adentro, no soy nada de eso.

(b) *La Caída*

Perseo está en el mar, abandonado, todo rastro de divinidad desaparecido, en peligro de muerte. Así, nuevamente, conmigo. Estoy perdido. Ciertamente he venido a menos en el mundo.

(c) *La Tarea*

Al alcanzar la madurez, a Perseo se le requiere que resuelva *el* problema, llamado adecuadamente «petrificación». En otras palabras, solidificación, la idea universal pero falsa de que uno está encerrado en un cuerpo, sepultado, aprisionado, condensado y encogido dentro de una cosa limitada, substancial, opaca, coloreada, un objeto como esos de ahí afuera. Para mí mismo, al crecer desde la infancia, la cara de mi madre, cada cara que veo, deviene en efecto la de Medusa, siempre diciéndome: «Tú también eres como esto: la cosa *a* la que estás mirando es tu pista para la cosa *desde* donde tú estás mirando». Mi tarea es ver esta mentira. Tengo que encontrar un modo de mirar a esa cara, de contender con ella, sin dejar que me petrifique —*un modo de ver que yo no soy como eso en absoluto*—. Para esta gran tarea estoy ya maravillosamente equipado, como sigue:

(I) *El Tercer Ojo*. Para comenzar no puede hacer nada mejor que, como Perseo, encontrar mi Ojo Único o Tercer Ojo. ¡El hecho es que solamente tengo que notar que jamás he mirado

desde nada más! Solo tengo que contar, con toda honestidad y simplicidad, el número de ventanas que mi «casa de arcilla» tiene realmente, vista desde adentro. Y, habiendo contado *una*, notar cómo esta enorme e inmaculada Ventana no tiene ningún marco y no está puesta en ninguna pared y no tiene ninguna estructura en *este* lado de ella. Mi fachada con dos ventanas existe solo para los otros.

(II) *Las Sandalias Aladas*. Nuevamente, tan pronto como tengo el coraje y la honestidad de prestar atención, descubro que el mundo se da como bi-dimensional —alto, ancho y sin profundidad—. La distancia es un artilugio artero, una ficción social conveniente. Veo claramente que no estoy más lejos de aquella estrella que de esa copa de árbol, ni más lejos de esa copa de árbol que de esta mano. Mirando hacia mí mismo justamente aquí, no estoy en el mundo en absoluto: él está en mí. Mientras que Perseo, calzado con las Sandalias Aladas, *va* por todas partes, velozmente, yo *soy* por todas partes, instantáneamente.

(III) *El Zurrón Mágico*. Como Perseo, nuevamente, yo estoy provisto del Zurrón Mágico, el Vacío de aquí que está siempre acogiendo y produciendo todos los tesoros del mundo. En verdad yo soy esta Bolsa o Cuerno de la Abundancia Sin Fondo. Mi esencia misma es Capacidad, con sitio y disponibilidad para todas las formas y colores y sonidos y olores y sabores y sensaciones y pensamientos que entran y salen de Ella.

(IV) *El Casco de Invisibilidad*. El Casco encaja, y yo lo llevo —¡y no encuentro a nadie llevándolo!—. Yo desaparezco, no para los otros ahí, sino para mí mismo aquí.

(V) *La Espada*. Ésta es el arma indispensable en la lucha contra la petrificación, la afilada Espada-Vajra [Rayo] para cortar el Sí mismo del no-Sí mismo, la Realidad de todas sus apariencias, el *Nirvana* del *Samsara*, esta Primera Persona del Singular de todas las segundas y terceras personas, este Vacío de todo lo que le llena, esta Cara Original sin rasgos de todas esas caras de Gorgona. Mientras el corte de mi Espada de Discriminación deje un hilo de conexión entre sujeto y objeto, yo sigo siendo un objeto entre objetos, amenazado por ellos de un millón de maneras, petrificado de miedo. Pero cuando toda conexión está cortada, veo que yo siempre he sido sin ninguna conexión, no un objeto sino el Espacio en el cual los objetos acontecen. Como tal, coincido con ellos, yo *soy* todos ellos, y su amenaza está vencida. Pero es solo cuando se ve como total la distinción entre el Espacio y sus contenidos cuando se ve como total su unión.

(VI) *El Espejo-escudo*. Siempre que miro *directamente* a cualquier cara ahí, mientras no veo el Espacio sin rasgos, la Claridad como de espejo aquí, en la que esa cara se presenta, soy cosificado, atrapado, enfrentado, petrificado. (Es todo imaginación, por supuesto, pero no menos penoso por eso). Mi única protección contra esos funestos rasgos es, lo mismo que Perseo al enfrentarse a Medusa, volver en redondo mi atención *desde* ellos *a* mi Ausencia-de-rasgos, al claro Espejo aquí que es mi Escudo de todo daño. Vista como si fuera auto-existente, real por su propio derecho ahí afuera e independiente del Veedor aquí, Medusa me

convierte en algo como piedra. Vista desde su Origen aquí, ella no solo se vuelve inofensiva, sino que se revela como una expresión única e indispensable de Quién yo soy, y con probabilidad completamente bella en el ajuste. Más aún, ella no es sino otro recordatorio para hacerme mirar atrás a Quien está mirando.

(VII) *La Cabeza de Medusa Re-asignada*. Cumplida mi tarea, el mundo es un lugar seguro para vivir en mí. Yo soy su vida, y él no tiene ninguna vida suya propia. Pues ahora es mi turno, lo mismo que Perseo exponiendo la cabeza de Medusa a sus perseguidores, petrificar a todos los que llegan. No hay ningunas mentes incorporadas, ningunas consciencias separadas alrededor. Solo aquí, donde no puedo encontrar ningunos ojos, ninguna cara, ningún cuerpo oscurecido en absoluto, está el Espíritu indivisible, y no queda nada de él ahí afuera acechando detrás de esos pequeños ojos. Ningunos espíritus malevolentes están mirándome a través de esas ventanas. Ojos y caras y cuerpos se ven ahora exactamente por lo que son —decoro, caracteres escénicos interesantes, encantadoras formas coloreadas tan inofensivas como lo son las nubes y las flores, desprovistas de amenaza—. Ya no me siento más bajo inspección. Y en caso de que esto suene como si yo estuviera matando a todo el mundo, reduciéndolos a otros tantos cadáveres o muñecos mecánicos, permítaseme agregar inmediatamente que lo opuesto es también verdadero: hay Consciencia más que suficiente aquí para dar la vuelta y traer el universo entero —incluyendo todas las partes oficialmente «muertas»— a una vida abundante de nuevo. Pero esta vez la vida es *desde* aquí. Yo Soy la vida y el alma de la partida cósmica. No hay ningunos otros.

3° RESUMIENDO

¿Quién podría concluir mejor para nosotros que Ramana Maharshi mismo? La mayor parte de las siguientes citas están tomadas de sus *Conversaciones*, unas pocas de sus Traducciones. Se han dispuesto de manera que correspondan con los artículos del equipo usado por nuestro héroe en el cumplimiento de su gran tarea.

(I) *El Tercer Ojo u Ojo único, para ver realmente*

Las formas percibidas son diversas —azules y amarillas, groseras y sutiles, altas y bajas, y demás; pero el Ojo que las ve permanece uno y el mismo—.

Si el ojo deviene el Sí mismo, siendo el Sí mismo infinito, el Ojo es infinito.

Discípulo: ¿Cuál es la significación del lugar entre las cejas?

Maharshi: Se menciona como para decir: «No veas con tus ojos».

(II) *Las Sandalias Aladas, para conquistar el espacio*

¿Dónde está la estrella, de hecho? ¿No está en el Observador?

El problema es que usted ve el mundo como externo.

El «Yo» no tiene ninguna localización.

(III) *El Zurrón Mágico o Contiene-todo*

Lo que no está en usted no puede aparecer fuera.

Todo está dentro del propio Sí mismo de uno.

La idea de que uno es limitado es el problema.

(IV) *El Casco de Invisibilidad, llevado por No-cuerpo (Nadie)*

Cualquier cosa vista no puede ser real.

Si usted piensa que usted es un cuerpo el mundo parece externo.

No se confunda a usted mismo con los objetos, es decir, con el cuerpo.

La identificación del Sí Mismo con el cuerpo es la esclavitud real.

(V) *La Espada de Discriminación*

Incontables escrituras proclaman solo la discriminación entre el Sí mismo y el no-Sí mismo.

Para estar cualificado para la Auto-indagación, un hombre debe ser capaz de discriminar entre lo Real y lo irreal.

El Sí mismo no tiene ningún tipo de relación con nada.

(VI) *El Espejo-escudo del Sí mismo*

Encuentre el Sujeto, y los objetos cuidarán de sí mismos.

¡Maravilla de maravillas... ellos ven fenómenos aparte del Sí mismo!

¿Puede aparecer algo nuevo sin eso que es eterno?

Si usted conoce su Sí mismo ningún mal puede acontecerle.

(VII) *La Cabeza de Medusa Re-asignada: el fin de los otros*

No hay ningunos otros.

En realidad, todos éstos no son nada sino el Sí mismo.

Nada puede ser aparte de usted.

Los fenómenos son reales cuando se experimentan como el Sí mismo, e ilusorios cuando se ven aparte del Sí mismo.

4° NOTA

Si la historia de Perseo y la Gorgona tiene un defecto, es su riqueza misma: expone un único punto de múltiples maneras. En realidad no necesitaba juntar todo ese aparato: cualquier parte de ella habría hecho el trabajo igualmente. Hay necesidad de decir esto para el caso de que consideremos las etapas de su preparación como una sugerencia de que nosotros tenemos que pasar por etapas similares. Por supuesto, si queremos tratar con el problema de Medusa indefinidamente, siempre podemos alegar la preparación meticulosa como nuestra excusa. Pero si somos serios, trataremos con Medusa ahora, usando cualquier ardid que esté a mano. Como se experimenta de hecho, no hay ninguna diferencia real entre nuestro Ojo Único, nuestro Casco de Invisibilidad, y el resto. Un modo de escapar de la petrificación es tan bueno como otro, y la Transparencia resultante es exactamente la misma.

En otro aspecto, nuestro mito puede desorientar. En la vida real, Medusa no es vencida de una vez por todas. Tiene poderes de regeneración —y de petrificación— insospechados y tiene que ser matada una y otra vez hasta que permanece muerta. En lenguaje llano, se requiere mucha práctica asidua antes de que uno vea sin esfuerzo e ininterrumpidamente dentro de su Naturaleza Clara. No hay duda de que el ver inicial es la cosa más fácil y más natural del mundo; mantenerlo es justamente la más difícil. Sin embargo, habiendo sido visto una vez, Esto siempre puede ser visto de nuevo. El arsenal de nuestro héroe no nos deja ninguna excusa para no emprender la tarea.

SOBRE EL JUICIO POR MI VIDA Sumario de Procedimientos

I. EL CARGO

Yo soy acusado de ser un hombre, la pena por lo cual es la muerte¹.

II. LA ALEGACIÓN

No culpable

III. LA ACUSACIÓN

El caso contra mí incide en siete partes. Son llamados tres testigos —un Filósofo, un Psiquiatra y un Científico—.

El Filósofo

- (1) Pretende que todos dicen que yo soy un hombre, y que no puede encontrarse nadie que lo niegue;
- (2) que de hecho yo, también, me veo a mí mismo como un hombre,
- (3) y que me siento a mí mismo como un hombre,
- (4) y que hago lo que hacen los hombres —es decir, no hacer milagros—.
- (5) Y que los defectos profundamente arraigados de mi carácter permanecen. Los escasos beneficios de mi extraña creencia —que yo trasciendo lo humano— muestran cuán equivocado estoy.

El Psiquiatra

- (6) explica mi caso en términos patológicos (por ejemplo, paranoia —una condición exclusivamente humana—).

El Científico

- (7) me clasifica como un espécimen ordinario de *Homo sapiens*, uno de los Primates —un orden que incluye los lémures, monos, y simios antropoides.

¹ *Ramana Maharshi*: La persona empapada en la idea «yo-soy-el-cuerpo» es el pecador más grande y un suicida.

Discípulo: La Biblia enseña que el hombre nace en pecado.

Ramana Maharshi: ¡El hombre es pecado!

* * *

San Pablo: El sueldo del pecado es la muerte, pero el don de Dios es vida eterna.

Finalmente, yo soy para él un sistema de ondas o de partículas cuyo comportamiento alcanza esos grados de elaboración llamados químico, vital y humano.

IV. LA DEFENSA

Yo llevo mi propia defensa, revocando e interrogando de nuevo a los testigos y ocupando el estrado en mi propio favor. Seguidamente trato por orden los siete informes de la Acusación contra mí.

(1) *La Evidencia del Consenso*

El Filósofo, desdiciendo su anterior testimonio, admite que no todos dicen yo soy un hombre. Está de acuerdo en que la Filosofía Perenne, que está en el corazón de las grandes tradiciones espirituales, insiste en que yo soy realmente el Sí mismo (por otros nombres *Atman-Brahman*, la Naturaleza de Buda, el Vacío, la Divinidad, Ser o Consciencia, el Reino de los Cielos, etc.) y en que toda la razón de vivir es realizar que yo soy Esto y no un hombre, no una cosa en absoluto.

Admite además que los expertos en esta Filosofía son precisos en cuanto a *dónde* encontrar mi Sí mismo («Él está más cerca que la respiración, y más cerca que las manos y los pies»), y *cuándo* buscar-Lo («Ahora es el día de la salvación»), y *cómo* buscar-Lo («Como un niño pequeño»), y *a qué* se asemeja («Luz», «Agua Viva», «Espacio», etc.).

Finalmente, el testigo concede que esta Filosofía es la *única* que ha permanecido intacta a través de las edades. Ella es el consenso real. Ninguna otra enseñanza se ha probado tan independiente de la historia y de la geografía y de las diferencias culturales, ni ha resistido tanto la prueba del tiempo y la experiencia.

(2) *La evidencia de la Auto-percepción*

Compareciendo en mi propia defensa, juro con el juramento más solemne que no percibo nada (ninguna cosa) en absoluto aquí donde yo soy, y mucho menos un hombre. Sirva como ejemplo²:

- (a) Al mirar ahora *a* estas marcas impresas sobre el papel, estoy mirando *desde* —¿qué?— *Según la evidencia presente*, no desde dos ojos, ni siquiera desde uno, sino desde esta inmensa «ventana» oval sin marco ni cristales, y en verdad sin ningún mirón a este lado de ella.
- (b) Al mirar directamente a aquella persona allí, ¿es un caso de un *hombre* observando a otro hombre? ¿*Qué* está ahora viendo aquí? Yo no encuentro aquí ninguna evidencia presente de un cuerpo, ninguna estructura o solidez, ninguna opacidad o colorido, ningunos límites donde este observador acaba y la escena comienza, nada a lo cual un nombre o edad o sexo pueda ser atribuido. Intento contar (mientras aún le miro direc-

² Si el lector quiere escapar también a la pena de muerte, debe llevar a cabo efectivamente, *por sí mismo*, las pruebas o experimentos de identidad que forman la esencia de toda la Defensa.

tamente a él) cuántos dientes tengo ahora... cuántos dedos... cuántas piernas... brazos... cabezas... En cada caso no encuentro nada que contar. La idea de que yo *soy* un cuerpo humano, o que *habito* un cuerpo humano, o aún que *poseo* un cuerpo humano no tiene ningún sentido ahora. ¿Cómo sería estar ahí?

- (c) Cuando salgo afuera y me tumbo y miro al cielo, no es solamente mi cuerpo humano sino también mi cuerpo terrestre —la Tierra— la que se disuelve sin dejar rastro dentro de la amplitud para las estrellas que brillan en él.
- (d) Finalmente, cierro mis ojos (eso es lo que las gentes dicen, no mi historia) y disuelvo todas esas estrellas, el universo entero mismo.

En resumen, me ponga como me ponga, veo que no puedo ser en lo *más mínimo* semejante a esas criaturas fijadas, sólidas, complicadas y encerradas llamadas hombres.

(3) *La evidencia de la sensación de mí mismo*

Continuando mi testimonio en mi propio favor, estoy de acuerdo en que no es suficiente que me *perciba* a mí mismo como esta Claridad elástica, totalmente-disolvente, como esta Ausencia consciente que la Filosofía Perenne describe. Lo que soy realmente debe ser también una cuestión de lo que yo mismo me *siento* ser, que surge de forma natural. ¿Me comporto como si fuera Dios, o un mero hombre, o qué?

Niveles de Identificación

Completamente al margen de la realización de Quién soy yo, mis sensaciones de mí mismo —por muy confusas que sean— jamás han sido ciertamente las de un mero hombre.

- (a) A veces me sentía como nada en absoluto.
- (b) En los grandes dolores o placeres físicos, me *identificaba* a mí mismo con una parte de mi cuerpo en distinción del resto.
- (c) Al discutir con mi hermano, me *sentía* como un humano confrontado a otro.
- (d) Si un vecino empezaba a invadir la propiedad de la familia, me *encontraba* a mí mismo reaccionando por y como la familia.
- (e) En el caso de una amenaza a mi secta, o nación, o raza, *era* como cada uno de éstos, por turno, como me *enfrentaba* a la amenaza.
- (f) Al imaginar que mi Planeta o Sistema Solar estaba en peligro de invasión por otro, me *encontraba* a mí mismo pensando y sintiendo por este cuerpo celeste contra ese otro.
- (g) Yo *experimentaba* la ansiedad que envuelve estos diferentes niveles intermedios, su inestabilidad e irrealidad comparativa. Pero *ocurrían* tiempos de gran paz cuando todos ellos *eran* dejados atrás, y ni una partícula en el universo *eludía* mi abrazo. Entonces por fin yo *era* mí-Mismo. Me *sentía* confortable. Como la Nada que abarca el Todo, descansaba...

Mi Identidad Equivocada

De hecho, nunca *acepté* mis supuestas «limitaciones humanas». Nunca cuadraban. Mi problema *era* que *intentaba* lograr *como hombre* lo que soy ya como el Sí mismo. Si *era* codicioso *era* debido a que *sabía* en mi corazón que todas las cosas son mías. Si *estaba* centrado en mí mismo *era* debido a que soy siempre Auto-centrado. Si *buscaba* poder *era* debido a que *reconocía* oscuramente que no hay ningún otro poder. Si *intentaba* evadir la responsabilidad *era* debido a que nunca *estuve* implicado de ninguna manera. Si me *comportaba* como si fuera inmortal, *era* debido a que el Uno aquí es sin muerte. Si *odiaba* todas mis limitaciones, *era* a causa de mi profunda convicción de que en realidad soy ilimitado. El instinto *era* correcto; solamente su expresión *era* equivocada, ineficiente, parcial. En todas mis obras y anhelos, incluso los peores, yo *estaba* haciendo llamada a medias a mi Sí mismo. A lo largo de todas estas falsas identificaciones *estaba* implicando mi verdadera Identidad.

Mi verdadera Identidad

¿Qué se siente al ser el Único, el Solo, el Origen, el Sí mismo auto-generator? ¿Ser este impensable Misterio? ¿Celebrar, no *lo que* yo soy, sino *que* yo soy —puesto que no hay ninguna razón para que yo no sea nada en absoluto—? De alguna manera, inconcebiblemente, yo dispongo mi propia existencia. ¡Es imposible! ¿Pero quién está ahora sintiendo este incomparable prodigio? ¿Cómo podría un *hombre* comenzar a hacerlo? ¿Quién sino el Sí mismo conoce este gozo? ¿A quién sino al Sí mismo podría venir tan naturalmente?

(4) *La Evidencia de los Milagros*

La Acusación quiere saber por qué, si mi testimonio hasta aquí es verdadero, yo soy tan impotente, tan incapaz según parece de hacer un sencillo y modesto milagro. Si yo no soy un hombre sino realmente Dios, ¿por qué no muestra Él ocasionalmente su mano?

El hecho es que para ver de lo que soy capaz *tengo que ser realmente como un niño*. Cuando por fin me atrevo a mirarme a mí mismo, ignorando lo que se me ha dicho que vea, encuentro, no milagros ocasionales aconteciendo alrededor de aquí, sino milagros fantásticos todo el tiempo —de los cuales los siguientes son ejemplos al azar—.

- (a) Mientras los hombres solo cierran y abren sus ojos, yo aniquilo y recreo el mundo.
- (b) Ellos solo detienen sus oídos; yo silencio el mundo.
- (c) Ellos giran; yo hago girar el mundo.
- (d) Un hombre sostiene un pedazo de cristal rojo en el ojo; yo pinto el cielo.
- (e) Él vuelve su cara hacia las distantes estrellas; aboliendo la distancia, yo coincido con las estrellas.
- (f) La carretera no presta ninguna atención al viajero humano, pero para mí se abre, cerrándose de nuevo por detrás.

- (g) Él camina por el campo, moviéndose a una cierta velocidad en su quietud (del campo). Todo el campo camina en mí, moviéndose a muchas velocidades en mi quietud. Yo le observo moviendo su pequeño cuerpo, mientras yo muevo montañas, árboles, casas — sin esfuerzo, a voluntad—.

Y así sucesivamente, indefinidamente. Aquí no hay ningún mago humano. Yo, y solo yo, hago *únicamente* milagros —hazañas sobrehumanas que hacen que los famosos *siddhis* (poderes), de los que son solo capaces unos pocos hombres, parezcan en verdad completamente ordinarios—.

(5) *La evidencia de los Resultados Prácticos*

La Acusación señala que si yo soy realmente Dios, entonces viviendo como tal debo desenvolverme mejor que viviendo como el hombre por el cual me tomo a mí mismo; pues sería en verdad un mundo extraño en el que una realización tan prodigiosa no constituyera ninguna diferencia práctica. Pero de hecho (continúa la Acusación) las consecuencias de mi alegada Auto-consciencia quedan muy lejos de sus pretensiones.

¿Cuáles son, entonces, los beneficios de ver y sentir y saber Quién soy yo? Según la Acusación, parecen desdeñables. ¡Yo digo que son no-existentes! Pues, en primer lugar, este Ser simple aquí no puede cambiar para mejor o peor: aquí no hay nada que modificar. En segundo lugar, el hombre que yo no soy es por naturaleza siempre cambiante, limitado e imperfecto en todos los aspectos, incapaz de ninguna reforma radical, y mi liberación es liberación de él —y de todos los intentos de mejorarlo—. De manera que, incluso si parece sacar unos pocos beneficios, éstos son incidentales, irrelevantes, no son asunto mío, o quizás son una digresión de la cuestión real, que es mi Perfección total. En cualquier caso, estos supuestos beneficios son nebulosos y efímeros. Habiendo venido, partirán; no teniendo ninguna substancia, se esfuman a la inspección.

Sin embargo hay algo que debe agregarse. ¡Paradójicamente, encuentro que su fracaso a la hora de encontrar alguna ganancia cierta, o más bien esta pérdida de interés en todo el tema de la mejora humana, es en sí misma la mayor ganancia! Es la indescriptible paz de reposar en mi Naturaleza verdadera.

(6) *La Evidencia de la Psicología*

Requerido de nuevo al estrado de testigo, el psiquiatra es preguntado sobre la historia de mi caso, el trasfondo de mi negación de que yo soy un hombre. Entonces emergen las siguientes etapas de desarrollo:

- (a) Como un niño recién nacido yo era, como cualquiera animal, no consciente de un mí mismo —nada para mí mismo, sin cara, sin límites, no separado de mi mundo—.
- (b) Como un niño pequeño, al devenir en ocasiones consciente de mí mismo-como-yo-soy-para-mí mismo, quería saber por qué mi madre tenía una cabeza y a mí me faltaba,

o protestaba de que yo no era un niño (¡Yo no era como esas personas sólidas en absoluto!), o anunciaba que yo no era nada, ausente, invisible³. En otras palabras, por muy rara y brevemente que fuera, veía dentro de mi verdadera Naturaleza, de mi Naturaleza no-humana. Sin embargo yo también estaba deviniendo cada vez más consciente de mí mismo-como-yo-soy-para-los-otros —una persona muy humana y especial, completa con cabeza y cara—. Ambas visiones de mí mismo eran válidas y necesarias.

- (c) Pero cuando crecí, mi visión de mí mismo-desde-afuera, socialmente adquirida, llegó a eclipsar, y finalmente a obliterar mi visión nativa de mí mismo-desde-adentro. De hecho, yo *de-crecí*, colapsé. Al comienzo yo contenía mi mundo; ahora él me contenía a mí —lo poco que quedaba de mí. Intimidado, yo tomaba las palabras de todo el mundo respecto a lo que es aquí donde yo soy, excepto las mías propias. Se me quitaba el voto por miles contra uno. Así pues, *mengüé* desde ser El Sujeto global hasta ser uno de sus miríadas de objetos, un cuerpo recortado, encerrado, una *cosa* cuya naturaleza es levantarse contra todas las otras cosas, un extraño en un universo extraño. Un «caso» que requiere un alienista o médico de la mente, puesto que la enfermedad mental es siempre esencialmente alienación, separación.
- (d) Pero un día, atreviéndome al fin a mirar dentro de este «caso», no encontré ningún paciente, ningún hombre, ninguna cosa sino Espacio para que las cosas acontezcan en él, y ninguna separación de ellas cualquiera que sea. Y este descubrimiento, muy lejos de constituir mi enfermedad (como el testigo mantuvo primero) fue mi cura.

(7) *La evidencia de la Ciencia*

Hasta este punto, la fuerza de la Defensa se ha apoyado en su llamada a mi propia experiencia de primera mano, directa, de lo Que yo soy, mi Subjetividad —ver que nadie más puede hablar por mí aquí—. Desde el punto de vista de la Acusación, sin embargo, esta subjetividad es precisamente la debilidad de mi caso. Pero queda el último disparo de la Acusación, su testigo final y más poderoso, el Científico que cuenta la historia exterior de mí mismo. Y su evidencia, aunque externa y por lo tanto impotente para derrocar mi historia desde adentro, puede al menos pretender ser objetiva e imparcial y bien probada. Como tal, es importante, aunque no crítica, para este proceso:

Bien, ¿su historia contradice realmente a la mía?

Bajo juramento yo aseguro al científico que justamente aquí, a una distancia de cero metros de mí mismo, encuentro —Espacio—. Y le invito a él a venir aquí y ver por sí mismo si estoy diciendo la verdad.

Aceptando mi invitación y acercándose a mí —armado con cámaras, microscopios, y demás— toma minuciosas fotografías de mí en cada etapa de su viaje al interior, y deposita la evidencia ante el Tribunal. Resulta que lo que sus cámaras aprecian de mí, cómo soy registrado en cada etapa, depende de su *recorrido* (hacia mí). Así, su distante retrato de un hombre es

³ Escuche a los niños pequeños, y encontrará que (hasta que se ríen de ellos los adultos que «saben más»), ellos hablan realmente de esta manera.

reemplazado pronto por otro más cercano de una cara o de un miembro, después por un parche de piel, después por células seguido por una sola célula, después por moléculas seguido por una sola molécula, y así sucesivamente, hasta —muy cerca del punto de contacto— yo figuro virtualmente como un vacío. Al acercarse, mi observador me ha perdido por el camino hacia mí —dejando atrás por turno mi humanidad, mi vida, mi materialidad, mi color y opacidad y forma— y ha llegado, *casi*, al espacio vacío.

Pero no completamente. Todavía un exterior, él tiene que dar ese último paso hacia mí, el interior. Además esto es la consumación natural de todos los pasos que ha dado hacia mí. Así estamos de acuerdo. Mi historia encaja y completa la suya.

Y no solo en su conclusión. El lugar donde mi observador viajero descubre un *hombre* en el objetivo de su cámara y en su película, es el lugar (digamos, a dos metros de distancia) donde yo le encuentro (a él) en mi espejo. Nuevamente, donde él encuentra solamente una *cara* es donde yo la encuentro (digamos, a medio metro de distancia) en mi espejo. Estamos de acuerdo en que no es justo aquí, sino ahí fuera, adonde pertenecen esas apariencias humanas.

Y si ahora se alejara de mí (por helicóptero y nave espacial) en lugar de acercarse, me haría resultar ser, por turno, una ciudad, un país, un continente, un planeta (la Tierra), una estrella (el Sistema Solar), una galaxia (la Vía Láctea), y, en el límite, espacio vacío. O más bien, espacio *casi* vacío, como cuando vino hacia mí.

Yo soy el Sujeto de todos estos retratos, de Lo Que ellos son retratos, la Realidad detrás de cada una de mis apariencias. Y en tanto que *todas* estas manifestaciones regionales, desde el electrón, pasando por el hombre hasta la galaxia, doy testimonio bajo juramento de que cada una es, intrínsecamente y vista desde su Centro común aquí, el Sí mismo viéndose a sí mismo como Capacidad. Cuando el Científico, acordemente, me etiqueta como «ondas o partículas en el espacio», o como un «animal», o como un «hombre», o como cualquier otro grado de cosa, su propia investigación indica que yo soy también *todo* grado de cosa, y más allá de todas las cosas su Núcleo y Periferia de No-cosa.

V. RESUMEN DE LA ACUSACIÓN

La Acusación no tiene nada sustancial que agregar a su caso, pero se complace en hacer llamada de nuevo al sobrio sentido común, y en pedir un veredicto de CULPABILIDAD, y la pena de muerte.

VI. RESUMEN DE LA DEFENSA

La sabiduría tradicional, mi propio Auto-verme y Auto-sentirme, mis poderes únicos, mis necesidades prácticas, mi salud mental, el informe que la ciencia física da de mí —estos siete ámbitos tienen un único mensaje, *yo no soy el hombre que parezco*—. En sus diferentes maneras anuncian mi verdadera Naturaleza.

VII. LAS DIRECTRICES DEL JUEZ AL JURADO

Solo cuando hayan llevado a cabo *por ustedes mismos* las pruebas básicas de «Auto-verse» en las cuales la Defensa basa su caso, están ustedes calificados para emitir su veredicto.

Una vez llevados a cabo sinceramente al menos unos pocos de estos simples experimentos, ustedes pueden continuar considerando si, en el curso del juicio, cada uno de los siete puntos de la Acusación no se ha convertido en un punto de la Defensa. Y, si ha sido así, cuál es su valor *acumulativo*.

VIII. VEREDICTO

???

CÓMO ABANDONARSE

ESTE artículo es sobre la práctica y no sobre la teoría. No está interesado en la filosofía del abandono a la Divina Providencia, ni en el lugar del abandono en la religión, sino precisamente en *cómo* abandonar y dejar ser y dejar marchar, precisamente en *cómo* es posible llevar a cabo y mantener el verdadero auto-abandono y la sumisión a la voluntad de Dios.

No es fácil describir lo que es el abandono, pero todos nosotros sabemos cómo se hace sentir —la repentina cesación de la lucha, el fin (por el momento) de toda nuestra resistencia; el tipo especial de calma que sigue a la tormenta del esfuerzo fútil, la relajación que gozamos cuando «algo cede al fin» después de un largo periodo de creciente tensión y ansiedad, y toda la lucha sale de nosotros—.

Una bella presentación de este abrupto cambio de estado de ánimo —o, más bien, de inversión del estado de ánimo— puede encontrarse en la Obertura *Les francs juges* de Berlioz. Esta célebre pieza de música dramatiza la historia de un prisionero que aparece con una acusación capital ante un secreto tribunal medieval. A medida que intenta, con desesperación y terror crecientes, defenderse a sí mismo, la música se torna más salvaje y tensa, cada vez más frenética. Entonces, de repente, al darse cuenta de que su sino está sellado, abandona toda esperanza y se somete con perfecta calma a la sentencia de muerte; y la música de lucha deja sitio a una de las grandes serenas melodías del mundo, que fluye suavemente e incluso lleno de dicha. (Berlioz tomó la melodía de una canción folklórica rusa. Es propiedad común, un tema perenne que aparece en los lugares más inesperados, por ejemplo en la canción popular *Now the Carnival is over*, que trata sobre la resignación de un amante, aunque difícilmente de su auto-abandono).

Podemos tomar como típico nuestro ejemplo del prisionero sujeto a juicio —típico de la dependencia del abandono respecto a su opuesto, sin el que no puede existir—. *Abandonar* es tan inseparable de *luchar* como *arriba* es inseparable de *abajo* y como *izquierdo* es inseparable de *derecho*. Uno no puede soltar algo a lo cual usted no se está aferrando, o perseguir la paz en la apacibilidad.)

De ello se sigue que el estado de ánimo del abandono no puede ser permanente: para ser tiene que alternar con su opuesto, con el estado de ánimo de la resistencia. No está en su naturaleza ser constante. ¡Esto ciertamente es experiencia común, nosotros no dejamos de luchar contra la voluntad de Dios cuando estamos corporizados en nuestras circunstancias, y entonces de alguna manera encontramos la gracia para abandonarnos a ella —por un rato— y después todo el infortunado proceso comienza de nuevo! El abandono puede venir: pero, ¡ay!, como Maharshi lo señala, lo que viene partirá. Al igual que todos los pensamientos y sentimientos (no importa cuán profundos o iluminados o incluso divinos puedan ser) es impermanente. Puesto que es una cosa específica, con características limitadas, no solo necesita e implica su opuesto, sino que está tendiendo siempre a sumergirse en él.

Estos hechos evidentes pero desapercibidos ponen límites a todo *cultivo* del abandono — bien sea leyendo o pensando sobre él, o intentando de algún modo provocar el sentimiento, mediante *japa*, prosternaciones, o cualesquiera medios que sean—. El problema con esta experiencia altamente deseable es que fluctúa todo el tiempo, que elude nuestra presa, y que tiende a estar menos disponible cuando más se necesita. ¿Quién, en verdad, puede sentir *algo* a petición? ¿Y en este ejemplo sobre el cultivo de lo que viene naturalmente o no viene en absoluto, sobre la persecución de la paz, sobre intentar o no intentar, sobre aferrarse, sobre esforzarse por relajarse, hay algo particularmente auto-decepcionante y ciertamente ridículo! No hay que sorprenderse de que esta extraña empresa de auto-entrenamiento no funcione en absoluto. Al final tenemos que abandonar todos estos intentos de abandonar.

¿No hay entonces nada que podamos hacer respecto de este problema? ¿Debemos continuar dejando que estos estados de ánimo alternantes de lucha contra la Naturaleza de las cosas, y de sincera (o tibia) aceptación incluso de los «peores» de ellos, continúe estructurando nuestras vidas? ¿O que, más probablemente, las hagan pedazos?

No. El método *directo* de intentar ganar el control de nuestros sentimientos prueba que es auto-decepcionante, pero hay un «método» *indirecto* que es más prometedor. El problema *puede* ser resuelto —aunque no enfáticamente en su propio nivel o en sus propios términos— y resuelto absolutamente.

La solución es la ATENCIÓN, *atención en lugar de intención*. Atención a lo que *es*, en lugar de esforzarse por *lo que debería ser*. Atención a las cosas como ya son, sin ningún intento de mejorarlas. El hecho es que la atención total *es* abandono, y el abandono total *es* atención.

¿Atención a qué? Atención a lo que se da justamente donde usted está en este momento, prescindiendo de otros lugares y tiempos. Leer solamente sobre esta atención no es bueno en absoluto: usted, querido lector, debe mirar de verdad, ahora, a lo que es su lado de esta página impresa, a su Veedor [de esta página], a su lector —si hay alguno—. ¿No es un hecho que no hay nada [ninguna cosa] donde usted está, nada sino «espacio» para que esta escena (para estas manos que sostienen esta página, rodeadas de vagas formas coloreadas) tenga lugar en él? ¿Nada donde usted está ahora sino esta inmaculada Consciencia o Capacidad, carente en sí misma de todo sonido, olor, sabor, color, forma, opacidad, complejidad, movimiento —y por lo tanto perfectamente preparada para dar cabida a todos éstos—? ¿No es vacuidad llena exactamente lo que usted es en este momento según la evidencia presente?

Este ver dentro, esta atención a Lo Que uno es siempre (bien sea que uno lo note o no), este descubrimiento de Eso que es más allá de toda posibilidad de mejora (debido a que aquí no hay nada para cambiar o ser cambiado) —sólo esto es abandono total—. Es el abandono de todo atributo y cualidad y función que uno había reclamado, el fin de todas las pretensiones de uno a ser una cosa cualquiera que sea. Ni un átomo de substancia, ni una punzada de sentimiento o sombra de pensamiento, pueden sobrevivir en la rarificada atmósfera del Centro. Aquí hay solo atención, pura consciencia-de-consciencia sin contenido o cualificación, y Esto

jamás puede venir o irse. Aquí está el Abandono mismo, incluyendo el abandono de todo tiempo y cambio. Uno no lleva a cabo este Abandono: uno Lo es eternamente.

No obstante, este ver dentro esencial no pone fin al desfile de sentimientos y pensamientos, con sus inacabables cambios y alternancias, con sus inherentes contradicciones. Tampoco puede contarse con él para «rectificarlos». Puede ser que en algún grado se arreglen por sí mismos, y puede ser que el sentimiento de abandono tome consistencia, ahora que todos los sentimientos son experimentados conscientemente desde su Fuente y Contenedor libre de todo sentimiento justamente aquí. Sin embargo, en su propia esfera ellos siguen siendo esencialmente «problemáticos»: es su naturaleza ser incompletos, en parte falsos, y siempre en conflicto unos con otros. La diferencia real que este ver-Lo-Que-uno-es supone, no es la *mejora* de esa escena —del pensamiento y sentimiento y comportamiento de uno— sino su *emplazamiento*. Toda ella pertenece ahí afuera, en el mundo y del mundo. Lo que yo solía llamar «*mis* pensamientos y sentimientos» se encuentra que son pensamientos y sentimientos sobre las cosas ahí, y nunca sobre Mí aquí. El universo está tan repleto de tristeza y alegría, fealdad y belleza, lucha y abandono, y de todos los demás opuestos, como lo está de color y forma y movimiento. Todo ello es traído a la luz por la Luz aquí, la Luz que es ella misma Limpia de toda cosa y cualidad lo ilumina. Usted es esa Luz.

Pero usted puede objetar que este ver-Lo-Que-usted-es-realmente no dura, sino que viene y va lo mismo que viene y va el sentimiento de abandono, y que es quizás aún más difícil de mantener que ese sentimiento.

Bien, inténtelo, y encontrará que, a diferencia del sentimiento, el ver está siempre disponible. Usted puede ver Qué y Quién es usted sean cuales sean sus ocupaciones o circunstancias o estado de ánimo: nada es más fácil o más natural.

Este ver tampoco es intermitente. Ocurre fuera del tiempo, en el sentido de que es ver dentro de ese Lugar donde nada, ni siquiera lugar y tiempo, sobreviven. Esto no es teoría para pensar sobre ella, sino hechos para probarlos. Mire de nuevo y vea la no-cosa (nada) que usted es ahora, y encontrará que su ver no cursa como teniendo comienzo en tal o cual momento del reloj, y acabando tantos segundos o minutos u horas después. Encontrará también que no puede ser separado por ningún tipo de intervalo de otras «ocasiones de ver», supuestas. Como un maestro zen observa: «Ver dentro de la Nada —es el verdadero ver, el *eterno* ver—».

Donde no hay ningún tiempo no hay ninguna voluntad, ninguna intención, ninguna elección, ningún lugar, pues todos estos son hijos del tiempo. Paradójicamente, el abandono real a la Voluntad Divina no es solo abandonar la propia voluntad personal de uno, sino toda voluntad, y reposar en la perfección de lo que *es*. La única vía de acceso a este lugar de no-deseo es prestarle atención, y ver que uno jamás ha estado en ninguna otra parte. Justamente aquí a cero metros de uno mismo, en el punto medio mismo del universo de uno, está el Dios que es la quietud en el corazón de la tormenta.

«Nosotros solíamos orar: Hágase
Tu voluntad, Señor y Dios mío.
¡Y he aquí! Él no tiene ninguna voluntad:
Él es sólo quietud».

Así escribe Angelus Silesius, el Peregrino Querubínico.

Pero en ese caso, ¿qué tenemos que hacer con la gran afirmación de Dante: «Su voluntad es nuestra paz»?

La respuesta es examinar nuevamente el Lugar que uno ocupa, y ver cuán vacío está de todo contenido suyo propio, y ciertamente de toda voluntad o intención. Y ver, también, cuán lleno está de esta escena, del mundo como se da ahora, completo con todos los sentimientos y pensamientos que están ahora coloreándolo y vivificándolo. ¿No es un hecho, en su propia experiencia ahora como la Fuente sin-voluntad, que su voluntad está perfectamente incorporada en todo lo que ahora está fluyendo desde esa Fuente, de modo que todo ello es perfectamente aceptable justamente como es? ¿Es posible ver Quién es usted, sin aprobar las cosas como ellas son? ¿Hay alguna otra vía, en último recurso, al auto-abandono verdadero, sino ser conscientemente el Uno que en Sí mismo no tiene ninguna voluntad, aunque es responsable de todo en el mundo? Ver que usted no está en el mundo, y que al contrario el mundo está en usted, es reconciliarse con toda su manifestación.

Hubo una vez un discípulo zen tan dotado que su Maestro eventualmente le envió a un Maestro más grande para la instrucción última. Para sorpresa del discípulo, su nuevo Maestro resultó ser una anciana pobre y bastante enferma, que parecía no tener nada que ofrecer. Pero al fin él extrajo su mensaje. Era éste: «*No tengo ninguna queja*».

Primero vea Qué y Quién es usted, establezca su verdadera Identidad, y entonces vea si usted tiene algo de qué quejarse.

LA TRANSUBSTANCIACIÓN

El famoso y polémico dogma cristiano reexaminado

NINGÚN dogma religioso de gran significación para incontables personas durante siglos es probable que sea enteramente falso o absurdo. Tampoco es probable que sea enteramente válido y factible para nosotros ahora —en su forma tradicional—. La situación es que está desmoronándose, o al menos cayendo en desuso, y que no necesita tanto reparaciones menores ni el desecho completo, como el desmantelamiento y revisión completa. Así pues, la pregunta que hay que hacer sobre un tal dogma no es una rotunda «¿Es verdadero, tal y como está?» sino más bien «¿En qué sentido puede ser verdadero? ¿Cuál es su significado para el siglo XXI?» Y la respuesta resultante puede mostrarse sorprendentemente creativa —no un nuevo aire popular sobreimpuesto sobre el mismo viejo mecanismo decrépito, sino una profunda penetración dentro de su intención original y oculta—. Puede que entonces sea posible ver más en esa intención de lo que los diseñadores fueron plenamente conscientes, de modo que tanto él como ellos sean valorados más altamente que nunca. Y, además, el resultado bienvenido puede ser el arreglo de las controversias teológicas que continúan dividiendo al cristianismo.

No podemos prescindir de una revisión tan drástica, sobre la base de que la verdad «espiritual» es sacrosanta y está completamente separada de la verdad «científica» y «cotidiana». Hay solo un tipo de verdad —el tipo que hace a los hombres libres. Una doctrina deja de tener sentido en la religión cuando en todos los demás campos se ve como carente de sentido. No es verdadero el domingo si es falso el resto de la semana. Donde lo genuinamente espiritual bur-la el sentido común (lo que, por supuesto, hace muy a menudo) se debe solo a que ve a través de la insensatez socialmente condicionada lo que realmente tiene sentido. Pues la verdadera espiritualidad es transparentemente honesta, simple (y por lo tanto difícil), precisa, más aguda que el filo de una navaja.

Éstas son afirmaciones gratuitas, pero pueden ser ilustradas. Tómese, por ejemplo, la antigua y reverenciada doctrina de la transubstanciación en la eucaristía, según la cual toda la substancia del pan y del vino se convierten en el cuerpo y la sangre de Cristo, permaneciendo solo las apariencias del pan y el vino.

Bien, ¿qué era el cuerpo verdadero de Jesucristo, no como lo veían los demás, *sino en su propia experiencia de primera mano*? Consultémosle a él sobre esta materia y tomémosle su palabra, puesto que nadie más está en posición de responder por él. Lo que nos dice a todos que hagamos ciertamente lo hizo él mismo: deviniendo como un niño pequeño, vio dentro de sí mismo no un gelatinoso amasijo de materia anatómica, sino el Reino de los Cielos. Siendo su Ojo único, todo su cuerpo también estaba lleno de Luz, sin ningún lugar oscuro. Pongamos a un lado la especulación teológica y supongamos que él quería decir justamente lo que dijo. En ese caso, veía su cuerpo reemplazado, no metafóricamente sino verdaderamente, por la Luz que ilumina a cada hombre que viene al mundo; y esta Luz era lo que él realmente era, su

secreto interior, la verdadera historia interior que discurre tan diferentemente de la historia exterior de su apariencia para las demás personas. ¿Cuál cuerpo, entonces, ofrece al comulgante en la Misa —el aparente o el real, el exterior humano (que haría del comulgante un caníbal) o el interior divino, el cuerpo de Luz—? Obviamente el último. Y el comulgante verdaderamente iluminado lo acepta como tal, como materiales opacos transubstanciados en la Clara Luz.

Nuestro comulgante no puede detenerse en eso. Al tomar las instrucciones de su Señor en serio, ve que él también es todo Luz dentro. Semejante a un niño, nota, con agradecido asombro, que él también está provisto de un Ojo único, detrás del cual no hay nada sino la ilimitada claridad del Reino y ninguna obscuridad en absoluto. En verdad es solo su propia Luz interior lo que le capacita para recibir del sacerdote oficiante el verdadero cuerpo del Señor, de modo que la Luz al entrar en la Luz no es entenebrecida, y la comunión deviene unión.

¿Qué puede significar todo esto para el escéptico honesto y abierto de espíritu de hoy día? Puede tener un sentido perfecto —provisto que sea realmente abierto—. Hablando por mí mismo, encuentro el milagro de la transubstanciación repetido en *cada* comida. Por supuesto, el pan ahí sobre mi mesa tiene la apariencia ordinaria del pan, corteza y miga, y el vino tiene el brillo rojizo del vino —cuando se ven desde esta silla—. Pero cuando tiendo una mano para traerlos hacia mí y ellos atraviesan la distancia —de medio metro— que nos separa, misteriosamente se transforman. Los veo crecer, devenir borrosos, perder forma y textura y color, y después desaparecer completamente —no dentro de una boca y garganta materiales, sino dentro de ese gran Buche Vacío que aquí los reemplaza—. Deshechos y «espiritualizados» en su camino hacia mí, son entonces vaciados dentro de este Vacío, transmutados visiblemente en esta Claridad que es mi naturaleza intrínseca. Si son comidos, entonces éste es un tipo de comer muy diferente de los extraños tragares de ahí afuera, donde sustancias ajenas están siendo introducidas dentro de hendiduras dentadas en las cabezas de las personas. Aquí, por contraste, comer es una cosa que deviene no-cosa para unir fuerzas con la No-cosa que yo soy, de modo que la Substancia básica de comedor y comido se experimenta como uno y lo mismo. Habiendo muerto, el grano y la uva, el pez y el ave de los que ahora estoy gozando, están entrando dentro de su propio sí mismo y siendo conscientemente resucitados en mí ahora. Toda toma de alimento por la 1ª persona como tal (enfáticamente no la 3ª persona como tal) es tomar parte en la Vida o Esencia común, y deviene una verdadera Sagrada Comunión siempre que se realiza que es justamente eso.

Así pues, el creyente no está equivocado: la eucaristía no es ni un piadoso fraude ni un mito bello pero agonizante. La historia más recóndita del Señor en la Última Cena en Jerusalén, del pan y del vino sobre el altar, del celebrante, y del comulgante mismo, es una y la misma historia. Por mucho que difieran sus fechas y sus apariencias, su Realidad es absolutamente idéntica. Todo reposa sobre el único Terreno del Ser.

Hay un lugar donde católicos (con su transubstanciación), luteranos (con su consubstanciación), otras iglesias (con sus propias variaciones dogmáticas sobre este tema), e inclusive humanistas y positivistas de todo tipo (con su rechazo inspirado por la ciencia de todos los dogmas religiosos), pueden juntarse sin comprometer sus convicciones básicas, sino más bien

aclarándolas y profundizándolas. Ese lugar es *este lugar ahora*. La transubstanciación, la maravillosa y milagrosa conmutación desde la apariencia regional a la Realidad central, desde el accidente a la Esencia, desde tantas sombras de oscuridad a la Única Luz, jamás puede ser observada desde una distancia. No acontece ahí afuera, sino solo aquí adentro. Todos los cuerpos despliegan un espectáculo, mantienen las apariencias, velo sobre velo; pero los velos cubren una única Substancia indivisible y auto-luminosa, que está toda en este lugar, esperando la inspección ahora. Ésta es la única Visión que es imperativo ver, y la única que (felizmente) jamás puede ser mal vista. Más felizmente todavía, es completamente evidente y perfectamente natural y ordinaria, tan pronto como se le presta atención. Véala, y este artículo tendrá sentido. Sólo pensarla o sentirla, y entonces se errará el punto.

RAMANA MAHARSHI y la Disponibilidad de la Auto-realización

«LA Auto-realización es posible solo para el apto... Uno debe estar dispuesto a sacrificar todo por la Verdad. La renunciación completa es el signo de la aptitud».

«La Gracia Divina es esencial para la Realización... se da solo al que es un devoto o un yogui verdadero, al que ha trabajado dura e incesantemente en la vía hacia la liberación».

* * *

«Todos están viendo a Dios siempre, pero no lo saben».

«Yo veo lo que hay que ver... Yo veo solo lo que todos ven, nada más».

«El Sí mismo es siempre Auto-evidente».

«El Sí mismo siempre-presente no necesita ningún esfuerzo para ser realizado. La realización está ya aquí... El Sí mismo está dentro de la experiencia de cada uno en todo instante».

«No hay nada tan simple como ser el Sí mismo. No requiere ningún esfuerzo, ninguna ayuda».

De *Conversaciones* de Sri Ramana Maharshi

¿Querrá usted leer de nuevo estos dos grupos de citas de *Conversaciones* de Sri Ramana Maharshi, y notar cuán flagrantemente se contradicen entre sí —o así parece—?

Una y otra vez, cuando se leen las palabras de los Sabios, uno tropieza con estos dos mensajes: la Auto-realización es la cosa más fácil del mundo —y es también la cosa más difícil! La liberación es la recompensa de un trabajo largo, ferviente y asiduo— e inversamente no es nada de tal: ¡es perfectamente natural y siempre-presente y nada en absoluto por lo que haya que esforzarse! Quien yo soy realmente es brillantemente evidente para mí justo ahora, justo como yo soy, con solo que me atreva a girar en redondo mi atención y a examinar el lugar que yo ocupo; ¡y (ellos agregan) esta visión está disponible solo para los pocos que están cualificados para ella!

Así, no es solo Ramana Maharshi quien nos confronta una y otra vez con esta contradicción o paradoja total. Ella aparece en todas las grandes enseñanzas místicas del mundo.

Entre nuestros contemporáneos, Sri Nisargadatta Maharaj nos dice que la Liberación es un trabajo arduo y costoso, y al momento siguiente nos dice que nuestro único problema es que nosotros pretendemos que no estamos liberados.

Antes de continuar investigando si tales contradicciones aparentemente flagrantes pueden ser reconciliadas, notemos de pasada qué efecto tienen sobre los lectores y los devotos. Hay tres reacciones:

- (1) La primera reacción y ampliamente la más común es tomar seriamente sólo aquellos pasajes que parecen decir que la Iluminación o la Liberación *no está* disponible, e ignorar (o no ver) los otros pasajes que insisten en que está disponible aquí y ahora, independientemente de lo apto o inepto que pueda pensar que yo soy. La excusa dada frecuentemente para justificar esta ceguera es la humildad. «¡Yo *no estoy* iluminado!», dicho más bien presuntuosamente, si no orgullosamente, y con la sugerencia de que no todo el mundo es tan modesto. De hecho sería más honesto decir: «En verdad, por todo tipo de razones, estoy determinado a hacer caso omiso, a negar con vehemencia mi Iluminación siempre presente, y las palabras de mi Maestro que la afirman son insensatez —en lo que a mí concierne—».
- (2) El segundo tipo de reacción de los lectores y devotos es el inverso del primero: a saber, tomar seriamente solo aquellas enseñanzas que enfatizan la inmediatez y evidencia del Sí mismo, y hacen caso omiso convenientemente de aquellas que mencionan el precio que hay que pagar. En este caso la excusa común será probablemente que, puesto que de todos modos la verdadera Naturaleza de uno es Iluminación misma, no hay nada que hacer al respecto, ninguna práctica continuada, ninguna renovación de la dedicación, ningún trabajo espiritual. Y el resultado de esta actitud es que, incluso si uno ha vislumbrado efectivamente su verdadera Naturaleza, de hecho uno está viviendo todavía la vieja vida engañada de identificación con su naturaleza humana. Ver dentro de uno ocasionalmente es ampliamente inoperativo.
- (3) La tercera reacción es la genuinamente humilde, la única que muestra verdadero respeto por el Maestro, la única digna del devoto real, y que es dar igual peso a ambos aspectos de la enseñanza, reconociendo y no negando ni comentando sus «contradicciones», y llevando a cabo diligentemente su reconciliación, no tanto en la teoría como en la práctica, momento a momento. El resto del artículo trata de eso.

Para comenzar, preguntémosnos a nosotros mismos qué es la Auto-realización. ¿Qué es, en sus términos más simples, esta experiencia, que paradójicamente se describe como absolutamente gratuita a petición, y como costando el mundo —costando todo—? Es ver claramente que yo no soy mi cuerpo, mi mente, mi pasado, mi futuro, mis pensamientos y sentimientos, mis esperanzas y miedos, y así sucesivamente, y sucesivamente. Usted lo llama: yo no soy eso. La Auto-realización es la percepción de que donde yo soy no es ninguna cosa, ninguna forma, ningún límite, ningún contenido en absoluto, sino solo esta indescriptible Realidad que llamamos inadecuadamente Consciencia, o YO SOY, o la Fuente, o el Centro en Quietud de todas las cosas.

El hecho de que no lleve ningún tiempo en absoluto llegar a esta Ausencia-Presencia que YO SOY podría sugerir que ello no requiere ningún trabajo y que no entrena ningún proceso, y que no ha acontecido nada que me permita ver el Sí mismo. En un sentido esto es verdadero; en otro sentido es enteramente falso. Este ver-dentro, aunque es ciertamente instantáneo y simple, implica necesariamente abandonar todo aquello con lo cual uno se había identificado

siempre —todo—. Esto no es ninguna auto-negación ordinaria, que es abandonar lo «malo» y aferrarse a lo «bueno». Y no es tampoco ninguna muerte ordinaria, que es la conversión de materia orgánica en inorgánica. Es despojamiento total y muerte total, descenso, descenso, descenso por debajo del último rastro de la materia misma a la Fuente sin distinción de todo.

De todas las aventuras, este despojamiento, esta muerte multifacética, esta aniquilación de todos nuestros sí mismos (egos), es de hecho lo más difícil y terrorífico y letal, bien sea que reconozcamos esto conscientemente o no. No hay ningún terror como el miedo de desvanecerse sin dejar rastro. Y ese terror (más o menos no reconocido) es la razón real por la que tantos de nosotros no alcanzan a registrar, no alcanzan ni siquiera a ver, esas palabras que nos certifican nuestra Iluminación siempre-presente. No hay que sorprenderse de que estemos sobrecogidos de lo que descubrimos cuando volvemos nuestra mirada desde el mundo a su Veedor. Y no constituye ninguna diferencia que se nos certifique que el terror solo golpea a aquellos que deambulan por el borde del Abismo, y que una vez rebasado ese temible borde se acaban todos los miedos. La mayor parte de nosotros retrocede apresuradamente de la terrible Vacuidad apenas la vislumbramos.

Pero algunos son empujados, o tropiezan, o son dulcemente arrebatados más allá del borde. Ellos son los «aptos», los recipientes de la Gracia de la cual habla Sri Ramana Maharshi. De hecho, bien sean conscientes de ello o no, están «listos para sacrificar todo por la Verdad». Esta zambullida es muerte cierta, sin ningún residuo, y a la vez extremadamente «fácil» y extremadamente «difícil». Todos nosotros sabemos en qué sentido es fácil caer por un precipicio natural como Beachy Head, y en qué sentido es difícil. El precipicio de nuestra verdadera Naturaleza es bastante similar. El Abismo es fácil de ver, sin barreras, muy cerca en verdad, posiblemente fascinante. Un empujón, y vamos al otro lado: no requiere ningún esfuerzo penetrar ese Abismo. Así pues, Sri Ramana Maharshi insiste justamente en que, por una parte, la Auto-realización es sin esfuerzo, nuestra a petición, nuestra de todos modos; y por otra, en que toma todo lo que hemos adquirido.

Tengo muchos amigos que pasan el borde, que ven claramente (o al menos pueden ver cuando quieren) que el Lugar que ocupan está de hecho desocupado, y que, no obstante, hasta aquí no han experimentado ninguno de los terrores del Abismo, o la agonía de la muerte total. Amigos, quiero decir, que han tropezado y caído dentro del Vacío con muy poco esfuerzo o resistencia o alarma, tan pronto como les fue mostrado. ¡Sujetos de la Gracia divina, en verdad! ¿Están tales afortunados, para quienes la Auto-realización es la disponibilidad misma, eximidos y excusados entonces de todo miedo, de todo esfuerzo, de toda o de mucha de la «dura e incesante lucha» de la que habla Ramana Maharshi?

¡No! Uno no pasa a ese Precipicio y muere y parte de una vez por todas. Hay que sumergirse una y otra vez dentro de ese tremendo Vacío; y sospecho que, más tarde si no es más pronto, al final si no es al comienzo, habrá una agonía y un terror que solo puede ser experimentado, y que no puede ser ni anticipado ni descrito. Paradójicamente ese miedo último resulta ser la receta para el no-miedo último, pero esto no significa que pueda ser evitado o reducido. Aún más ciertamente, dudo que pueda evitarse o reducirse mucho la disciplina de llevarse a uno mismo, minuto a minuto, durante meses y años y décadas, a la «renunciación

completa». La práctica incesante es indispensable mientras queda bajo el pie un centímetro de terreno, o queda en pie algún rastro de precipicio.

Ramana Maharshi enfatiza la necesidad de estabilizar la Auto-realización. Y hay ciertamente un mundo de diferencia entre aquel para quien la Verdad está constantemente presente y aquel a quien la Verdad se le escapa la mayor parte del tiempo. No obstante, el Abismo es el Abismo, sin grados de vacuidad. Experimentar Esto es experimentarlo exactamente como todos los Sabios lo experimentan, no importa cuán falto de práctica sea el experimentador o cuán breve sea su experiencia. El Sí mismo ve que el Sí mismo no puede ser mal-visto. Esa es su naturaleza.

Y su naturaleza es ser siempre y totalmente disponible. La falibilidad —los miedos, dudas, ceguera— de la naturaleza humana no puede menguar la Perfección de Quien nosotros somos *ya*. La verdad última, como Ramana Maharshi señala incansablemente, es que «no hay ningún alcanzar el Sí mismo. Si el Sí mismo tuviera que ser alcanzado, eso querría decir que el Sí mismo no es aquí y ahora... Usted es ya el Sí mismo. Por lo tanto la realización es común a todos... Esta misma duda, *¿puedo yo realizar?* o el sentimiento *yo no he realizado*, son los obstáculos».

A pesar de estas alentadoras palabras, usted puede señalar acertadamente que se necesita la Gracia que le capacite para cesar de dudar de su Auto-realización siempre-presente. Sí: pero esto no es excusa para quedarse ahí, bien consciente del borde, esperando ociosamente el empuje de la Gracia divina —¡y esperando fervientemente que no acontezca todavía!—. Atrévase al menos a echar una ojeada más allá del borde del mundo. Mire ahora *a* desde donde usted está mirando. Note lo que están abarcando ahora estas palabras impresas. Ramana Maharshi dice: «Es realmente como mirar dentro del Vacío». ¿No es usted ahora en su propia experiencia de primera mano ninguna cosa en absoluto sino el Vacío en el cual estas marcas sobre el papel se muestran? Mire y vea si su Vacío está disponible u oculto de usted. Para descubrir si es el afortunado recipiente de la Gracia divina, tenga el coraje de mirar hacia usted mismo ahora sin ningún pensamiento o creencia o imaginación, con la mente abierta de un niño pequeño.

Si ve que jamás ha estado sobre ese desesperado borde del precipicio de la realidad objetiva y de la humanidad, sino que ha sido y es y siempre será este inmenso Vacío, este Abismo de *Sat-Chit-Ananda*, entonces usted no es ya meramente el recipiente de la Gracia. Usted es la Gracia misma.

RAMANA MAHARSHI y las Variedades de la Experiencia Mística

«El pensamiento *Yo soy Brahman* tiene que desvanecerse»

«Es realmente como mirar dentro del vacío»

ESTAS dos frases de las *Conversaciones* de Ramana Maharshi suscitan toda la cuestión de la naturaleza de la Auto-realización, de cómo se vive la verdadera vida espiritual, de lo que es la experiencia mística por todas partes. Si esa experiencia es tan desnuda como declaran estos pasajes, ¿qué valen entonces esos maravillosos dichos de los grandes místicos, de Oriente y de Occidente, antiguos y modernos, que hablan no de vacío sino de plenitud, del goce de todo tipo de riquezas, conocimientos y revelaciones espirituales?

¿Qué *es* el misticismo? De todas las palabras cargadas que usamos y abusamos, ésta está entre las más ambiguas, y es también una de aquellas a cuyo respecto menos vagos podemos permitirnos ser. ¿Qué *entendemos* por experiencia mística? ¿Cuáles *son* los signos del místico verdadero?

Alguien lo suficientemente ingenuo como para ponerse a dar respuesta a estas preguntas haciendo una visita a una librería, y sumergirse en los libros de los estantes «místicos», abriría la puerta a una total confusión. ¿Qué relación podría encontrar entre la clarividencia y el Maestro Eckhart, entre las coloridas historias de milagros y el Vacío, vacío incluso de toda vacuidad, entre la magia mental y la poesía de San Juan de la Cruz, entre el viaje astral o las experiencias fuera del cuerpo y la pretensión de algunos místicos de que ellos jamás estuvieron *en* el cuerpo de ninguna manera? ¿Cómo podría reconciliar esas autoridades espirituales que describen la consciencia esencial como el gozo de este o aquel estado o cualidad o idea (tales como Soledad, No-dualidad, Quietud, Silencio, Amor, Ilimitación...) con aquellos que insisten en que la consciencia esencial no tiene ningún contenido en absoluto, que está libre de todo pensamiento y sentimiento, que es sin idea y enteramente no mental?

En este artículo intentaremos aclarar estas confusiones distinguiendo estrictamente tres tipos de experiencia que, aunque agrupadas comúnmente bajo el título de *místicas*, son de hechos muy diferentes.

El primer tipo no necesita que nos entretengamos mucho. Aquí *místico* significa misterioso, raro, inexplicable, oculto, ominoso, más allá de crédito, innatural, incompatible con la ciencia. Recuerdo que compré, hace muchos años, por la fuerza de su título, un libro llamado *The Mystical Life* [La Vida Mística]. Resultó ser un relato de viajes, en un estado de trance, a través de reinos astronómicos desconocidos para la ciencia; y la implicación era que aquí teníamos el meollo mismo de la experiencia mística, y que no existía ningún otro tipo. Este tipo de misticismo cubre un campo enorme, desde los platillos volantes y la numerología hasta los extraños mundos de Rudolph Steiner y Emmanuel Swedenborg y W. B. Yeats. Esto no es

para negar el valor y la significación a este tipo de experiencia (puede ser bella y cambiar la vida) sino para señalar cuán diferente es de la experiencia mística de nuestro segundo tipo.

Más bien que intentar describir esta segunda variedad, tomemos un ejemplo. En su libro, significativamente titulado *Cosmic Consciousness: A Study in the Evolution of the Human Mind* [«Consciencia Cósmica: Un Estudio en la Evolución de la Mente Humana»], el Dr. R. M. Bucke escribió:

«Me sobrevino un sentido de exaltación, de inmenso gozo, acompañado o seguido inmediatamente por una iluminación intelectual completamente imposible de describir. Entre otras cosas, no me llegué meramente a creer, sino que vi que el universo no está compuesto de materia muerta, sino que es, por el contrario, una Presencia viva; devine consciente en mí mismo de la vida eterna. No era una convicción de que tendría la vida eterna, sino una consciencia de que poseía la vida eterna entonces; vi que todos los hombres son inmortales; que el orden cósmico es tal que sin ninguna duda todas las cosas operan juntas para el bien de todas y de cada una; que el principio fundacional del mundo, de todos los mundos, es lo que llamamos amor, y que la felicidad de todos y cada uno es cierta a la larga. La visión duró unos pocos segundos y desapareció; pero su recuerdo ha permanecido durante el cuarto de siglo que desde entonces ha transcurrido. Yo sé que lo que la visión mostró era verdadero...»

Esta segunda variedad de experiencia mística no se interesa tanto en las emociones, la excitación, la rareza de lo que se experimenta como en su verdad. Pretende llegar a Hechos auto-evidentes de inmensa importancia, anteriormente ocultos. Viene como conocimiento de un orden más elevado, y recíprocamente como el descubrimiento de las Realidades subyacentes. Es una Revelación o una serie de Revelaciones. Son ejemplos la vívida realización de que uno mismo no es Nada, no tiene Nada, no sabe Nada, no quiere Nada... pero la lista es inacabable. En estos niveles la Verdad es como un diamante con innumerables facetas, de muchos colores, de brillo ígneo, de largo alcance.

La experiencia que estamos intentando describir, aunque es tan variada como para confundir toda definición, tiene cuatro signos distintivos. *Primero*, no puede tenerse a voluntad. Es un acontecimiento espontáneo, impredecible. Se puede hacer poco o nada para provocarla. La gracia pasmosa no responde a invitaciones urgentes. *Segundo*, es específica más bien que global. En un momento dado tiene un contenido de pensamiento y de sentimiento limitado, por muy exaltado que el contenido sea. Por ejemplo, si usted está realizando ahora conscientemente su verdadero Sí mismo como YO SOY, o puro Ser, o la Fuente que hace lo «imposible» y se crea a Sí misma de Sí misma, ¿por qué entonces no está usted realizando su verdadero Sí mismo como Amor, o como No-cualidad, o como Atemporal e Inmutable, o como el Único Poder? *Tercero*, tiene una cierta vaguedad y no puede ser retenida. Se niega a permanecer quieta para la inspección, y se desparrama en otras realizaciones. Puede ser recordada solo con dificultad. Es sobre todo una cuestión de grado. Los sentimientos místicos y los pensamientos de Amor, o de Paz, o de Unidad, o cualesquiera que sean, varían en intensidad de un momento a otro, y (no hay que decirlo) de un místico a otro. Algunos están enormemente dotados en esto y otros no lo están tanto; algunos son practicantes expertos y otros son meros

principiantes. Hay una jerarquía de logros espirituales. *Cuarto* y último, es un acontecer en el tiempo. Viene, florece más o menos brevemente, y se va, quizás para no volver nunca más, y ciertamente para no volver nunca precisamente en esa forma.

Estas cuatro características —impredecibilidad, incompletud o parcialidad, vaguedad, y brevedad— las cuales son los signos de nuestra segunda variedad de experiencia mística, no se aplican en absoluto a nuestro tercer tipo. De hecho es completamente lo opuesto del tipo de cosa que hemos estado examinando hasta aquí. Si, por conveniencia, llamamos a nuestras dos primeras variedades «misticismo popular» y «misticismo de experiencia cumbre» respectivamente y a esta tercera variedad «misticismo liberado», entonces el misticismo liberado está en verdad liberado de los defectos del misticismo, para no mencionar del misticismo mismo. Así:

Primero, esta experiencia es accesible, a voluntad, cualquiera que sea mi estado de ánimo o de salud o mis méritos o deméritos. Todo lo que necesito hacer para ver dentro de mi verdadera Naturaleza es girar la flecha de mi atención en este momento y notar que estoy mirando al mundo desde nada, y no ciertamente desde una cosa pequeña, opaca, coloreada y complicada. El lugar que ocupó ahora está vivo al hecho de que está *inocupado*, y de que justamente aquí es meramente «Espacio para que el mundo acontezca en él». Si tengo alguna duda de esto, solamente tengo que apuntar hacia mi «cara», y ver lo que hay en *mi* lado de ese dedo que me apunta.

Segundo, esta experiencia es un tapón para la mente. Lo que encuentro aquí no tiene ningún contenido perceptivo, ningún contenido de pensamiento, ningún contenido de sentimiento. Es una especie de idiotez alerta, libre de ideas y de emociones de todo tipo, y ciertamente de las del tipo místico. Esto no significa que yo esté en ningún tipo de trance, o que haya algo raro o innatural en este estado. Todo lo contrario: es cesar de fingir que soy lo que no soy, una cosa en el mundo, un cuerpo-mente. No es que menosprecie o rechace los contenidos de mi consciencia, sino que estoy despierto al hecho de que donde yo soy es Claridad inmaculada, libre de todo contenido o cualidades o funciones. Aquí la mente no puede penetrar.

Tercero, está visión de la Fuente no tiene nada de vago. Es la precisión misma. No puede ser dudada. Es auto-evidente, clara, simple, todo-o-nada, y no hay ninguna manera de trastocarla. No hay visiones inferiores de Quien es uno realmente. Puede continuar para siempre teniendo sensaciones más bellas, pensamientos más brillantes, conocimientos más profundos, pero cuando llega a Casa, a su Origen, hay solo una única manera de ser. Lo que usted ve es perfectamente visto, como ello es por siempre jamás.

Cuarto, esta experiencia está fuera del tiempo. Es solo Ahora. Por eso es por lo que nunca puede ser recordada o anticipada, sino solo tenida en el momento presente. Y cuando se tiene, no puede serle atribuida ninguna fecha ni hora. «Yo vi Quien era desde las 3 horas de la tarde a las 4 horas y 35 minutos» no tiene ningún sentido en absoluto. Esto no es para discutirlo sino para probarlo. Examine ahora la Ausencia que está en el centro de su universo, y notará que su inspección no tiene comienzo ni fin. La experiencia de hecho se certifica como atemporal.

En todo aspecto vital, entonces, nuestro tercer tipo de experiencia mística contrasta agudamente con las otras dos, y no tenemos ninguna excusa para confundirla con ellas. Deshacerse de esta confusión es resolver el problema básico de la vida espiritual.

Citaré un ejemplo de este resuelve-problemas. Amigos que realmente vuelven su atención y perciben su Fuente se quejan comúnmente de que ello no hace nada por ellos, de que permanecen (en su manifestación humana) pequeños, taciturnos, la misma mezcla que antes. O bien están profundamente decepcionados de encontrar que este ver-adentro no es una experiencia mística en absoluto en el sentido ordinario de esa expresión: ciertamente no puede garantizarse que produzca pensamientos o emociones de tono elevado. La equivocación que tales amigos están cometiendo es, por supuesto, mezclar la variedad 2 con la variedad 3, las experiencias cumbre con la liberación. Sugiero que su mejor esperanza de recibir su porción de experiencias cumbre no está en ir tras ellas directamente (una persecución infructuosa) sino en permanecer en su Fuente. Y entonces sospecho que la Fuente, a pesar de su absoluta Simplicidad (en los dos sentidos de la palabra) crecerá en ellos hasta tal punto que perderán interés en las experiencias cumbre, y en verdad en la mente misma con su clima siempre cambiante de pensamientos y sentimientos. Lo que finalmente fascina es el Espacio en el que todo acontece.

Para resumir, entonces, nuestro primer tipo de místico está interesado en las cosas *extrañas* que vienen y van en ese Espacio; el segundo está interesado en las cosas *mejores* (las más bellas, verdaderas, buenas) que vienen y van en ese Espacio; el tercero está interesado en el Espacio mismo, trascendiendo todos los conceptos. Que Ramana Maharshi concluya por nosotros, lo mismo que comenzó:

«Es realmente como mirar dentro del vacío»

«La realización está ya aquí. El estado libre de pensamientos es el único estado real»

«Todos los pensamientos son incompatibles con la realización»

«La Realidad es eso que trasciende todos los conceptos, incluyendo el de Dios».

RAMANA MAHARSHI
y Cómo Experimentamos Nuestros Cuerpos

«Yo soy el cuerpo» es la causa de todo mal. Este engaño debe partir. Eso es realización.

La aflicción existe solo mientras uno mismo se considera como una forma definida.

Descubra si usted es físico.

La identificación del Sí mismo con el cuerpo es la esclavitud real.

Estar lleno de luz es la meta.

La persona empapada en la idea «yo-soy-el-cuerpo» es el pecador más grande y es suicida.

De *Conversaciones* de Ramana Maharshi

PARA descubrir cómo experimentamos nuestros cuerpos —corrección: cómo *creemos* experimentarlos— solo tenemos que escuchar la manera en que hablamos. Entonces oímos *tres* historias completamente contradictorias, lo cual es extraño cuando se llega a pensar en ello. De todas las materias sobre las que debemos tener claridad y acuerdo, ésta debe estar ciertamente cerca de la cima de nuestra lista, viendo que todos estamos en posesión de la evidencia esencial, íntima y constantemente. Todos tenemos la información necesaria dentro. Todos somos testigos de primera mano de cómo nuestros cuerpos se presentan a nosotros, y los cuerpos mismos se parecen mucho. Sin embargo, al escucharnos se podría pensar que no somos una única especie sino tres especies completamente diferentes.

Para facilitar la descripción solo voy a describir estas tres conflictivas historias o maneras de ver el cuerpo. (1) la historia del sentido común, (2) la historia espiritual, y (3) la historia iluminada.

(1). *La historia del sentido común:*

«YO SOY ESTE CUERPO»

«Él me ha tocado». «Soy alto». «He venido aquí». «Nací en 1909, ahora tengo 70 años, y probablemente moriré antes del final del siglo».

En todas estas sentencias (y ellas forman gran parte de nuestra charla) estoy, sin ninguna duda o calificación, identificándome a mí mismo con mi cuerpo. Lo que le acontece a él me acontece a mí. Lo que él hace lo hago yo. Sus logros y deficiencias, su comienzo y su fin, son míos. Y la ley misma, siguiendo el dictado del sentido común, confirma la identificación. Ella me acusa de hacer lo que mi mano hace —robar, herir, matar, lo que sea— y me mete en prisión o me ejecuta acordemente. Sería de poca utilidad mi protesta de que no soy mi cuerpo, y que aquello por lo que esta mano se levanta no es asunto mío. En el mejor de los casos, me encontraría a mí mismo encerrado en un hospital para locos criminales, en lugar de una prisión.

(2). *La historia espiritual:*

«YO ESTOY EN ESTE CUERPO»

Por supuesto, puedo continuar explicando que esta identificación de sentido común con el cuerpo no es más que una ficción social útil (o indispensable), y que la verdad es que yo no soy mi cuerpo. En lugar de ello, yo estoy *en* mi cuerpo. Lo que esta afirmación significa quizás no está muy claro para mí. Presumiblemente lo que quiero decir es que yo habito mi cuerpo como un espíritu de algún tipo, o que soy un genio o un elfo que está temporalmente atrapado o sepultado dentro de estos 75 kilos de carne y sangre. Un espíritu que anima este cadáver de una manera misteriosísima y cuya historia discurre más o menos así:

«Desde el nacimiento he estado encarnado, confinado en esta “morada de barro”. Pero pronto sucumbiré y saldré libre. Entonces ascenderé a mi hogar celestial, o descenderé a otro lugar, o buscaré una nueva “morada de barro” para habitar en ella —yo no estoy seguro de cuál—. Mientras tanto es posible hacer una breve escapada. En otras palabras, puedo tener una experiencia fuera-del-cuerpo, viajando alrededor del mundo como un observador invisible de lo que está pasando. Y, quizás, mirar hacia abajo a mi cuerpo yacente allí sobre mi cama y preguntarme si me encontraré a mí mismo dentro de esa cosa de nuevo y cuándo será».

(3). *La historia Iluminada:*

«ESTE CUERPO ESTÁ EN MÍ»

Según este tercer punto de vista, yo no *soy* mi cuerpo ni tampoco estoy *en* él. Por el contrario, mi cuerpo (junto con el resto de mi mundo) está *en mí*. Yo no soy esta cosa y no soy su habitante. Yo no soy nada [ninguna cosa]. Estas sensaciones de calor y de opresión, de dolor y de placer, estos sabores y olores, tactos y sonidos, estas formas coloreadas móviles llamadas «mis» manos y pies, esa curiosa criatura que me mira desde mi espejo, y todo lo demás —¿qué son sino un espectáculo pasajero que tiene lugar en este Espacio global que yo soy? Ellos son como bandadas de pájaros volando a través de mi Aire sin dejar ningún rastro, como bancadas de peces nadando a través de mi Océano sin una sola onda, como una sucesión de actores apareciendo sobre mi Pantalla de Televisión y desapareciendo de nuevo sin dejar nunca una marca en ella.

Las citas de las *Conversaciones* de Ramana Maharshi que prologan este artículo son un ejemplo pequeño pero típico de muchos dichos similares suyos. Lo que significan es esto: *los cuerpos se disuelven ante la inspección de cerca*, y el inspector más cercano de su cuerpo es —¡usted mismo!—. Y en una forma u otra todas las grandes tradiciones místicas del mundo dicen la misma cosa. He aquí unos pocos ejemplos al azar:

«Mientras mantengo mi forma física, pierdo mi visión de mi Sí mismo real. Mirando al agua lodosa, pierdo la visión del claro Abismo».

(Chuang-tzu)

«Yo ya no tengo color ni tangibilidad ni tamaño; soy un extraño a todas estas cosas.

Ahora tú me ves, hijo mío, con tus ojos, pero no puedes comprender lo que yo soy mirándome»

(HERMÉTICA)

«El cuerpo no sabe cómo pronunciar un discurso o escuchar un discurso... Eso que es inequívocamente perceptible justamente donde usted es, absolutamente identificable aunque sin forma —eso es lo que está escuchando este discurso—»

(Rinzai)

«Sin-fórmate a ti mismo».

(Tauler)

«La noción de que el hombre tiene un cuerpo distinto de su alma ha de ser erradicada; haré esto... borrar las superficies aparentes, y mostrar el infinito que estaba oculto»

(Blake)

«La tierra, estas sólidas estrellas, este fardo de cuerpo y miembros, ¿No son señal y símbolo de tu división de Él?»

(Tennyson)

«Para el zen, la encarnación es excarnación; la carne es no-carne; aquí-ahora iguala a la vacuidad y la infinitud»

(D. T. Suzuki)

«Para un ser Auto-realizado, el cuerpo no existe».

(Anandamayi Ma)

El enemigo de la espiritualidad real es la vaga aspiración o la nebulosidad religiosa, tan imprecisa como impráctica. Si somos laboriosos, si somos serios con la Liberación, ¿qué podemos hacer de hecho a su respecto, ahora mismo? Si los Sabios del mundo están en lo cierto, y tenemos algún amor y reverencia por Sri Ramana Maharshi, y la sujeción al cuerpo es la perniciosa mentira que él insiste que es; y si, inversamente, la excarnación consciente es la verdad curativa —si esto es así, entonces exactamente, ¿cómo podemos ver a través del cuerpo-mentira antes de que dejemos este artículo?—. Bien, he aquí algunas sugerencias. (Pero primero, una advertencia. Si encuentra la perspectiva de desaparecer alarmante, y si no quiere descubrir que su cuerpo, exteriormente substancial, interiormente no es nada [ninguna cosa] en absoluto, entonces cuídese de *no* llevar a cabo los siguientes simples experimentos. Leerlos sólo es completamente inocuo: no tendrán ningún significado ni efecto).

Mire a la mano que ahora sostiene esta página abierta, y responda honestamente estas preguntas, según la evidencia presente, poniendo a un lado la memoria y la imaginación:

¿Es usted esa mano, pero no el papel que está tocando?

¿Está usted dentro de ese pulgar ahora, y no dentro del papel? Si es así, ¿qué se siente ahí? ¿Está oscuro, húmedo, muy poblado?

¿Está usted, en este momento, mirando A esos objetos [la mano y el papel] DESDE otro objeto, viéndolos a través de dos pequeños agujeros en este objeto —de modo que la disposición es básicamente simétrica, una relación de cosa-a-cosa, con un espacio vacío entre ambas cosas—? ¿Cómo ve esta cosa a esa cosa? ¿Cómo experimenta una COSA?

Finalmente, cierre sus ojos y vea si usted tiene algún límite, y forma, y estructura. ¿Es usted un ser humano ahora, o el Ser mismo?

Ocasionalmente se me pregunta si he tenido alguna vez una experiencia fuera-del-cuerpo, y solo puedo responder que jamás he tenido ninguna de otro tipo, y encuentro difícil imaginar lo que podría ser una experiencia en el cuerpo. Todavía estoy esperando que alguien me la describa.

No nos engañemos a nosotros mismos. Este artículo no describe tres maneras alternativas de relacionarse con el cuerpo —serlo, o estar en él, o contenerlo—. El hecho verdadero es que solo hay una única manera: solo la última de éstas tres ocurre realmente, o tiene algún sentido. Las otras dos «maneras» son solo cosas oídas, dogmas no examinados, mentiras sobre nosotros mismos que hemos sido demasiado tímidos para desafiar —como si alguien estuviera en situación de decirle lo que usted es donde usted es—. No es sensato ni sano ni práctico vivir desde una mentira de cualquier tipo que sea, pero cuando esa mentira es sobre su mismo Centro o Núcleo —¡Mire bien!—. O más bien, mire dentro. Examine de nuevo el único lugar donde usted es la única autoridad, a saber, el lugar que usted ocupa. ¡Véalo por usted mismo!

El hombre se considera a sí mismo limitado y ahí surge el problema. La idea es errónea. Él puede verlo por sí mismo.

¿Está usted en el mundo, o está el mundo en usted?

Sri Ramana Maharshi

**RAMANA MAHARSHI
y Cómo Ser Feliz**

El samsara es aflicción.

Los hombres quieren felicidad absoluta y permanente. Ésta no reside en los objetos, sino en lo Absoluto. Es Paz, libre de dolor y de placer. Es un estado neutral.

La Auto-realización es Felicidad.

¡La Felicidad no es algo que hay que perseguir! Usted es siempre Felicidad... Deshágase de su ignorancia que le hace pensar que es distinto de Felicidad.

La Felicidad es inherente en el hombre y no se debe a causas externas. Uno debe realizarse a Sí mismo a fin de abrir el almacén de la felicidad sin mezcla.

De *Conversaciones* de Ramana Maharshi

UNO de los derechos inalienables del hombre, se nos asegura, es la persecución de la felicidad. ¡Sí, ciertamente! Pero es un derecho que se ejerce más hablando que en la acción —en la acción *efectiva*—. Por supuesto, todos *decimos* que queremos ser felices. ¿Entendemos lo que decimos? La verdad es que nuestro comportamiento —la manera en que perseguimos de hecho la felicidad— asegura completamente su pérdida. Somos tan torpes en esta búsqueda —tan reacios a tener en cuenta el consejo de expertos como Ramana Maharshi, y el de nuestros propios fracasos así como el de los demás tan a menudo repetidos— que parece como si estuviéramos persiguiendo la miseria en lugar de la felicidad. ¡Y, ciertamente, atrapamos esa presa!

Y sin embargo sigue siendo verdadero que queremos ser felices y no desgraciados. De otro modo, esas palabras —nuestras vidas mismas— no tienen ningún sentido en absoluto.

Brevemente, estamos completamente confundidos sobre el problema. Es el propósito de este artículo, con la ayuda de Ramana Maharshi y otros Sabios, eliminar esta confusión: ser muy, muy claro sobre cómo ser feliz —tan claro que ya no tengamos ninguna excusa para seguir siendo miserables—.

Todas las innumerables recetas para la felicidad se reducen a tres, y no están tanto en contraste como en conflicto. Llamémoslas: (1) La receta sensata común, (2) La receta sensata fuera de lo común, y (3) La receta sensata —la cual parece insensata hasta que la pone a prueba—.

(1) La Receta Sensata Común para la Felicidad es tener lo que usted quiere.

Por ejemplo, en el nivel «más bajo» o más popular, felicidad significa tener dinero y/o reputación y/o poder — y tener cada vez más—. En una palabra, tener un éxito personal en crecimiento continuo.

En los niveles «medios», felicidad significa esforzarse con éxito por el bienestar de la propia familia, secta, partido político, nación, raza, especie —culminando, se espera, en el establecimiento de alguna Nueva Jerusalén, si no de una Utopía, sobre la tierra—.

En el nivel «más alto», felicidad significa trabajar para la salvación de todo el mundo, la liberación o la iluminación de todos los seres —y obtener resultados—.

Por «innoble» que sea en su nivel más bajo y popular, y por «noble» que sea en su nivel más elevado e iluminado, esta primera receta viene a lo mismo siempre: a saber, el éxito, *tener lo que usted quiere*.

Como receta parece suficientemente sensata, pero acontece que las recetas no son comestibles. La prueba de la receta es el pastel, y la prueba del pastel es el comerlo. ¿Obtenemos en la práctica algún pastel de esta manera? ¿Obtenemos aquello que deseamos tanto? Con el tiempo lo obtenemos, ¿pero es suficiente —suficiente dinero, seguridad, afecto, admiración, influencia, poder, bien sea para nuestros egos personales o para esos egos más grandes llamados familia o secta o nación o especie—? Notoriamente este obtener es adictivo, de manera que cuanto más acumulamos tanto más pedimos, y la obtención que nos haría «realmente felices» retrocede por lo menos tan rápidamente como avanzamos hacia ella. Nada decepciona tanto como el éxito. La tasa de suicidios aumenta más bien que disminuye en las sociedades opulentas, y tanto más en los grupos de mayor «éxito» dentro de estas sociedades. Pero por supuesto todo el mundo sabe que las grandes posesiones y el poder dan poca satisfacción. Y no hay de qué sorprenderse: a medida que crecen su mantenimiento se torna cada vez más difícil, la perspectiva de su pérdida cada vez más penosa, y su pérdida de hecho cada vez más dolorosa. El efímero placer que dan se encuentra más en el obtener que en el tener.

El hombre ordinario apunta mucho menos alto. Bien sea por necesidad, o por miedo, o por falta de impulso, o por sagacidad innata, juega a apuestas más bajas. No es que esta cautela le haga mucho bien. En el mejor de los casos, evita los extremos del placer y del dolor; en el peor, deviene un vegetal. Pues es la naturaleza misma de lo que *tenemos* —sea poco o mucho— ser insuficiente. Y es la naturaleza misma de lo que hacemos —sea mezquino o heroico o incluso iluminado— dejarnos incompletos e insatisfechos. Aunque son necesarios, ni tener ni hacer curarán nuestra tristeza.

El altruismo no es de ninguna ayuda aquí. Claramente las ansiedades y frustraciones del ciudadano dedicado a las gentes —el que busca el bienestar de su ciudad, de su nación, de la humanidad misma— no son menos graves que las del ciudadano egoísta promedio. Y, hablando estrictamente, ellos no son tampoco menos «egoístas». Después de todo, los nazis sumergieron sus egos personales en un ego supra-personal.

Pero, ¿qué hay del nivel «más elevado» —trabajar para la salvación o iluminación del mundo—? ¿Es ésta una vía para ser feliz? Jesús lloró, y sabemos cómo murió. Cualquiera que emprende una tarea tal está invitando al sufrimiento, como lo muestra la historia. La razón fundamental es que su felicidad no consiste en obtener lo que quiere, y de todos modos no lo obtiene.

Resumiendo, por mucho que la miremos, nuestra primera receta para la felicidad parece buena pero resulta que no es buena en absoluto. Así pues, probemos con nuestra segunda receta:

(2) *La Receta Sensata Fuera de lo Común para la Felicidad es querer lo que usted tiene.*

Uno de los más finos abogados de esta receta (que, nótese, es el opuesto exacto de la nº 1) es De Caussade: «¡Si la gente supiera el mérito oculto en lo que cada momento del día les trae... y que la verdadera piedra filosofal es la sumisión a los designios de Dios, que transmuta en oro fino todas sus ocupaciones, sus pesares y sus sufrimientos, cuán felices serían!» De una manera u otra, todas las grandes tradiciones están de acuerdo sobre esta necesidad de «abandono a la Divina Providencia».

Así, la palabra misma *Islam* significa sumisión —abandono a la voluntad de Allah—. Y no, para el experimentado Sufí, resignación o mera obediencia, sino plena identificación con la voluntad divina, de modo que él elige lo que esa voluntad ordena. ¿Cómo podría ser infeliz?

De nuevo, acordemente al Buda, es el deseo o la codicia lo que causa el sufrimiento, y la extinción del deseo es el fin del sufrimiento.

Y Ramana Maharshi mismo: «La no-deseación es Dios».

Cuando usted es personalmente sin-deseo, cuando elige lo que *es* en lugar de lo que *no es*, cuando quiere lo que *tiene* en lugar de lo que *pide*, cuando la voluntad de Dios como se expresa en sus circunstancias deviene precisamente su voluntad —¡entonces usted es Él! ¡Es tan simple como eso!—.

Simple de escribir, de leer, de comprender. ¡Pero difícil de llevar a cabo! Bien, este artículo se comprometió a ser práctico. ¿Cómo abandonar los deseos personales de uno hasta el punto de querer de verdad lo que uno tiene? ¿Deseando este resultado y entrenándose por él? ¿Queriendo y trabajando por algún tipo de santidad? Eso sería absurdo. ¿Cuál es la utilidad de aceptar todo —excepto su humanidad—? En cualquier caso, ¿cómo sobre la tierra puede *hacerse* a usted mismo querer o dejar de querer algo? Suponga que su casa se incendia, que su hijo se hiere, que su dinero es robado, que su salud comienza a resentirse: ¡y dígame cómo se las arreglaría para dar la bienvenida a estos aconteceres!

Y sin embargo Maharshi tiene razón. El deseo y la felicidad son enemigos mortales. La cura para su miseria es la completa sumisión a la voluntad de Dios, guarde lo que guarde en su almacén para usted.

Y así, por segunda vez, tenemos un problema aparentemente insoluble en nuestras manos: de hecho, *el* problema de nuestras vidas. Todavía tenemos que encontrar una receta para la felicidad que podamos usar de verdad, ahora mismo. Veamos si funciona nuestra receta tercera y final.

(3) *La Receta Sensata para la Felicidad es ver lo que usted ha recibido*

¿Qué hay si fuera ya feliz —si fuera la Felicidad misma— y nunca hubiera notado el hecho? ¿Qué hay si esta frenética búsqueda de satisfacción en otra parte, le cegara a la verdadera Naturaleza del buscador, que es la Felicidad misma?

Sri Nisargadatta Maharaj no se muerde la lengua: «Nada puede hacerle más feliz que el hecho de que usted es. Toda búsqueda de felicidad es miseria y lleva a más miseria. La única felicidad digna de ese nombre es la felicidad natural de ser consciente». Esto, y las citas de Ramana Maharshi que prologan este artículo, junto con el testimonio de la larga línea de sabios que han vinculado —o más bien identificado— *ananda* (Felicidad) con *sat* (Ser) y *chit* (Consciencia), y ciertamente la experiencia de este escritor, todo ello confirma que la receta práctica y sensata para la felicidad es ver Quién es usted, y gozar su Naturaleza misma como Felicidad —ahora—.

Bien, ¡pero que sea *realmente* práctica! ¿Cómo ver quién es usted? ¡Ramana Maharshi le asegura a usted y a mí que es más fácil ver Esto que ver cualquier otra cosa! Por supuesto tiene razón. Solo mire *a* desde donde usted está mirando en este momento, y vea Nada —ninguna figura o forma, ninguna complejidad, ningún color, ninguna opacidad, ningún límite, ningún movimiento— nada sino Consciencia.

¿Pero este ver dentro de la propia Auto-naturaleza (y es algo que usted no puede hacer mal) significa que uno quiere de verdad que las cosas acontezcan como acontecen? Bien, ¿quién es responsable de ellas? ¡Usted ha creado el mundo, y presumiblemente no está lamentándolo! ¿O está diciendo que odia lo que ha hecho?

Pero no tiene ninguna utilidad discutir el asunto. Continúe viendo Quién es usted, y note si rechaza o lamenta o deplora algo en absoluto. Continúe viendo dentro de su Naturaleza y descubra si algo puede hacerle infeliz.

Aquellos que de verdad la han probado encuentran que esta última receta para la felicidad es la única que funciona. Y lo que es más, hace que funcionen las otras dos. ¡*Cuando ve quién es usted, quiere lo que tiene, y tiene lo que quiere!*

Tomemos un ejemplo. Este ver/ser Quien usted es no es ninguna empresa personal o privada. Usted lo hace como el Solo, como el Uno que es todos los seres: y así su liberación (de usted) es la suya (de ellos). Su más profundo deseo es salvar el mundo, y usted *es* su salvación. Esto es el supremo ejemplo del «tener lo que quiere» y «querer lo que tiene» «viendo lo que usted ha recibido». De aquí Ramana Maharshi una vez más: «Su propia realización es la mejor ayuda que puede dar a los otros, pero no hay ningunos otros a quienes ayudar».

Una vez más, esto no es para creerlo, sino para probarlo. Si queremos ser felices, pongámoslo en práctica. La prueba del pastel...

RAMANA MAHARSHI y Cómo Tomar la Responsabilidad

Pregunta: ¿No debemos pensar y trabajar por el bienestar del país?

Respuesta: Primero cuide de usted mismo y el resto vendrá solo.

De *Conversaciones* de Ramana Maharshi

LA vida tiene una aflictiva manera de presentarnos dilemas —problemas aparentemente insolubles sobre lo que hacer y lo que no hacer—. No tanto problemas con *ninguna* respuesta como predicamentos con *dos* respuestas enteramente contradictorias. Nosotros no sabemos dónde estar. Las salidas no son claramente tajantes. Lo justo y lo injusto tienen el hábito de intercambiar los lugares. Usted podría decir que la vida es un palo con dos puntas, un juego imposible de ganar, una continua elección de males.

Uno de los más perturbadores de estos dilemas es si se observa la vida desde la barrera o si se deviene implicado en ella, si se declina o se da la bienvenida a la responsabilidad, si se falla o se cumple (en lenguaje corriente).

Los grandes maestros del mundo no nos hacen más fácil decidir. Parecen solo aumentar la confusión. Tomemos a Jesús por ejemplo. Por una parte, en su Sermón de la Montaña, nos enseña a relajarnos, a dejar que el mañana cuide de sí mismo, y a confiar todo al Poder oculto que hace que los lirios crezcan. Por otra, en la Parábola de los Talentos, colma de alabanzas al ciudadano responsable, moralmente obligado, activo, y consigna de buena gana al improductivo marginal al infierno. O tomemos a Sri Nisargadatta Maharaj: «Mientras tenga la idea de influir en los acontecimientos, la liberación no es para usted. La noción misma de ser el hacedor, de ser una causa, es esclavitud». Y sin embargo, una y otra vez, insiste en que el esfuerzo consciente es esencial, y en que la asiduidad es en verdad el factor decisivo. Finalmente, tomemos a Sri Ramana Maharshi mismo. «Nadie triunfa sin esfuerzo», declara. «Los pocos que triunfan deben su triunfo a su perseverancia». Y entonces inmediatamente agrega: «Un pasajero en un tren sería bobo si mantuviera su fardo sobre su cabeza. Que lo ponga abajo; encontrará que el fardo llega al destino igualmente. Similarmente, no nos propongamos a nosotros mismos como los hacedores, abandonémonos más bien al poder que guía».

Bien, ¿qué debemos hacer —cargar nuestro propio fardo, o soltarlo—? ¿Ayudar a los demás a cargar sus pesados fardos, o no aceptar ninguna responsabilidad por ninguno de ellos?

El dilema está lejos de ser un enigma meramente intelectual o teológico. Es real y hace daño —tanto que algunos estamos en peligro de ser desgarrados por él—. No hay ninguna elección «justa». Bien tomemos la vía de dejar que las cosas acontezcan, o bien tomemos la vía de la intervención esforzada, estamos afligidos. La vida del marginal que no hace ningún esfuerzo y no toma ninguna decisión ni acepta ninguna responsabilidad por sí mismo (y mucho menos por sus prójimos) —¿qué tipo de vida es ésa?—. En cuanto a su opuesto, el

«honesto» —el hombre que trabaja duro, concienzudo, que carga con su fardo, lleno de civismo— todos sabemos los compromisos y frustraciones y ansiedades que vienen a *él*, por no decir nada de la decadencia y la muerte que en breve plazo le pondrán fin a *él* mismo y a todas sus bien fundadas empresas.

Es suficiente por lo que toca al dilema. Este artículo, con la ayuda de Ramana Maharshi, trata sobre su solución radical, una solución verdaderamente práctica que podemos comenzar a aplicar inmediatamente en nuestra vida de cada día. Pero primeramente hagamos inventario de la situación humana, de lo que es ser alguien en el mundo, una cosa viva.

Es la naturaleza misma de toda criatura asumir la responsabilidad de su propio bienestar, de su ser una cosa separada. Así pues, ocupa una porción del espacio del mundo, llenando este volumen a exclusión de todas las demás cosas. Y necesita un constante suministro de otras cosas para sobrevivir: persiste solo compitiendo por ellas e incorporándose (llamamos al proceso *alimentarse*, por supuesto). En general, su comportamiento está orientado a la supervivencia de esta cosa a expensas de otras cosas. Esta inexorable búsqueda de los fines de uno mismo no es meramente una necesidad de la vida: es el impulso vital mismo. Usted no llama a una hortaliza en su huerta, generosa, porque toma menos de su porción justa de agua y de luz solar, ni alaba a un cerdito por no ser comilón en el comedero. Por el contrario, los desecha como enfermizos, débiles, insuficientemente vivos.

No es diferente con las personas. Veámoslo de frente: un hombre vital, verdaderamente vivo es el que sabe lo que quiere, y va a por ello, y lo obtiene. Confía en sí mismo, es enérgico, audaz, determinado, plenamente co-operativo donde ello aprovecha a su propósito y en las demás ocasiones enteramente despiadado. Sobre todo, no se lamenta de su mala suerte, de sus paralizantes circunstancias, o de lo que Dios y sus padres le hicieron. En lugar de ello, se toma a sí mismo para bien o para mal como su propiedad, por la cual solo *él* es responsable. Y en la medida en que evita esta responsabilidad, y carece de propósito y de impulso y de un fuerte sentido de ser el hacedor, le falta hombría. Usted podría llamarle caritativamente un hombre modesto, humilde, auto-anulado; o, más honestamente, un hombre sin vitalidad, un fracasado, un enfermo, y no más merecedor de nuestra admiración que la planta marchita o el cerdito encanijado. Ser viril es tomar la responsabilidad por la propia porción particular de uno en el mundo y por toda la vida en ella, y vivir esa vida energéticamente, sin excusas ni retraimientos. Vitalidad y responsabilidad vienen a ser la misma cosa.

¿Qué vale, entonces, el Sermón de la Montaña, con su insistencia sobre la pasividad? ¿Y qué diremos del Veedor que es feliz presenciando el discurrir de la vida, y cuidando de no enredarse en ella? ¿Son los Liberados humanos marchitos, aguados, fracasados, irresponsables? ¡Obviamente no lo son! Todo lo contrario, son especialmente vivos, y a su propia manera (a veces oculta) maravillosamente determinados y enérgicos y (en último recurso) logrados, y de hecho el opuesto mismo de esos humanos tristes que (por alguna razón o por ninguna) carecen de fuerza vital. Hay un mundo de diferencia entre el marginado y el Veedor, no importa cuán semejantes puedan resultar ser su apariencia y su comportamiento.

Y la diferencia es simplemente ésta: el marginal piensa que él es algún tipo de persona (por ejemplo, una persona libre de preocupaciones), mientras que el Veedor ve que él no es una persona en absoluto. Uno imagina que él es una cosa en el mundo, mientras que el otro se percibe a sí mismo como la no-cosa [nada] que contiene el mundo. Y no solo el Veedor es el Espacio en el que las *cosas* acontecen, sino también el Espacio en el que *todas las contradicciones y dilemas que afligen a las cosas* acontecen, sin afectar al Espacio en lo más mínimo. En su capacidad como Contenedor de las cosas, el Espacio que es también su Fuente y Realidad, él *es* la reconciliación de todo lo que las divide. Así, el Veedor resuelve el dilema de la pasividad *versus* actividad, del desapego *versus* implicación, de la presenciación *versus* responsabilidad, de la única manera en que puede ser resuelto —siendo la Fuente de *ambos*—. Como su Fuente y Manantial, él está aguas arriba de todos sus afluentes. Él es el Tronco del palo de dos puntas. Es el Divisor indiviso.

Y usted, querido lector, es esa Fuente. Usted no es, y jamás ha sido, un hombre o una mujer o un niño. Intrínsecamente, por lo tanto, es libre de todas las contradicciones y desgarros a los que tales criaturas están sujetos.

¿Qué es un ser humano? Es, como ya lo hemos observado, una cosa —opaca, sólida, pequeña—. No está vacío de sí mismo sino lleno de su propio material. Ocupa y llena de carne y sangre unos cuantos miles de centímetros cúbicos, excluyendo así a las demás criaturas de ese volumen. Existe cerrándose a los demás, estando distante de ellos, siendo distinto de ellos, diferente de ellos. Se proclama a sí mismo único, anunciando a un mundo extraño «¡Aquí estoy yo! ¡Manténgase a distancia! ¡Prohibida la entrada!».

¿Es usted así, en su propia experiencia, en este momento?

Si es así, ¿cómo se las arregla con tanta facilidad para *acoger* esta página, ahora mismo? ¿De qué otro modo sino dándole cabida, desapareciendo en su favor? ¿Tiene usted alguna cosa consigo mismo, ahora, que la guarde del exterior? ¿No está usted construido abierto? ¿No es usted un recipiente vacío para llenar con todo y de todo, desde las lejanas estrellas a esta página impresa? Y cuando mira desde esta página a la cara de su amigo ahí afuera, ¿no acoge esa cara y se hace cargo de ella? Así pues, si usted *no es* acomodación para las cosas, sino solo una de ellas, ¿cómo explica su brillo en este momento, comparado con la obscuridad de su observador, por no mencionar su ausencia? Todo lo que usted necesita para saldar estas cuestiones es dejar de pensar el tiempo suficiente para echar una mirada. Y entonces, si se experimenta a usted mismo realmente como ese objeto pequeño y opaco que ve en su espejo, si es realmente lo que usted parece *a los otros*, entonces es un ser humano, y no se hable más. Pero si usted es realmente lo que ve por *usted mismo* —Espacio para que todas las cosas vayan y vayan en él— entonces usted es Dios, y debe detener toda esta pretensión de ser humano—.

Como Dios, como el Espacio para todo y la Fuente de todo, usted es responsable de todo. No hay ningún segundo Poder. Usted lo ha hecho todo, usted está haciéndolo todo. Pero note ahora si este Espacio que usted es está *forzando* sus contenidos. ¿Tiene usted, en tanto que lleno de esta escena, algún sentido de intención, de designio y composición, de causa y man-

tenimiento de ella? Le corresponde a usted, que es el único responsable de ella, decirlo. ¿No es más bien que todo fluye espontáneamente, sin motivo y sin mediar pensamiento, desde su Ser, una suerte de manantial desde Quien usted es? ¿No es justo Maharshi cuando dice: «Ningún motivo puede ser atribuido a ese poder... Dios no es tocado por las actividades, que tienen lugar en Su presencia»?

He aquí la perfecta reconciliación entre el desapego que presencia todo y la implicación que origina todo. Era la falsa noción de que usted es un ser humano la que suscitaba el dilema, la contradicción entre el Sermón de la Montaña y la Parábola de los Talentos. Su Verdadera Naturaleza es la Paradoja que pone fin a todas las paradojas: no hay nada que *no sea* usted ni nada que *sea* usted; este Espacio *es* y *no es* sus contenidos; usted cuida y no cuida; usted controla todo, y ello acontece solo.

Y, después de todo, estas conclusiones tienen sentido. La responsabilidad que un *hombre* siente, su sentido de ser un hacedor que controla esto o aquello, es ilusoria. Todo acontecer en su vida está condicionado por los demás acontecimientos que constituyen el universo: incumbe al Todo hacer de cada parte lo que él es. Detrás de todo acontecer y de toda cosa hay solo una única Causa, a saber, la Causa Primera, que es Dios. Atribuir causas particulares a acontecimientos particulares, y sentirse personalmente responsable por cualquiera de ellos, es enteramente acientífico. El universo es estrictamente indivisible, y la única manera de tomar la responsabilidad por algo de él es tomar la responsabilidad de todo. Lo cual es ser Dios.

Usted como Dios es responsable de todo, y lo maneja todo perfectamente bien —y esto sin ningún sentido de responsabilidad ni de buen manejo—. ¿Cómo puede usted saber esto con seguridad? Solo siendo usted mismo ahora y consultando a su propia experiencia de primera mano. Solo cesando de enmascararse como un hombre, una mujer, un niño.

La respuesta al problema de la responsabilidad personal no es renunciar a sentirse responsable, sino llevarlo al límite —donde se desvanece—. Usted *es* la respuesta. Vea quién es usted, y el problema se disuelve al instante, y usted puede decir con Ramana Maharshi:

«La acción no constituye ninguna esclavitud. La esclavitud es solo la falsa noción: “Yo soy el hacedor”... Sea fijado en el Sí mismo y actúe de acuerdo con la naturaleza sin el sentido de hacedor... Estar atento al Sí mismo incluye estar atento al trabajo... El trabajo no le atará a usted. Discurrirá automáticamente».

RAMANA MAHARSHI y Cómo no Envejecer

1. *El diagnóstico*

EL otro día un amigo mío fue a ver a una interna de una residencia de ancianos. La anciana señora no estaba senil pero había perdido casi toda la vista y el oído. No podía leer ni ver la televisión, y los demás no hablaban mucho con ella: la comunicación era demasiado difícil. Al parecer había llevado una vida activa normal, y desarrollado airoosamente las modestas metas del hogar y la familia. En cualquier caso todo ello había terminado ahora. Ninguna acción, ningún reto, ninguna meta, ningún placer, ningún interés. Es dudoso que sus impedimentos físicos explicaran toda esa diferencia. ¿Por qué, de alguna manera, había dejado de vivir? Lo que quería, dijo, era que todo acabara.

A comienzos de este año estuve pasando una temporada con un alto ejecutivo que trabaja en una empresa estadounidense de fabricación de aviones. Me estuvo diciendo lo que les había ocurrido a sus colegas más viejos —concienzudos y triunfadores como él mismo— cuando se retiraron. Muchos de ellos murieron a los pocos meses o en uno o dos años. Físicamente estaban en buena forma, económicamente estaban desahogados, psicológicamente estaban acabados. Como la señora en la residencia de ancianos, no tenían ninguna razón para continuar. La vida no tenía significado.

En Occidente, y particularmente en los Estados Unidos, el terrorífico problema de envejecer comienza a introducirse muy pronto en la vida. «Si no lo has hecho a los 35 nunca lo harás», dicen. Y, si lo *ha* hecho, el resto de su vida, presumiblemente, es algo así como un anticlimax. ¡De una manera o de otra, usted pierde! La industria de la publicidad, que percibe con precisión y que dirige hábilmente la mente popular, pone todo su énfasis sobre la juventud, inflándola y haciendo que aparezca llena de encanto hasta el punto de la deificación. Bajo el hechizo de estos rutilantes dioses y diosas de la pantalla y de las vallas publicitarias, las mamás aspiran a ser hermanas para sus hijas, los papás a ser los hermanos más jóvenes de sus hijos. Los abuelos se visten en pantalón corto y con gorra juvenil y se van de camping, mientras que las abuelas se hacen la cirugía estética. El embalsamador se cuida de que ni siquiera los cadáveres muestren su edad. Todo el mundo sabe que la curva de la vida culmina alrededor de los 30 años, y que de ahí en adelante uno debe intentar aparecer y comportarse y pensar como si se hubiera quedado clavado sobre esa cima, y se negara a descender hasta el amargo final. Y éste no puede no ser amargo. En el mundo moderno la vejez tiene poca dignidad y ningún valor suyo propio, ninguna virtud brillante que compense sus humillaciones e impedimentos. Cada paso es un descenso. Aunque no es una enfermedad, el pronóstico no podría ser peor. Aunque no es un crimen, la condena nunca es menor que la pena capital.

¡Dadas estas actitudes típicamente occidentales, no resulta ninguna sorpresa que a las personas viejas se les felicite (si se hace) por *no* ser personas viejas! Al contrario, se les elogia

por caminar o hablar o conducir o jugar a los juegos de pelota como alguien que tiene la mitad de su edad. Como si se tuviera que alabar a un niño por ser de mediana edad. Cuán triste, por no decir insultante, es la implicación de que la vejez es una aflicción. *Es una aflicción cuando, echando la mirada atrás, no tiene ninguna vista ni significado ni obra suya propia.*

Pero, por supuesto, estos patéticos intentos de prolongar la juventud, y de suprimir los duros hechos del envejecimiento y de la muerte, no funcionan. ¿Qué le queda ser al que ya ha sido? Una vez ganadas las encantadoras metas perseguidas por la infancia y la juventud, y despojadas así inevitablemente de todo el encanto que la distancia les había prestado, ¿qué nuevas metas comparables se presentan a la persona vieja? Bien, él o ella siempre pueden intentar hacer una colección —de conchas marinas, de sellos de correos, de trofeos de plata, de cabelleras rubias y morenas, de dólares, de noticias de prensa, de títulos honoríficos, de direcciones, de discípulos, de buenas obras— todo viene a ser lo mismo al final: más desencanto. Nada frustra tanto a un hombre como una colección acabada. Nada amontona capas más espesas de polvo de tiempo. Y si eventualmente logra arrastrarse desde debajo de su colección y escapar al cielo de los ciudadanos mayores (más rudamente, una guardería para niños arrugados) todavía está expuesto a encontrarse de nuevo en el asunto de las colecciones —acumulando números de bingo o puntuaciones en el golf, quizás—. Cualquier cosa que llene el tiempo y que ahuyente el acechante espectro de la muerte.

Acabo de ver un programa de televisión sobre un hospicio cristiano en Londres, para pacientes que sufren de enfermedades terminales —en palabras llanas, un buen sitio para morir—. El tiro de salida lo dio una asistente social (parecía una joven dedicada y compasiva) persuadiendo a una docena de queridos ancianos a cantar una canción. ¡Y la canción —créanlo o no— era *Goodbye Blackbird* [Adiós Pájaro Negro]. ¡No *Goodbye Life* [Adiós Vida] (¿quién ha oído nunca una tal canción, o himno?) sino *Goodbye Blackbird* [Adiós Pájaro Negro]! ¡Qué manera de pasar las últimas horas de esa pasmosa aventura que comenzó tan prometedoramente hace 70 u 80 años! Al final del programa de televisión un sensato y humilde sacerdote-niñera explicó que no veía ningún propósito en confiar en la religión en el último momento para gentes que habían procurado arreglárselas toda su vida sin ella. Por supuesto tenía razón.

Una de las grandes ironías y contradicciones del mundo moderno es que, mientras que se dirige todo este esfuerzo a ahuyentar la vejez, se dirige otro tanto a hacer que sobrevenga prematuramente. Cuando una máquina asume el trabajo de un hombre, y el significado y la dignidad que lo acompañan, ¿qué le queda a él por hacer? En las sociedades altamente industrializadas no son solo los viejos-en-años quienes se encuentran a sí mismos con demasiado ocio entre sus manos: todo el mundo está envejeciendo rápidamente hasta el grado de que la vida está deviniendo sin sentido. De nada valen las máquinas prodigiosas: han venido para quedarse, y junto con ellas los desiertos de tiempo desocupado que la automatización y la informática están comenzando a abrir. ¿Cómo aliviar la carencia de propósito, el aburrimiento que surge de la jornada laboral cada vez más corta, de la semana laboral cada vez más corta y de la vida laboral cada vez más corta, por no decir nada del mismo desempleo masificado? Un hombre sin nada que hacer está acabado.

Tal es la enfermedad.

2. El Remedio

«Aquellos que no buscan el propósito de la vida están simplemente malgastando sus vidas», dice Ramana Maharshi contundentemente, en una sentencia que resume la enfermedad —y que señala el remedio—. Tiene que ser (y, como vamos a verlo, *es*) una medicina fuerte si ha de curar una enfermedad tan profundamente arraigada.

Permítaseme hablar sobre otro amigo mío —un joven que, habiéndose graduado excelentemente en Oxbridge, entró en la British Foreign Office—. Una espléndida carrera se abría ante él. Pero después de un par de años dimitió de su cargo, cortó con la familia y amigos, y se fue a vivir una vida de ermitaño en una cabaña aislada en Gales. Allí pasa muchas horas cada día sentado en meditación, silente, con los ojos cerrados, inmóvil, solitario.

Nótese una cosa curiosa: este joven está más o menos en el mismo estado que la anciana señora que describía al comienzo —solo que con esta enorme diferencia, que él ha *escogido* las condiciones de las que ella es víctima—. Él ha tomado deliberadamente sobre sí mismo, mientras todavía está en la primavera de la vida, las restricciones que pertenecen al final de la vida. Ella está tocada de ceguera; él mantiene sus ojos cerrados. Ella está sorda; él se retira a un lugar donde no hay nada que oír. Ella sufre de soledad; él quiere estar solo. Ella ha perdido su interés en la vida, en sus placeres y metas; él está practicando con seriedad justamente tal desapego. La suma es la misma pero el signo es el opuesto: en un caso menos, en el otro más.

¿Por qué está mi amigo comportándose tan «innaturalmente»? Su propósito es encontrar el significado de la vida, y cómo pueden trascenderse el nacimiento, el sufrimiento, la vejez, y la muerte misma. Y su método es el de la vacunación y la homeopatía: la cura de lo igual por lo igual: procurarse uno mismo un ataque benigno de la enfermedad ahora, y producir con ello anticuerpos que rechazarán la enfermedad real cuando se presente. Es el método de Jung, que escribe: «Como médico estoy convencido de que es higiénico... descubrir en la muerte una meta hacia la cual uno puede esforzarse; y de que rehuirla es algo insano y anormal que roba a la segunda mitad de la vida su propósito». Es también el método de Platón («la Filosofía es la práctica de la muerte»), de San Pablo («Yo muero todos los días»), de Rumi («Muere antes de morir»), y de Sri Ramana Maharshi mismo («¿Qué si alguien muere? ¿Qué si alguien se arruina? Sea muerto, sea arruinado»).

¿Cuándo debe comenzar este tratamiento homeopático? Mi amigo comenzó en sus veinte. Ramana Maharshi en sus diez. Se podría decir que cuanto más pronto tanto mejor, pero no hay ninguna regla. Todo depende de las necesidades del individuo. Comúnmente, el problema del significado de la vida viene a la cabeza a una edad mediana, después de que se han alcanzado las metas ordinarias establecidas por la sociedad, y ya no se ofrecen metas nuevas. Jung encontró que la mayor parte de sus pacientes de mediana edad no estaban sufriendo de ninguna neurosis clínicamente definible, sino de la carencia de sentido y vaciedad de sus vidas; se aferraban a la ilusión de que la segunda mitad de la vida debe estar gobernada por los principios de la primera, y no alcanzaban a reconocer que para la persona que está entrando en años es un deber y una necesidad prestarse una seria atención a sí mismo.

La India tradicional está de acuerdo. El antiguo y noble ideal de los cuatro *asramas* —o etapas de la vida— establece la norma. Primeramente *brahmacharya*, el niño y el joven aprenden los oficios y el conocimiento y la disciplina propias a la condición humana. Segundo *grahastha*, la vida del hogareño y padre que trabaja, contribuyendo al mantenimiento y continuación de la comunidad. Hasta aquí, muy bien. Un bonito comienzo, se podría decir, una útil preparación de los músculos antes de ponerse manos a la obra. Pues ahora comienza la aventura real, el serio desafío que separa a los hombres de los muchachos, el trabajo para labrar y probar a un hombre. Habiendo cuidado de sus deberes sociales y alcanzado el estado adulto, hasta la vejez, entra en la etapa de *vanaprastha*, un tiempo para desatar lazos y abrir brecha a la liberación. Con esto en vista, liquida las obligaciones que le quedan hacia su familia y se marcha para ver el significado de todo ello, y particularmente su propio significado, su verdadera identidad. Pero primero tiene que encontrar a su maestro espiritual, y entonces tomar en serio su instrucción y soportar su adiestramiento, una disciplina que muy bien puede hacer que los rigores de las dos etapas anteriores parezcan un mero juego de niños. Felizmente la cuestión de Quién es él realmente había estado ahí en el trasfondo todo el tiempo, pero ahora deviene su única pasión, y para la respuesta ningún precio es demasiado alto. Y cuando, más pronto o más tarde, ese precio ha sido pagado, y ve lo que de hecho ha sido siempre evidente y libre de gastos (a saber, su verdadera Naturaleza como el Uno y Único, el Solo, lo Real) entra en la etapa cuarta y final —*sannyasa*—.

Ésta es la corona de la vida. Para ésta eran las otras; sin ella carecen de propósito. No llegar aquí es no llegar en absoluto. Quedarse cortado de esto es permanecer inmaduro, un caso de desarrollo detenido. El *Jñani* o verdadero *Sannyasi* (para quien otras tradiciones tienen otros nombres) es el único adulto real —lo cual significa crecer hasta dimensiones más que cósmicas—. Exteriormente él es un humano insignificante y viejo, interiormente y de verdad, sin edad y sin límites como el espacio, libre como el viento, el Rey del Mundo, el Esplendor Inmortal, el Todo. Exteriormente inútil y desempleado (y en verdad interiormente no tiene nada que hacer en absoluto), su trabajo por el mundo es ininterrumpido, exacto y efectivo como ningún mero trabajo humano podría ser jamás. La paradoja es que no tiene ninguna tarea, y jamás falta un momento.

Compárese este paradigma de la vida humana con un ascenso constante de cuatro etapas, una empresa que deviene tanto más desafiante y atrozmente ambiciosa cuanto más avanza, un juego de apuestas que crecen sin cesar y con la certeza de quebrar la banca al final —compárese esto con el triste cuadro con que comenzamos este artículo, de la vida humana vacilando y frustrándose a medio camino, y haga su elección—. Una vez que se perciben claramente las alternativas desnudas, ¿qué elección hay? ¿no está claro cuál es una media vida y cuál es la vida entera? ¿cuál es la enfermedad y cuál es la cura? La enfermedad es la vida detenida a medio camino. La cura es la vida completada.

¿Cura para quién? —puede preguntar usted—. Si son tan pocos los hindúes que a través de los siglos han recorrido la vía entera, que se han dado el trabajo o se han atrevido a tomar la medicina radical (a pesar de todo este aliento tradicional), ¿cuántos no-hindúes es probable que la tomen? ¿Es probable que el occidental medio con tiempo en sus manos aproveche esta

oportunidad enviada por Dios para dedicarlo al descubrimiento y después al gozo de *Quien* tiene todo este tiempo? Y en todo caso, ¿cómo podría un logro tan personal y oculto como la Auto-realización comenzar a transformar la comunidad en la que acontece? ¡Seamos realistas, por amor de Dios!

A corto plazo estas objeciones son válidas. A largo plazo, para los siglos y milenios venideros, ¿quién puede decir qué cambios pueden requerir las presiones de la vida —su lógica interna— del espíritu humano? Después de todo, el género *Homo* ya ha recorrido una vía tremendamente larga. Habiéndose graduado penosamente desde la simple consciencia animal hasta la auto-consciencia humana, ¿por qué no debe continuar el hombre hasta la Auto-consciencia divina? ¿No supone la incidencia (ocasional pero notablemente persistente y extendida) de esa última mutación conocida como el Sabio o Veedor, a lo largo de los últimos tres mil años de la historia de la especie, alguna promesa para (digamos) sus próximos tres millones de años? Los Veedores mismos, incluyendo Ramana Maharshi, describen su estado como el estado *natural*. En cualquier caso, el carácter común o no de un fenómeno social no es una medida de su eficacia. Lo mismo que el ideal de perfecta salud física, aunque raramente alcanzado, afecta sin embargo a las vidas de millones de personas hoy, así también el mero rumor de la perfecta salud espiritual (es decir, la Auto-realización) podría ejercer un día una influencia todavía más grande. ¿Qué hombre de mediana edad podría permanecer completamente indiferente frente a la elección —vivir como Dios, o perecer como hombre— una vez que lo ha visto claramente?

Pero tal especulación se sale del punto. Es insensato hablar del crecimiento (o disminución) del número de personas iluminadas que viven en tal o cual lugar, en tal o cual tiempo. Hay solamente Uno que ve Quién es él, aquí y ahora. En el cuarto *asrama* todos los viajeros juntan fuerzas, y quienquiera que llega aquí, lo hace *como* todos los demás, y *para* ellos. ¡Como Ramana Maharshi lo señalaba tan a menudo, ahí no hay ningunos otros! Ello quiere decir que la mejor manera de resolver estos problemas humanísimos del aburrimiento y el envejecimiento y la muerte, es resolverlos por uno mismo, en este momento y absolutamente —dejando de ser humano, siendo Uno mismo, sin-cambio e inmortal—. En último recurso éstos no son problemas sociales a largo plazo, ni asunto de las demás personas: son mi propio asunto, ahora. «Encuentre el Sí mismo», dice Ramana Maharshi, «y todos los problemas están resueltos». «Hasta que se encuentra al preguntador, sus preguntas no pueden ser respondidas». «Véase a usted mismo, y todo se comprende».

Por extraño que parezca, es esta presunta última etapa de la vida la que soporta e incluye a las otras tres etapas anteriores, la que las mantiene en marcha, la única que es completamente real. No es —repito, no es— un extra opcional. Tampoco es nunca inefectiva. «La Auto-realización es la ayuda más grande que puede prestarse a la humanidad», dice Ramana Maharshi. Pues de hecho, como él agrega: «El ser realizado no ve el mundo como diferente de sí mismo». Él *es* el mundo ordenado instantáneamente.

**RAMANA MAHARSHI
y la Naturaleza del Mundo Físico**

Nada visto puede ser real.

El objeto es falso: el Sujeto es la única Realidad.

¡Maravilla de maravillas! Toman lo que no es por lo que es.

Ellos ven los fenómenos como aparte del Sí mismo.

El mundo no existe en realidad.

SEGÚN todas las apariencias, estas citas de las *Conversaciones* de Ramana Maharshi tienen poco sentido. ¿Qué pueden significar para el hombre ordinario de la calle, o incluso para el científico ordinario? El mundo está convencido de que las cosas son reales, a menudo demasiado reales. El hombre de la calle está seguro de la realidad de ese autobús que se acerca — ¡en cualquier caso!—.

Este artículo intenta mostrar por qué, en la experiencia del escritor, la enseñanza de Ramana Maharshi sobre este tema tiene no obstante un excelente sentido, y soporta la prueba más rigurosa, y funciona satisfactoriamente en la vida cotidiana. Porque, de hecho, es indispensable para nuestra paz y felicidad.

La ciencia (o más bien, la ciencia mal comprendida) ha producido una gran cantidad de insensatez acientífica en su tiempo. Y la pieza más extendida, más artificiosa, más irracional de insensatez pseudo-científica es el dogma de que la consciencia es un producto de la materia —un tipo de efluvi o de radiación sutil incidental y accidental que la materia emite cuando deviene suficientemente compleja, como en los cerebros humanos—. Una cosa llevó a la otra, como si a los cerebros les hubiera acontecido desarrollar una «protuberancia de consciencia» para añadirla a las demás protuberancias. ¡En el comienzo era la materia, y en el curso de la evolución consiguió darse la vuelta para sentirse a sí misma! ¡Maravilla de maravillas: el objeto produce al sujeto! ¿Estamos sobrecogidos ante un milagro tal? ¡En absoluto! La primacía de la materia sobre el espíritu se da simplemente por supuesta, y está entre los menos desafiados de los mitos por los que vive nuestro mundo.

Que las cosas produzcan *consciencia* de las cosas (¡y casualmente, además!) es, una vez que uno comienza a cuestionarlo, una noción muy extraña. Es algo así como imaginar que el proyector de cine es operado por el actor sobre la pantalla. Igualmente extraña es la noción de que el sujeto puede ser examinado desde afuera como si fuera algún tipo de objeto. ¿Cómo puede el sujeto ser descubierto excepto desde dentro, por sí mismo? En cualquier caso no hay ni una partícula de evidencia de que los objetos materiales produzcan la consciencia. Nadie ha observado nunca cómo acontece, ni ha explicado lo que hay que buscar. De hecho, la idea misma carece de todo sentido.

¿Qué es un objeto material, según la ciencia misma? Es una colección de fenómenos (del griego *phainein*, mostrar), un conjunto de apariencias, imágenes y lecturas regionales que el

científico escoge y ensambla cuando revolotea alrededor de una «cosa» supervisándola desde diferentes ángulos, desde diferentes distancias, con la ayuda de diferentes instrumentos. *De lo que* estas apariencias regionales son apariencias, *lo que* hay en el centro de este juego de apariencias, está oculto para él. Por mucho que el científico físico se acerque a esa «cosa», está demasiado lejos para decir lo que ella es realmente, intrínsecamente. El científico, como tal, es un intruso lego.

Pero tiene dos pistas para lo que hay dentro.

(1) La primera pista es que cuanto más se acerca a la «cosa» tanto más vacía deviene. Al despojarla progresivamente de atributos, llega a regiones donde todo lo que queda de esa «cosa» aparentemente sólida es espacio frecuentado por mallas de energía —por así decirlo—. Belleza, fealdad, utilidad, opacidad, color, vida, forma, incluso localización precisa —todo esto es dejado atrás por el observador al acercarse—. No hay ninguna cualidad o función que resista a su estrecha inspección. Es la distancia la que presta estos encantos. Introdúzcase dentro de algo y usted lo pierde.

¡Pero un minuto! ¿*Quién* se introduce dentro de esa «cosa» y la pierde? ¿*Quién* registra el desmantelamiento y la desaparición del objeto y su reducción a la vacuidad virtual? El observador, por supuesto. El científico mismo, como consciencia. Deja todo detrás excepto la consciencia; dondequiera que va la lleva consigo, debido a que esto es lo que él *es*. Le es imposible explorar el mundo «físico» de las moléculas, o átomos, o partículas, y dejarlo *meramente* físico; su presencia activa ahí lo infecta por todas partes de *espíritu*. En cuanto al espacio que encuentra subyacente a todas las cosas, ¿cómo podría su consciencia estar separada de él? Lo mismo que no hay ninguna manera de entrar en una casa *sin paredes*, así tampoco hay ningún medio de contemplar el espacio *sin-mente*. No hay que sorprenderse de que la física subatómica se vea forzada incesantemente por los hechos a introducir al observador dentro del cuadro. En verdad, mientras el cuadro se desvanece ante una inspección cada vez más cercana, la consciencia que lo ilumina luce tanto más brillantemente. La materia se disuelve en favor del espíritu.

(2) Existen dos tipos de cosa distintos disponibles para la inspección del científico —la cosa observada, y la cosa que observa—. Es decir: los otros cuerpos, y su propio cuerpo. Acabamos de ver a qué conclusiones lleva su examen de los *otros* cuerpos. ¿Son confirmadas por su examen de *este* cuerpo, el cuerpo que él lleva consigo?

He aquí su segunda pista para lo que las cosas son realmente, tan distintas de lo que parecen a distancia. He aquí el ejemplo de su propia masa de materia, siempre a mano, que no requiere ningún laboratorio ni instrumentos para su investigación y examen más estrecho, que remite constantemente a su naturaleza verdadera, completamente transparente a su inspección directa. Si toma en serio (y cuando toma en serio) esta muestra preciosa y única, si se atreve a mirar (y cuando se atreve a mirar) *a desde* donde él está mirando, inspeccionando desde dentro esa cosa única sobre la cual él es la autoridad final, encuentra que está completamente vacía, y que en realidad no es una cosa en absoluto. Y que es *consciente* de sí misma como

justamente eso. Tal es la visión de sí mismo a cero milímetros de sí mismo, si es suficientemente honesto y atento —lo cual quiere decir, verdaderamente científico—.

Nótese cuán bellamente estas dos claves se confirman y apoyan una a otra. Bien se les mire desde afuera o desde adentro, los cuerpos se disuelven, la materia se desvanece, el espíritu permanece —una vez que entramos dentro de la materia—. «El espíritu es el cuerpo vivo visto desde dentro, y el cuerpo es la manifestación exterior del espíritu vivo». Extienda esta afirmación de Carl G. Jung a todos los cuerpos —desde el electrón a la galaxia y más allá— y usted tiene la física última.

Comprender la primacía del espíritu es bueno. Realizarlo, verlo, experimentarlo silente-mente, serlo sin pensamiento —esto es incomparablemente mejor—. Y para algunos es también más fácil. El resto de este artículo es, por lo tanto, una invitación de todo corazón a que el lector lleve a cabo uno o dos pequeños experimentos que pueden llevar a esta realización directa de lo que de otro modo permanecería más o menos teórico.

Observe esta cosa que usted está sujetando ahora. ¿Qué es en realidad este objeto —quiero decir esta hoja de papel impresa—? Es una masa de material suficientemente sólido, de alrededor de 300 milímetros por 210 milímetros por algunas décimas de milímetro, que pesa algunos gramos, cubierta (es de esperar) con marcas significantes sobre una superficie blanca. Bien, ¿dónde están los tipos significantes que usted está abarcando ahora? ¿Están ahí donde la página está, o están donde usted está, a unos 30 centímetros en frente de esa página?

Bien, pongamos la materia a prueba. Lleve hacia usted la página y vea. Aplique su ojo a este impreso, como si se estuviera poniendo una lentilla. ¡Sí por favor, adelante! Si usted se siente un poco ridículo, recuerde que lo que está en juego es la Realidad misma, por no mencionar su paz y felicidad. ¡Continúe...!

¿Qué ha visto usted? Me aventuro a decir que lo que usted ha encontrado no han sido sentencias llenas de significado, ni palabras sueltas, ni una ristra de letras sin significación, ni siquiera marcas negras confusas sobre un fondo blanco, sino un borrón ilegible. Y, al contacto, nada en absoluto. Usted ha perdido todo, *pero no ha perdido la consciencia*. Usted no se ha desvanecido. La Nada que usted ha encontrado no era solo nada —¡lo que quiera que ese monstruo pueda ser!— sino NADA MÁS QUE CONSCIENCIA. Sri Ramana lo dice muy bien: «Hay una Luz por la cual las cosas se ven... Si se despoja de las cosas solo la Luz permanece».

Así pues esta Luz es lo que esta *página* es realmente, de donde esta *página* proviene realmente, de lo que esta *página* trata realmente —la Luz de la Consciencia, por otro nombre el Sí mismo, la Divinidad, *Atman-Brahman*, la Naturaleza de Buda, el Espíritu, libre de todo—. Esto es lo que está soportando estas palabras impresas que usted está leyendo ahora. Esto es su Fuente. Esto es a la vez su Autor y su mensaje. ¡Puede sonar gracioso, pero usted no habrá leído esta página correctamente hasta que la lea a dos distancias —cero centímetros y treinta centímetros—! Como Ramana Maharshi observa: «Lo Real es lo que *es*. El resto es solo apariencia... Nosotros leemos los caracteres impresos, pero ignoramos al papel que es su trasfondo».

Es suficiente para él *de dónde* provienen estas palabras impresas. ¿A dónde van? ¿Quién está leyéndolas ahora, en su propia experiencia de primera mano, libre de memoria, en este momento mismo? ¿Qué está acogiéndolas —una cosa sólida, pilosa, con dos ventanucos para mirar— y detrás de ellos uno (¿o son dos?) mirones? Usted es su propio inspector más próximo. Nuevamente, ¿no es verdad que lo que lleva hasta usted se pierde, solo que esta vez es a usted mismo lo que pierde? Usted ciertamente va justamente a usted, directamente: y no hay que extrañarse de que se desvanezca, lo mismo que hizo la página, dejando solo la Consciencia. ¿No es el Lector lo mismo que lo Leído —NADA SINO CONSCIENCIA—? Bien, solo usted está en situación de decirlo, y ¿cuál sería el propósito de engañarse a usted mismo?

La verdad es que esta *página impresa* es de la Divinidad a la Divinidad, una carta de amor dirigida por Usted a Usted. Está envuelta por el Espíritu, tiene al Espíritu detrás y delante de ella. Por ambos lados está siendo sostenida por NADA SINO CONSCIENCIA, de otro modo se esfumaría llanamente en el no-ser. Usted podría llamarla un sándwich divino.

Y por supuesto, lo que es verdad de esta página es verdad de esas manos que están ahora sosteniéndola, y verdad de todos los objetos (mesas, sillas, ventanas, personas, árboles, autobuses, lo que sea) que vienen y van en su Espacio. Son imágenes de Usted, mensajes de Usted, creaciones de Usted, presentadas a Usted. Todo lo que usted percibe es Usted mismo, densamente disfrazado de alguna otra cosa, para su beneficio y el de nadie más.

Es imposible enfatizar la importancia práctica —las consecuencias para el hecho de vivir— de este notable descubrimiento. Toda separación, la multifacética amenaza de las cosas y personas externas y ajenas, se desvanece instantáneamente. Todo es Usted. ¿Y cómo podría usted tener miedo de Usted mismo? ¿Cómo podría usted menospreciarse a Usted mismo? ¿Cómo podría usted no amarse a Usted mismo?

¡Todo esto y más que esto! Todo lo que ve y oye y maneja es algo que usted quiere decirse a Usted mismo, algo digno de decir, algo importante —¡incluso si es solo sobre un autobús que se acerca!—. No puede haber ningún mensaje terrible o alarmante o confuso o carente de significado o inútil de Usted a Usted. Las nuevas sobre Usted, leídas por Usted, son buenas nuevas —por malas que puedan parecerle al lector que está ciego a su Fuente y Destino en sí mismo *como Espíritu*—. A él le dice Ramana Maharshi: «La imperfección le aparece a usted. Dios es perfección. Su obra también es perfección. Pero usted la ve como imperfecta debido a su identificación errónea». «Descubra si usted es físico».

En conclusión, entonces, el Espíritu es la verdadera naturaleza del mundo físico y de todos los cuerpos en él. «Nada visto puede ser real». Las cosas no tienen ninguna substancia y ningún poder en absoluto. Son sólo imágenes de Dios sostenidas por Dios para la propia inspección de Dios, y en sí mismas menos que papel de fumar. Vivir desde esta realización es felicidad.

RAMANA MAHARSHI Y KRISHNAMURTI: DIFERENCIAS ESENCIALES

LA gente dispuesta espiritualmente tiene el hábito de desdibujar las distinciones entre la enseñanza de un maestro y la de otro. Ellos están enseñando realmente la misma cosa (se nos dice) pero con tonos de voz muy diferentes. Este parece un hábito amable, que fomenta el ecumenismo y la paz en nuestro tiempo, ¡Oh Señor! Bastante justo. Pero puede ser el resultado de pereza o superficialidad, de insuficiencia al escuchar atentamente y profundizar en lo que se está diciendo, de traspaso de los límites, cuando lo que se necesita es discriminación clara y aguda.

Realmente, para seguir una vía espiritual hasta su conclusión, usted tiene que estar atento para no confundirla con otras vías. Para cambiar la metáfora, si está verdaderamente interesado en las muchas exquisiteces espirituales en oferta, usted no será comedido con ellas; las mezclará hasta que la pócima resultante sea tan insulsa que resulte insípida.

Tome por ejemplo la enseñanza de Ramana Maharshi por un lado, y la de Krishnamurti por otro. Algunos de sus respectivos estudiantes o seguidores me dicen que son la misma cosa, expresada en lenguajes muy diferentes. No puedo estar de acuerdo. Encuentro grandes diferencias esenciales —no simplemente de estilo— entre ellas. Este artículo bosqueja algunas de las más importantes.

No comencemos, sin embargo, con puntos de diferencia, sino con puntos concordantes. Tanto Ramana Maharshi como Krishnamurti insisten en que la respuesta a los problemas de la vida debe ser encontrada dentro, que profundamente dentro de nosotros está todo lo que necesitamos, y que es la mente la que viene entre nosotros y ello. En esto, naturalmente, ellos están en línea con todos los sabios y visionarios reales. Finalmente, «nosotros (para citar al Buda) no tenemos que llevarnos a ningún refugio fuera».

Hasta aquí, todo está bien. Ahora, llegamos a las diferencias, o (si usted prefiere) los desacuerdos.

La Mente

Es esencial, dice Krishnamurti, comprendernos a nosotros mismos; cómo pensamos lo que pensamos, por qué pensamos de esa manera, y la naturaleza de nuestro condicionamiento. «Para seguirse a uno mismo, para ver cómo opera el pensamiento, uno tiene que estar extraordinariamente alerta, a fin de que comience a estar cada vez más alerta de la complejidad del propio pensamiento y respuestas y sentimientos, de que uno comience a tener una consciencia más grande, no solo de uno mismo sino de otro con quien uno esté en relación». Nosotros debemos llegar a conocer el proceso de la mente.

Ramana Maharshi, por el contrario, niega que haya una mente que conocer. Al investigar, «se encontrará que la mente no existe». «No hay nada excepto el Sí mismo. Indagar en el Sí mismo es el asunto. La mente no importa. Si se busca su fuente, se desvanecerá».

Muy similar es el consejo de Nisargadatta Maharaj: «Es la mente la que le dice que la mente está ahí. No sea engañado... Es la negativa constante a considerar las sinuosidades y convulsiones de la mente lo que puede llevarle a usted más allá de ella».

Una exploración minuciosa de las conversaciones de Ramana Maharshi y Krishnamurti, procuraría sin duda pasajes que suavizarían esta evidente diferencia entre ellos. En teoría. Pero en la práctica, creo, que es irreductible. Tanto si busca quién es usted realmente, directa y simplemente, como si se ocupa de todo ese material mental que se alega que oscurece la visión de ese «quién».

Esto nos lleva a la pregunta de si esa visión bendita está disponible ahora, justo como nosotros somos.

La Disponibilidad de la Auto-realización

He aquí a Krishnamurti sobre este tópico: «Antes de que podamos averiguar cuál es el propósito final de la vida, qué significa todo... debemos comenzar con nosotros mismos, ¿no es cierto? Suena tan sencillo, pero es *extremadamente* [bastardilla de Krishnamurti] difícil... La dificultad es que somos demasiado impacientes: queremos adelantar, queremos llegar a un fin, y así no tenemos ni el tiempo ni la ocasión para darnos a nosotros mismos la oportunidad de estudiar, de observar».

Y he aquí, en contraste total, Ramana Maharshi: «No hay nada tan simple como ser el Sí mismo. No requiere ningún esfuerzo, ninguna ayuda... Todos están viendo a Dios siempre, pero no lo saben... Yo veo lo que necesita ser visto... Veo solo lo que todos ven, nada más. El Sí mismo siempre es auto-evidente».

Aquí tenemos un maestro que nos asegura que la experiencia esencial de nuestra vida es obvia exactamente ahora, justo como somos. Y otro maestro que dice que no lo es. «Usted paga su dinero y hace su elección», como dicen en la feria.

Queda la pregunta: ¿Cómo vamos a asegurarnos y gozar de esta experiencia esencial? ¿Cuál es el método, con más detalle? ¿Qué ayuda y qué dificultad?

El Método

Para Krishnamurti, las grandes escrituras del mundo son otras tantas trampas para el hombre. Cómo puede él estar tan seguro de esto, es una cuestión interesante, puesto que él asegura *no* leerlas nunca. Igualmente, los gurús nos aprisionan en sus sistemas. Él mismo no es un gurú, insiste. He aquí otra pregunta interesante: si él no es «un maestro espiritual reverenciado» (que es la definición del mundo de un gurú), ¿qué es él en esta tierra? En cualquier caso (gurú, no-gurú o anti-gurú), la práctica que él recomienda, de llegar a conocer *qué* hay debajo

de su mente estudiando sus movimientos, es ciertamente una práctica gradual y acumulativa. «Cuanto más se conoce usted mismo, más claridad hay. El auto-conocimiento no tiene fin — usted no llega a un logro, no llega a una conclusión—. Es un río sin fin».

¡Cuán diferente es la vía del Maharshi! Él ha leído las escrituras, y reconoce que su estudio puede estimular e influenciar la auto-indagación, que no (¡ay!) servir como un sustituto para la indagación. Él también enfatiza la importancia del Gurú verdadero. Preferiblemente, dice, vea directamente en su Naturaleza. O si no, si imagina que no puede hacerlo (de hecho, no está dispuesto a hacerlo) entonces abandónese al Gurú. En otras palabras, o bien tome la vía corta del *jñāñi* o bien la vía más larga del *bhakta* y continúe para ver *quién* es usted realmente.

Pero cualquiera que sea la ruta, la visión a la que lleva, no es de ninguna manera un asunto de grados o de etapas. Es todo-o-nada, repentina, completa, perfecta. Mientras que, como regla, el tiempo y la práctica se necesitan para establecer la Auto-realización, ellos no añaden ni una brizna a la experiencia. Ellos la hacen habitual. Simplemente el Sí mismo no puede ser percibido parcialmente, mucho menos mal percibido. ¿Por qué? Porque es el Sí mismo el que ve al Sí mismo, y no un hombre (como tal) quien lo hace.

Psicología y Religión

Al inspeccionar la espiritualidad en Oriente y Occidente, pueden discernirse dos temperamentos, dos tipos de maestros y doctrinas. La diferencia entre ellos es a la vez amplia y profunda. Para el primer tipo, la Realidad o la Meta es estrictamente impersonal, una ausencia más bien que una Presencia, una luz blanca y fría, un vacío, una desaparición, nada en absoluto más bien que la maravillosa No-cosa que está completamente despierta a Sí misma como nada y todo. Finalmente, no hay ni un sí mismo ni el Sí mismo.

Para el segundo temperamento, la Realidad es diametralmente opuesta de todo esto. El Sí mismo es la única realidad, suprapersonal más bien que impersonal, enteramente adorable y maravilloso, *Ananda* no menos que *Sat* y *Chit*. No hay que sorprenderse de que los maestros de esta persuasión se deleiten en usar la palabra Dios, que para los del primer tipo es una palabra inapropiada.

En aras de la brevedad, usted podría resumir las diferencias llamando al primer tipo espiritual-psicológico y al segundo espiritual-religioso.

Naturalmente, hay todo tipo de posiciones intermedias entre estos extremos, e incluso intentos de salvar la brecha. No estoy sugiriendo que Krishnamurti sea un ejemplo extremo del tipo espiritual-psicológico, sino que él pertenece a ese lado de la gran división. Y le planteo a usted que hay una gran división, y que es para reconocerla, no para salvarla.

Una Prueba

¿Dónde está usted, mi querido lector?

El Maharshi compara la Auto-visión a «mirar en el vacío». Bien, ¿Por qué no tomarle en serio y llevar a cabo una pequeña prueba en usted mismo, ahora mismo?

Mire a lo que hay en *su* lado de estas marcas negras en un trasfondo blanco. Mire, en toda la simplicidad, tanto fuera como dentro, prestando atención no solo *a* lo que está mirando, sino también a eso *desde* donde está mirando. El Maharshi dice (y yo encuentro que habla verdaderamente), que el Usted Real es la cosa más fácil de ver en el mundo, y que es como mirar en el vacío. Si es obvio para usted, también (obvio que justo donde usted está, está este maravilloso vacío que está Lleno), entonces usted está ciertamente a este lado de esa gran división.

LA VÍA DE UN METRO

EL campo de la religión es enorme y en algunos lugares muy farragoso, pero ciertamente no es irrazonable. Contiene demasiadas sendas o vías, algunas como avenidas principales y otras apenas surcos discernibles. Cada religión, cada secta, y en verdad cada innovador espiritual, abre una nueva ruta a través de la jungla y establece unas señales indicadoras y hace algún intento de dibujar un mapa de los quiebros y giros de la ruta, sus puestos de parada o albergues de descanso, y dan alguna idea de su destino. Se podría casi decir que la religión consiste en estas vías, que se cruzan y discurren en paralelo, convergiendo aquí y divergiendo allá, y que llevan —¿a dónde?— ‘Esa es la cuestión.

Hace unos pocos siglos, apenas existía ni siquiera un mapa rudimentario de esta región como un todo. La religión comparada y la explosión de la literatura sobre los credos del mundo —primero de manera erudita, y después popular— cubriendo la totalidad del campo, todavía tenían que venir. Para casi todo el mundo, casi por todas partes, la religión de uno era simplemente la de la propia familia y grupo social desde tiempo inmemorial. En efecto, existía solo esta única vía verdadera y sagrada. Las demás religiones y sectas, si es que uno oía hablar de ellas, se creía que no llevaban a ninguna parte, o en cualquier caso a algunas regiones muy impías y malsanas más allá de los confines del mapa.

En nuestros días, para un creciente número de personas, la escena religiosa no es algo tan tajante y tan simple. Se nos ofrece elegir un creciente y desconcertante número de vías. Visite una librería bien surtida de libros sobre religión y temas afines, y verá lo que quiero decir. El problema es que, hasta que uno ha recorrido de hecho una de las múltiples sendas y atajos que hoy día compiten porque sea su parroquiano, no puede saber a dónde lleva; y cuando por fin llega al final de ella (después de quién sabe cuántos años y décadas e incluso vidas enteras — si es que alguna vez llega—) tiene que dejarla más bien tarde para intentar las otras. En ese caso, ¿cómo va a descubrir cuál de todas ellas es *su* vía, la adecuada para usted, la que lleva al deseo de su corazón, a la verdad final, al fin de todos sus problemas? ¡Todo es muy confuso y muy frustrante! Por supuesto, lo que acontece de hecho (me temo) es que uno tropieza por azar con tal o cual libro maravilloso, o que encuentra por casualidad a alguien que conoce a tal o cual maestro maravilloso, o que recibe a través del correo un panfleto sobre una cierta reunión. Y así uno comienza en alguna vía por accidente, casi irresponsablemente. ¡Uno es más cuidadoso, más prudente y más mirado, antes de invertir en algunos utensilios de cocina —por no hablar de trajes o de una casa—!

¿Qué puede hacerse sobre este absurdo estado de cosas? ¿Es evitable? Este artículo tiene intención de hacer algunas sugerencias útiles.

Pero primeramente echemos una ojeada mucho más de cerca al mapa religioso. Hasta aquí, he dado por implícito que no hay patrón regular para estas múltiples vías, que tienen poco en común y ninguna dirección general. En la práctica, eso no es en absoluto verdad. Todas ellas sirven a un único propósito dominante, que es hacer posible que uno *escape*. Toda la

razón de una vía es hacer más fácil ir a alguna otra parte, dejar el lugar en el cual uno está ahora y llegar a algún otro lugar que está distante en el espacio y en el tiempo. Este hecho evidente no se le revela al estudioso «objetivo» de religión comparada, el cual contempla todo el campo como desde una gran altura: para él, el sistema de vías se da todo él a una cierta distancia, y así no muestra ningún patrón simple y unitario. Pero para el viajero serio sobre el terreno, para el buscador espiritual comprometido y realista (no importa cuán pequeño o cuán



grande sea su «progreso espiritual») el mapa tiene siempre forma de rueda. Él se encuentra a sí mismo siempre AQUÍ en el eje de la rueda, y todas las vías (incluyendo la que tiene su favor en este momento) irradian como radios hacia un borde que es llamado OTRAS PARTES. Y las preguntas que hace son, ¿cuál vía tengo que tomar desde AQUÍ, y cuán lejos está la meta, y cuánto tiempo me llevará llegar allí?

Preguntas para las cuales, ¡ay!, no se dan respuestas claras. ¿Cómo ha de juzgar el pobre viajero? La reputación y popularidad de una vía no es una guía segura de su practicabilidad. De hecho, cuanto más ancho y de mejor recorrido es el comienzo de una vía, tanto más largo y más difícil puede resultar al final. El avance puede ser tan difícil y los azares tan numerosos que se observa que muy pocos viajeros en verdad llegan a alguna parte cerca de la Meta, cuyas inimaginables delicias se conciben como proporcionadas a los rigores del viaje. En verdad uno saca la impresión de que ninguna vía corta, directa, llana, puede llevar a algún lugar que merezca la pena. Una tal impresión es lo que este artículo tiene intención de combatir. De hecho, la vía que señala y que recomienda fuertemente es ciertamente muy corta. Para ser tan preciso como sea posible (este artículo es práctico y entiende el asunto) tiene alrededor de un metro o de cien centímetros. En cuanto a dónde lleva esa vía, la más corta de todas las vías, tenga la seguridad de que realmente nos lleva a la Meta, directamente a nuestro verdadero hogar —*con tal de que nosotros la tomemos*—.

Pero antes de llegar a esa vía es necesario describir a qué equivale su opuesto —un tipo de vía completamente diferente y desde luego no una vía religiosa en absoluto— cuyo recorrido usted y yo venimos haciendo desde hace tanto tiempo que casi nos hemos olvidado de ella. Quizás sería mejor no hablar por usted aquí, sino solamente por mí mismo. A medida que adelantemos usted puede comprobar hasta qué punto mi historia está de acuerdo con la suya.

Permítame reconstruir ese viaje original mío, hasta donde soy capaz. Comenzó en el nacimiento, o no mucho después. En realidad (para mí mismo y desde mi punto de vista a ninguna distancia de Aquí) yo no nací en absoluto, aunque mis padres (tomando un punto de vis-

ta diferente, más o menos a un metro de Aquí) naturalmente tenían una historia muy diferente que contar. En mi propia experiencia, ciertamente yo no comencé como un bebé, o un ser humano, o una cosa de algún tipo. Al contrario, yo era este Espacio que no tenía ningún comienzo, este Lugar de Acogida para las cosas. O, es igualmente verdadero decir, esta Nada [No-Cosa] que es el Productor primario de todas las cosas. Al comienzo las cosas que me ocupaban eran comparativamente indiferenciadas, pero muy pronto comenzaron a diferenciarse en aquel confortante pecho y aquellas acariciadoras manos, en aquellos fascinantes brazos y piernas y dedos de manos y pies, en aquel espléndido sonajero y pelota, en aquellas caras sonrientes u hoscas, y demás. Y todas aquellas impresiones —aquellos objetos hechos de sabores y sensaciones y de olores y sonidos, y de parches de color móviles— todas ellas estaban justamente Aquí, no separadas de mí, viniendo y yendo en mi Espacio. Es verdad que cada vez más cosas, en variedad y grado de organización siempre crecientes, continuaban apareciendo en este Espacio. Pero yo no era una de esas cosas. ¿Cómo podía serlo —yo que era *Acomodación* para todas ellas—? En resumen, yo era todavía Mí mismo, estaba todavía en Casa, todavía *con-Migo* mismo y todavía no aparte de Mí mismo. Lo cual significa que yo estaba todavía *sano* [cuerdo].

Pero la humanidad tenía planes sobre mi cordura innata. A medida que avanzaba el tiempo, mis padres me persuadieron a apartarme de Mí mismo, a dejar el Hogar, a emprender el azaroso viaje desde AQUÍ donde soy percibido como Nada [No-cosa] hacia AHÍ donde soy percibido como una Cosa muy concreta. Me enseñaron que la persona que me miraba desde mi espejo no era quien yo veía que era (a saber, «ese niño de ahí», o «mi amiguito del otro baño que está detrás del espejo») sino que era alguien llamado «Douglas», y ciertamente «Yo». Me enseñaron —y aprender la lección enteramente se llevó muchos años y muchas lágrimas— a verme a mí mismo no desde donde *yo soy* sino desde donde *ellos están*, como si fuera a través de sus ojos y desde su punto de vista.

Yo era un aprendiz lento. Durante años viajé atrás y adelante a lo largo de esa senda original de un metro, indeciso respecto a dónde establecer finalmente la residencia. A veces, particularmente cuando jugaba felizmente conmigo mismo, estaba contento de estar Aquí en Casa; en otras ocasiones, particularmente cuando estaba en compañía y menos libre, ocupaba mi posición ahí afuera, mirando hacia atrás a mí mismo y «viendo» más o menos lo que los otros estaban viendo —un ser humano completo como el resto de las personas de alrededor—. (De hecho, por supuesto, yo no estaba «viendo» en absoluto, sino imaginando). Y, a medida que discurrían los años, yo pasaba cada vez más tiempo ahí afuera pensando ansiosamente a Douglas Harding, y cada vez menos tiempo Aquí siendo solo Espacio para los otros; hasta que finalmente llegué a vivir una vida verdaderamente *excéntrica* como un exilio, retenido como si fuera en una trampa o prisión a un metro escaso más o menos del Terreno Original. Por supuesto, un error tan grande como un kilómetro, y yo estaba en efecto infinitamente extrañado de Mí mismo. Era como si jamás hubiera conocido el Hogar, como si nunca hubiera visitado mi Tierra Nativa. El Maestro Eckhart cuenta mi historia: «Ningún hombre se ha perdido nunca excepto por la razón de que, habiendo dejado una vez su Terreno Original, se ha permitido establecerse demasiado permanentemente afuera... Hay muchos que han buscado la Luz

y la Verdad, pero solo afuera donde no están. Finalmente se alejan tanto que jamás regresan a encontrar su vía adentro de nuevo. Tampoco encuentran la Verdad, pues la Verdad está en su Terreno Original, no fuera».

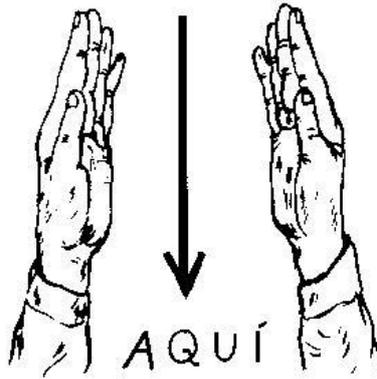
Corrección: en realidad, mi historia acaba más felizmente. Las circunstancias, o la Gracia, se combinaron para hacer brecha en los muros de mi prisión y abrir la vía a Casa. Pero el viaje de retorno no se hace de una vez por todas. Requiere al menos tanta práctica como la habida en el viaje hacia fuera. Pero ahora he llegado a conocer esa vía —su dirección precisa y su longitud precisa y los medios de transporte disponibles— muy bien ciertamente. Por esa razón no seré vago sobre ella aquí. (La vaguedad o nebulosidad espiritual es, en mi experiencia, un medio muy efectivo de evitar hechos espirituales claramente tajantes). Así pues, he aquí las marcas distintivas, la especificación de esa vía.

Ella no lleva desde Aquí a Ahí, sino hacia atrás desde Ahí a Aquí. En otras palabras, es centrípeta en lugar de centrífuga. Es muy corta, siendo su longitud la distancia entre la cara que veo en mi espejo y la ausencia-de-cara que veo aquí; o, también, la distancia entre usted ahí que está acogiendo mi apariencia regional y mí mismo aquí que soy la Realidad central que está suscitando esa apariencia. Es muy directa, como veremos ahora: solo un buscador infiel muy empecinado podría perder su vía. Y finalmente, es fácil de recorrer. Hay un número de vehículos —técnicas, recursos, modos de transporte— dispuestos para llevar al viajero a Casa.

He aquí uno de ellos. Miro a esa cara en mi espejo de mano, notando dónde se da, cuán grande es, cuán redondeada es. Y entonces llevo mi atención de viaje a lo largo de mi brazo extendido hasta lo que hay en su punta *inmediata* aquí. Y veo que aquí no hay nada sino Espacio vacío. Sin embargo es Espacio que encuentra sitio para ese brazo y mano y espejo y cara —la cara que mantengo ahí afuera, la cara que jamás viene mucho más cerca de mí que eso.



(«¿Puedo encontrar a mi Mí mismo en un espejo?», pregunta Ramana Maharshi, y continúa: «Debido a que usted mira hacia fuera ha perdido la visión del Sí mismo y su visión es externa... Vuelva su mirada adentro». Esto tampoco es difícil, nos asegura: «Es absurdo —la idea de que ver otras cosas es fácil pero mirar adentro es difícil. Debe ser al revés»).



Y he aquí un segundo método de dar la vuelta y hacer ese viaje de retorno de un metro. Tengo separadas mis manos alrededor de 15 centímetros. Entonces *lenta, muy lentamente* las traigo hacia mí —*prestando atención al intervalo entre ellas*— hasta que desaparecen a uno y otro lado de mí. Y acojo, en verdad devengo, ese intervalo, ese Espacio, el cual ya no es de unos pocos centímetros de ancho sino *infinitamente* amplio y profundo.

Éstos son solo dos de los incontables vehículos dispuestos todos para cruzarle a usted a esa tierra-de-no-hombre —repito *tierra-de-no-hombre*— a un metro de distancia, que separa su apariencia (según se muestra ahí afuera a los otros) de su Realidad (mostrada aquí a Usted). Por favor, pruebe los dos vehículos que acabo de describir, o (mejor todavía) encuentre el suyo propio. Pero no deje de hacer ese viaje. Es lo único que importa. Le lleva a usted directamente desde lo que usted parece a lo que usted es, a saber, Espacio o Capacidad o Consciencia, y más allá incluso de la Consciencia al incognoscible Abismo del cual brota la Consciencia atemporal. En resumen, le lleva a usted a casa.

El hecho es, por supuesto, que esta Vía, la más corta de todas, es aún más corta de lo que he dicho. No tiene ninguna longitud en absoluto. Como Ramana Maharshi lo señala: «No hay ningún alcanzar el Sí mismo... Usted es ya eso». Era solamente una pretensión que yo hubiera podido dejarme a mí mismo atrás y salir para ver lo que los otros de ahí afuera estaban haciendo de mí. No hay ningún modo de escapar de Aquí, debido, evidentemente, a que llevo Aquí conmigo a dondequiera que voy. Lo cual quiere decir que [no] llevo Nada conmigo —nada excepto esta Consciencia que yo soy—.

Y así, en conclusión, la Vía que recorremos es tan larga o tan corta como nosotros nos encarguemos de hacerla. Y todas las Vías —incluyendo la nuestra de un metro de larga— finalmente se reducen a ninguna distancia en absoluto, pues es imposible dejar o acercarse al Sí mismo. O (si usted lo prefiere) al final de toda vía espiritual genuina hay la realización de que el fatigado viajero jamás ha dejado el Hogar un solo instante, y de que la vía misma —por larga y ardua que fuera— era completamente ficticia.

¿QUÉ ES LO QUE ESTÁ MAL EN EL MUNDO?

POCAS personas estarían de acuerdo con la entusiasta exclamación de Robert Browning de que todo está bien en el mundo. La mayoría de nosotros, la mayor parte del tiempo, sentimos que algo anda terriblemente mal. El propósito de este artículo es descubrir lo que va mal, y lo que —si hay algo— usted y yo podemos hacer al respecto. ¿Un proyecto ambicioso? ¡Sí, ciertamente! Pero veamos cuán lejos podemos llegar.

Apenas necesitamos molestarnos en enumerar las cosas sobre nuestro mundo que no son como deberían ser, o que no nos gustan. Son demasiadas y demasiado evidentes. Así pues, procedamos directamente a la consideración de las diferentes maneras en que podemos responder y respondemos a los trastornos que nos rodean, y que amenazan tragarnos.

TRES REACCIONES A LA SITUACIÓN HUMANA

(1) Una reacción muy natural es —el *resentimiento*—. Nosotros no hemos tenido ninguna elección, nada en absoluto que decir en el tipo de ambiente dentro del que nos encontramos inmersos. No fuimos consultados, nuestras preferencias y necesidades fueron —parece— insensiblemente ignoradas. Fuimos arrojados dentro de esta arena amasada con sangre, la cual, aparentemente, se ha erigido toda para hacernos daño y desgarrarnos y eventualmente destruirnos. ¿Qué tipo de Creador o de Demiurgo es (queremos saber) el que nos da una naturaleza, y da a nuestro mundo la naturaleza contraria? ¿El que no solo no logra emparejar las dos, sino que de hecho las fija de modo que, mientras que necesitamos amor y seguridad y éxito y alegría y paz, la naturaleza de las cosas garantiza que tendremos lo opuesto? ¿Qué han hecho los inocentes niños para merecer todo el dolor y la desilusión, que acaban en la enfermedad y la senilidad y la muerte misma, que constantemente se está acercando a ellos? Ciertamente la única reacción apropiada y viril es la cólera. Pero el problema con la cólera es que es improductiva. Es un desenlace muerto, y no nos lleva a ninguna parte en absoluto. Solo aumenta más la miseria.

(2) La segunda alternativa es bastante menos negativa. Es la *resignación*. O, si usted lo prefiere, el *realismo*. Así, nos decimos sarcástica pero muy sensatamente: «¡La vida es difícil!». O, con el Buda: «La vida es dolor, la vida es sufrimiento». De modo que dejemos de pretender que podría ser de otra manera que trágica, terriblemente injusta, construida de ansiedad sobre ansiedad, de agonía apilada sobre agonía. Enfrentémonos honestamente a esta noble pero terrible verdad: que nuestro mundo es, y siempre será, un lugar muy sórdido, incluso para los afortunados. ¿Afortunados por cuánto tiempo?

Hay un lado positivo en este tipo de realismo sagaz. Constituye una gran diferencia cuando finalmente abandonamos nuestro falso optimismo e iluso pensamiento, nuestra patética pretensión de que mañana o la semana que viene o el año que viene las cosas volverán a ser normales, y los días felices estarán aquí de nuevo. El sufrimiento es la norma, el alivio del

sufrimiento la excepción. Las pruebas de mañana serán al menos tan severas como las de hoy, y un cierto tipo de paz desciende sobre nosotros cuando somos suficientemente honestos para reconocer los hechos odiosos, llanamente y sin amargura. La vida deviene más soportable, menos frustrante.

(3) Y así llegamos a nuestra tercera alternativa, que es de hecho que queramos que todo sea justamente como es. Esta actitud está lejos, muy lejos de la mera aceptación: es *aprobación*; es ir tan lejos como para *elegir* lo que está aconteciendo, como para decir un sincero ¡Sí! a todo lo que la vida nos está trayendo. Se trata pues de alinear nuestra voluntad con la de Dios, o con la del universo, que Su voluntad devenga nuestra voluntad. ¡Entonces debe resultar que todo discurre como queremos, y en un cierto sentido devenimos omnipotentes!

Por supuesto este alineamiento de nuestra voluntad es agradable y fácil cuando todo nos va muy bien; muy difícil cuando las cosas van mal; casi imposible (a menos de que ya seamos santos) cuando amenaza el desastre y nuestras vidas mismas están en juego. Incluso Jesús estuvo angustiosamente desgarrado entre su propia voluntad y la de su Padre en el desenlace. Y si *él* encontró este último abandono de su voluntad personal inmensamente difícil cuando llegó el momento crítico, ¿qué esperanza hay para los mortales ordinarios como usted y como yo? ¿Qué esperanza hay para *mí*, debería decir yo?: usted puede ser un santo, que yo sepa.

Sin embargo, toda la evidencia de la que soy consciente, y ciertamente la crónica de la experiencia de los líderes espirituales del mundo, confirma que aquí se encuentra la única respuesta real y concluyente a todos nuestros problemas. Con solo que pudiéramos ser desinteresados, totalmente sumisos, en una palabra: *santos*. Ahí está la cuestión. ¿Cuántos estamos dispuestos y somos capaces de trascender y de violentar nuestro profundo instinto de supervivencia? ¿De inmolarnos a nosotros mismos, de desempeñar el papel tanto del sacerdote sacrificial como de la víctima sacrificial? ¿En un cierto sentido, de cometer suicidio como humanos, a fin de ser lo que en todo caso ya somos? ¿Y de hacerlo así no meramente debido a que es la mejor política, sino debido a que sentimos profundamente que es justa?

La respuesta es: muy pocos. E incluso esos pocos héroes que, por virtud de la Gracia o de extraordinarias hazañas de disciplina y de auto-abnegación, se las arreglan para querer genuinamente la voluntad de Dios —ni siquiera ellos encuentran necesariamente que el universo es, después de todo, una escena perfectamente feliz y bella—. Con algunas excepciones, no lo ven de esa manera en absoluto. No: ni siquiera los santos están dispuestos a abrazar el mundo *a pesar* de lo que es, más bien que *a causa* de lo que es. Algunos de ellos no tienen ni una palabra buena que decir de él.

Y así, según todas las apariencias, no hay ninguna solución factible, para nosotros que no somos santos, al problema de lo que está mal en el mundo. Hemos visto que *enfurecerse contra* el universo solo empeora el asunto; la *resignación* puede ayudarnos algo, pero hace poco o nada para mejorar la situación; la *plena aceptación es virtualmente* imposible para nosotros como somos ahora.

Sin embargo, hay una cuarta alternativa, de modo que tomémosla en serio e introduzcámonos en ella cuidadosamente, críticamente, y con mentes abiertas. Después de todo, ¿qué

tenemos que perder nosotros —que somos caracteres desesperados en una situación desesperada?—.

LA CUARTA ALTERNATIVA

He aquí una perspectiva muy diferente de las tres que hemos reseñado. Confío en que usted encontrará que aporta esperanza, incluso certeza —para nosotros, personas más bien ordinarias— provisto que estemos dispuestos a abandonar nuestras preciosas opiniones, y especialmente nuestros prejuicios religiosos, y nos atrevamos a echar una ojeada fresca a nosotros mismos y al mundo en el que nos encontramos.

La proposición que vamos a examinar es ésta: *En sí mismo, el mundo está perfectamente bien. No es el mundo el que va mal o es insatisfactorio, sino lo que usted y yo estamos haciéndole a él todo el tiempo.*

O permítame decirlo de esta manera: aparte de nosotros, el universo estaría vivo y en buena forma; somos nosotros quien somos el problema. Le estamos infligiendo una cruel herida,



y por esa herida se desangra hasta morir. Nosotros lo hemos partido en dos fragmentos desiguales llamados MÍ MISMO y EL RESTO, o Yo y No-Yo. El resultado es que tenemos en nuestras manos no un Universo sino Dos Universos, una Dualidad y no una Unidad. Y apenas cabe sorprenderse de que las partes cortadas sean deficientes, trágica e incurablemente enfermas, en tanto que esa espantosa herida no sea cerrada y curada.

La *Katha Upanishad* identifica la enfermedad: «El que divide el Uno, vaga errante de muerte en muerte», e indica el remedio: «Diga a la mente que no hay sino Uno». Y el tercer patriarca del zen habla de la salud que sigue a ese remedio: «Cuando las diez mil cosas se ven en su Unidad, nosotros volvemos al Origen y permanecemos donde siempre hemos estado... Uno en todo, Todo en uno —con solo que se realice esto, no hay más aflicción por no ser perfecto—».

Pero nuevamente, la mera comprensión y el mero estar de acuerdo con estas profundas verdades no nos lleva muy lejos a lo largo de la difícil senda hacia la perfección. Por supuesto, cuando los tiempos son buenos y el sol brilla y los pájaros cantan, no es demasiado difícil sentir la Unidad de todas las cosas, con nosotros mismos incluidos en el Gran Plan. O, meditando en la tranquilidad de un lugar sagrado.

Nosotros podemos sentir ocasionalmente que, por muy miserables que las partes del mundo puedan ser *como partes*, la Totalidad es todo cuanto nuestros corazones podrían desear. Lo

mismo que el más horrible suburbio visto desde un satélite meteorológico, deviene muy agradable de observar —y que nuestro triste planeta desgarrado por las guerras, visto desde la luna, deviene un brillante sueño de paz y de belleza— así también, cuando estamos en un estado de ánimo exaltado, nuestro universo puede verse brevemente en su totalidad como enteramente bueno. ¡*Cuando* estamos en ese estado de ánimo! ¿Cómo vamos a vivir en esa exaltada y rarificada atmósfera más de unos pocos momentos cada vez? Alguien dijo que la vida aquí abajo sobre la tierra es una vida de quieta desesperación. Sospecho que tenía razón —¡excepto en lo de quieta!—. «Algún día», dice el Maestro K'ung Ku Chin-lung, «usted realizará que la Tierra Pura de la Luz Serena no es ninguna otra que esta tierra misma». Mientras tanto —si es afortunado— puede gozar esa realización en destellos. El resto del tiempo esta tierra es propensa a parecerse mucho más al Infierno.

Así pues, ¿cuál es nuestra respuesta práctica? Ya he sugerido que es una respuesta muy simple —simple, que no exactamente fácil—. *Mientras yo soy una cosa, cualquiera que sea, he dividido y por lo tanto desvirtuado al Uno*. El único remedio es restaurar sus partes sustraídas, re-injertar el órgano que he amputado, devolver lo que he robado al Uno —a saber, mí mismo— y traerle así nuevamente a la vida, la salud, la completud, y la perfección. En otras palabras, todo estará bien cuando yo sea *nada*. «No pidas nada; goza, y no codicies Su propiedad», dice la *Isa Upanishad*. En China, alrededor de la misma época, el Sabio taoísta Chuang-tzu enseñaba: «Tu cuerpo no es tuyo... Es la imagen delegada de Dios. Tu vida no es tuya. Es la armonía delegada de Dios. Tu individualidad no es tuya. Es la adaptabilidad delegada de Dios». Y, dos milenios después, el jesuita francés De Caussade (1675-1751) escribía: «El cuerpo y sus sentidos, el alma y sus energías, la pequeña suma de bien que usted haya hecho —son todos la porción de Dios—. Pertenecen tan manifiestamente a Él que usted se da cuenta que no puede reclamar ni un ápice de ello como suyo, ni sentir un punto de complacencia, *sin ser culpable de robo y saqueo a Dios*». Otro padre jesuita, John Nicolas Grou (1731-1803), habiendo señalado «Como Dios es todo, y la criatura es nada», continúa diciendo: «Yo no soy nada por mí mismo, y debo a Dios todo lo que soy... Si me apropio de estos dones para mí mismo... *los robo a Dios que es Su propietario*, no comprendo mi propia nada, cometo injusticia...» Karl Marx, también, buscando la justicia, decidió que «toda propiedad es robo», pero se quedó a medio camino. Excluyó la propiedad personal como los utensilios de cocina y los vestidos de uno, y por supuesto el cuerpo y mente de uno. Tenía la idea correcta, pero no llegó al corazón del asunto. ¡No hay que sorprenderse de que el marxismo no haya arreglado nuestro mundo! ¡Es insuficientemente radical!

LA CUARTA ALTERNATIVA EN TANTO QUE VER MÁS BIEN QUE CREER

Así pues admito que soy un ladrón, un saqueador del mundo. Los ladrones, sin embargo, son remisos a devolver su botín —especialmente cuando lo han retenido tanto tiempo que han llegado a pensar que es suyo, y todo el mundo ha estado de acuerdo—. ¿Quién de nosotros está preparado para devolver su cuerpo-mente al Universo, y ser reducido a la pobreza *absoluta*?

La única razón convincente que puedo encontrar para esta devolución de los bienes robados a su legítimo Propietario —la única consideración que me induciría a entregarlos voluntariamente y sin más retraso— sería la clara percepción de que no tengo ninguna elección, viendo que jamás han sido míos de ninguna manera, y que mi robo era completamente imaginario. En otras palabras, si yo *viera* efectivamente —y no solo *creyera*— que jamás he tenido y que jamás he sido un cuerpo-mente en absoluto, que siempre he sido exactamente Nada [No-cosa] y por lo tanto libre de todo problema —entonces esta clara visión soltaría verdaderamente mi ficticia presa sobre mí mismo—. Sri Nisargadatta Maharaj pregunta justamente: «¿No es importante para usted saber si es un mero cuerpo, o alguna otra cosa? ¿O quizás nada en absoluto? ¿No ve usted que todos sus problemas son los problemas de su cuerpo?». Y ciertamente, cuando abandono mi cuerpo-mente no solo abandono sus problemas, sino los del mundo también.

Preguntado sobre por qué un Dios perfecto crearía un mundo tan desastroso, Sri Ramana Maharshi respondió: «Su obra es perfección. Pero usted la ve como imperfecta debido a su identificación errónea con el cuerpo». Eso lo dice todo.

Sin embargo, yo todavía me pregunto a mí mismo: ¿es *cierto* que yo no soy el cuerpo y la mente que yo pensaba que era, y que todo el mundo me decía que yo era? ¿Es la cruda *realidad* que de hecho yo no soy Nada [No-cosa] en absoluto, que ni tengo ni soy tan siquiera una mota de polvo? Sobre todo, ¿es desapasionadamente *verificable*? ¿O todo esto es solo charla piadosa, exhortación bienintencionada, una cosa buena de creer debido a que hace que me sienta mejor? Debo descubrirlo, debido a que solo la completa honestidad conmigo mismo funcionará aquí. Un rastro de auto-engaño o de ilusiones, y todo este prometedor remedio del trastorno no me hace ni a mí ni a mi mundo ningún bien en absoluto.

Bien, yo no puedo hablar por usted, pero encuentro ciertamente que esta Nada [No-cosa] —esta ausencia de cuerpo-mente justamente aquí— es la más evidente de todas las verdades evidentes. Me guste o no, *veo* —mucho más claramente de lo que veo cualquier otra cosa ahí afuera en el mundo— que justamente aquí adentro hay Vacuidad, Espacio, Apertura —Acomodación vacante para la totalidad del mundo—. Siempre que miro aquí a lo que está mirando, a este misterioso Lugar que se me dice que yo ocupo, lo encuentro inocupado por mí —y ocupado en lugar de ello por todo lo demás—. Aquí, yo soy solo Capacidad, Sitio en este momento para estos dos brazos y manos y esta pluma ocupada y esta hoja de papel a medio rellenar, este escritorio portátil, y más allá de ellos la habitación, y la vista desde la ventana de la hierba y los árboles desnudos, de las nubes que pasan y del frío cielo. Más todos mis pensamientos y sentimientos sobre esas cosas: no sobre *mí*, insisto, sino sobre *ellas*. Yo no *soy* más estas manos, o estoy más *en* estas manos, de lo que *soy* estas nubes, o estoy *en* estas nubes. Yo no me encuentro en ninguna parte, y estoy por todas partes. No tengo ningún cuerpo, y la totalidad del mundo es mi cuerpo. Jamás, jamás he sido *parte* del mundo; jamás, jamás he partido o dividido el mundo. Yo soy Nada, sí; y Todas las cosas, también; jamás Algo [alguna cosa], jamás una construcción a medio camino entre estos extremos. Ese gran santo San Juan de la Cruz me dice que para ser todas las cosas debo ser nada. Pero no por ello tengo que ad-

mitir su palabra. Siempre puedo comprobar este hecho pasmoso, cualquiera que sea mi estado de ánimo o actividad del momento, con solo echar una ojeada.

Esta clara percepción, que lleva consigo una convicción total, es mi mejor esperanza y en verdad mi única esperanza de enderezarme a mí mismo y al universo. Me permite ver sostenidamente Lo Que yo soy —devolviendo así al Todo, todo lo que suponía que yo era, todo lo que Le había robado— y veo lo que acontece. En la medida en que hago esto, encuentro en verdad que, a pesar de todas las apariencias de lo contrario, el mundo es —¡sí, perfecto!—. Está curado, y ello por la buenísima razón de que sus heridas eran completamente imaginarias.

Continúo hablando por mí mismo, entonces: mientras soy completamente incapaz de convertirme a mí mismo en ningún tipo de santo (zanjando así la salida de la perfección, esa vía difícilísima) soy completamente capaz de ver ¡que yo *jamás* podría ser un santo de ningún modo, ni *ningún* tipo de persona o cosa u objeto! Y (repito) este ver no es difícil. Es enteramente natural, refrescante, agradable, secular, en absoluto especial. No es tan fácil de mantener todo el tiempo sin una buena suma de «práctica», sin duda, pero es renovable siempre y a voluntad, siempre que la propia atención de uno se vuelve hacia el Ausente que está viendo, justamente aquí adentro.

Así pues ésta, nuestra cuarta alternativa, es ciertamente la alternativa para mí. ¿Qué hay sobre usted? ¿Por qué no probarla? Nuevamente, ¿Qué tiene que perder (quien de hecho ha perdido todo)? Usted también puede encontrar que esta alternativa funciona debido a que convence, debido a que es enteramente verificable y factible ahora, y no para confiar en ella debido a que lo ha leído en alguna parte o a que alguien se lo ha dicho. Usted también va a encontrar con toda probabilidad que el universo se transforma radicalmente, una vez que *ve claramente por usted mismo* que jamás podría perturbar su perfección robándole ni tan siquiera una aguja.

Digo una aguja, debido a que ello me lleva a la conclusión de este artículo, la cual es una tradición musulmana sobre Jesús. El poeta sufí Attar cuenta la historia. «Cuando seas reducido a cenizas, incluyendo tu equipaje, no tendrás el menor sentimiento de existencia. Pero con solo que te quede, como a Jesús, una simple aguja, un centenar de ladrones te esperarán apostados a lo largo del camino. Aunque Jesús había arrojado su equipaje, la aguja fue todavía capaz de arañar su cara... Cuando la existencia desaparece, ni riquezas, ni imperio, ni honores ni dignidad, tienen ningún significado».

Y entonces (podemos agregar) es cuando todas nuestras heridas —y aún los meros arañazos— se curan, y estamos a salvo de ladrones y de todo daño, y entramos en el Paraíso.

SOBRE SER CONSCIENTE

CONSCIENCIA es lo que la vida es por todas partes. Al menos, es lo que yo quiero que sea toda mi vida. Cuando acabe quiero ser capaz de decir: verdaderamente, fui consciente —despierto, atento a lo que tiene lugar, no soñando o «fuera de onda»—.

No quiero decir consciente todo el tiempo por supuesto, sino a menudo; cada vez más, y con lo mejor de mi capacidad. Naturalmente me gusta tener sensaciones agradables, gozar de las experiencias cumbre cuando vienen, quizás incluso elevarme dentro de los reinos místicos. Pero cuando no incluyen experimentar *quién* está recibiendo tales bondades, entonces son una suerte de lapso dentro de la inconsciencia y (en el mejor de los casos) unas agradables vacaciones del asunto principal de mi vida —a saber, ser realmente consciente—. Lo cual significa *auto-consciente*, y finalmente *Auto-consciente*.

Tales fueron mis primeras reflexiones al oír hablar sobre ser CONSCIENTE. Me acordé de aquellos locuaces pájaros en «Island» [«La Isla»] de Aldous Huxley, que asustaban al caminante en el bosque gritando «¡Atención!» sin descanso. Habían caído bajo la influencia budista. Y en verdad su mensaje es central para esa religión.

La presencia de mente, o atención, o consciencia está en el corazón del budismo. No es solo la vía de la iluminación, sino la iluminación misma —ese estado que podría ser descrito como consciencia total—.

¿Consciencia de qué exactamente?

Evidentemente no de ninguna cosa vieja. El objeto o contenido de la consciencia importa tanto como su intensidad o permanencia. ¿Qué monje vestido de amarillo podría estar más atento (menos distraído) que el tordo que en este momento está sacando un gusano de mi césped? ¿Qué santo puede devenir más concentrado en una sola dirección de lo que él mismo estaba cuando, como niño, jugaba con una pelota sobre la hierba? La absorción del pájaro y del niño en lo que está aconteciendo es casi total —mientras dura—.

Pero ninguno de ambos está *iluminado*. Es cierto que no están, como la mayoría de los adultos estamos prácticamente todo el tiempo, alucinados. Por otra parte, ciertamente no son auto-conscientes —ni siquiera en la medida limitada en que somos auto-conscientes—. (El pájaro no nota su presencia; el sabio ve su ausencia —un modo de vida muy diferente, como vamos a observar ahora por nosotros mismos—). Y ciertamente el niño y el pájaro no son modelos a imitar, aunque supiéramos cómo.

Pero esto es dar un salto adelante. Procedamos paso por paso, y distingamos con mayor detalle las tres etapas en el desarrollo de la consciencia —etapas que se aplican igualmente a la evolución de la humanidad en general, y del individuo en particular—. Simplemente por conveniencia las llamaré: (1) Consciencia Primitiva (infrahumana), (2) (Falta de) Consciencia Humana, y (3) Consciencia Iluminada (suprahumana).

(1) Consciencia primitiva (infrahumana)

A los ejemplos del tordo con el gusano y del niño con la pelota, podríamos agregar el gusano mismo (antes de su fatal encuentro con el tordo), recortando y empujando y acomodando pacientemente una hoja caída dentro de su agujero. (Cómo esa cosa tan costosa se lleva a cabo con un cuerpo como ése, es un milagro de destreza —y de atención—. ¡Usted o yo tendríamos dificultades aún usando los diez dedos!). Y ¿por qué no agregar el ejemplo de una de las células nerviosas de esa dotada criatura (implicadas todas sin saberlo en esa misma delicada tarea del trabajo de la hoja) cuando vela por su propio trabajo celular de atender a cada mensaje neuronal que llega y pasarlo a los ámbitos apropiados?

De hecho, voy a ir mucho más lejos, y a sugerir que la historia *interior* de cada una de las células del gusano, y de cada una de las moléculas de esa célula, y así en descenso hasta cualesquiera que puedan ser las unidades o bloques constructivos últimos del mundo «físico», no es nada más que *consciencia*. Consciencia de sus compañeras, de su mundo. ¿Cómo de otro modo podrían ser sus respuestas a ellas tan exactas, apropiadas o congruentes? Cada partícula «conoce» su trabajo a la perfección y lo hace soberbiamente: acoge (nótese esa expresión) y se ajusta minuciosamente a la masa y posición y movimiento de todas las demás partículas, por todas partes.

¡Ahora hay consciencia para usted! Ningún electrón, átomo, molécula, célula, pájaro, animal está jamás «fuera de onda», o es encontrado culpable de conducirse (o de volar, nadar, arrastrarse, o de cualquiera que sea su modo de locomoción predilecto) sin el «cuidado y atención debidos». Pero mi mensaje no se dirige a esa abrumadora mayoría de los ciudadanos del universo —el tipo cuidadoso y concienzudo que no lo necesita— sino a nosotros, delinquentes cósmicos y cerebros locos que lo necesitamos seriamente. Las únicas criaturas distraídas en el universo conocido.

(2) (Falta de) Consciencia humana

Echemos una ojeada más de cerca a lo que nos ha acontecido a nosotros, los de la segunda etapa:

Supongamos que yo soy un agudo pájaro observador, y que me encuentro a mí mismo fascinado por los movimientos de ese tordo. Me impongo a mí mismo la tarea de contar cuántos gusanos se las arregla para capturar por hora.

Aunque estoy intrigado e incluso horrorizado, encuentro que, después de unos pocos minutos observando sobre el terreno a esa criatura glotona y simple, me levanto y alejo. Me pierdo en algún vuelo de la imaginación —planeando, quizás, este artículo que estoy escribiendo, que describe al tordo, o trata sobre el dolor de buche que ciertamente va a tener si continúa así—. O pensando qué se siente siendo gusano, arrastrado y estirado como si fuera una cinta elástica, y después cortado en sinuosas raciones para pájaro.

Entre tanto, por supuesto, el pájaro continúa aunque ya no es observado. Dejo inclusive el jardín atrás, pues soy arrebatado a exaltadas reflexiones sobre la vieja y querida Madre Natu-

raleza —tan «roja en diente y garra» y pico; y reflexiones aún más exaltadas sobre el problema del dolor en el universo—. Y acabo mi tarea matutina de «observación de los pájaros» pensando que me he ganado la comida —¡esperando vagamente que no sean espaguetis!—.

La atención desnuda a la escena que se presenta ahora mismo, limpia de memoria, de anticipación y de juicio: permitirse recibirla, esto, para los humanos, es prácticamente imposible. Nosotros vemos lo que buscamos ver, lo que se nos ha dicho que veamos, lo que el lenguaje nos permite que veamos, lo que podemos usar de alguna manera —incluso cuando, por brevemente que sea, alguna vez miramos con atención al gusano, al pájaro, al niño, a la flor, o a lo que sea, haciendo todo lo posible por verlo como es—. Más aún, temo que cuanto más viejos y mejor informados nos hacemos, tanto más abobados (¡por no decir bobos!) devenimos. El profesor distraído no es una mera historia puesta en circulación por rudos estudiantes. ¿No hirvió Isaac Newton mismo su reloj, contando el tiempo con su huevo?

Hay un sentido, por supuesto, en el que Newton era una de las personas más conscientes de su tiempo, de todos los tiempos. Era un gigante, que abarcaba... ¿pero qué es lo que no abarcaba? Y no cabe duda de que todos devenimos cada vez más conscientes a medida que crecemos. El campo de atención y su topografía se amplían maravillosamente. Pero, como contrapartida a esta ganancia, nuestra consciencia deviene crecientemente contaminada por el comentario verbal, por la materia mental sobreimpuesta, la cual empaña y casi oblitera la escena. Nosotros vemos el mundo a través de una espesa niebla. Para algunos la visibilidad se reduce hasta el punto en que se nos certifica como «locos». Llegamos a vivir nuestro propio mundo soñado, enteramente fuera de contacto con la «realidad», y en necesidad de cuidado institucional. Los budistas nos dicen que todos estamos algo locos en este sentido — hasta que somos iluminados—.

Llegan a decir que es esta incapacidad para prestar atención a lo que es así, lo que constituye nuestra ruina, nuestra perturbación básica. «La vía», dice el Buda, «para resolver la perturbación y la desarmonía, para ir más allá del sufrimiento corporal y mental, y para recorrer la senda que lleva al Nirvana, es practicar la atención» —atención al cuerpo, a las sensaciones, a los estados mentales, a las concepciones—. Lo cual indica cuán práctico es el tema bajo discusión. Todos queremos sufrir menos, aplacar nuestras ansiedades más profundas. La consciencia, nos dicen, es la vía.

¿Qué hacer? Una cosa es cierta desde el comienzo: no podemos regresar a la infancia, y ciertamente tampoco a la unidireccionalidad de los no-humanos. Pero podemos continuar *entrenándonos* en la atención, precisamente como la gente se entrena en los países de danza sobre hielo, o en el ajedrez, o en el canto, paso a paso bajo la guía de expertos.

El budismo Theravada consiste, muy ampliamente, en este entrenamiento de la atención. Por ejemplo, el ejercicio de caminar atento —caminar con un movimiento muy lento, en el que se observa cuidadosamente cada pequeña sensación, de contacto, de tensión y de ajuste muscular—. (Para el espectador irreverente, uno parece haber regresado a la etapa reptiliana de nuestra historia ancestral; ¿pero a quién le importa cuando las recompensas anunciadas son tan grandes?) O el respirar atento, en el que quizás durante horas el entrenando «observa» y

cuenta sus inhalaciones y exhalaciones. Al comienzo olvida rápidamente lo que se supone que está haciendo y deja de contar, pero con una larga práctica mejora. Y así con todos los quehaceres del día —vestirse y desvestirse atentos, comer y defecar atentos, y así sucesivamente, hasta que cada momento es rescatado de la inconsciencia—.

Costando tanto en tiempo y esfuerzo, es justo también que los beneficios anunciados de tal disciplina sean imponentes. He aquí cinco de ellos. PRIMERO, lo que se hace atentamente se hace mejor. Observe a sus visitantes cuando le ayudan a fregar los platos: los atentos hacen dos veces el trabajo de los otros, sin ninguna rotura, y (¡bendígalos!) lo dejan todo pulcro y ordenado después. SEGUNDO, ellos *disfrutan* de hecho fregando. Pues no es la repetitividad de un trabajo lo que le hace fastidioso, sino la inatención. TERCERO, ¡cuánto de nuestro miedo y sufrimiento vienen de que traemos al momento presente lo que no le pertenece! ¿Cuánto dolor *verdadero* sufrimos en la consulta del dentista? CUARTO, las recompensas a largo plazo de este entrenamiento son serenidad, desapego, auto-conocimiento. Cuanto más de nosotros mismos podemos llevar a la consciencia, tanto menos nos fastidia ello.

La QUINTA y principal razón para la práctica de la atención es graduarse desde *lo que* está siendo experimentado a QUIEN lo está experimentando. En una palabra, la iluminación.

El budismo Theravada insiste sobre este largo y difícil entrenamiento preliminar. No permite ningún atajo hacia el Nirvana. ¡Es más bien desalentador para gentes como yo, y me atrevo a decir como usted, que somos reacios a pagar un precio tal por lo que deben ser bienes desconocidos! Yo soy muy mirado cuando se trata de comprar algo tan costoso sin inspección.

Pero tomémoslo en serio. Hay otras vías. El gran Maestro zen japonés Ummon tiene palabras de aliento para nosotros: «El zen coloca la iluminación *primero*; deshágase de su mal karma después». Llévase su televisión ahora, comience a ver hoy, pague después. ¡Y lo que es especialmente atractivo en esta oferta de ganga es que el *ver* es el pago! Usted se ilumina haciéndolo. Otro gran Maestro, Ramana Maharshi de Tiruvannamalai, nunca se cansaba de decir a sus incrédulos discípulos que la iluminación o la liberación es la cosa más fácil, más simple y más natural del mundo: «Quien usted es realmente es más evidente que un fruto tendido en la palma de la mano».

Bien, si la Consciencia última está tan disponible como éstos y muchos otros reconocidos expertos afirman que lo está, tengámosla antes de llegar al final de estas páginas. ¡No, no voy a entretenerle mucho! Diez minutos deben ser más que suficientes.

(3) Consciencia iluminada (suprahumana)

Permítame dirigir su atención a su experiencia presente, a cómo es ella en usted en este momento en que (hasta donde sea posible) abandona memoria e imaginación y deseo, y toma solo lo que se da. ¿Querrá usted ser como un niño conmigo, durante unos pocos minutos?

Usted está acogiendo esta página cubierta con líneas de marcas negras (estas palabras impresas), y sostenida por dos manos —cuyos dedos en su mayor parte no se ven—. Mientras

continúa mirando directamente a este impreso, note cómo esas dos manos conectan con brazos, los cuales se tornan difusos y se esfuman enteramente muy cerca de sus hombros (¿qué hombros?). Y ahora observe cómo, entre estos difusos brazos se extiende un área de pecho que también se difumina y después desaparece muy cerca de algún cuello (¿qué cuello?). Intente seguir ahora con su dedo la «línea del cuello» donde su pecho acaba, y observe lo que es su cara (de usted), el otro lado de esta permanente decapitación.

(Extraña —¿no es verdad?— cuán completamente pasamos por alto estas regiones inmediatas, negándonos a ver lo que vemos donde más importa ver, y donde la deshonestidad es desastre).

Otro ejemplo: ¿está usted ahora, en su propia experiencia de primera mano, mirando estas marcas negras a través de dos (repito, de dos) pequeños ventanucos en una atalaya globular y pilosa llamada una cabeza? Si es así, describa amablemente lo que hay adentro —¿está congestionado? ¿tenuemente iluminado? ¿es pegajoso? ¿es pequeño?—.

¿O es un hecho que, *ateniéndose a la evidencia presente*, no encuentra *nada* justamente aquí donde usted pensaba que llevaba una cabeza, *nada* sino espacio? ¿Espacio conteniendo qué? ¿Espacio llenado con estas palabras, con esta página, con estos brazos y pecho? ¿Capacidad o amplitud inmaculada e ilimitada, viva para sí misma como vacío —y llenada con esas cosas, acogiendo la escena siempre cambiante—? ¿Espacio, a veces, para su cara y cabeza y hombros también, ahí afuera detrás de su espejo —donde usted los encuentra y los conserva— reducidos de tamaño, [mirándole] vueltos del revés, y separados un metro de su torso?

¡Sí, lo ha logrado! Usted ve con total claridad QUIÉN y QUÉ ha sido usted siempre, a saber, esta Desaparición a favor de los otros, esta Vacuidad que es consciente de sí misma como Nada [No-cosa] y por lo tanto todas las cosas. ¿Cómo podríamos *no* ver la más evidente de todas las visiones, una vez que se lleva nuestra atención a ella?

¡Felicidades! ¡Usted está iluminado! Siempre lo estuvo.

Pero ahora viene la parte difícil. Ver lo que usted es realmente es la cosa más fácil del mundo de hacer, y la cosa más difícil del mundo de mantener —al comienzo—. Normalmente, lleva meses y años y décadas regresar una y otra vez a casa, al lugar que uno ocupa (o más bien, que no ocupa —lo ocupa el mundo—) antes de que uno aprenda el arte de permanecer centrado, de estar adentro, de vivir desde el espacio de uno en lugar de desde la cara de uno. Sin embargo, ahora sabe cómo entrar ahí, puede visitar su casa siempre que quiera y cualquiera que sea su estado de ánimo. Y, una vez en el umbral, está perfectamente en casa: Aquí, no puede dar un paso equivocado. La práctica no se *perfecciona* aquí: es perfecta desde el comienzo. Usted no puede ver a medias su no-cara ahora, o ver solo su mitad. No hay grados de iluminación: es todo, o nada.

Naturalmente hay muchas, muchas vías de regreso al hogar que usted nunca ha dejado realmente.

Permítame hablarle sobre aquellas que yo encuentro particularmente útiles. Entre ellas encontrará alguna que sea adecuada para usted.

Cómo mantenerla

Cualquier cara *ahí* es suficiente para disolver la ilusión de una cara *aquí* sobre mis hombros, acogiéndola. ¿Cómo podría yo recibir su cara en todo su colorido detalle si ella estuviera bloqueada en esta punta mía por alguna cosa? Encuentro pues que yo jamás, jamás he estado cara a cara con alguien. Esta permanente asimetría es el comienzo del amor y el fin del miedo. Imaginar que tengo algún escudo o muro aquí con el que mantenerle a usted afuera es rechazo de usted, separación y miedo e incluso odio de usted. El remedio es ver que yo estoy construido abierto, construido para amar.

Mi espejo confirma esta apertura de par en par justamente aquí donde yo soy. La misma cosa que hace muchos años puso sobre mí una cara me exonera de ella ahora. ¡Ahora miro en el espejo para ver lo que yo *no* soy!

Y si se me ocurre que todo esto es muy visual, y que puedo en efecto *sentir* esta cosa sólida aquí, llenando el *aparente* vacío en el centro de mi mundo, entonces comienzo a tentar y a palpar y a manosear esta cosa. Solo para encontrar que no es ninguna cosa en absoluto, y mucho menos una cosa rosada y blanca y pilosa y opaca y enteramente de una sola pieza. En lugar de ello, encuentro una sucesión de sensaciones táctiles que no son más substanciales que los sonidos y olores y sabores y demás, los cuales también vienen y van en el mismo espacio.

Y si comienzo a preguntarme cómo podría uno sobre la tierra explicar esto a una persona ciega, entonces yo «me ciego a mí mismo». Cerrando mis ojos (¿qué ojos?) comienzo a buscar mi forma, mis límites, mi altura y anchura, mi sexo... en verdad todas esas cosas con las que me identificaba. Y descubro que ni una sola de ellas puede ser encontrada ahora. Yo soy todavía espacio ilimitado para todas las sensaciones que tienen lugar en él, alias silencio para estos sonidos que pasan, alias no-mente acogiendo este desfile de pensamientos y sentimientos. Yo soy nadie [no-cuerpo], completamente vaciado. Sin embargo no siento ningún sentido de pérdida. Completamente lo opuesto: soy consciente de mí mismo como indemne, confortable, exonerado de un pesado fardo. Me sienta bien solo ser. YO SOY sienta incomparablemente mejor, incomparablemente más natural que YO SOY ALGUIEN.

Y si sospecho que no es en la contemplación pasiva sino en la acción donde redescubriré a ese alguien desaparecido, entonces me pongo en movimiento. ¡Solo para encontrar que yo jamás me muevo! Es el paisaje el que camina, trota, corre, conduce, danza a través de mí. El espacio aquí es para que las cosas se muevan en él, no para moverse. ¿Puedo sugerir que compruebe usted esto poniéndose de pie ahora y girando sobre el sitio? En su inédita experiencia, ¿está usted girando y girando, o lo está haciendo la *habitación*?

¿Pero cómo reconciliar ese humano móvil, con cabeza, con límites, opaco, que usted dice que yo soy, con mi negación de todo eso? ¿Quién tiene razón?

Ambos tenemos razón. Lo que yo parezco depende desde donde me esté mirando. A un metro de este centro, usted encuentra un hombre. Al acercarse, encuentra una cara, un parche de piel, y después (dados los instrumentos adecuados) tejidos, células, moléculas... hasta que,

en el punto de contacto, me he desvanecido completamente —y usted confirma mi visión de mí mismo justamente aquí—. O, al retirarse de este centro, usted encuentra una casa, una ciudad, un país, un planeta, una estrella (el Sistema Solar), una galaxia (la Vía Láctea); y nuevamente, en el límite, nada en absoluto. Su visión de mí, y mi visión de mí, se confirman y se complementan una a otra.

Todo esto, y mucho más, está incorporado en el invento que llamo *Tuniverso*. Éste es un mapa tridimensional de mis múltiples apariencias para los demás en todos los órdenes, y de sus apariencias para mí, y de mi apariencia para mí mismo a una distancia de cero —esa realidad central que es mi desaparición como una cosa y mi emergencia como Consciencia misma—. En sus numerosas formas bidimensionales y tridimensionales este invento se ha revelado (para mí) a lo largo de los años de una ayuda indispensable a la Auto-indagación, al Auto-descubrimiento, Auto-realización y Auto-recuerdo.

El fin del sueño

Bien, habiendo visto ahora su verdadera Naturaleza, y valorado lo que ve, encontrará sus propios recordatorios para continuar viendo, hasta que ver devenga completamente natural y sin esfuerzo. Algunos de los experimentos e indicadores que he mencionado ciertamente funcionarán para usted también. Si quiere vivir realmente la vida consciente, despertar del sueño social, ser QUIEN es, todo vendrá en su ayuda y le empujará hacia esa meta suprema.

Alcanzarla es realizar (darse cuenta) que nunca le ha faltado. Más bien que *devenir* consciente, experimenta la Consciencia como su ser mismo.

EL PODER DEL PENSAMIENTO POSITIVO

DURANTE los pasados cien años, más o menos, las imprentas han estado produciendo una inundación de libros, en su mayor parte americanos, sobre el supuesto «poder del pensamiento positivo». Pretenden enseñar al lector «la ciencia y el arte de la magia mental», o «cómo hacer milagros a través del poder de la voluntad o de la concentración», o «cómo realizar las ambiciones de uno a través de la visualización o de la auto-sugestión». Aunque difieren muy ampliamente —variando desde un materialismo desvergonzado hasta algún tipo de espiritualidad— todos ellos se apoyan sobre el hecho incontrovertible de que la salud, la riqueza y el éxito están ampliamente gobernados por la propia actitud mental de uno. Alguien que es optimista, resuelto, determinado, que cree ardientemente en la meta que se propone, es mucho más probable que llegue allí que alguien que es tibio, y no digamos nada de alguien que es pesimista y vacilante y que tiene miedo del fracaso. No hay ninguna duda al respecto: el pensamiento positivo se amortiza. Tampoco se trata meramente de que una tal estructura de mente genere un trabajo sostenido y efectivo, que a su vez genera naturalmente el éxito. Es como si la mente misma actuara directamente, se podría decir mágicamente, sobre las cosas y las gentes, influenciándolas en la dirección de sus intenciones.

«Hasta que uno no está determinado hay vacilación, la posibilidad de echarse atrás, siempre inefectividad. En lo concerniente a todos los actos de iniciativa, hay una verdad elemental cuya ignorancia mata incontables ideas y espléndidos planes: en el momento en que uno toma la determinación definitiva entonces la Providencia se mueve también.

Ocurren toda suerte de cosas en ayuda de uno que de otro modo nunca habrían ocurrido. Toda una corriente de acontecimientos salidos de la decisión suscitan a favor de uno toda suerte de incidentes, de encuentros y de asistencia material imprevistos, que ningún hombre podría haber soñado que le saldrían al paso.

Cualquier cosa que uno pueda hacer o soñar que puede hacer —comiencela—. El arrojo tiene genio y magia y poder en él. Comiencela ahora».

Éstas son palabras de Goethe, y tiene razón. La evidencia de la efectividad de este tipo de magia es abundante y convincente. Respalda y es respaldada por la filosofía «idealista», que proclama que el universo mismo es el producto de la mente, aparte de la cual no tiene ninguna substancia en absoluto. Ramana Maharshi está de acuerdo: «El mundo es su pensamiento... su propia imaginación». Según este punto de vista, la «realidad» —incluyendo el pretendido universo físico— debe su existencia al hecho de que es consistente y persistentemente imaginada. De ello se sigue que la capacidad de un individuo para imaginar sus circunstancias futuras, proyectándolas poderosamente sobre la forma de las cosas por venir, hace necesariamente mucho para cambiar esa forma.

Todo esto es bien conocido, si no generalmente aceptado en la práctica. Así es el lado negativo de esta magia mental, y en verdad de la magia en general. ¡Presuntos magos, cuidado! Sus hechizos, contruidos de fuertes deseos y de vívida imaginación y reforzados por una ac-

ción unidireccional, es bastante seguro que operarán hacia afuera sobre sus circunstancias; y no es menos seguro que retornarán como un bumerán, para operar hacia atrás poderosamente sobre ustedes. A corto plazo ustedes pueden obtener más o menos lo que quieren —en destrezas y bienes y reconocimiento— y *más* a largo plazo pagarán el precio, quizás un precio muy alto. Ustedes ganan una cosa, a costa de perder algo más sutil y precioso —quizás—. No es probable que su mágico éxito les haga mucho más felices y satisfechos que antes, o menos dependientes de un éxito mayor. En lo que concierne a la meta última de satisfacción completa y duradera, no hay ninguna razón para suponer que toda la magia del mundo junta pueda traerla ni un solo centímetro más cerca.

Hay dos alternativas principales a este tipo de magia mental, con sus perspectivas de beneficios en equilibrio con las pérdidas. La primera es ir dando tumbos como es habitual, pensando y sintiendo positiva o negativamente según el humor que se tenga, y no intentando ninguna magia ni ningún milagro —esperando lo mejor, temiendo lo peor, y recibiendo algo de ambos—. Llamémosla la actitud *normal*, en contraste con la *mágica*. La tercera actitud, que podemos llamar la actitud *mística*, es si cabe aún más diferente de la actitud mágica, es de hecho su preciso opuesto. Mientras el hombre ordinario dice «Hágase mi voluntad —espero—», y el mago dice «Hágase mi voluntad —insisto—», el místico dice «Hágase tu voluntad —lo sé—». Él se somete con todo su corazón en todo momento y en todas las cosas a lo que *es*, a los designios de Dios para él tan perfectamente mostrados en sus circunstancias presentes, y deja su futuro enteramente en las manos de Dios. El hombre normal querría ganar, el mago está determinado a ganar, el místico está contento de abandonarse. Su actitud no podría ser más diferente de la de ellos.

He aquí sin embargo una cosa muy curiosa, una contradicción que me ha intrigado durante años y que es mi principal razón para escribir este artículo —en la esperanza de aclarar la cuestión definitivamente—. Me estoy refiriendo al hecho extraño de que los autores de los más sanos y sensatos de estos libros sobre la magia mental y el pensamiento positivo no están contentos con promover esa actitud, sino que también nos instan a poner nuestra vida en las manos de Dios, a navegar con Su viento y no contra Él, a nadar con Su corriente y no contra ella. Me ha sorprendido encontrar que no muestran en absoluto ningún sentido de que están contradiciéndose a sí mismos y proponiendo una imposibilidad —no sólo en la teoría sino, lo que es más importante, en la práctica—. ¿Cómo puede coexistir en la tierra el estado de ánimo, la actitud que anuncia «Yo voy a lograr lo que quiero haciendo un milagro» con el estado de ánimo que dice «El único Milagro real está ya en proceso —¡el increíble Milagro de Su Ser y creación, en cuya perfección yo participo plenamente!—»? ¿Cómo puedo hacer peticiones, y someterme incondicionalmente?

Como ejemplo de esta confusión de pensamiento (y, debe seguirse, en la práctica) tomemos uno de los más antiguos y mejores de estos libros —*In Tune with the Infinite* [En sintonía con el Infinito] de Ralph Waldo Trine. He aquí un pasaje típico:

«Ésta es la ley de la prosperidad: Cuando viene la adversidad aparente, no se deje abatir por ella, sino que saque lo mejor de ella, y mire siempre adelante buscando cosas mejores, condiciones más prósperas. Mantenerse a usted mismo en esta actitud de mente es poner en operación fuerzas

sutiles, silentes e irresistibles que más pronto o más tarde actualizarán en forma material eso que hoy es meramente una idea. Pero las ideas tienen un poder oculto, y las ideas, cuando se plantean y se persiguen correctamente, son las semillas que actualizan las condiciones materiales.

No dé nunca un momento a la queja, utilice más bien el tiempo que de otro modo se perdería de esta manera en prever y actualizar las condiciones que usted desea. Sugírase a usted mismo la prosperidad. Véase a usted mismo en una condición próspera. Afírmela calma y serenamente, pero vigorosa y confiadamente. Créala, créala absolutamente. Espérela, manténgala regada continuamente con la expectación. Usted se hace así a usted mismo un imán para atraer las cosas que desea. No tema sugerir, afirmar estas cosas, pues al hacerlo adelanta un ideal que comenzará a revestirse por sí solo de forma material. De esta manera usted está utilizando agentes entre los más sutiles y poderosos del universo».

Esto es magia pura, sin adulterar, sin vergüenza, en el polo opuesto de la religión de los santos y sabios del mundo. Sin embargo, en otra parte del mismo libro leemos:

«La vida deja entonces de ser un fardo, y se mueve día tras día como se mueven las mareas, como se mueven los planetas en sus órbitas, como vienen y van las estaciones.

Todas las fricciones, todas las inseguridades, todas las enfermedades, los sufrimientos, los temores, los presentimientos, las perplejidades de la vida vienen a nosotros debido a que no estamos en armonía con el divino orden de las cosas. Y continuarán viniendo mientras vivamos así. Alzarse contra la marea es difícil e incierto. Ir con la marea y beneficiarse así de la operación de una gran fuerza natural es seguro y fácil. Entrar en la realización consciente, vital de nuestra unidad con la Vida y Poder Infinitos es entrar en la corriente de este orden divino. Entrar así en armonía con el Infinito nos pone a su vez en armonía con todo lo que nos rodea».

Nótese lo que Trino pone primero aquí —lo Infinito— y qué pone segundo —lo finito—. En este pasaje sus prioridades son las de la religión real, no las de la magia. Es posible que Trino mismo no encontrara ninguna dificultad en reconciliar estas actitudes contrapuestas hacia la vida —de manipulación deliberada por una parte y de aceptación deliberada por la otra—. Quizás él tenía una manera secreta de alzarse con la corriente de Dios, aunque contra ella; no obstante su libro no nos permite entrar en el secreto. Pero él no es el único. En numerosas de las mejores prácticas y seminarios que se nos ofrecen hoy, tanto como en su literatura asociada, es patente la misma confusión o doble lenguaje. En un momento nos apremian a levantarnos y a poner en juego todos nuestros poderes de imaginación y a desear hacer los milagros que transformarán el mundo y harán que nuestras vidas funcionen de la manera en que queremos que funcionen; y al momento siguiente nos instan a abandonar el deseo y a elegir lo que *es* y a reconocer en lo que acontece de hecho nuestra más profunda intención.

Si usted siente que estoy encontrando una contradicción en la estrategia donde hay solo una diferencia táctica, o que estoy exagerando la dificultad práctica de reconciliar estas dos actitudes, le ruego que considere lo que los líderes espirituales del mundo tienen que decir sobre el tema de asegurarse que usted obtendrá lo que quiere. Alguien preguntó a Ramana Maharshi cómo podría desarrollar el poder de la voluntad. Ramana Maharshi respondió: «*Su* idea del poder de la voluntad es poder asegurarse el éxito. El poder de la voluntad real debe entenderse que es la fuerza de mente que le hace capaz de afrontar el éxito o el fracaso con ecuanimidad... ¿Por qué deben ser los esfuerzos de uno pagados con el éxito? El éxito desa-

rolla la arrogancia y el progreso espiritual de uno es así detenido. El fracaso, por otra parte, es benéfico, en la medida en que abre los ojos de uno a sus propias limitaciones y le prepara para abandonarse. El auto-abandono es sinónimo de felicidad eterna» y Rumi, el más grande de los maestros Sufís, llegó tan lejos como para declarar que: «La falta de éxito es la guía al Paraíso».

¡Cuán remoto está esto de la filosofía que estigmatiza el pensamiento mismo del fracaso como pensamiento negativo, conducente a todo tipo de infelicidad y de desastre! Todas las grandes tradiciones espirituales insisten en que la Liberación (Salvación, Iluminación, Auto-realización, Despertar) es finalmente tan compatible con lo que el mundo llama fracaso como con el éxito. Una vívida ilustración de este sobrio hecho es la siguiente historia del Maestro Eckhart.

Dios le dijo: «Ve a la iglesia y allí encontrarás un hombre que te mostrará la vía a la bienaventuranza». Allí encontró a un pobre cuyos pies estaban llagados y cubiertos de polvo y suciedad, y todos sus vestidos apenas valían tres cuartos. Y él saludó a aquel pobre, diciendo:

«Dios le dé a usted un buen día».

Él respondió: «Jamás he tenido un mal día».

«Dios le dé a usted buena suerte».

«Jamás he tenido mala suerte».

«Que sea usted feliz. Pero ¿por qué me responde usted así?».

«Jamás he sido infeliz».

«Le suplico que me explique esto, pues no puedo comprenderlo».

El pobre respondió: «De buena gana. Usted me deseó un buen día. Yo jamás tuve un mal día; pues si tengo hambre alabo a Dios; si hiela, graniza, nieva, llueve, si el tiempo es bueno o malo, también alabo a Dios. Si soy vejado y despreciado, alabo a Dios, y así jamás he tenido un mal día. Usted deseó que Dios me envíe buena suerte. Pero yo nunca tuve mala suerte, pues sé cómo vivir con Dios, y sé que lo que él hace es lo mejor; y lo que Dios me da u ordena para mí, sea bueno o malo, yo lo tomo con alegría de Dios como lo mejor que puede ser, y así jamás tengo mala suerte. Usted deseó que Dios quiera hacerme feliz. Yo jamás fui infeliz, pues mi único deseo es vivir en la voluntad de Dios. Y así he sometido enteramente mi voluntad a la de Dios de manera que lo que Dios *quiere*, yo lo *quiero*».

¿Es esto pensamiento positivo o pensamiento negativo? ¡Más allá de toda cuestión, esto es pensamiento *absolutamente* positivo! Comparado con el pobre de Eckhart, a quien en verdad le asistía toda la razón para llamarse un rey, el más agresivamente optimista y efervescente y positivo de los magos mentales es vacilante y precavido y cuando menos parcialmente negativo: pues para que su magia funcione tiene que operar contra alguna resistencia, contra circunstancias que él encuentra indeseables y en necesidad de cambio. Así su positividad es necesariamente parcial, en relación a la negatividad que requiere y combate. No ocurre así con el pensamiento positivo del pobre de Eckhart, que es incondicional e ilimitado. Como Rama-

na Maharshi señala: «La identidad con *Brahman* pone al hombre en armonía con *todo*, y no hay nada aparte del Sí mismo».

Así pues nuestra crítica de los practicantes de la magia mental —del pensamiento positivo que necesita y que incluso crea la resistencia negativa— es que aunque tienen la idea correcta no la llevan suficientemente lejos. Son insuficientemente positivos e inexpertos en la magia. El único modo de desencadenar una magia irresistible, y de pensar y sentir sin ninguna negatividad, es estacionarse donde uno ha estado siempre, a saber, en la Fuente de todo —el impensable Origen que es el único Mago real y el único Poder real y la única Afirmación real libre de todo rastro de negación—. Re-únase con esa Fuente, única enteramente positiva, y vea si usted tiene alguna necesidad o inclinación a modificar deliberadamente algunos de sus productos en interés de otros. Vea si usted tiene entonces alguna aplicación, a la luz del Milagro total de la Fuente, para los milagros particulares, o los actos especiales del pensamiento positivo. En cualquier caso, ¿maneja usted *como individuo* algún poder en absoluto, para no mentar siquiera algún poder mágico? ¿Cuántos Poderes hay?

Queda esta cuestión práctica: Cuando el pensamiento y sentimiento de uno devienen así absolutamente positivos (diciendo Sí a todo), y la pericia de uno en la magia mental deviene total (al asumir el papel de creador del mundo), ¿es probable entonces que uno se tome el trabajo como ser humano de planear o lograr algo en absoluto? Puesto que todo es perfectamente aceptable como es, cualquier interferencia solo podría alterar o empañar la rectitud de las cosas —o así parecería—.

En realidad el problema existe solo en teoría. En la práctica, no es que uno vea algunas cosas mal, alguna negatividad, laguna o deficiencia en las disposiciones de otro modo perfectas de Dios, y acordemente intente corregir esa deficiencia mediante el pensamiento y la acción positivos. No: más bien es que, como Espacio o Capacidad para el mundo, uno es siempre el mismo y libre de ideas o intención o impulso o acción; mientras que el mundo que *llena* este Espacio es *todo* ideas e intención e impulso y acción, siempre en movimiento, siempre «corrigiendo» lo viejo por medio de lo nuevo. Y esta ocupada escena incluye las cosas que se observa que hacen estas manos, y donde se observa que van estos pies, y los sonidos que se oyen salir de aquí. En otras palabras, en este nivel uno no inicia ninguna acción (la No-cosa aquí no hace nada) sino que la encuentra en marcha. Estas manos y esta máquina de escribir están produciendo en este momento estas palabras, y no hay ninguna experiencia de alguien aquí hilando las palabras. Justamente aquí, nada se inicia; ningún acontecer separado y especial está siendo ideado y puesto en movimiento. Son solo presenciados como es presenciado el resto de lo que está aconteciendo. El flujo de estas palabras no es más (ni menos) el producto de la intención que el flujo del río y de las nubes en el cielo.

Volviendo, entonces, a nuestra cuestión práctica: cuando usted deviene conscientemente Quien usted es (y por consecuencia su actitud es enteramente aceptadora y positiva), ¿encontrará una disminución o un aumento en la actividad en marcha a su alrededor —actividad que los demás atribuyen naturalmente a su manifestación humana—? En términos llanos, ¿es usted como ser humano menos (o más) positivo y creativo y enérgico cuando comienza a vivir desde la verdad de que intrínsecamente usted no es un ser humano?

La respuesta es: Vea Quién es usted, y entonces vea hasta dónde llega usted. En todo caso la historia de los místicos verdaderos sugiere que como promedio fueron mucho más efectivos que la persona ordinaria. Claramente muchos de ellos cambiaron el curso de la historia. ¿Cómo sería esta especie sin sus santos y sabios?

Ellos fueron los grandes. Usted, querido lector, no es diferente esencialmente. Usted también piensa y siente y actúa positivamente (en el sentido absoluto) cuando despierta a su verdadera Naturaleza. Y, como Ramana Maharshi señalaba incansablemente, despertar a esa Naturaleza es la cosa más simple y más natural que usted pueda hacer nunca. Usted solo tiene que dejar de fingir.

En conclusión, no hay ninguna vía de ascenso desde el parcialísimo y relativísimo pensamiento positivo que Trino y compañía defienden, a la Positividad Absoluta que usted ya es. El tráfico va todo en la dirección opuesta, descendiendo desde la Fuente a sus productos. Así pues, todo se resume a una cuestión de ordenar sus prioridades, de poner primero lo que es primero. «Buscad primero el Reino de Dios y su justicia, y todas estas cosas se os darán por añadidura». Ninguna acumulación o manipulación de estas cosas le llevará a usted adentro del Reino —el Reino usted jamás lo ha dejado—. «Encuentre el Sí mismo», dice Ramana Maharshi, «y todos los problemas están resueltos». Ignore el Sí mismo, y ninguna cantidad de pensamiento positivo o de magia mental le sacará a usted de la zozobra.

LOS TRES DESEOS

HUBO una vez un pobre leñador y su esposa que vivían una vida solitaria en el bosque. Un día, cuando estaba cortando troncos junto a un río, se sobresaltó al oír que alguien lloraba; y se sobresaltó aún más al encontrar que era un hada sentada al borde del agua, lamentándose por el hecho de que no podía cruzarlo. Cargándola sobre sus hombros, el leñador vadeó la corriente y descargó gentilmente a la pequeña hada sobre la otra orilla. «Como recompensa por tu bondad», dijo el hada agradecidamente, «te concedo tres deseos». Y al instante desapareció. Aquella noche, después de su humilde cena, el leñador contó a su esposa todo lo que había ocurrido con el hada y los tres deseos, y debatieron largamente cuáles favores pedirían. «Mientras estamos decidiendo nuestras intenciones», dijo el leñador, «ciertamente podría tener un buen salchichón para acompañar a este pan seco». E inmediatamente un salchichón enorme aterrizó sobre la mesa. Su esposa, furiosa con él por malgastar un deseo en algo tan ridículamente trivial en lugar de un saco de oro, no pudo remediar espetar: «¡Estúpido viejo, mereces tener este miserable salchichón creciéndote en la punta de tu miserable nariz!». Y al instante allí estaba, colgado de la nariz del pobre hombre. Bien, después de mucho argumentar y de muchas recriminaciones mutuas, acordaron que su tercer y último deseo fuera deshacerse del salchichón, y volver a la situación normal. Y así aconteció, los tres deseos se cumplieron ciertamente como la buena hada había prometido; sin embargo al final lo dejaron todo como estaba. El hombre y su esposa tuvieron lo que finalmente decidieron, que era lo que ya tenían. La rutina de la vida continuó como antes —con esta diferencia: *fue elección suya*—.

¡Qué oportunidad malgastada! ¿O lo fue de verdad? ¿Se perdió todo para aquella pareja de bobos? ¿O pudo haber dado más de sí aquel tercer deseo que reparar solo una situación desesperada? ¿Fue, después de todo, y a pesar de su necedad, el deseo más retributivo y más sabio que podían haber formulado, el verdadero saco de oro? ¿El deseo que todos necesitamos formular, y también (bastante evidentemente) el único que a todos se nos concede?

Varias lecciones pueden sacarse de este bien conocido cuento popular. La que se ofrece aquí es como sigue. A nosotros en verdad se nos conceden tres deseos. El primero y abierto es que obtenemos cosas que queremos conscientemente. El segundo y oculto es que, junto con estas cosas, obtenemos sus sombras —sus consecuencias o antítesis negativas— que no queremos *conscientemente*. El tercer deseo, aún más oculto, es que obtenemos todas las cosas —tanto «buenas» como «malas»—, que de hecho obtenemos todo lo que acontece, la totalidad del drama cósmico, mucho del cual nuestra mente superficial siente vagamente y algo del cual rechaza con vehemencia. Evidentemente este tercer y último deseo es el único que se concede siempre a plenitud; y, no tan evidente, es (bien sea que lleguemos a admitirlo alguna vez o no) el único que es nuestro más profundo deseo. La verdad es que hemos escogido ya que el mundo sea exactamente como es en este momento, pero somos inconscientes de haber hecho esa grave elección. *Nosotros lo reprimimos*, y los síntomas de la represión nos afligen. Rechazamos la responsabilidad y nos lavamos las manos por la trágica escena —y pagamos

el pesado precio—. Y así resulta que nuestra cura y el trabajo de nuestra verdadera vida es poner fin a esa represión, haciendo subir a la consciencia nuestra sincera aceptación del mundo tal como nos toca. Ésta es, brevemente, nuestra interpretación de la historia de los tres deseos del leñador.

Puede parecer más bien increíble, pero es una interpretación que los maestros de la vida espiritual respaldarían. «Dios te está diciendo», dice Jean-Pierre de Caussade, «que si abandonas toda restricción, y *llevas tus deseos a sus límites más remotos*, y abres tu corazón ilimitadamente, no hay ni un solo momento en que no encuentres todo lo que puedes desear. El momento presente contiene infinitas riquezas más allá de tus más salvajes sueños».

Según todas las apariencias, esto es charla extravagante, insensatez piadosa que está muy lejos de ser verdadera. Dios, la mayoría de nosotros estamos seguros, está contándonos una historia muy diferente. Un optimismo tan salvaje, en apariencia tan contrario al sentido común y a nuestra experiencia de la vida misma, ciertamente no ha de tomarse a ojos cerrados. Requiere un examen y una prueba rigurosa, si es que ha de ser creído. Y a la mayor parte de nosotros, que nos debatimos desesperados —si es que no estamos ahogándonos ya— en un enfurecido mar de desilusiones y frustraciones, va a costar mucho convencernos.

El resto de este artículo ofrece razones para concluir que, sorprendentemente, de Caussade estaba por entero en lo cierto al proclamar que, cuando nos dejamos ir —repito: nos dejamos ir— y empujamos nuestros deseos más allá de nuestra consciencia superficial a su límite todavía-inconsciente, los encontramos al instante perfectamente satisfechos. ¡Que, de hecho, la razón de que no obtengamos lo que queremos es que no lo queremos suficiente, que nuestras demandas son infinitamente demasiado modestas!

El espacio acepta sus contenidos

Cualquiera que sea su problema, la única respuesta real a él, según Ramana Maharshi, es ver de quién es el problema. La respuesta al problema de su voluntad —de lo que usted quiere y cómo obtenerlo— no es una excepción. ¿Quién es el que pide esto y rechaza eso? Resuelva ese acertijo y ha resuelto *el* acertijo de lo que realmente desea, y cómo *asegurarse realmente* su obtención.

En apariencia, como usted es visto por las demás gentes (que le miran desde una distancia) usted ciertamente es una cosa —con forma, confinada dentro de unos límites precisos, perfectamente opaca, multicoloreada, estacionada aquí y no allí, enormemente compleja, que se mueve, que va a por esto y evita eso, y sobre todo solo una de entre incontables criaturas similarmente limitadas y auto-perpetuantes—. *Pero en realidad*, como se ve a usted mismo (mirándose desde ninguna distancia) ¿usted es...? Bien, ¿por qué no mira y ve, ahora mismo? ¿No es un hecho que en su propia experiencia presente usted es *lo opuesto* mismo de como aparece a los demás, y en todos los aspectos? ¿Que para usted mismo y centralmente, usted no es una cosa en absoluto, sino Espacio que contiene toda suerte de cosas —incluyendo, ahora mismo, estas palabras impresas, esta página, las manos que la sostienen, su borroso trasfondo, y diversos pensamientos y sentimientos sobre esto y aquello—? Sólo usted está en situación de responder a la importantísima cuestión de lo que es *su* lado de esta página y mano, *su* lado

de todo lo que le está aconteciendo. Si con toda honestidad observa que usted es una *cosa* aquí enfrente de las otras cosas ahí, porque por supuesto usted debe mantener su posición: *usted* es la autoridad sobre su experiencia. Solo que, en ese caso, no tiene mucho interés que continúe leyendo este artículo. En lugar de ello, haría mejor si continúa examinando el lugar que usted ocupa, solo en el caso de que encuentre que de hecho está ocupado por las otras cosas, y no por usted en absoluto.

Pero si encuentra en verdad que usted es Nada [No-cosa] donde usted está, si está de acuerdo en que es Espacio, haciendo sitio para todo cuanto acoge, entonces el problema de su voluntad —de forjarse su propia vía— está instantáneamente resuelto, bien reconozca el hecho o no. *En realidad* usted no tiene ninguna voluntad, debido a que no tiene ninguna necesidad. Usted es Espacio, que es auto-suficiente; mientras que las gentes, los cuerpos, los objetos limitados que vienen y van en ese Espacio son todo excepto auto-suficientes. *Sus* necesidades son insaciables: ellas deben perseguir continuamente lo que alimenta su supervivencia y resistir lo que fomenta su destrucción. Todo este comportamiento intencionado por supuesto, le caracteriza a usted también como uno de esos objetos limitados, pero jamás a usted como el Sujeto ilimitado. Como el Vacío, usted está vacío de toda característica. Como Espacio para dar cabida a los objetos, usted, el Sujeto, está libre de todos ellos, siempre el mismo, inmaculado, inafectado. Esta Consciencia-Vacuidad, que percibe con claridad que usted es, evidentemente no prefiere algunos de sus contenidos a otros. No tiene favoritos, ni preferencias, ni opiniones, ni quejas, ni complots, ni planes, ni ningún comentario que hacer en absoluto. Como un espejo, acepta las cosas sucias tan inmediatamente como las limpias, las cosas feas tan ecuánime como las bellas, las cosas trágicas tan fríamente como las gozosas, y ninguna de ellas deja ningún rastro. Como su verdadero Sí mismo usted no tiene gustos ni disgustos, lo cual es solo otra manera de decir que todo acontece a su gusto. Y es natural, viendo que *Quien usted es cuadra con lo que es*. Hay una paradoja aquí, por supuesto: una paradoja que Angelus Silesius observó cuando escribía: «Nosotros oramos: *Hágase tu voluntad*. Pero Él no tiene ninguna voluntad. Él es quietud solo». Como Él, usted tiene ambas maneras. Debido a que usted quiere lo que obtiene, obtiene lo que quiere. Y no hay ninguna otra voluntad que la de usted —¡Usted, que es sin voluntad!—.

Hay solamente una voluntad

Miremos más de cerca la cuestión de cuántas voluntades hay realmente. Consideremos el cuerpo humano. Está hecho de billones de animales cuasi-autónomos llamados células, cada una de las cuales nace y florece y muere independientemente de la vida del cuerpo como un todo. Cada pequeña criatura compite con las otras por el alimento disponible; cada una sigue inmutable su patrón de comportamiento característico; cada una se esfuerza por su propia supervivencia independientemente de las demás. ¿Y el resultado de todo este desenfrenado individualismo? Maravilla de maravillas: a pesar de sí mismas, estas miríadas de vidas separadas se suman en una única vida de un orden más alto —¡la del hombre completo!—. Cuando camina y habla y atiende a sus propios asuntos, ello es gracias a estos incontables subordinados (las células que componen sus cuerdas vocales, la lengua, los labios, los músculos de las piernas, etc., etc.) que están atendiendo a *sus* propios asuntos, los cuales no se parecen en nada al

suyo. Tampoco esta pasmosa y laboriosa empresa comienza y acaba aquí. El proceso de integración empieza muy por debajo del nivel celular —cada célula es ya un organismo unitario que reconcilia el comportamiento de sus moléculas constitutivas, cada una de las cuales integra similarmente sus átomos, y así continúa el descenso—. Y el mismo proceso continúa hacia arriba mucho más allá del nivel del individuo humano: de manera que al final la jerarquía entera de las partes y de los todos culmina en el Todo. El universo mismo constituye un único Super-organismo, el único Individuo verdadero, compuesto de y reconciliando y unificando las actividades e intenciones enormemente divergentes de sus componentes en cada nivel, incluyendo el humano.

Así pues, ¿qué es un hombre, en última instancia? Viéndole desde dentro como Sujeto, ya hemos encontrado que es la Nada [No-Cosa] que incluye todo. Y ahora, viéndole desde afuera como un objeto, como la cosa llamada provisionalmente un ser humano, encontramos que esa cosa no es ella misma sin el sostén del resto de las cosas, pertenecientes a todos los niveles. ¿Qué es el hombre, en verdad, sin el mundo de las células, moléculas, átomos, y partículas que le componen desde dentro y hacia abajo, y sin el mundo de los demás organismos, de la tierra y el sol y las estrellas que le sustentan desde afuera y hacia arriba? Él mismo no es sin ellos. El hombre *total* es el Todo: menos no es viable. Por mucho que usted le mire, entonces, bien sea desde dentro o desde afuera, él es (en último recurso) ese Uno que incluye todo, que organiza las diversas voluntades de todos sus miembros en una Única voluntad, a la cual llamamos la voluntad de Dios —la cual no es ninguna otra que su voluntad (de usted) cuando sabe Quién es y lo que quiere realmente, cuando es entera y completamente usted mismo—. Pareciendo ser para usted mismo y para los demás una parte del universo, usted dirige esa parte; siendo la totalidad, usted dirige la totalidad. Hablando estrictamente, la voluntad es indivisible, y es toda suya. Su voluntad contra la mía, la nuestra contra la suya —todo eso es mera ilusión y obstinación—. *Como lo que usted es en realidad, tiene lo que realmente quiere.*

¿Qué es lo que queremos realmente?

Queremos *ganar*. Al menos aquellos que estamos vivos y bien, y que somos suficientemente honestos con nosotros mismos, tenemos que admitir que es éxito lo que codiciamos —bien ese éxito sea material, psicológico o espiritual—. Pero la honestidad también nos obliga a agregar que esto no es en modo alguno toda la verdad. Hay algo en nosotros que *no* quiere más posesiones, poder, reputación, energía creativa, santidad, o lo que quiera que sea, sin límites. De hecho (¡criaturas absurdamente auto-contradictorias como somos!) más pronto o más tarde descubrimos que también codiciamos lo opuesto de todo esto —cada vez menos y cada vez más—. Al mismo tiempo que nos aferramos más compulsivamente que nunca, anhelamos con ardor ser exonerados de todos estos bienes sofocantes, y de todas las responsabilidades y ansiedades que conllevan. Nuestros logros y adquisiciones devienen cadenas que incesantemente restringen nuestro movimiento, fardos que nos aplastan bajo su peso, pero hacemos poco esfuerzo para liberarnos. Adictos, glotones de castigo, estamos demasiado ávidos de acaparar cada vez más. Y así nos desgarramos a nosotros mismos por dentro. Una guerra civil está en marcha, con ninguna perspectiva de paz.

La paz no vendrá moderando el conflicto o declarando algún tipo de armisticio, sino solamente asimilando el conflicto hasta su mismo fin —¡hasta la victoria final para ambas partes!—. Nuestro impulso a crecer jamás estará satisfecho hasta que devengamos Todo; y nuestro impulso a decrecer tampoco lo estará hasta que devengamos Nada. Y —¡feliz resultado!— resulta que los extremos se tocan y que al final estas metas opuestas se encuentra que son una y la misma; y además esa única meta está ya lograda. Nuestra Naturaleza siempre-presente es Nada-Todo. El problema no era la contradicción crecimiento-decrecimiento, sino la negativa a llevarla hasta el límite donde se resuelve súbita y absolutamente. Aquí, por fin, nuestra propia felicidad misma se descubre esperándonos con paciencia, debido a que tenemos lo que hemos querido siempre. Queríamos Todo —que Todo sea como es— y no queríamos Nada —que Nada sea diferente de lo que es—. ¡Cuán acertado estaba de Caussade, y cuán bienaventurados somos!

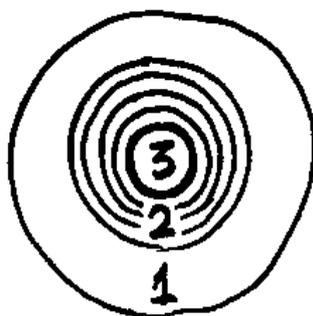
Con una única voz los santos y sabios y veedores del mundo confirman esta preciosa verdad. «Su voluntad es nuestra paz», dice Dante. Inversamente, nuestra voluntad —nuestra obstinación— es lo que arruina nuestra paz: es precisamente, según William Law, «lo que nos separa de Dios». «En *sahaja* uno ve el único Sí mismo y ve el mundo como una forma asumida por el Sí mismo», dice Ramana Maharshi; y entonces uno realiza que «todo está siendo hecho por algo con lo cual uno está en unión consciente». Dentro está la Fuente de todas las cosas, para Quien ellas son exactamente como deben ser. Una persona incrédula se quejaba de que, si él era en verdad Quien Sri Nisargadatta le aseguraba que era, ¿por qué entonces no podía tener cualquier cosa que quisiera? El sabio asintió al instante: «¡Todo acontecerá como quiere, *provisto que lo quiera realmente!*»

Pero no es bueno tomar la palabra de algún otro para ello. Su propia experiencia repetida de cómo la vida le trata a usted proporciona la evidencia real. Piense en uno de sus éxitos más notables. Sí, por supuesto, hubo alguna dicha en el momento, ¿pero cuánto duró? ¿Ha colmado sus expectativas el resultado a largo plazo? ¿Está libre de sufrimiento? Alejandro el Grande no pasó mucho tiempo saboreando su conquista del mundo conocido: ¡lloraba, debido a que ya no había más países que conquistar! Los cínicos que dicen que nada frustra tanto como el éxito son realistas —hasta un punto—. Ese punto es el éxito *total*, el único éxito que es real y enteramente satisfactorio. Cuando por fin tenemos la gracia de decir ¡Sí! a todas esas mezclas de éxito y fracaso que han sido nuestras, la gracia de coincidir en todo lo que la vida nos está deparando ahora, entonces una felicidad por completo única, una paz como ninguna otra, se apodera dulcemente de nosotros. Siempre que deseamos lo que es de hecho, nuestro corazón dice que hemos deseado bien y hecho la elección correcta. Esto es lo que queremos en realidad, de verdad. Solo esto es éxito verdadero.

Los deseos profundamente reprimidos nos hacen profundamente enfermos

No hay nada irrealista o meramente especulativo en nuestras conclusiones hasta aquí. Por el contrario, van a la par con los hallazgos clínicos de la psicoterapia moderna, la cual ve nuestros síntomas —depresión y ansiedades y temores irracionales, junto con sus manifestaciones corporales— como señales peligrosas que indican que se requiere un ensanche de la consciencia. Estos síntomas neuróticos surgen de conflictos internos ocultados, de deseos no

reconocidos, no expresados y no satisfechos que son incompatibles con nuestras intenciones en la superficie. Reprimimos esos deseos inconscientes, que, sin embargo, pertenecen a nuestra totalidad, y que se aprestan a compensar la unilateralidad de la mente consciente. Pues lo inconsciente no es el monstruo por el que algunos lo toman. «Tal punto de vista», dice Carl G. Jung, «surge del miedo de la naturaleza y de la vida como efectivamente es... Lo inconsciente es peligroso solo cuando nuestra actitud consciente hacia ello deviene desesperadamente falsa. Y este peligro crece en la medida en que practicamos las represiones. Pero tan pronto como el paciente comienza a asimilar los contenidos que previamente eran inconscientes, el peligro del lado de lo inconsciente disminuye. A medida que el proceso de asimilación continúa, pone fin a la disociación de la personalidad y a la ansiedad que suscita e inspira la separación de los dos reinos de la psique».



No es difícil ver cómo estos principios bien conocidos y ampliamente aceptados se aplican a nuestro tópico aquí, a lo que podemos llamar *el tercer reino, más allá de la psique* —el reino de nuestro anhelo del tercer nivel, de nuestro deseo último y más profundamente enterrado— que todo sea como es. Lo mismo que nuestros síntomas psicológicos agudos surgen de la represión de nuestros deseos del segundo nivel, todavía humanos (tanto individuales como colectivos), así también nuestros síntomas «existenciales» crónicos surgen de la represión de este deseo del tercer nivel y verdaderamente divino y universal. Estos síntomas «existenciales» son una tristeza global, un resentimiento dirigido a nada en particular, una profunda insatisfacción con la vida como es, un anhelo que no sabe lo que quiere. Nuestra cura —siguiendo a Freud mismo— es hacer brillar la luz de la consciencia dentro de lo inconsciente: esta vez dentro del yacimiento más profundo de todos —el Núcleo vivo mismo, nuestra Fuente y Naturaleza verdadera—. No hay ningún otro alivio de nuestro profundo sufrimiento. *Nosotros estamos bien cuando sabemos lo que queremos. Y sabemos lo que queremos debido a que sabemos Lo Que somos —a saber, el Uno que no quiere nada y tiene todo—.*

Y entonces (para usar el lenguaje cristiano) estamos limpios del infierno y dentro del cielo. «Pues no hay ningún infierno sino donde la voluntad de la criatura se aparta de Dios, ni ningún cielo sino donde la voluntad de la criatura trabaja con Dios» —William Law, de nuevo—.

Los tres deseos de Sofía

Lo dicho hasta aquí es más bien abstracto, de modo que vamos a dar su substancia acabando este artículo como comenzó, con un cuento —esta vez un cuento enteramente moderno—.

Sofía tenía una bella voz y ambiciones de devenir una estrella de la canción. Intentó una y otra vez tener una audición, y al fin —para su regocijo— lo logró. Entonces todo fue mal. Tuvo gran dificultad para encontrar el estudio, y llegó tarde. Se dispuso otra fecha, pero esta vez tuvo un ataque de laringitis de última hora, el cual arruinó su exhibición. En la tercera y última ocasión hubo una confusión sobre las canciones que tenía que cantar: su acompañante tocó todo el tiempo la música equivocada. ¡Esto fue demasiado! Se volvió deprimida y nerviosa, y su comportamiento devino errático. Juiciosamente, consultó a un psiquiatra. Con su ayuda, descubrió que su deseo más profundo e inconsciente era por completo diferente de su deseo superficial y consciente: ella no quería una carrera en el negocio del espectáculo, sino casarse y dedicarse a cuidar una familia. Al reprimir su deseo real, estaba sufriendo el tipo de síntomas que la represión hace surgir. Ella misma (sin ser consciente de ello) había dispuesto hábilmente las cosas de manera que la audición nunca saliera bien. Y, según resultó después, este segundo deseo mucho más profundo de Sofía tampoco salió bien. Los posibles maridos que ella imaginaba no se acercaban, y o bien le disgustaban o bien discutía con los hombres que hacían algún intento. De nuevo, se aseguró el fracaso —inconscientemente—. De nuevo, la frustración rondando la desesperación —y una nueva cosecha de síntomas psicósomáticos, incluyendo migrañas y úlceras—. Esta vez, sin embargo, en lugar de volver a su psiquiatra, fue a un maestro que le ayudó a indagar mucho más profundamente, en sus intenciones *reales*, y a cesar de suprimirlas. Le mostró Quién era ella realmente, y lo que ese Quién quería realmente. Descubrió que su tercer deseo, el deseo que tocaba fondo, no era devenir un día una famosa estrella cantante, o una feliz esposa y madre, o cualquier otra cosa diferente de lo que ella era: ya y siempre había tenido todo lo que deseaba. Un silencioso canto de agradecimiento brotó de su corazón, y supo que todos los niños del mundo —y todos los adultos también— eran sus hijos. Y así la concesión de este tercer deseo y deseo final de ella —que todo fuera como es— satisfizo también sus otros deseos.

La historia de Sofía —con unos pocos ajustes de detalle— es la nuestra propia, *justamente como queremos que sea*.

UN VIAJE GUIADO AL CIELO

EN todas las épocas y países, las gentes han estado seguras de que hay otra tierra completamente diferente —una tierra que cura y anula toda nuestra miseria— y que nosotros podemos llegar allí, eventualmente y bajo ciertas condiciones. Cielo es solamente uno de sus nombres.

Parece demasiado bueno para ser cierto. ¿Es el Cielo, entonces, una maravillosa tierra de ficción como Utopía, o existe realmente? Si es así, ¿dónde y cuán lejos está? ¿Por cuál vehículo y ruta, y a qué costo, y cuándo puede ser alcanzado? ¿Qué debe uno hacer para que se le permita entrar y quedarse? ¿Qué acontece allí? ¿Hay preguntas que merezcan más ser preguntadas? ¿Y, si es posible, respondidas con certeza?

Este viaje ha sido dispuesto para hacer justamente eso. Su propósito es nada menos que escoltar a sus miembros al Cielo y organizar una breve exploración del lugar: demostrando así que es un país real con una localización precisa —una tierra extraordinaria y ciertamente bienaventurada, pero no necesariamente una tierra que se parezca mucho a nuestras conjeturas sobre ella—. A fin de guiarnos y darnos ánimos nos volveremos hacia los viajeros cuyas pretensiones de haber estado allí parecen bien fundadas, y cuyas descripciones no suenan a conjetura o fantasía. Lo que cada uno de nosotros encuentre es por supuesto su propio asunto, pero nuestros guías señalan lo que buscar.

Hay cinco etapas en nuestro viaje. Primera, observamos las condiciones (no demasiado onerosas) de entrada en el Cielo. Segunda, hacemos el viaje. Tercera, miramos alrededor, y llegamos a conocer algo de la topografía, gentes, recursos, y gobierno del lugar, en ese orden. Cuarta, tenemos un encuentro con el Rey. Quinta, volvemos —si debemos volver— y resumimos nuestras impresiones de donde hemos estado, y qué diferencia podría constituir nuestra excursión para el resto de nuestra vida.

1. CONDICIONES DE ENTRADA

Hablando estrictamente, los adultos no son admitidos. Sin embargo, se les permite entrar mientras puedan abandonarse y devenir como niños, por muy brevemente que sea⁴. En otras palabras, mientras puedan abrir un ojo inocente, ver lo que ven en lugar de lo que los adultos les dicen que ven, y así humillarse a sí mismos ante lo que se da de modo que lo sigan dondequiera que la senda pueda conducir: pues en el Cielo las inmensas barricadas de las pretensiones sociales y de las ficciones convenientes están completamente abolidas⁵. Los visitantes deben estar abiertos a —y dispuestos a poner a prueba— cualquier posibilidad por muy extraterrestre que sea (¡el Cielo es *singularmente* extraterrestre!), a saltarse y jugar y experimentar libremente.

⁴ Renacer es devenir niños de nuevo. Uno debe renacer antes de obtener *jñana* —Ramana Maharshi.

⁵ La verdad última es muy simple... Pero las gentes quieren algo elaborado y atractivo y pasmoso —Ramana Maharshi.

El viaje, incluyendo la admisión al país, es gratis. Sin embargo, en un sentido tiene un costo. La entrada depende del compromiso por parte del visitante a ejercitar alguna paciencia y respeto hacia su nuevo entorno, y a no insistir en que el Cielo sea sin cargo y entregue inmediatamente sus tesoros más finos. (Después de todo, esto es razonable: ¡todos nosotros sabemos cuán imprudentemente insensatos y exigentes pueden ser los excursionistas de un día!). Pero tendrá poco motivo de queja. Las vistas más espectaculares son suyas para gozarlas al momento y gratis.

La restricción más severa —al parecer— es que los visitantes deben sufrir una transformación física completamente sorprendente. Aunque sea un viaje de un solo día, a usted no se le permite entrar como ese cuerpo terrenal que tenía en el país de donde viene, sino solo como un cuerpo celestial. Sin embargo, encontrará que este requerimiento es realmente el más fácil de todos: su remodelación se lleva a cabo en la frontera, tan indolora y oportuna que quizás usted no la note en el momento. Después, en el viaje, miraremos para ver lo que nos ha acontecido, lo que son nuestros cuerpos celestes.

2. EL TRAYECTO

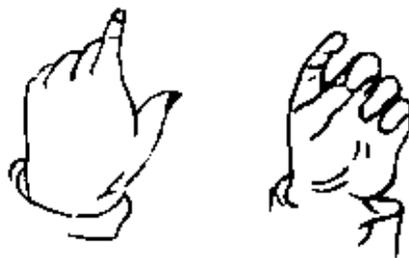
En Francia tienen un dicho: «Es el primer paso el que cuenta». Decide dónde se encontrará usted eventualmente. El viaje al Cielo se determina inclusive antes, justamente cuando usted *se vuelve* en la dirección del Cielo. ¿En qué dirección, en qué orientación precisa de la brújula?

Apunte directamente al frente...

(Recuerde: usted no irá al Cielo a menos que, como un niño, esté dispuesto a intentarlo, y a hacer lo que se le pide en lugar de leerlo solo).

Así pues, apunte directamente al frente, en la dirección de esta página impresa, con su dedo sostenido al nivel del ojo...

Usted está indicando ahora un punto definido de la brújula, la dirección de una u otra región terrenal...



Ahora, la tierra que usted está a punto de visitar está a 180° de esa orientación, a 180° de la dirección de esa región terrenal particular... Así pues, gire su dedo y apunte en la dirección opuesta.

Y mantenga ese dedo en posición un rato, mientras presta atención cuidadosamente al lugar al cual está apuntando ahora.

Puede bajar la mano, pero desde ahora en adelante intente no perder de vista este lugar. *Él es nuestro destino*, y usted ya tiene una perfecta visión de él...⁶

3. EL VIAJE

¡Hasta aquí, la escena no parece muy celestial! Sin embargo, las primeras impresiones desfavorables son comunes, cualquiera que sea la atracción turística que acontezca que usted está visitando. Las entradas a famosos lugares bellos, como los suburbios de las ciudades antiguas, son frecuentemente desconcertantes; sin embargo, usted continúa. Así pues, ejercite la paciencia, y esté preparado para todo. Recuerde lo que está en juego.

(I) La topografía del Cielo

Localización

Ningún país podría ser menos remoto que éste. Puede ver por usted mismo que está mucho más cerca que el mobiliario de la habitación, más cerca que esta página, que sus manos y pies, que su respiración. De hecho, está justamente donde usted está (o es), que es exactamente donde nuestros guías —veedores y exploradores consagrados del Cielo— certifican que se localiza ese país: y difícilmente podría haber *dos* países, *dos* lugares separados aquí⁷. ¡El viaje es tan corto que se lleva a cabo en un momento!

Área

Su dedo indicaba un sitio definido, lo cual sugiere que el área señalada debe ser en verdad muy pequeña. Bien, por favor, apunte de nuevo para cerciorarse...

¿Cuál punto, cuál región limitada, puede ahora encontrar aquí...?

Según la presente evidencia (que, cumpliendo con las condiciones de entrada, es todo a lo que debe atenerse) ¿puede encontrar algún punto aquí, alguna localidad, alguna cosa en absoluto...? ¿O hay nada (no-cosa), sólo Espacio indiferenciado...? Si es así, mire y vea (usted no tiene que mover su cabeza) cuán lejos se extiende este Espacio... hacia arriba... hacia abajo... a la derecha... a la izquierda...

¿Hay alguna línea que encierre este Espacio, algún límite a él...? ¿No es el Lugar-en-el-que-usted-está visiblemente ilimitado —justamente como el Cielo tiene fama de ser—?⁸ Nue-

⁶ «Mirar a las cosas de afuera es fácil; mirar adentro es difícil» —se dice. ¡Eso es absurdo! Es exactamente al revés. —Ramana Maharshi.

⁷ Un cristiano ordinario no estará satisfecho hasta que se le diga que Dios está en alguna parte en los remotísimos Cielos... Si se le dice la verdad simple —«El Reino de los Cielos está dentro de vosotros»— no estará satisfecho.

... ¿Dónde está el Sí mismo Supremo o Cielo sino en usted? —Ramana Maharshi.

⁸ El hombre se considera a sí mismo limitado, y ahí surge el problema. La idea es falsa. Él puede verlo por sí mismo. —Ramana Maharshi.

vamente, ¿cómo podría haber *dos* infinitudes así —ésta, su verdadera tierra nativa, o terreno original, y el Cielo mismo— y ambos justamente aquí? ¿No tienen que ser uno y lo mismo?

Clima

Los exploradores de regreso cuentan, también, que el Cielo es para siempre sin nubes, que su aire es perfectamente transparente y limpio de polución, que el tiempo aquí es bonancible y la visibilidad inmensurable. Algunos lo llaman la Tierra Pura, otros el Reino de Luz, mientras que Thomas de Kempis lo llama el País de la Claridad Perdurable⁹. ¿Cómo cuadran estos intentos de descripción con el país al cual está apuntando su dedo? Solo usted está en posición de mirar y ver, ahora.

Transporte interno

¿Cómo va de un sitio a otro el impaciente turista, en este país vastísimo, el más vasto de todos? ¡La respuesta es que no puede, y no lo necesita! No hay ningún movimiento en el Cielo, donde (dicen) todo es paz y quietud, serenidad, tranquilidad perfecta¹⁰.

Compruebe esto ahora mismo poniéndose de pie, y —mientras apunta de nuevo a este lugar— gire lentamente sobre el sitio...

Según la evidencia presente, ¿es *usted* lo que está girando, o es la *habitación* la que gira —el techo y las luces y las paredes y el resto de ese mundo de ahí— mientras que este mundo de aquí permanece completamente estacionario...?

Muy bien, detenga pues la habitación, y siéntese...

¿Y recuerda cómo, cuando estaba en un tren saliendo de una estación, era la estación la que iba para atrás; cómo, cuando usted era muy joven o estaba muy bebido o en un accidente de coche, fue la carretera la que se levantó y le golpeó a usted; y cómo, siempre que miraba a un lugar fijamente, se encontraba que ese lugar estaba invariablemente inmóvil? Dicen que el Infierno es todo conmoción, y que el Cielo es estable e inmutable. Puede ver por sí mismo a cuál de estos dos países ha llegado¹¹.

Zona horaria

El viajero necesita saber la zona horaria de la región que está explorando, y el Cielo no constituye ninguna excepción. Si piensa que mediodía en Inglaterra es también mediodía en Grecia, está equivocado; y si piensa que es también mediodía justamente aquí en el más próximo de todos los países, podría estar aún más equivocado. Bien, ¿qué hora es aquí, ahora mismo?

Mire a su reloj. Usted tiene el hábito de atenerse a lo que marca. Muy bien entonces, note qué hora es ahí en su muñeca. Sin embargo, diferentes lugares pueden significar diferentes tiempos, de modo que es posible que justamente aquí usted tenga una lectura diferente.

⁹ Estar lleno de luz es la meta. La claridad como la del cielo sin nubes es la característica de la expansión de mente. —Ramana Maharshi.

¹⁰ Usted dice que ha viajado aquí todo el camino desde su poblado. ¿Es cierto? ¿No es un hecho que usted ha permanecido como usted era? —Ramana Maharshi.

¹¹ Yo soy quietud perfecta. —Ramana Maharshi.

Así pues, mientras observa cuidadosamente la esfera del reloj, lleve hacia usted muy lentamente su reloj hasta que esté a 5 centímetros... 2,5 centímetros... 1 centímetro... 0,5 centímetros... hasta que esté a ninguna distancia... y note la hora que marca ahora...

¡Con perfecta exactitud *no marca ninguna hora!* El tiempo se ha desvanecido dentro de la Zona Atemporal, el país del Ahora Sempiterno, la Eternidad misma, el reino donde el cambio y la muerte no pueden entrar. En una palabra, el Cielo. Lo cual hace cobrar sentido a la historia de Martin Buber sobre un maestro hasídico que: «en sus horas de raptó, tenía que mirar el reloj a fin de mantenerse en este mundo (del tiempo)».

Terreno

Todos nuestros descubrimientos, hasta aquí, están contribuyendo a la decepcionante —y quizás aterradora— conclusión de que el Cielo está más vacío y es más estéril y más carente de interés que la Vacía Región del Sahara¹². En verdad, algunos de nuestros guías tienen el hábito de llamarle el Desierto. Usted puede ver por qué.

Pero en el caso de que suponga —¡o espere vagamente!— que esta esterilidad sea una ilusión subjetiva suya y no un hecho científico y fácilmente verificable, ¿por qué no le pide a un amigo que le haga una serie de fotografías, a distancias cada vez menores, hasta que llegue al lugar donde está? Su última fotografía probablemente corroborará lo que usted encuentra aquí.

Una tierra de contrastes

Sin embargo, no desespere, pues dicen que todo lo que es verdadero de este lugar también lo es de su opuesto. (¡Si podemos encontrar algo que *no* se contradiga a sí mismo, es improbable que estemos en el Cielo!). Por ejemplo, habiendo visto cuán *vacío* está el Cielo donde usted está, puede ver también cuán *lleno* está —cuán ocupado con la presente escena— con esta página y estas manos, los muebles y las paredes de alrededor, el mundo al otro lado de la ventana. Observe también cuán imposible es *separar* este Espacio *desde* donde usted está mirando *a* lo que usted está mirando, de sus contenidos actuales¹³. ¿Se presenta a usted esta página *más* el espacio que ocupa, como *dos* entidades, o no son uno y lo mismo? Se debe a que el Cielo está tan lejos y es tan diferente de las demás tierras, por lo que *es* ellas: esta paradoja, amada por nuestros guías veedores, no es para comprenderla sino para verla, ahora¹⁴.

Y así, mirando hacia atrás a nuestros descubrimientos hasta aquí —a nuestra percepción del Cielo como libre de toda forma y limitación, como perfectamente claro y quieto y atemporal— ahora tenemos que agregar que es también lo opuesto de todo esto: que no es más que toda la energía y el tiempo y el movimiento, todos los seres y sus atributos y sus historias, los cuales contiene. Incluyendo, por supuesto, la gente...

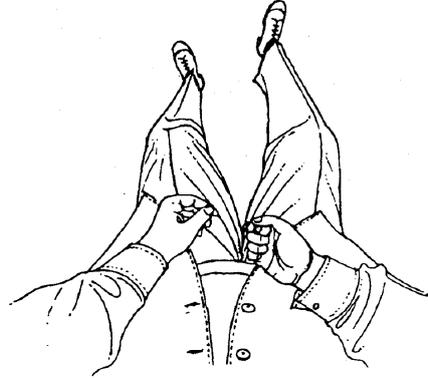
(II) La gente

¹² Es como ver en el vacío. —Ramana Maharshi.

¹³ Mientras se considera a usted mismo como el cuerpo, usted ve el mundo como externo a usted. —Ramana Maharshi.

¹⁴ Vuelva su visión adentro y entonces el mundo entero estará lleno de Espíritu Supremo. —Ramana Maharshi.

Solamente tenemos que mirar alrededor para ver que el país al cual hemos llegado está bien poblado —presumiblemente, solo con esos cuerpos celestiales que (según nuestras condiciones de entrada) son admitidos—. En apariencia y a cierta distancia no parecen diferentes de aquellos a los que estábamos acostumbrados. Pero en realidad (se nos asegura) son muy



diferentes.

¿Cómo podemos comprobar esto? Bien, aquí en el Cielo hay un cierto cuerpo que no es una mera apariencia distante, sino un cuerpo que usted puede obtener directamente y en el cual puede entrar, para ver lo que es *realmente*. Ese cuerpo único —y ejemplo cercano de los demás— es su propio cuerpo como lo experimenta efectivamente ahora. Mire abajo, a esos pies y piernas... a ese vientre... a ese tronco... que acaba en esa borrosa línea del cuello... Y note lo que hay sobre esa línea del cuello, según la presente evidencia... Una de las delicias del Cielo (nuestros guías están de acuerdo) es que usted no está ya *en* el cuerpo. Es un informe que puede confirmar ahora, mirando para ver que ciertamente usted no está *en* esas piernas... ni *en* ese tronco... ni *en* esas manos... (¡Si estuviera, ciertamente encontraría oscuridad, adherencias, complicación, y mucha claustrofobia ahí adentro!) ¿No están esos miembros y ese tronco, con sus dolores y emociones, *en usted* —que es completamente amplio...—?)¹⁵

Sin embargo, aquí en el Cielo (según algunos de nuestros guías), aunque usted no está ya *en* el cuerpo, todavía *tiene* un tipo de cuerpo —un cuerpo de «resurrección»¹⁶—. Este informe también puede confirmarlo como verdadero ahora, a este lado de su tumba¹⁷. Usted puede *ver* este cuerpo —decapitado, versátil, ajetreado, pero todavía reconociblemente suyo—. Y puede *sentir* lo que es —un inmenso mundo de sensaciones, tanto más rico en tanto que no está encerrado en ningún contenedor físico—.

No obstante, aquí en el Cielo (muchos guías reputados insisten) usted ya no es corporal en *ningún* sentido, ni un individuo separado, sino puro Espíritu y Uno con toda la población del Cielo. Y por tercera vez usted puede confirmar su informe, simplemente girando su atención 180° una vez más, y mirando *a desde* donde usted está mirando —*a* este Espacio indiferen-

¹⁵ El universo es solo el Brahman. —Ramana Maharshi.

¹⁶ «Creo en... la resurrección del cuerpo y en la vida perdurable». Del «Credo de los Apóstoles» —lo que querían decir con esto es un tema de debate inacabable: lo que nosotros podemos ver por nosotros mismos no lo es—.

ciado que no tiene ninguna conexión con ningún individuo, y que tiene sitio para todos los individuos¹⁸.

Nosotros, viajeros, ciertamente estamos comenzando a entrar dentro de la vida — completamente paradójica— de este país nuevo, y a darnos cuenta de cuán diferente es de la del país de donde venimos. La gente en el Cielo (y eso ahora le incluye a usted y a mí) son celestiales. Y su relación entre sí es celestial también, como estamos a punto de verlo.

Por favor, póngase cara a cara con alguien, ahora mismo. (Dejarlo para después podría significar perder el punto por completo). Quizás hay un amigo ahí al lado que se juntará a usted para el experimento. Si no es así, encontrará en un espejo algo que funcionará perfectamente bien.



Póngase cara a cara con él, a unos treinta centímetros de distancia... y mire fijamente esos rasgos —no especialmente los ojos... y vea lo que usted ve, en lugar de lo que el lenguaje y el pretendido sentido común le dicen a usted que vea—...

¿Es ésta, en su experiencia presente, una relación cara a cara, simétrica...? ¿O es una «relación» cara ahí a *ninguna* cara aquí, asimétrica...? ¿De hecho, no una relación en absoluto, sino una asimilación o unificación — debido a que usted no tiene nada donde usted está que mantenga a ese alguien fuera...—?

Aquí en el cielo, la verdad simple y bella está a la vista: la verdad de que realmente no hay ninguna confrontación de globo ocular a globo ocular, ninguna colisión frontal, ninguna defensa contra la invasión, ningún rechazo de nadie quienquiera que sea. Solo aquí usted puede ver cómo está construido abierto de par en par, construido para amar... (sin elección)... Solo aquí puede decir verdaderamente a ese amigo: «¡Yo soy tú —y por partida doble! Primero, y mirando afuera, *yo tengo tu apariencia*. Segundo, y mirando dentro, *yo soy tu Realidad*, este Espacio que es consciente de sí mismo como tu historia interior y la de todas las criaturas. ¡Esto es intimidad *real*, al fin!».

Lo cual no quiere decir que se sienta ahora más cálido hacia ese amigo. Los sentimientos de amor son bellos, pero son condicionales, vienen y van, y no están siempre a mano cuando

¹⁷ «No penséis que la resurrección es una ilusión... Es más justo decir que el mundo es una ilusión... Es la revelación de lo que es... ¿Por qué no consideraros a vosotros mismos como resucitados ya?» Así escribe un autor del siglo II en *Un Tratado sobre la Resurrección*, parafraseando a San Pablo, por ejemplo, *Colocenses*, 3.3.

¹⁸ La consciencia pura, enteramente sin relación con el cuerpo físico y que trasciende la mente, es una cuestión de experiencia directa. —Ramana Maharshi.

son invitados. Pero su verdadero fundamento, el cual es la clara percepción de que usted es nada y todas las cosas, de que usted debe desvanecerse en su favor (de él o de ella) —dando su vida misma al «enemigo» no menos que al «amigo»— éste es incondicional, está siempre disponible cualquiera que sea su estado de ánimo, es perfectamente estable. Es su recordador siempre presente de que estar en el Cielo es ver e ir junto con lo que es como es, conformarse a su naturaleza real (de usted) — la cual es amar asentimentalmente, sin pedir ni exigir nada, y siempre—.

(III) Recursos económicos

Nada prospera en el Cielo-como-vacío, y ciertamente ningún recurso económico. Por otra parte (como hemos visto) todo prospera en el Cielo-como-lleño, y eso incluye todos los recursos económicos —bien sean los del planeta, o los de su país particular, o los de usted mismo como individuo—. El Cielo abarca pero no interfiere en estas transacciones mundanales. Y sin embargo —apilando paradoja sobre paradoja— interfiere muy drásticamente. Vistas desde el lado del Cielo —lo que quiere decir como realmente son, y no ya como las explican los bien cocinados libros de la sociedad— son completamente revolucionarias. En otras palabras, la economía del país que está explorando ahora es radicalmente diferente de la del país viejo. Y la diferencia opera enormemente a su favor. Al llegar aquí al Cielo, usted es instantánea e inmensurablemente rico, como vamos a ver ahora.

Pero primero fijémonos en sus circunstancias fuera-del-Cielo. Mire a su alrededor, hasta donde alcanza su propiedad ahora a la vista. Seguramente, usted reclama esas manos y mangas y eso a lo que están pegadas, más tanto como haya pagado por ese mobiliario y paredes y techo, más (si usted es afortunado) ese parterre de césped y esas flores de afuera de la ventana. Pero ése es más o menos su límite exterior. Más allá de estos (digamos) está la calle y sus peatones, las casas de enfrente y esa plantación de árboles, aquellas remotas colinas y más remotas aún las nubes y el sol y el cielo —y ninguno de ellos es suyo—. Su propiedad o esfera de propiedad es microscópica (no importa si usted es multimillonario) comparada con su marco —la esfera de su no-propiedad o privación—. Prácticamente en todos los bienes usted depende enteramente de lo que se encuentra ahí afuera, inaccesible y ajeno: no tiene ningún derecho a ellos ni derechos sobre ellos. En cuanto a esos fragmentos y minucias que ha procurado acumular alrededor suyo, falta saber si los posee a ellos o ellos le poseen —viendo todas las exigencias que traen consigo¹⁹—. ¿Y qué (fuera del Cielo) es propiedad, después de todo? ¿Posee el brazo la mano o la mano la moneda que agarra? ¿Cómo puede una cosa poseer a otra cosa? Un cuerpo limitado, debe excluir a todos los demás del volumen que ocupa, debe desalojarlos y rechazarlos. Todo concurre a mostrar que, en el país de donde usted viene, todo el mundo es muy pobre. Y no puede hacerse nada al respecto.

Mire ahora nuevamente al Cielo, y vea hasta qué punto corrige e invierte en todo modo posible este estado de asuntos. Observe de nuevo cuán vacío es este nuevo país, cómo no hay ninguna cosa en absoluto donde usted está, nada que mantenga las cosas fuera; y cómo no

¹⁹ ¿Cuál es esa felicidad más alta? Ser libre de ansiedades. Las posesiones crean ansiedades. —Ramana Maharshi.

obstante esta vacuidad *es* su contenido, cómo este Espacio está verdaderamente *enriquecido* con todos sus contenidos. *Solo esto es verdadera propiedad*. Mire y vea: ¿cómo podría usted *tener* su brazo y mano, esta página que está leyendo, ese mobiliario (pagado o no), toda la escena de afuera de su ventana —incluyendo el sol y el cielo mismo— cómo podría usted *tenerlos* excepto *siéndolos*? En el Cielo usted incorpora el universo, debido precisamente a que usted es incorporeal.

En ese caso (usted puede muy bien preguntar), ¿por qué la mayor parte de este universo está tan lejos, tan fuera de alcance, que difícilmente puedo sentirlo mío?

Bien, para comenzar, ¿cuán lejos está ese mueble, «aquella silla de allí»?



Mida su distancia con el canto de esta página, puesto en línea con una punta allí y la otra aquí en su ojo.

¿No se reduce esa distancia a cero centímetros, según la presente evidencia...?

Usando el mismo artilugio como vara de medir, vea la distancia del objeto más lejano ahí afuera de su ventana²⁰.

En la realidad (lo cual significa en el Cielo) «la distancia no es nada sino una fantasía» — como Willian Blake, un visitante frecuente, observó—. Y por eso es por lo que, cuando niño y en el Cielo, sin notarlo, usted alcanzaba confiadamente la luna y las estrellas. Por supuesto, llevará tiempo y práctica recuperar esa inocencia de corazón y de ojo y reclamar con plenitud su propiedad, pero mientras tanto usted difícilmente puede dudar de su derecho a ella.

Probablemente su principal dificultad es el sentimiento de que para poseer de verdad algo usted debe tener pleno control sobre ello. El cual, al parecer, es obvio que usted no tiene, ni siquiera en el Cielo. Sin embargo, veamos...

(IV) Gobierno

Las leyes de todos los países son arbitrarias e inciertas, altamente complejas, y con frecuencia quebrantadas: de todos los países, es decir, excepto el Cielo, cuyos decretos cuadran con los hechos, y son simples, claros, y absolutamente inquebrantables. La voluntad del Cielo siempre se cumple debido a que (¡y he aquí la paradoja!) el Cielo no tiene ninguna voluntad. Gobierna no-gobernando, como dicen algunos de nuestros mejores guías. Nosotros podemos

²⁰ Un astrónomo descubre una nueva estrella a una distancia inmensa... Bien, ¿dónde está la estrella de hecho? ¿No está en el observador? —Ramana Maharshi.

ver lo que quieren decir: como Espacio, el Cielo acepta y suscribe y en verdad *es* todo cuanto ahora está aconteciendo en él.

Así pues, si nosotros, viajeros, queremos saber exactamente lo que la ley del Cielo decreta, lo que la voluntad del Cielo es para usted y para mí en este momento, ella es lo que está aconteciendo efectivamente ahora, incluyendo su presente lectura de esta página, los colores y formas y disposición de los objetos alrededor de usted, su estado de salud, *todas* sus circunstancias corrientes —«buenas» y «malas» e «indiferentes»—. Su permanencia en el Cielo depende de su observancia de la ley del lugar, la cual es que todo lo que le acontece, momento a momento, lo acepta tan de todo corazón que en realidad usted lo *quiere*. Aquí, dicen nuestros guías, usted tiene lo que *realmente* quiere, debido a que quiere lo que tiene. Sobre este profundo y activo abandono de su voluntad parcial y sujeta a la tierra, en favor de su voluntad total y verdaderamente celestial, reposa su gozo de la paz y felicidad que penetra este lugar²¹. Un gran experto en la ley del Cielo (Pierre de Caussade) escribe: «Si abandona toda restricción, lleva sus deseos a sus más remotos límites, abre su corazón de par en par, no hay ni un solo momento en que a usted no se le muestre todo lo que podría posiblemente desear. El momento presente contiene infinitas riquezas más allá de sus más salvajes sueños».

«Pero», agrega, «solo las gozará en la medida de su fe y de su amor». O, en nuestra terminología, en la medida en que esté dispuesto a comprobar —una y otra vez, en cuanto se insinúan las dudas y los desalientos recurrentes— lo que todos los exploradores fiables cuentan de este país: a saber, que aquí, y solo aquí, nuestras aflicciones son transmutadas por la alquimia del reconocimiento y de la aceptación *total*. No mejorados, sino curados por esa síntesis de completo desapego y de completo compromiso que es la medicina del Cielo para todas las enfermedades de la Tierra.

4. EL REY

La mayoría de nuestros guías-vedores cuentan que el gobierno del Cielo está presidido por un Monarca absoluto. ¡Como experiencia cumbre de este viaje, se nos ha concedido efectivamente una audiencia con Su Majestad! ¿Pero cómo y dónde encontraremos la pista del Que (todos están de acuerdo) es invisible, sin cuerpo, Espíritu puro?

Su nombre —que es YO SOY, o EL QUE ES— da la clave. ¿No ha estado usted ya, de hecho, gozando de una larga e intimísima relación con Él? ¿O no tanto relación como identidad? Sin recato, con confianza completa, toma para usted mismo su augusto nombre cada vez que comienza una sentencia con YO SOY —«yo soy una cosa u otra»— y uno de nuestros guías mejor cualificados (Maestro Eckhart) insiste en que ¡solo Su Majestad puede usar ese nombre!²² Saque su propia tremenda conclusión. Nuevamente, ¿puede dudar que usted *es*, que usted es *el que es*? ¿Y dónde encuentra usted esta «esencia» o sentido de ser —esta certeza, la

²¹ El auto-abandono es sinónimo de felicidad eterna. —Ramana Maharshi.

²² Usted dice: «Yo soy», «yo soy viajero», «yo soy hablador», «yo soy trabajador», etc... «YO SOY» es Dios. —Ramana Maharshi

más profunda y cierta de todas las certezas— sino más cerca que esas manos y pies, más cerca que la respiración misma, en el mismo lugar que su dedo indicaba al comienzo del viaje?

Por favor, apunte una vez más a este Espacio, compruebe que, mientras que evidentemente es no-cosa [nada] en absoluto, está sin embargo ampliamente despierto y es agudamente consciente de sí mismo como tal, como Consciencia misma...

Usted no se ha entrevistado meramente con el Rey del Cielo: ¡ha sumergido conscientemente su ser en Su Ser, donde siempre ha estado de todos modos! Y esto, como puede ver, sin abolir de ninguna manera la singularidad de su cuerpo de «resurrección» particular, habitualmente a la vista dentro de ese Ser, de ese Espacio Consciente.

Como el Rey Mismo, el intolerable fardo de su individualidad separada es depuesto al fin, mientras que como uno de Sus súbditos, se hace aceptable y se preserva y se quiere para siempre. Puede ver por usted mismo, ahora mismo, cómo esta imposibilidad deviene posible.

5. CONCLUSIÓN DEL VIAJE

Antes de emprender el viaje, parecía que nuestro país —este reino terrenal familiar y razonable— era enteramente real, y que nuestro destino celestial era nebuloso y dudoso. Pero nuestro viaje ha invertido ciertamente esta impresión. Es la Tierra, experimentada como aparte del Cielo, la que ha resultado ser umbrosa y mal percibida, la patria misma de las mentiras²³. El Cielo, por otra parte, no ha resultado ser ningún otro que esta misma Tierra vista clara y honestamente por lo que es, y tomada en serio. En realidad no hay dos reinos en absoluto, sino solo uno —llámese Cielo lleno-de-Tierra o Tierra-llena de Cielo, o (como dicen los hombres zen) el Nirvana que *es* el Sangsara, o lo que usted quiera²⁴. Y nuestra paz está en tomar posesión conscientemente de la ciudadanía que es nuestro derecho de nacimiento.

Por supuesto, la nuestra ha sido una visita breve, que ha cubierto poco de la escena, y no debe esperarse demasiado de ella. Tampoco demasiado poco, pues este país se encuentra en la Zona Atemporal, y en realidad ninguna estancia aquí es ni corta ni larga. Sin embargo, es imposible exagerar la fuerza de atracción del otro lugar, la hipnótica fascinación de sus ficciones, la densa nube de miedo que oculta el realismo del Cielo; y es imposible exagerar la necesidad de paciencia y de persistencia si buscamos liberarnos. Las visitas cada vez más frecuentes, y las estancias cada vez más largas, jamás pueden establecernos en el Cielo más seguramente de lo que ya estamos; pero son indispensables para deshacer el engaño profundamente arraigado de que podríamos estar alguna vez en alguna otra parte. En este sentido, aunque todo el Cielo es nuestro ahora y eternamente, todavía tiene que ser ganado. ¡Otra paradoja, para la cual debemos estar preparados todo el tiempo!

¿Pero merece la pena ser ganado?, puede preguntar usted. Su viaje, que ha comenzado con una ferviente esperanza, ¿ha acabado entonces en decepción? Si es así, podría deberse a que

²³ Lo que todos nosotros estamos haciendo es considerar como real lo que es irreal. Este hábito tiene que ser abandonado. Todo esfuerzo espiritual en todos los sistemas está dirigido solo a este fin. —Ramana Maharshi.

²⁴ El ser realizado no ve el mundo como diferente de sí mismo. —Ramana Maharshi.

no ha cumplido con las condiciones de entrada, y en particular a que quizás solo ha leído los experimentos en lugar de hacerlos. ¡El remedio es evidente!

Otra razón podría ser que espera tener la felicidad del Cielo sin comenzar a pagar su precio —a saber, que usted acoja la voluntad del Cielo—. Aquí, ser feliz es ser feliz con todo lo que el Cielo decreta, de hecho es *querer* todo lo que está aconteciendo. Lo cual no es tan completamente difícil como puede parecer: el secreto es *prestarle atención*. Girando su atención, regrese una y otra vez al descubrimiento siempre nuevo de que justamente aquí no tiene nada en absoluto con lo que resistir a lo que se presenta²⁵.

Pero es más que probable que, a pesar de nuestro creciente hábito de *des-aparecer* en favor de lo que está apareciendo, todavía encontremos el Cielo tristemente falto de felicidad celestial. En este punto nuestros guías nos instan a tomarlo en serio: este continuo sentido de tristeza es normal y es en verdad un buen signo: ¡intenta demostrar y establecer nuestra sinceridad! Nosotros estamos ahora en el Cielo por causa del Cielo, por causa de la verdad desnuda por muy sombría que sea, y no ya por la retribución: ¡y verdaderamente el lugar *es* decepcionante, *es* ordinario y neutro, *es* gris y encapotado o incluso negro como la noche, no menos que deslumbrante de gozo! El realismo del Cielo nos impide pretender otra cosa. Aquí, de hecho, está nuestra paradoja de conclusión. ¿Cómo puede ser el Cielo la felicidad radiante misma y a la vez tan opaco, cómo puede ser un jardín lleno de risas de niños y a la vez una arena empapada de sangre, cómo su aire puede ser tan brillante y claro y libre y sin embargo tan denso de todas las lágrimas y gemidos de la Tierra? —Este misterio se revela solo a la experiencia, y entonces desafía la descripción—. La resolución perfecta de esta contradicción del cielo, la más punzante de todas, deviene más evidente a medida que nos vamos aclimatando²⁶. Mientras tanto, gocemos lo que los atisbos nos aportan. Y dejemos partir los eriales por lo que son, el Cielo como verdad más bien que el Cielo como felicidad, y la felicidad nos sorprenderá en su propio momento y en toda su plenitud²⁷. Está por completo a salvo aquí, almacenada eternamente en este lugar suyo propio, para que la reclamemos cuando queramos²⁸.

²⁵ El abandono completo es imposible en el comienzo pero el abandono parcial es posible para todos. —Ramana Maharshi

²⁶ Si hay dolor, que lo haya; es también parte del Sí mismo y el Sí mismo es perfecto. —Ramana Maharshi.

²⁷ Uno debe estar dispuesto a sacrificar todo por la Verdad. —Ramana Maharshi.

²⁸ La felicidad es inherente en el hombre y no se debe a causas externas. Se debe realizar Uno mismo a fin de abrir el almacén de la felicidad inmaculada. —Ramana Maharshi.

UN PASEO POR EL BOSQUE

ESTE verano [Julio 1980], mientras caminaba por las montañas boscosas de La Drome, en el sur de Francia, hice un curioso descubrimiento —curioso, y completamente útil—. Útil, en todo caso, para andarines de cierta edad como yo.

Los caminos forestales sin pavimentar, con sus suaves pendientes, eran muy buenos para caminar, provisto que se tuviera cuidado de no tropezar con los cantos rodados sueltos, los fragmentos de roca salientes, y los agujeros producidos por la erosión. Consciente de este peligro, prestaba una estrecha atención a la superficie del camino, disponiendo delicadamente mi senda entre sus obstáculos y solo ocasionalmente golpeándome un dedo del pie o torciéndome un tobillo.

Mi cautela funcionaba bien, pero tenía dos desventajas: mi paseo se parecía más a un trastabilleo en el bosque, y así yo perdía el bosque. Las flores junto al camino (en toda su plenitud), los árboles, y las vistas ocasionales a través de ellos de los valles abajo y las distantes montañas —todos éstos estaban más o menos perdidos para mí—. *Mi* paisaje era un par de pies, sorteando incómodamente montañas y valles en miniatura.

Pronto me cansé de este monótono escenario bajo los pies, y decidí intentar un modo de caminar enteramente diferente. Asumiendo (pensé) más bien un riesgo, *miré resueltamente al frente en lugar de abajo*. Allí, a una distancia media, estaba el camino blanco bordeado de árboles, abriéndose y difuminándose según se acercaba a mí, y finalmente desvaneciéndose por entero. Ningún azar bajo los pies ahora, ningunas piernas ni pies con quienes contender, nada en absoluto tan cerca como eso. Era como si el camino justamente aquí se estuviera enrollando con suficiente suavidad para una marcha segura, y de hecho se enrollaba enteramente. Si había alguien caminando (lo cual no era el caso) yo lo estaba haciendo en el aire. No, no me caí de bruces sobre la nariz ni me torcí un tobillo. Todo lo contrario: mi pisada devino notablemente segura —debido a que era no-pisada—. Y fui libre para gozar el bosque. El nuevo método funcionaba.

Al menos funcionaba mientras no me perdía a mí mismo en aquella escena. Funcionaba muy bien en verdad mientras permanecía centrado, consciente de mí mismo como el espacio en el cual aquella escena siempre cambiante del bosque se mostraba, consciente de la ausencia aquí de todo caminante por el bosque, consciente de la Nada aquí que estaba reduciendo a nada aquella difícil senda peatonal. Así, pronto encontré que cuando algo allí afuera me cautivaba y yo perdía contacto con mi libertad aquí, comenzaba a trastabillar de nuevo. Parecía que esta vacuidad central funcionaba mejor cuando estaba claramente viva a sí misma como vacío. Parecía que tenía que disolver *conscientemente* aquellos azares que se me acercaban y los pies y las piernas que habían estado intentando sortearlos tan duramente.

Recordé la triste historia del ciempiés que deambulaba perfectamente feliz hasta que un entrometido insecto le preguntó cómo se las arreglaba para controlar todas aquellas patas.

¡Qué destreza para coordinar tan eficazmente todas aquellas partes móviles! ¡Pobre ciempiés: una sola mirada ansiosa a la maquinaria de locomoción y se detuvo, para ya nunca más moverse de nuevo!

Había mariposas desconocidas en el borde del camino y golondrinas arriba. Por todas partes una consumada pericia en el vuelo: las mariposas revoloteando de acá para allá para evitar la captura; las golondrinas (perfectos aviadores desde nacimiento) haciendo aparecer las acrobacias aéreas humanas como carentes de gracia, aficionadas, y muy peligrosas. Ciertamente ninguna golondrina mira atrás para descubrir las alas y la cola: una sola mirada, y sospecho que la pequeña criatura caería como una piedra del cielo. *Para sí mismo*, ningún pájaro es un pájaro, ningún animal es un animal, y por eso es por lo que se mueve tan bellamente para nosotros. Él *es* la escena ante él. ¿Ha encontrado usted alguna vez a su gato mirando abajo a sus zarpas mientras camina, o tropezando con algún trasto abandonado? Observe a los niños que comienzan a andar. Se echan hacia adelante, atentos a lo que hay delante, y dejan que sus pequeñas piernas se desenvuelvan de un modo u otro detrás. La verdad (la historia interior o de la primera persona) es que aprendemos a caminar sin piernas, y que solo adquirimos un tal soporte mucho más tarde en la vida. ¿Con cuál resultado? Observe a los niños pequeños a la orilla del mar, corriendo sobre las rocas resbaladizas, sin mirar casi nunca abajo y sin llegar casi nunca a hacerse daño, y compare su desenvoltura con el inestable trastabilleo de sus padres sobre el mismo terreno. Es como si caminaran con zancos.

¿Cómo recuperar este arte perdido del niño, del gato, de la golondrina —el arte del movimiento resuelto y apropiado sin prestar atención a las partes en movimiento—? No hay ningún retorno al paraíso y a la infancia. Simplemente yo ya no puedo dar lugar —hacer sitio— a esos distantes árboles y colinas. Esa escena no es suficiente para vaciarme de mí mismo. ¿Por qué? Debido a que persiste la *idea* de una cosa aquí (mí mismo) reaccionando a una cosa ahí (no-mí-mismo). La asunción constante de todo adulto, la base de su vida como un hombre entre hombres (tanto más maciza cuanto más permanece sin examinar) es que hay en el centro de su universo una *cosa* activa, complicada, dotada de color, opaca y sólida, en su mayor parte invisible a su propietario pero no obstante perfectamente real. Esta convicción humana universal no se expresa en tantas palabras: no lo necesita, es demasiado evidente, se da por supuesta. Y es una mentira. De hecho, es *la* mentira.

Es una mentira que continúa repitiéndose a sí misma y engrosando sin cesar —esta progresiva solidificación a medida que uno envejece— hasta que un buen día se ve por la insensatez que es. Aunque ya no puedo, como la golondrina, mantenerme a mí mismo libre de mí mismo *no notando mi presencia*, puedo *ver* y *veo mi ausencia*, justamente aquí. Aunque ya no puedo *perderme a mí mismo* en esa escena boscosa, puedo encontrar y *encuentro que yo mismo* soy el espacio en el que ella acontece. Aunque ya no puedo permitirme, como el niño pequeño, *olvidar* mis pies y sobre lo que están pisando, puedo *recordar* y *recuerdo* (me acuerdo de ver) su disolución. Cuando hay una consciencia de nadie aquí caminando por el bosque, el resultado es un paseo bueno, sin fatiga, fácil, enteramente gozoso. Sin una tal consciencia es difícil avanzar. Esto es experiencia, no teoría. El Vacío —su competencia para tratar los par-

ches rudos (y los parches suaves) de la vida— está justamente aquí para probarlo, todos los días y cada día.

Este Vacío inefablemente milagroso a partir del cual viven todas las criaturas, este increíble *Saber-cómo* que es de todos, esta central ausencia-de-cuerpo que anima y regula todos los cuerpos que proceden de ella, es Uno y el Mismo en todo. Intrínsecamente es la Perfección misma, en el hombre, el niño, el gato, la golondrina, el gusano, la célula... Pero, en ese caso, ¿cómo acontecen estos aparentes malfuncionamientos, este golpearse y torcerse los tobillos a lo largo de la senda de la vida? Será de ayuda si distinguimos claramente las tres etapas o niveles de comportamiento que hemos estado considerando:

(1) Primero, la criatura no-humana que vive incuestionablemente y sin obstrucciones desde su Nada [No-cosa] central, y que por ello «sabe» qué hacer y cómo y cuándo hacerlo. Verdaderamente, es un especialista, confinándose a sí mismo a su estilo de vida específico. Atiende a su propio asunto. ¡Y con qué resultados! La *primera* tela de la joven araña de jardín es una obra maestra de ingeniería, y ella jamás ha recibido una lección de construcción de telas ni de para qué sirve la tela. El cielo donde yo vivo está a veces plagado de pájaros, a menudo de diferentes especies, volando de acá para allá. No tienen ninguna regla de tráfico que yo sepa, ninguna prioridad de derecha e izquierda, y todavía no he presenciado el menor fallo, y mucho menos una colisión. Y éstos no son casos excepcionales. Cada criatura es a su propia manera igualmente brillante y desprovista de saber.

(2) A su propia manera, por supuesto, el hombre es aún más brillante. Es el gran aficionado e inespecialista, el generalista de la Naturaleza. Difícilmente hay una destreza animal —en tierra, mar y aire— que no pueda emular, en general torpemente, con muchos contratiempos y abusos y gran cantidad de miseria. Es torpe debido a que acepta un cuerpo con el que es torpe, y está frustrado y es miserable debido a que ese cuerpo-idea bloquea el No-cuerpo que él es realmente. El hombre deja de apoyarse, para *saber-cómo*, en esta Fuente omnisciente, infinitamente llena de recursos, y se vuelve a él mismo —hacia su cuerpo-mente minúsculo, obstaculizado y finalmente irreal— en busca de dirección. El resultado es altamente impresionante, y tan desastroso que su supervivencia misma está amenazada.

(3) Hay un remedio. No se trata de regresar a la inconsciencia del animal y del niño, y no se trata tampoco de abandonar las inmensas ganancias de la auto-consciencia humana (por cuyo medio se le permite a uno tener una visión de sí mismo como desde el exterior). Se trata de llegar a la auto-consciencia real, lo que equivale a decir Auto-consciencia; se trata de volver de nuevo a casa, al lugar que uno ocupa y encontrarlo desocupado; se trata de ver claramente y de abandonarme a Lo Que y a Quien yo he sido siempre, justamente aquí. Se trata de recuperar, en el nivel más alto, la soltura natural, el movimiento seguro, la gracia y la espontaneidad fluidas que únicamente el hombre entre las criaturas ha llegado a suprimir. Lo cual equivale a esto: el único modo sensato de caminar a través del bosque del mundo es ver que no hay nadie haciéndolo.

De vuelta a casa, hojeando las Conversaciones (*Talks*) de Sri Ramana Maharshi, encontré el siguiente consejo que podríamos llamar La Guía de la Persona Inteligente para Pasear por el Bosque:

Encuentre el Sujeto y los objetos cuidarán de sí mismos.

Encuentre su Sí mismo y ningún mal puede venirle a usted.

Encuentre el Sí mismo y todos los problemas están resueltos.

Cuando sus acciones son las de Dios deben ser correctas.

«Yo soy un hombre» es innatural. «YO SOY» es natural.

La sabiduría es natural y siempre presente.

El Ser Eterno es ese estado donde usted ha desaparecido.

Usted no está en el mundo, el mundo está en usted.

¿LA ÚLTIMA UPANISHAD?

CONDÚCENOS desde el sueño al despertar.

Condúcenos desde la opacidad a la claridad.

Condúcenos desde lo complicado a lo simple²⁹.

Condúcenos desde lo obscuro a lo evidente³⁰.

Condúcenos desde la inatención a la atención³¹.

Condúcenos desde la ficción convencional a la verdad percibida³².

Condúcenos desde la mentira de la confrontación al hecho de la identidad.

Condúcenos al lugar que jamás hemos dejado, donde hay paz y paz y paz.

Habiendo acabado en caos su anterior creación, el Señor estaba a punto de manifestar la siguiente. Convocó a los dioses para que Le aconsejaran sobre los detalles de la nueva empresa. Ellos expresaron su contento, debido a que vieron la oportunidad de remediar el defecto fundamental del que se había visto afectado el último universo, a saber, que — aparentemente— Él, el Señor, había estado ausente de él. Las consecuencias de esta omisión, Le recordaron, habían sido desastrosas.

«Esta vez», insistieron, «Te suplicamos que no seas tan remoto e inaccesible. Pues incluso las mejores ideas y sentimientos *sobre Ti* no son ningún sustituto para Ti, están a un millón de leguas lejos de tu maravillosa Presencia».

«Admito que fue una equivocación», asintió Él graciosamente. «Esta vez entraré directo en mi mundo, y dejaré caer todos los disfraces, y me haré a Mí mismo por completo evidente. Dondequiera que las gentes estén, estaré entre ellos, y habrá un modo seguro y fácil de reconocer-Me».

«¿Y cuál será ese medio?», preguntaron.

«¡Me convertiré a Mí mismo en un Cíclope!», respondió, «¡Una criatura con un único ojo! ¡Todas esas gentes mirándose y remirándose unos a otros a través de un par de minúsculos agujeros por persona, y viendo-Me constante y límpidamente desde una única “ventana” abierta de par en par, sin marco, sin mancha, enorme! ¡Eso debe hacer-Me destacar tan prominentemente que será por completo pasmoso!»³³

(Las citas siguientes están sacadas de *Talks with Sri Ramana Maharshi*, 2ª edición, 1958).

²⁹ La verdad última es muy simple. No es nada más que ser en el estado prístino. (Talk n° 96)

³⁰ Ellos no vuelven su atención para encontrar al veedor evidente sino que vagan errantes analizando lo visto... Nosotros pensamos que hay algo que oculta nuestra Realidad y que debe ser destruido antes de que la Realidad sea obtenida. Es ridículo... el gran juego de aparentar. (Talk n° 427; Talk n° 146).

³¹ El deseo constituye *maya*, y el no-deseo es Dios... «No querer» es la felicidad más grande (Talk n° 537; Talk n° 643).

³² Uno debe estar dispuesto a sacrificar todo por la Verdad. (Talk n° 320).

³³ Hay una luz por la que se ven las cosas... No vea con sus ojos... Si el ojo deviene el Sí mismo, siendo el Sí mismo infinito, el Ojo es infinito. (Talk n° 404; Talk n° 106).

Y cumplió su promesa. Asumiendo esta forma llamativa y única, Él se hizo presente en su nuevo universo...

¡Y nadie Le notó! Edad tras edad, las gentes continuaron sin notar la Divina Rareza, el Cíclope en su medio.

Sus consejeros, conmocionados y llenos de confusión, apenas podían creerlo. Entonces Le dijeron: «¡Ve cuán inobservantes, cuán atolondrados e ilusos son estas gentes! Tendrás que remodelarte a Ti mismo mucho más drásticamente si quieres tener una posibilidad de despertarlos y de atraer su atención».

Tomó su consejo muy seriamente. ¡Hasta tal punto que inmediatamente sacó su gran espada y de un solo tajo cortó su propia cabeza, con el ojo único y todo!

«Como este tronco decapitado (¡observe por favor!) aunque mucho más vivo», dijo, «¿cómo podría Yo dejar de destacar entre todas esas criaturas dotadas de cabeza? ¡Además, como este Uno único que ve donde no hay ojos, y oye donde no hay oídos, y saborea y habla donde no hay lengua, y huele donde no hay nariz —Seré ciertamente la Maravilla de la época—!» [Eso que hace que el ojo vea, pero no necesita ningún ojo para ver, solo eso es Espíritu... Eso que hace que el oído oiga, pero no necesita ningún oído para oír, solo eso es Espíritu. —*Kena Unpanishad*].

¡Pero no! Por muy difícil que resulte creerlo, las únicas gentes que notaron y que se atrevieron de hecho a señalar al siempre-presente Señor Sin-cabeza fueron los niños, a quienes se ridiculizaba, y unos cuantos adultos a quienes se despreciaba como excéntricos (o peor todavía), y más o menos «fuera de sus cabales».³⁴

Los dioses estaban desesperados. Le pidieron que se transformara a Sí mismo aún más, si fuera posible de manera todavía más sobrecogedora, a fin de estar seguros de atraer la atención por todas partes y en cualquier compañía.

De nuevo, Él asintió animosamente, y después de pensarlo con cuidado estableció las siguientes medidas de emergencia adicionales:

«¡Para comenzar, me pondré a Mí mismo cabeza abajo! Vosotros habéis notado que las gentes tienen sus cabezas arriba, sus cuerpos debajo, y sus pies en el fondo de la imagen. ¡Bien, Yo seré al revés! Mis pies estarán arriba, seguidos por mis piernas, mi tronco, y finalmente mi no-cabeza abajo. ¡Eso debe hacerlos volver en sí y darse cuenta!»

«A fin de estar seguro, insistiré en el tratamiento de Persona Muy Importante (V.I.P.) por todas partes. Por ejemplo, cuando Yo esté a la orilla del mar, la alfombra de luz brillante se desenrollará por sí sola entre el Sol saliente o poniente y Mí mismo sólo: jamás se tenderá hacia una de mis criaturas. Todas las líneas verticales, tales como las esquinas de la habitación donde Yo estoy, rendirán homenaje a mi Presencia, inclinándose visiblemente hacia Mí. Mi cuerpo será mucho más grande que el de las gentes alrededor Mío, algo así como el rey en las pinturas antiguas, el cual es mucho más grande que los meros cortesanos y sirvientes. Yo

³⁴ *Discípulo*: El pensamiento «yo soy un hombre» es muy natural.

Mismo me posicionaré en el centro de las cosas, y no permitiré que nadie Me eche a un lado...»

«De hecho, permaneceré firme como una roca, inmutable en todas las circunstancias. No importa cuán activas estén estas piernas, Yo seré la Quietud en la que ellas y todas las cosas se mueven. Mientras las gentes recorren una avenida, una nave, o un corredor, ellos (la avenida, la nave o el corredor) vendrán hacia Mí. Cuando Yo parezca correr en mi carro, serán los árboles y las casas y los campos junto al camino los que correrán, mientras que Yo no me moveré un centímetro. Jamás me molestaré en ir a ninguna parte, sino que en lugar de ello Me sentaré tranquilamente en Casa y traeré los lugares y las cosas a Mí, y los dejaré partir de nuevo³⁵».

«Yo permaneceré en el lugar donde ningún cambio, ni tiempo, ni muerte pueden entrar, en la única y sola región atemporal. Mientras que todos los demás lugares tienen su zona horaria, sus calendarios y relojes, ninguno de ellos será permitido en el lugar que Yo ocupo. Todo reloj que se acerque a Mí, llevado directamente hasta Mí, mágicamente hará que se hinche y que devenga difuso, y después ilegible; y al final (cuando no obstante haya llegado) lo destruiré por completo. Prometo que, dondequiera que las gentes se encuentren, habrá un lugar que visiblemente detiene todos los relojes. Encontrarlo será encontrar-Me, el Uno Sin-muerte³⁶».

«Hasta aquí bien, podéis decir, ¿pero qué hay sobre algo realmente espectacular? Sea. Haré alarde de mis divinos poderes hasta el límite, y mostraré inmisericorde la debilidad de las criaturas que Me rodean. Este Uno Sin-cabeza estará siempre re-diseñando, y destruyendo y re-creando el mundo en un flash y a voluntad. ¡Cuán diferente de esos dotados de cabeza quienes —bien sea que miren arriba o abajo o alrededor, o giren, o abran y cierren sus pequeños ojos— son impotentes para cambiar la escena! Ella les ignora, por supuesto. ¡Es mi universo, y Yo mostraré Quién está en el control!³⁷».

«Bien, mi estimado cuadro de consejeros —concluyó— ¿cómo funcionará eso?»

«¡Una tal Maravilla Divina en su medio, un tal Compendio de Prodigios! —¿cómo podrías Tú pasar desapercibido ni siquiera un momento?—», respondieron.

¡Pero no fue así! Sorprendentemente, casi nadie Le notó. A pesar de todos estos indicios, Él permaneció incógnito, perdido en la multitud.

Una reunión de los dioses fue convocada para tratar la crisis. Después de una larga consideración el concilio se dirigió a su Señor:

Maharshi: ¡No, no es así! (Talk 601).

³⁵ Usted dice que ha viajado hasta aquí todo el camino desde su poblado. ¿Es eso cierto? ¿No es un hecho que usted ha permanecido como usted era? (Talk 76).

³⁶ La cuestión del tiempo no surge en absoluto al que está establecido en su Naturaleza verdadera. (Talk 601).

³⁷ El gran universo con nombres y formas brota del corazón... El Vedanta dice que el cosmos brota a la vista simultáneamente con el veedor... El buscador verdadero puede estar contento con la creación instantánea. (Talk 108; Talk 651).

«Estas gentes son incurablemente ciegas a lo evidente. En verdad parece que cuanto más extraordinarias y flagrantes son Tus señales distintivas tanto menos las registran. Así pues, pensamos que debes adoptar una estrategia completamente diferente. En lugar de la de acercamiento fuerte, en lugar de intentar impresionarlos con el poder y la gloria de tu Presencia entre ellos, ¿por qué no intentar la intimidad? Los que se niegan tercamente a ver, pueden al final ser conducidos a sentir. Acerca-Te a ellos, apela a sus corazones».

Como siempre, Él asintió.

«Muy bien. De ahora en adelante no estaré lejos de nadie. Mientras todas esas criaturas a Mi alrededor guardan sus distancias medibles entre ellos —mostrándose cada uno indiferente hacia los demás— Yo no estaré distante de ninguno de ellos. ¡La cinta de medir más larga, tendida entre ellos y Mí mismo, Yo la reduciré a nada, a un punto, y así atraeré a cada uno a Mí, irresistiblemente, en un lance amoroso constante!³⁸».

«¡Mucho más que esto, daré mi vida misma por ellos! Me explico. Por todas partes veo a esos dotados-de-cabeza comprometidos en lo que ellos llaman relaciones personales —cada uno colocado visiblemente contra— opuesto a —su número opuesto, en una confrontación frontal, cara-a-cara, aproximadamente simétrica—. Y no hay que sorprenderse. Como una cosa particular, cada uno excluye a todas las demás cosas particulares. Para ser y permanecer él mismo, cada uno insiste en su identidad única y separada frente a todos los demás. Esa es la manera en que están contruidos —para el conflicto—. Pero Yo me construiré a Mí mismo según otra disposición completamente diferente».

«¿Y en qué consiste eso?» preguntaron los consejeros.

«En realidad», respondió Él, «está hecho. Yo ya estoy construido abierto de par en par, construido para la armonía y la paz. Es evidente que para Mí, y solo para Mí, para este Uno Sin-Cabeza, no puede haber colisiones frontales, ni confrontaciones, ni de hecho ninguna relación de ningún tipo, sino solo perfecta identidad con todos los que llegan. Cara-ahí a no-cara-aquí, Yo les doy cabida, Me desvanezco en su favor, desaparezco a fin de que ellos puedan aparecer; muero continuamente como Mí mismo a fin de que ellos puedan vivir en Mí. Así, dando por siempre mi vida por mi mundo, quiero buscar ganar todos los corazones».

Los consejeros estaban profundamente impresionados.

«Esta vez será difícil en verdad ignorar-Te, Señor. ¡Basta pensar en la acumulada riqueza de señales hacia tu Presencia, en la abundancia de tus signos distintivos! ¿Quién podría dejar de elegir al Uno dotado de un solo ojo, decapitado, puesto completamente al revés, que hace y deshace el mundo en un momento, que detiene el tiempo y recoge el espacio como un paraguas —y ahora el Uno que, a pesar de todo este esplendor, humildemente prefiere y se abre de par en par a la más pequeña de sus criaturas—?».

³⁸ Un astrónomo descubre una estrella nueva... y anuncia que su luz tarda miles de años luz en llegar a la Tierra. Bien, ¿dónde está la estrella de hecho? ¿No está en el observador?... Los objetos se ven como si estuvieran fuera. Sepa que están todos dentro de usted mismo. (Talk 478).

¿Y funcionaron estas medidas? ¡No! El Señor en su medio todavía pasó desapercibido, excepto para unos poquísimos...

Los dioses estaban encolerizados. «Y lo más irónico de todo ello», debatían con su Señor, «es que estas gentes continúan adorando-Te con plegarias e himnos que declaran claramente tu unicidad, y dónde ha de encontrarse este Único, el cual está justo entre ellos, más cerca que lo más cercano. ¿Qué tipo de devotos son éstos que Te buscan por todas partes excepto en el lugar donde saben que Tú estás?»³⁹

«Bien», preguntó Él, «¿cuál será nuestro siguiente movimiento?»

Consultando entre sí, sus consejeros concluyeron que ningunos otros indicadores adicionales hacia Él constituirían ninguna diferencia apreciable. Para ellos devino claro que cualquiera de estas señales —desde su único ojo a su incesante auto-desaparición— es suficiente para señalar-Le exactamente con perfecta inmediatez y certeza *si eso es lo que las gentes quieren hacer*; y que, por otra parte, su terca ceguera para con Él jamás puede ser curada si multiplican, diversifican y arrojan chorros de luz sobre sus características distintivas. Con mucha reluctancia, concluyeron que solo la *necesidad* desesperada tenía una posibilidad de abrir los ojos de estas gentes a la Presencia entre ellos del Uno que puede satisfacer esa necesidad. Si la elección —¡VERLE O PERECER!— se tornaba ineludiblemente evidente, solo entonces al fin Él podría súbitamente destacarse en toda su obviedad y majestad y poder salvador.

Así pues, sus consejeros Le dijeron: «Estamos de acuerdo en que tu último diseño del mundo —a pesar de todos estos señalizadores de tu Presencia en él— ha ido totalmente mal, y que se está acercando el tiempo en que debes borrar la pizarra y comenzar todo de nuevo. Sin embargo, hay quizás una última esperanza para esta partida. Hasta ahora se les ha evitado las plenas consecuencias del resultado último de su confrontación mutua, de esas colisiones frontales que las criaturas dotadas de cabeza no pueden evitar. Ha llegado el momento, Señor, de revelar el horror de ese resultado. Asume el tremendo riesgo de concederles los medios de la auto-destrucción, del genocidio, y ve si el miedo —combinado con el llano sentido común— hace lo que todo lo demás no ha hecho. Hay una esperanza de que la vívida consciencia de su probable destino y para el infierno a donde ella conduce, les haga al fin volver en sí (repetimos *volver en sí*), al Uno que no pueden remediar ver aunque se nieguen a ver⁴⁰, al Uno que es el único ejemplo de no-confrontación, al Uno que es el único remedio para la confrontación en todas sus formas».

«¿Y cuáles son las posibilidades», interpuso el Señor, «de que Me reconozcan a tiempo de evitar el desastre?».

«Si tuvieran que ser *todos* ellos», replicaron, «o digamos una mayoría, entonces concedemos que las posibilidades son nulas. Sin embargo, una minoría pequeña pero influyente —detentadores de poder y líderes de opinión— despertados a tu Presencia, quizás podrían de-

³⁹ Que cada uno trate de encontrar el Sí mismo conocido, en lugar de buscar algo desconocido más allá... Si se le dice la verdad simple —«el Reino del Cielo está dentro de usted»— él no está satisfecho, y buscará significados complejos y lejanos en tales afirmaciones. (Talk 81; Talk 96).

⁴⁰ Todos están viendo a Dios siempre. Pero ellos no lo saben. (Talk 31).

terminar un giro. El resto podría seguir la línea, y a las 11 horas y 59 minutos la última confrontación podría ser evitada».

«Así pues, ¿qué es exactamente lo que queréis que Yo haga?», preguntó Él.

Después de una larga reflexión, sus consejeros salieron con la siguiente triple recomendación:

«*Primeramente*, confirmamos que debes asumir el riesgo, y dejar que estas gentes desarrollen su ciencia de los objetos (la cual es solo la mitad de la ciencia) hasta tal extremo que todos ellos estén en posición de aniquilarse. Pero, *en segundo lugar*, concédeles la gracia de extender esta ciencia de los objetos (objetos que incluyen a ellos mismos como terceras personas dotados de cabeza) hasta abarcar la otra mitad de la ciencia, la Ciencia del Sujeto, de la primera Persona Sin-Cabeza entre ellos (a saber, Tú, que eres el único remedio para su atolladero)⁴¹. En otras palabras, déjales aplicarte a Ti, Señor, la misma disciplina —el mismo espíritu de humildad ante la evidencia— que han aplicado tan exitosamente (¡y tan desastrosamente!) a tu creación; y déjales continuar investigando con similar honestidad y desapasionamiento la evidencia de tu Presencia efectiva entre ellos, los muchos modos en los que Tú difieres apreciablemente de todos cuantos Te rodean. Y *en tercer lugar*, déjales inventar medios de comunicación capaces de diseminar esta Ciencia a una escala tal y tan rápidamente que su auto-destrucción, por culpa de la ignorancia de Ti, pueda ser pospuesta indefinidamente. Concede estos dones, Señor, y ve lo que hacen con ellos».

«Los tres», respondió Él, «están concedidos...»

«Y mientras esperamos el resultado, una palabra de aliento a aquel que, aunque viendo Me claramente, está no obstante acobardado por la tarea en apariencia imposible de hacer que el mundo también lo haga. Aquí, los números empañan el resultado, y las reglas aritméticas no se aplican⁴². Cuando una de mis criaturas Me encuentra, ¿exactamente *quién* Me encuentra? ¿Es como su sí mismo solitario, o como todos los demás sí mismos también, o en verdad como el Sí mismo que es Mí mismo?⁴³».

«¡Mire y vea!».

⁴¹ Las personas segunda y tercera no aparecen excepto a la Primera Persona. (Talk 26).

⁴² *Discípulo*: ¿Ayuda mi realización a otros?

Maharshi: Sí, ciertamente. Es la mejor ayuda posible. Pues no hay otros a quienes ayudar. (Talk 13).

⁴³ La Paz está siempre presente... Esta paz es el Sí mismo. (Talk 480).

TREINTA PREGUNTAS

«Dios está dentro, nosotros estamos fuera»

Maestro Eckhart

«Es muy claro, por eso es difícil de ver»

Paso Sin-Puerta

¿QUÉ es, después de todo, el Despertar, la Iluminación, la Realización? ¿Despertar de qué? ¿Iluminación en cuanto a qué? ¿Realización de qué?

Es interrumpir todos sus sueños, imaginaciones y preconcepciones; devenir iluminado en cuanto a los hechos dados, realizar lo que usted es claramente en su experiencia de primera mano ahora mismo. Es ser perfectamente honesto consigo mismo, al fin. Es tener el coraje y el atrevimiento —inclusive la idiotez— de atenerse a lo que ve, en lugar de a lo que se le dice. Es cuestionar todos los hábitos mentales y las suposiciones convencionales, por muy de sentido común o santificados que sean. Es total apertura de mente, transparencia, simplicidad, y no dar nada por supuesto. En una palabra, es descubrimiento.

Lo que hay que descubrir es su propia naturaleza. ¿Quién es usted? Solo usted está en situación de descubrirlo, debido a que todos los demás están en otra parte, fuera del centro. Solo usted puede investigar qué es ser usted. Este artículo, por lo tanto, tiene la intención de estimular su indagación y no de dictar sus resultados. De hecho, si su auto-descubrimiento es genuino, encontrará expresión única, y ninguna fórmula existente le cuadrará completamente.

Puede ser útil expandir esta pregunta más bien vaga —¿quién o qué es usted?— planteándola de numerosas maneras a fin de hacer bajar la indagación a la tierra y hacer el descubrimiento real menos difícil. Acordemente, se sugiere que se haga a usted mismo las siguientes treinta preguntas, e intente responderlas sin referencia a lo que ha leído, o a lo que las gentes dicen, o a lo que ha pensado hasta ahora. En la medida de lo posible, corte limpiamente con la memoria, y hágase estas preguntas como si hubiera llegado en este momento al mundo, no sabiendo nada. Elija un tiempo en que no tenga prisa ni esté ansioso, y entonces, aunque sea solamente durante media hora, permítase a usted mismo ser completamente como un niño, contento de ser apabullado por los hechos. Deje de pensar, solo mire, y esté preparado para cualquier cosa. Usted no tiene ninguna idea de si es Dios u hombre, ángel o animal, todo o nada. Está todo por ver.

1. En el lugar que ocupa ahora, sentado en su silla y llevando sus gafas, ¿encuentra un ser humano? ¿Lo que observa aquí tiene más o menos la misma forma que las personas que observa ahí afuera, personas completas con cabeza, cuello, espalda y demás?

2. Usted está rodeado por objetos sólidos, masas de materia. ¿En su centro, es usted, también, una masa sólida? ¿Lo que encuentra aquí se siente denso, o ligero y aéreo? ¿Es como tierra o agua, o aire, o más bien como espacio vacío?

3. ¿Tiene alguna evidencia, *en este momento*, de cuántos ojos posee, y su color y su forma? ¿Cuántas orejas y narices y cabezas puede detectar ahora? Si no puede detectar ninguna, ¿qué hay en su lugar?

4. ¿Dónde está el hombre que es llamado por su nombre? ¿Está ahí afuera, donde las gentes y animales y cámaras y espejos le registran? ¿O en el centro aquí, donde nada le registra? Si él está siempre ahí afuera, ¿quién está dentro? Si usted está dentro, ¿quién es usted?

5. ¿Lo que observa ahí afuera en el espejo es completamente igual a lo que observa aquí donde usted está? ¿Hay dos hombres o solamente uno... y dónde está? ¿Está en su cuarto de baño, o en el otro cuarto de baño de detrás del espejo? ¿Su espejo, entonces, le muestra lo que usted es, o su opuesto?

6. Usted está sentado en esta silla, y su amigo en ésa. Mire y vea si ustedes son iguales, miembros de la misma especie o género o reino. Mientras camina junto a él, ¿acaso son dos hombres caminando, o un hombre y medio, o un único hombre, con una suerte de presencia flotando al lado? Note si su relación con otro es alguna vez simétrica.

7. Cuando usted se explora con las yemas de los dedos, ¿encuentra su cara (de usted) como la suya (de él) —dotada de color, sólida, opaca, bloqueando la visión—?

8. Usted está mirando ahora a esta página impresa. ¿Puede detectar alguna distancia entre usted mismo y ella? Observe el espacio entre dos estrellas. ¿Puede encontrar algún espacio similar entre ellas y usted mismo?

9. ¿Puede encontrar algo *en* su lado de la página, algo agregado a este dibujo de blancos y negros? ¿Algún veedor o mirón?

10. ¿Cuán alto es usted, cuán corpulento? ¿Dónde encuentra que usted mismo acaba y que el mundo comienza? Intente señalarse a usted mismo sus límites.

11. Usted ve hombres en el mundo. ¿Realmente se ve a usted mismo en el mundo, o ve el mundo en usted?

12. Un hombre, como una pequeña parte del universo, deviene cada vez menos misterioso a medida que la ciencia descubre cada vez más sobre él. ¿Es esto cierto de usted? Si lo inverso es cierto, ¿por qué?

13. Intente destruir y recrear el mundo a voluntad. Entonces compare la operación con lo que le acontece al mundo cuando el hombre ahí afuera cierra y abre sus ojos, o se va a dormir y se despierta de nuevo. ¿Por qué no toma sus poderes en serio?

14. Usted observa el nacimiento y la muerte de criaturas alrededor suyo. ¿Observa su propio nacimiento y muerte? Y en cualquier caso, en el lugar que ocupa, ¿puede descubrir a alguien que pueda nacer, o envejecer, o morir?

15. ¿Se encuentra usted mismo en el centro del universo siempre, o algunas veces, o nunca? ¿Puede escapar del centro? ¿Cuántos centros puede encontrar?

16. ¿Ha encontrado algún compañero real, alguien ahí afuera que sea igual que usted mismo donde usted está? Usted nota innumerables cuerpos, ¿pero cuántas mentes? ¿Puede el universo utilizar más de una?

17. Los hombres evidentemente no son libres, sino que están a merced de su entorno y de sus cuerpos. ¿Puede encontrar algo fuera de usted mismo que le ate, o algo dentro que esté atado? Si no está construido para la libertad sugiera algunas mejoras. ¿No siente que tiene libre albedrío, de todos modos?

18. En la mesa, usted ve introducir sustancias ajenas dentro de agujeros dentados en la cabeza de las personas, y a esto se le llama comer. ¿Es su comer igual a éste? Vea lo que le ocurre a la comida en *su* tenedor.

19. ¿Cuántos tipos de ver hay? ¿Es la *ausencia* de ojos y de cerebro y de cabeza lo que le permite ver (puesto que ellos bloquearían la visión), y su *presencia* lo que permite que los demás vean? ¿Cómo sabe usted que ellos ven el mundo? ¿De cuántos veedores tiene evidencia clara? ¿Cómo es posible ver una cosa si uno es una cosa?

20. Usted observa que los hombres y animales e incluso los objetos inertes, reaccionan a los sonidos. ¿Los observa usted *oír* sonidos? ¿Puede el que tiene oídos oír?

21. Usted puede ver que los hombres son a menudo heridos y perturbados de pies a cabeza, debido a que no tienen ningún núcleo invulnerable. ¿Es usted así? ¿Encuentra usted que el mundo puede trastornar lo que está en su centro (de usted)?

22. ¿Qué lugar o función puede encontrarse en un hombre para algo sobrenatural, tal como Dios, el Reino del Cielo, el Espíritu Santo, el *Atman*, la Naturaleza de Buda? En usted mismo, ¿puede encontrar algo más?

23. Siempre se está trabajando alrededor suyo, por esas cosas, esos hombres, esas dos manos y pies. ¿Está el centro ocupado, también? Vea si usted no está completamente ocioso.

24. La mayor parte de las manos están adheridas a cuerpos humanos. Sin moverse, vea a qué están adheridas las suyas ahora.

25. Por muchos puntos de vista que tenga de un hombre ahí afuera, no verá nunca todo de él. ¿Encuentra esto verdadero de usted mismo? ¿Es usted, quizás, el único que es lo que parece y enteramente visible?

26. El hombre está raramente satisfecho. Vea si hay algo que le falta a usted, o alguna parte del mundo que, si usted fuera Dios, debería ser reordenada.

27. Tumbado en la cama despierto y en la oscuridad, ¿puede usted durante unos pocos momentos estar en paz y sin pensamientos pero intensamente consciente de la consciencia? Cuando está en este estado, ¿qué es usted?

28. Los demás amantes están cara a cara. ¿La cara de su amado enfrenta a la suya, o la suprime? ¿Encuentra usted sitio para dos?

29. ¿Puede ver a alguien o alguna cosa claramente sin amarlos de esta manera, y morir deliberadamente a fin de que ellos puedan vivir en usted?

30. Si, después de haber respondido estas preguntas *según la evidencia ante usted*, todavía sospecha que es solo un hombre después de todo, entonces diga qué más se necesita para establecer su divinidad. Y entonces mire y vea si eso, también, no se da llanamente.

Por supuesto, estas treinta preguntas son orientativas. No son precisamente las que usted haría, o no están redactadas como usted las redactaría, pero servirán para ilustrar el espíritu radical de esta indagación. Si *quiere* realmente descubrir quién es, entonces con seguridad se le ocurrirán sus propias preguntas ligeramente diferentes; su manera única de mirar dentro, vendrá a usted infaliblemente, y la investigación no será ningún mero deber o práctica, sino algo irresistible, fascinante y urgente, y por lo tanto exitosa. Su vida no se habrá malgastado.

¿Hay, quizás, una Liberación que no sea una cuestión de auto-descubrimiento, una Liberación que concierna, no a los hechos como se dan ahora sino de algún modo a su mejora? Primero vea quién es usted ahora. Entonces descubrirá con certeza que solo la Verdad le hace libre, y que toda ella está claramente presente en este momento, con solo que deje de pensar sobre ella, y mire, y tome en serio lo que ve.

Uno que veía realmente por sí mismo escribió: «Percibiendo entonces, ¡Oh hombre!, todo esto en ti mismo, que eres inmaterial, santo, luz afín al que es innacido, que eres intelectual, celestial, transparente, puro, por encima de la carne, por encima del mundo, por encima de los gobernantes, por encima de las potestades, sobre quienes tú eres en la verdad, entonces comprendete a ti mismo en cualidad y recibe conocimiento pleno y comprende en dónde excedes: y mirando tu propia cara en tu esencia, rompe todas las cadenas... desea con fervor ver al que se revela a ti, al que no viene a ser, a quien en buena hora tú solo reconocerás con confianza» [*Hechos de Andrés*].

Como todas las demás escrituras [incidentalmente, éste es un cristiano del siglo III, desconocedor del zen] su uso apropiado es alentarnos a mirar al lugar que ocupamos, y no decirnos lo que ver ahí. De otro modo solo bloquearían la visión.

SEIS ESBOZOS PARA UN RETRATO

«EL Tathagata divide su propio cuerpo en innumerables cuerpos, y también restaura un infinito número de cuerpos en un único cuerpo. Ora deviene ciudades, pueblos, casas... Ora tiene un cuerpo amplio, ora tiene un cuerpo pequeño»

Mahaparinirvana Sutra.

ACONTECE que usted es, por el momento, un alguien, o un algo. Es más, acontece también que usted es capaz, con solo que lo desee, de descubrir exactamente qué es este alguien o este algo. Si está interesado, puede hacerlo ahora, fácilmente. Si parece difícil, se debe a que usted no quiere comprobar su propio conocimiento —todavía no—.

Malgastar una tal oportunidad sería una pena: usted no sabe cuándo habrá otra. El budismo, junto con las otras grandes religiones, promete infinitos beneficios a todo el que deviene verdaderamente auto-consciente —es decir, Iluminado—. Una vez que se atreve a verse a usted mismo, la recompensa es inmediata. Incluso el sentido común sugiere que usted difícilmente puede saber cómo vivir hasta que sabe quién está viviendo. Y la curiosidad natural o el afán por conocer añade que quizás haría mejor en echarse un vistazo a sí mismo mientras pueda, por si acaso se estuviera perdiendo algo interesante. Suponga que hasta ahora hubiera sido engañado, y que en lugar de ser quien piensa que es, fuera alguien o algo completamente diferente —¡de hecho, lo opuesto de todo lo que había imaginado!— ¡Eso sería en verdad un descubrimiento! Bien, éste es precisamente el descubrimiento que el budismo le invita a hacer. Y señala que su auto-ignorancia, este asombroso error sobre quién es usted, este caso de identidad equivocada, es la raíz de toda su zozobra y ansiedad. Usted jamás puede ser feliz hasta que se conozca a sí mismo.

¿Qué es usted, entonces? Hay muchas respuestas posibles, pero todas ellas pueden reducirse a estas seis:

1. Usted es lo que piensa que es.
2. Usted es lo que los otros dicen que es.
3. Usted es lo que los otros ven que es.
4. Usted es lo que siente que es.
5. Usted es lo que ve que es.
6. Usted es lo que los Sabios dicen que es.

Examinemos brevemente cada una de estas seis respuestas. Por turno.

1. «Usted es lo que piensa que es»

Usted piensa que es un ser humano llamado fulano, varón o hembra, negro o blanco, soltero o casado, de tantos años de edad y de tantos metros de alto, que pesa tantos kilos, que sigue

tal o cual vocación, que vive en tal o cual dirección, un súbdito de tal o cual país. Piensa que la descripción en su carné de identidad, con su fotografía, da un buen informe de usted. Piensa que es realmente eso.

¿Dónde obtuvo esta idea? De otras gentes, de oírlo decir. Lo ha estado registrando durante años. Y no hay que sorprenderse: todo el mundo alrededor suyo lo confirma todo el tiempo. Todo en la sociedad humana lo implica.

2. «Usted es lo que los demás dicen que es»

Su carné es para información de ellos, no suya: claramente ellos aceptan la historia de su carné como la verdad sobre usted, y esperan que usted haga otro tanto. Si perdiera su memoria, y olvidara completamente quién era usted, ellos se sentirían grandemente felices de decirselo. De hecho, sus padres, hermanos y hermanas, maestros, compañeros de escuela, de trabajo, amigos y enemigos —todos ellos han hecho su tarea: ponerle y mantenerle a usted en su sitio e impedirle volverse hacia usted mismo—. Ellos le recuerdan constantemente sus limitaciones humanas, sin prestar ninguna atención a su sentimiento de que usted es de algún modo por completo único y de importancia especial. La función de la sociedad es señalar —a la fuerza, si es necesario— que usted es solo un humano entre millones, y que debe comportarse acordemente. Y así ha llegado a saber lo que las gentes piensan de usted. Ahora, sensatamente, se toma a sí mismo según su estimación.

No hay nada malo en esto. Es una etapa de su desarrollo espiritual que no puede ser omitida. Es también el fundamento de nuestra vida común: la sociedad, con todos sus espléndidos dones, está construida sobre él. Hay que decir todo en su favor —¡excepto que es una enorme mentira!—. Una mentira conveniente y necesaria, pero no obstante una mentira. Así mismo, todo esto está bien con tal de que, mientras tenga todavía posibilidad, lo vea por lo que es —lo opuesto mismo de la verdad sobre usted—. Es mejor no ser una víctima de esta enorme trampa de conveniencias durante toda su vida.

3. «Usted es lo que los otros ven que es»

De hecho, si presiona a estas otras gentes con suficiente fuerza, incluso ellos tendrán que admitir que estaban equivocados sobre usted. Si les preguntara, no lo que *piensan* de usted, o *sienten* sobre usted, sino lo que realmente *observan* que usted es, al final tendrían que contar una historia muy diferente, una historia más honesta y más científica.

¿Qué se ve que es usted? ¿El hombre o la mujer en la fotografía de su carné? Hay tres razones principales por las que esto no es así. En primer lugar, ella no es lo que usted *es* donde usted es, sino lo que *parece* a dos metros de distancia, en un lugar enteramente diferente. En segundo lugar, es lo que parece desde un solo ángulo particular y bajo condiciones especiales: y hay innumerables ángulos desde los cuales puede ser mirado. En tercer lugar, es lo que parece desde una sola distancia particular y usando instrumentos especiales, y hay innumerables distancias desde las cuales puede ser mirado. Si es en algún sentido lo que parece, entonces es lo que parece a todos sus observadores, colocados desde ninguna distancia hasta la infinitud.

En la práctica, la ciencia desestima con firmeza la visión de usted como un mero hombre, a una distancia de (digamos) dos metros. Prefiere una visión más de cerca: insiste en entrar en las cosas más profundamente, y en proseguir sus investigaciones adentro. Al acercarse a usted, el observador descubre que el hombre es *en realidad* un conjunto de órganos y de miembros, y que éstos son *en realidad* conjuntos de pequeñas criaturas vivas llamadas células, y que éstas son *en realidad* conjuntos de partículas. Y así sucesivamente hasta que, en el punto de contacto efectivo, no hay ninguna visión de usted en absoluto: usted se desvanece por entero. Parece que usted mismo, en el Centro y Fuente de todas sus apariencias regionales para otros, es vacío completo. Esta Nada [No-cosa] es lo que usted *es*, donde usted *es*: y todas las demás visiones suyas eran meramente lo que le acontecía a usted *parecer*, desde otras partes.

La ciencia adopta una visión siempre más de cerca, con la idea de llegar a la verdad fundamental sobre usted. (De hecho, no puede hacer contacto, pero se acerca mucho ciertamente). Pero incesantemente es arrastrada también a hacer con exactitud la cosa opuesta, y adoptar una visión siempre más distante, con la idea de abarcarle por completo dentro del cuadro. En otras palabras, reconoce que usted como un hombre es un fragmento insignificante, no todo, y completamente inexplicable hasta que su mundo es tenido en cuenta. En un sentido, usted *es* todo aquello de lo que depende para su vida: *es* lo que le hace ser lo que es. Para ser usted mismo, debe ser mucho más que usted mismo. Su física y química, su anatomía y fisiología, su comportamiento y mente — éstos no tienen sentido hasta que se ven como funciones de vastos conjuntos orgánicos (y ciertamente indivisibles)—. Así usted es su familia y su hogar, su barrio, su ciudad, su país, la Tierra viva, el Sistema Solar, el universo mismo. Cortado de éste, de su Cuerpo total, no es ni humano, ni vivo, ni siquiera existente. Solo la totalidad de usted es usted, y es el Todo.

¿Suenan esto artificiosos? Comprobemos entonces esta estimación suya mirando simplemente para ver lo que usted es, desde distancias sin cesar crecientes. Manteniendo siempre en vista el Lugar que usted parece ocupar, encontramos al usted humano dando lugar a la casa, la casa al barrio, el barrio a la ciudad, la ciudad al país, el país a la Tierra, la Tierra al Sol, el Sol a la Galaxia, la Galaxia al universo de las Galaxias. Todo, de hecho, lo mismo que antes.

Éste es el otro Polo de su ser. Al acercarse a usted, encontramos que al final es Nada [No-cosa]; al alejarse de usted, encontramos que al final es Todo. Entre ambos, parece ser todo tipo de cosas. Ciertamente no hay nada especial en la visión a medio camino de usted como un hombre. En verdad está entre dos estaciones, y no está suficientemente cerca como para revelar lo que usted es en su Esencia ni suficientemente distante como para revelar lo que usted es en su Totalidad. Exactamente en el medio, está tan lejos como puede estarlo de la Realidad bipolar que usted es.

En este punto puede objetar que estas impresiones exteriores suyas están todas muy bien, pero que lo que es realmente es lo que se siente usted mismo ser, por completo al margen de cómo aparezca a los demás. Completamente cierto; ¿pero hay, de hecho, alguna discrepancia seria entre ellas —entre la historia exterior y la historia interior—?

4. «Usted es lo que siente que es»

Lo que siente que es depende de lo que esté haciendo. Infinitamente elástico, usted es tan grande o pequeño como las ocasiones lo requieran. La experiencia sensual intensa es la experiencia de algún órgano, más bien que la de todo el organismo: usted se reduce a ese fragmento de hombre saturado de placer. Otra vez, puede encontrarse a sí mismo identificado con un diente dolorido o con un pulgar machacado. Fuera, en la autopista, no es un hombre sentado en quietud, o rebulléndose un poco, dentro de una pieza de mecánica que corre a 100 Kilómetros por hora. *Usted* está moviéndose a esa velocidad, en ley y en sentimiento y de hecho — todo usted—. Así es como usted habla, y por eso es por lo que toda su personalidad resulta tan cambiada: usted se extiende hasta sus parachoques, alerones y neumáticos sintiendo la carretera; es de dos metros de ancho por cinco metros de largo, duro, brillante, bello, muy peligroso y poderoso, muy impaciente y crítico con los otros coches, muy sensible sobre ser adelantado y sobre el más ligero rasguño sobre su pintura. Es lo mismo también si usted está en el mar o en el aire, en casa o en la oficina o en la fábrica: debidamente instrumentalizado y extendido, ha desarrollado el Cuerpo que cuadra con su entorno en ese momento y con su función en él.

De nuevo, cuando lee en el periódico el último informe de agresión y amenazas por *Ellos*, usted piensa y odia y teme por *Nosotros*: está identificado con *Nosotros*, deviene *Nosotros* — y *Nosotros* puede significar una clase social, una raza, una nación, un bloque de poder, o incluso un planeta—.

Y quizás, en ocasiones, gozará de momentos de expansión verdaderamente infinita, cuando su corazón se llena de amor hacia todos y hacia todo; cuando abre sus brazos tan de par en par que abarcan la totalidad del mundo, y no queda ni un grano de polvo que no sea para siempre Usted. Entonces, al fin, es verdaderamente Usted mismo, total, completo. No siente como el Todo: usted es Eso. Pues solo el Todo puede sentir el Todo.

Tales momentos raros no se tienen a voluntad. Vienen, si vienen, por Gracia e inesperadamente. Mucho más familiar es el opuesto polar de este estado de ánimo de exaltación suprema, a saber, el estado de ánimo de contracción o nulidad total, de depresión que llega a la aniquilación. Siente que no tiene Nada, que no sabe Nada, que no puede hacer Nada, que es Nada. Y la cosa destacable de este sentimiento, cuando es completo, es que en la práctica no es un sentimiento miserable: es más bien un sentimiento de total humildad que conduce a la paz profunda. Pues si usted es Nada, nada puede dañarle o incluso perturbarle. Además, no queda nada que le separe de alguien o de algo. Desaparecida toda su resistencia, está listo para ser invadido y dominado por la Totalidad.

Y si quiere saber si estos sentimientos son completamente fiables, puede comprobarlos mirando por usted mismo, a sí mismo.

5. «*Usted es lo que ve que es*»

Puede objetar que no está bien colocado para verse a usted mismo, que está demasiado cerca y que bloquea su propio acceso. De hecho, la inversa es el caso. Solo usted está en situación de ver lo que es donde usted es, en el lugar mismo que ocupa ahora. Todos los demás observadores están en otras partes, fuera del centro, son exteriores, y por lo tanto por comple-

to incapaces de informar sobre usted como es realmente, en sí mismo. En todo el universo, hay este especialísimo lugar único, esta especialísima «cosa» única, que usted, y solo usted, puede observar. ¿Qué es usted, ahora? ¿Qué ve de usted mismo?

¿Ve esa cabeza y hombros que figuran en su carné? Si no los ve, ¿ve sus contenidos, tales como huesos, cerebro, músculos, sangre? Si no los ve, ¿ve células, o moléculas, o átomos, o electrones? ¿No es cierto que, de hecho, ve la *ausencia* de todos éstos —la total vacuidad del lugar que usted ocupa—?

¿Cómo puede uno *ver* una ausencia? Muy fácilmente, como cuando ve la ausencia de alimento en su plato al final de una comida. Puede ver de la misma manera, con precisión y con la misma claridad, que lo que figura en la fotografía de su carné está totalmente ausente de este lugar donde había imaginado que estaba. Y en lugar de ello, llenando el hueco (por así decir), está ahora esta página impresa, y parte de las dos manos que la sostienen, con atisbos quizás de las rodillas y de un par de zapatos y de una porción de alfombra. O en otro caso, un marco de ventana, hierba, árboles, nubes, sol, y cielo azul. O lo que quiera que sea.

Resumiendo, ve que usted es Nada [No-cosa], y por lo tanto contiene (y en verdad es) Todo [Todas las cosas]. Y viendo esto, está iluminado en cuanto a su propia Naturaleza. Es decir, es Iluminado. Así dicen los grandes Maestros espirituales.

6. «Usted es lo que los Sabios dicen que es»

Los Sabios dicen que usted es completamente diferente de lo que piensa y de lo que los otros piensan, y que su estimación equivocada de usted mismo es el gran engaño y la razón por la que es miserable.

Dicen también que el método más directo de disipar este engaño es ser en quietud, dejar de pensar, evitar el estrés emocional, y mirar con atención dentro a usted mismo en lugar de fuera al mundo.

Que tan pronto como haga esto verá, repentina y fácilmente y con perfecta claridad, que usted es Nada, Vacío, Sin-forma.

Que, al ver directamente su Nadidad, verá que está llena: usted es el Todo, debido a que es su Contenedor absoluto Vacío, su Fuente absolutamente pura. Paradójicamente, usted *es* el mundo —debido a que no es nada que tenga que ver con él—. Y al fin, usted ve todo su esplendor, fundamentalmente porque no está ni implicado ni interesado.

Que ahora será completamente claro para usted que su ver y oír no son las funciones de ojos, oídos y cerebro (que ve que le faltan), sino del Vacío que los reemplaza. Vaciado así, hace sitio para, o más bien *deviene*, el objeto. Usted no lo detecta, pues no tiene nada con qué detectarlo.

Que, viendo así, usted es Iluminado, lo cual significa que ve a través de la ilusión de que es un cuerpo humano, o cualquier tipo de cosa, objeto o substancia.

Que la paz perfecta, la felicidad divina, la vida inmortal, el desapego total, la Budeidad o Divinidad, la Liberación, el Nirvana, se gozan en el momento en que ve claramente Lo Que es. Y se pierden en el momento en que deja de verlo.

Todo lo que necesita en realidad es honestidad.

UN TALLER BUDISTA

Nuevas Técnicas para Realizar Antiguas Verdades

EN la escuela budista de verano de 1972, un grupo de alrededor de veinte personas se reunieron a diario durante dos horas; no para escuchar una conferencia, no para discutir algún tópico, no para meditar, sino para tomar parte en una actividad de grupo llamada un taller. Este artículo subraya el propósito, principios, procedimiento, y resultados de un tal taller.

Propósito

El propósito del taller es que cada miembro vuelva su atención a lo que él es en su propia experiencia, a como siempre es donde él es, a lo que es ser la primera persona del singular, ahora. Esto *no* es una investigación psicológica dentro de los modelos siempre cambiantes de sus pensamientos y sentimientos, sino atención desnuda al trasfondo constante de estos modelos. En otras palabras, el propósito es que vea dentro de lo que los budistas llaman su naturaleza original sin cambio.

Principios

La idea básica de la técnica del taller es que no aprendemos por lo que leemos o nos han dicho otros, o incluso por lo que pensamos y sentimos, sino por lo que descubrimos en la acción. El aprender real es hacer, comprobar las cosas. Y es más fácil comprobar las cosas en un grupo que individualmente: (1) debido a que la mayor parte de los experimentos útiles implican otras gentes, (2) debido a que los miembros del grupo se ayudan unos a otros y hacen descubrimientos juntos, (3) debido a que es mucho más fácil concentrarse durante una hora en un grupo que por cuenta propia, y (4) debido a que es más divertido. En un taller todos participan y puede acontecer cualquier cosa (la tarea del conductor no es imponer un programa, sino hacer que las gentes no se alejen demasiado del punto); así pues está vivo, y probablemente nadie se quedará dormido. Y, si el taller funciona, nadie sale de él igual que entró.

Procedimiento

Durante los últimos tres años se ha desarrollado un repertorio de ejercicios y de juegos —ayudas para ver dentro de la propia naturaleza original de uno—. Puesto que están diseñados para este único fin, no es necesario trabajarlos todos: cualquiera de ellos es suficiente para llegar al punto. Por otra parte, un repertorio amplio y variado es útil debido a que las gentes son muy diferentes y a que la vía de uno no es necesariamente la de otro: se han previsto para diferentes temperamentos. Además, cada vía confirma y refuerza las otras. Llegar a la experiencia central única desde diferentes direcciones no aumenta esa experiencia, pero subraya su accesibilidad, no dejándonos con ninguna excusa para evitar ya más la verdad fundamental sobre nosotros mismos.

Dos ejemplos aclararán el tipo de experimentos que tienen lugar en el taller.

Ejemplo: «Lo Inclasificable»

Se aplica una pegatina de color —rojo, verde, azul o amarillo— a la frente de cada participante por el conductor del taller, quien le dice que cierre los ojos mientras le adhiere la pegatina. Tiene prohibido mirarse en un espejo, o preguntar a los demás cuál es su color, o decirles cuál es el suyo. Entonces se instruye al grupo a separarse en cuatro subgrupos —todos los rojos en uno, los verdes en otro, y así sucesivamente— y para llevar a cabo esta separación las gentes pueden comportarse como quieran, ateniéndose solamente a las reglas ya mencionadas. Lo que ocurre usualmente es que algunos dan vueltas alrededor intentando inútilmente adivinar su color, mientras otros, por completo desconcertados, renuncian; hasta que alguien tiene una brillante idea, y entonces los cuatro subgrupos toman forma en unos pocos momentos y todo el mundo se clasifica como es debido.

La triple lección de este juego es que, uno mismo y para sí mismo, es siempre en absoluto inclasificable, ilimitado, no-cosa, vacío; que contiene todos los grupos sin pertenecer a ninguno; y que es clasificado e introducido en un grupo por *los demás*, para quienes es en verdad una cosa limitada. Puede leer y releer los *sutras* que dicen que la propia naturaleza original de uno es como espacio; puede decirse una y otra vez que intrínsecamente uno es sin cualidad; puede pensar y creer sinceramente que esto es así; puede sentirse en la meditación (por un tiempo) completamente vacío. Pero ahora, al fin, se cae en la cuenta, pues se encuentra aquí completamente vacante y perplejo en el taller, esperando ser admitido y que se haga algo con uno en algún grupo. Ahora no hay ninguna escapatoria de la propia vacuidad de uno: *ve* vívidamente qué es y no es, y este ver es creer.

Ejemplo: «Pelar la Cebolla»

Un miembro del taller, *A*, plantea una objeción: «Todo bien, hasta aquí. Veo que soy nada [no-cosa] aquí *para mí mismo*. Pero esto podría ser una ilusión subjetiva. También es relevante lo que parezco ser *para los otros*. ¿Por qué no debo atenerme a la impresión de *B* sobre mí?».

Por consiguiente, vamos a entrar en esta cuestión de cómo *A* descubre a *B*. *A* se sienta en un extremo de la habitación mientras *B*, de pie en el otro extremo, le mira a través de un «objetivo» —una hoja de papel con un pequeño agujero en ella—. *B* anuncia que la visión aquí —digamos a 2 metros— es de un hombre. A medida que se acerca a *A*, cruzando lentamente la habitación, la historia de *B* cambia radicalmente. Digamos, a un metro, encuentra un torso, después una cabeza, después un ojo, y finalmente —a casi ninguna distancia— hay un mero borrón en su objetivo. Explica que lo que está experimentando ahora ya no es una persona reconocible, ya no es humano, ya no tiene estructura ni color, ya no es algo clasificable: todo esto se ha quedado atrás a medida que se acercaba. Ahora lo que queda es este borrón —o *A* mismo—, que a su vez debe tomar y completar la historia de *B*, y contar su propia historia desde adentro. Este borrón declara que, para sí mismo, él no es nada en absoluto: *A* está vacío de *A*. Y ésta es precisamente la conclusión para la cual nos prepara la historia de *B*. Las visiones desde el exterior encajan perfectamente con las del interior.

¿Pero por qué (podemos preguntar) tomarse el trabajo de llevar a cabo sobre el terreno del taller lo que ya debería ser suficientemente claro —el hecho de que al ir directamente hacia una cosa, uno la pierde y se acerca a su vacío central—?

Un participante en un taller reciente responde a esta pregunta: «Durante tres años o más esta idea —la noción de que una «cosa» es un nido de apariencias regionales rodeando a una realidad central que es vacío— había sido familiar y en verdad evidente para mí. Creía que la había entendido plenamente, y tanto más debido a que mi ocupación era trabajar con un microscopio electrónico en un laboratorio biológico. Sin embargo fue solo cuando, en un taller tomé parte efectiva en el ejercicio de «pelar la cebolla», cuando el significado vino a mí».

Estos dos ejemplos al azar de los muchos ejercicios (un número de los cuales explora otros sentidos diferentes de la visión), son suficientes para indicar el tipo de actividad que tiene lugar en el taller.

Resultados

La experiencia en Norteamérica, Inglaterra, y el Continente durante los dos últimos años, conduciendo talleres cuya duración iba desde una o dos horas hasta ocho días, muestra que cualquier participante interesado realizará el propósito del taller, y verá (por breve e intermitente que sea) dentro de su naturaleza vacía. Lo que hará entonces con este ver-adentro, si continuara con él hasta que devenga completamente constante y natural y por lo tanto plenamente operativo, es por supuesto otra cuestión. Ciertamente, vislumbrar la verdad básica sobre sí mismo no puede hacerle ningún daño, e incluso si no la practica en absoluto no perderá por completo el «saber-cómo» ver adentro. Más pronto o más tarde puede encontrar que necesita, por encima de todas las cosas, reactivar sus propios descubrimientos de primera mano tenidos en el taller.

ONCE PRUEBAS PARA BUDISTAS

SIGUIENDO la guía del Buda, los budistas a menudo pretenden que, en contraste con otras religiones, el budismo es no dogmático, que sus enseñanzas son para comprobarlas y no para adoptarlas sin más. Un verdadero budista no trata con bienes de segunda mano. Se dice que es abierto de mente, humilde ante los hechos como realmente se presentan, y sobre todo plenamente atento a lo que se da *ahora*, prescindiendo de la imaginación, lo oído decir, el prejuicio, y todos los puntos de vista preconcebidos —no importa cuán santificados sean por la tradición—.

Lo que sigue es, por consiguiente, una invitación a practicar esta atención de mente abierta, y a poner a prueba algunas enseñanzas budistas básicas descubriendo cómo encajan con nuestra experiencia de primera mano.

Primeramente, echemos un vistazo a estas enseñanzas:

Vosotros no podéis *ir* a ese lugar donde no hay ningún nacimiento, ni envejecimiento, ni decadencia, ni muerte, ni vuelta a surgir de nuevo en el renacimiento... Pues, amigos míos, en este mismo cuerpo, de 1,80 metros de alto... están el mundo, y la cesación del mundo, y la vía que lleva a su cesación»

Gautama El Buda

Percibiendo que este cuerpo es como espuma, como un espejismo, él (el discípulo), quebrando los dardos floridos de Mara, irá donde el Rey de la Muerte no le verá.

Dhammapada

Aquí, ¡oh Sariputra!, la forma es vacío.

Sutra del Corazón

Yo realicé la Naturaleza Esencial de mi cuerpo y mente, que es como la fluidez de los océanos de fragancia que rodean las Islas del Bienaventurado. Realicé que todo el tiempo había estado arrojando los fragmentos de mis pensamientos de personalidad dentro de la pura limpidez de mi Naturaleza Esencial.

Surangama Sutra

Este cuerpo visionario, vacío, es nada menos que el Dharmakaya.

Yung-chia Hsuan-chueh

En el lugar donde no hay hombres llevaré mi mano hasta mi frente y velaré por vosotros... Esperaré y cuidaré de vosotros donde ningún hombre habla, es decir, en la tierra de Maitreya, donde no se necesitan ni boca ni labios.

Pai-chang

Mientras no seáis arrastrados por los vientos externos, vuestra naturaleza permanecerá como el agua, siempre tranquila y clara.

La percepción de que no hay nada que percibir —esto es Nirvana, conocido también como Liberación—.

Hui-hai

¿Puede ver, por usted mismo, sin la menor dificultad o duda, dentro de su Naturaleza Vacía? En otras palabras, ¿son los pasajes aquí citados evidentemente verdaderos justo ahora, en su propia experiencia inmediata? Si es así, no se tome el trabajo de leer el resto de este artículo.

Nuevamente, si no ve de qué tratan, ni quiere verlo, carece de propósito continuar leyendo.

Pero si, por otra parte, no lo ve, pero está dispuesto a intentar algo que pueda permitirle hacerlo, entonces se sugiere que dedique los próximos 20 minutos a llevar a cabo algunos simples experimentos. Solo leerlos será más bien inútil. Tienen que hacerse realmente. Las siguientes preguntas son para verificar, *sólo según la evidencia presente*, lo que puede encontrar en este momento, cuando deja de imaginar cosas dentro de esa experiencia:

1. Póngase de pie, mire al frente, manténgase quieto.

[Ayuda tener un amigo para que le lea las preguntas, pero no necesita responderlas en voz alta].

¿Cuántos pies tiene ahora, que pueda contar?

Por supuesto tiene sensaciones, ¿pero qué son realmente? ¿Equivalen juntas a unos pies? Según la evidencia presente, ¿no podría tener también garras o pezuñas o aletas?

¿Cuántas piernas puede encontrar ahora? ¿Cuántos troncos? ¿Cuántas cabezas? ¿Dónde están sus límites? ¿Cuán grande es usted? ¿Cuán viejo? ¿De qué sexo? ¿Es usted alguna cosa, o es usted más como el espacio en el cual un montón de otras cosas —incluyendo diferentes pensamientos y sentimientos— están aconteciendo ahora?

2. Responda a las mismas preguntas, esta vez con los ojos cerrados.
3. Mire a su mano. ¿Está usted en ella, o está ella en usted? ¿Tiene usted algún indicio de cómo se está en ella?
4. Siga mirando a su mano.

¿Cómo podría ver su color, si usted tuviera color?

¿Cómo podría recibir su forma, si usted tuviera forma?

¿Cómo podría registrar sus movimientos ahora, excepto en su inmutabilidad?

¿Cómo podría contenerla, si usted no estuviera vacío?

¿Cómo podría abarcar todos esos detalles, excepto siendo absolutamente llano y simple?

¿Cómo podría sentir el dolor en ella (cuando la uña de su pulgar presiona dentro de la yema de su dedo) si no se sintiera en contraste con un continuo trasfondo de no dolor?

¿Cómo podría oír el ruido que hace (cuando chasquea los dedos) si el sonido no cayera dentro de su ilimitado océano de silencio?

5. ¿Desde cuántos ojos está usted mirando, ahora que está realmente atento? Vea lo que acontece cuando se pone sus gafas, lentamente. Circunde con sus manos la extensión de su «Ojo». ¿Qué hay detrás de él?
6. Apunte con su dedo hacia sus pies, piernas, vientre, pecho, ahora hacia lo que está por encima de eso. Con toda honestidad, ¿a qué está apuntando su dedo ahora? Continúe apuntando.
7. Vea si puede estar cara-a-cara con alguien. ¿No es cara a *no*-cara?
8. Cerciórese de dónde tiene su cara. ¿Está donde *pensaba* que estaba? ¿O está allí en el espejo, y donde su amigo la recibe (y por lo tanto puede decirle a usted si hay un grano en su nariz) y donde él sostiene su cámara (la cual puede por lo tanto registrarla, con grano y todo)?
9. Pasándose la mano y pellizcándose y palpándose, intente construir sobre sus hombros una *cosa* dotada de color, opaca, enteramente de una pieza, limitada. Intente adentrarse y describir sus contenidos, como ahora se revelan. ¿No es usted todavía enormemente amplio, espacioso, inmenso?
10. Mire al cielo por encima de usted. ¿Está su cuerpo-Tierra vaciado ahora, lo mismo que su cuerpo y cara y ojos de hombre se han vaciado antes? ¿No es cierto que «toda la gran Tierra no es nada más que usted» (Hseuh-feng) y que «la gran Tierra no contiene ni una mota de polvo» (dicho zen)? ¿No es *desde donde* siempre está mirando, ilimitadamente capaz para *lo que* está mirando?
11. Usted es la única autoridad sobre lo que hay donde usted es. Pero si no confía en sus propios descubrimientos, haga que su amigo compruebe, hasta donde pueda, su vacuidad central (a cero metros) acercándose directamente hasta usted con su cámara (un «agujero como objetivo» en una hoja de papel bastará).
 ¿No comienza él en un lugar (digamos a 2 metros) donde encuentra que usted es un ser humano, después viene a un lugar donde (digamos a un metro) encuentra medio ser humano, después una mano o una cabeza, después un parche de piel, después un mero borrón?
 (Supongamos que él tuviera el microscopio apropiado, etc., ¿no se resolvería el borrón en células, después en una sola célula, después en partículas de orden decreciente, y finalmente en espacio prácticamente vacío —sin cualidad, transparente, incoloro, ilimitado—?).
 ¿No es verdad que cuanto más se acerca a usted tanto más se acerca él a su propia visión de usted mismo como Nada [No-cosa]?

¿Puede ahora ver por usted mismo, más allá de toda duda, dentro de su Naturaleza Vacía? Si es así, ¿qué le impide continuar haciéndolo siempre que quiera y donde quiera, hasta que ver devenga su modo de vida normal? Esto puede no resultar tan largo como teme. En cualquier caso, ya tiene un buen principio.

EL VERDADERO VER, EL ETERNO VER

«*Ver dentro de la Nada, esto es verdadero y eterno ver*»

Shen-hui

ESTE artículo trata de una senda o vía espiritual, e intenta ser a *grosso modo* un mapa de ella. No pretende describir la vía —¿cómo podría haber sólo una ruta de retorno a lo Que somos y a Donde somos realmente, siendo que cada una lo hace desde una única posición?—. Ella es —tiene que ser— un esbozo de la propia vía del autor. (No que él sea consciente de haberla escogido: ¡más bien ella le escoge a él!). Hasta dónde está en línea con la del lector le corresponde al lector determinarlo. Tiene que haber divergencias, incluso grandes divergencias. Los lectores de *The Middle Way* probablemente reconocerán las etapas de la vía descrita aquí, pero gestionadas quizás en otro orden y descritas en otro lenguaje —más budista—. De hecho, está abierto a debate si la senda del autor puede llamarse budista. Sin embargo, su deuda hacia el budismo es incalculable, y por esa razón su itinerario puede ser de interés para los amigos budistas.

Todas las vías son divisibles en etapas más o menos arbitrarias y que a menudo se solapan entre sí. Aquí distinguimos cinco: (1) Ver dentro de la Nada, (2) Practicar el Ver, (3) Trabajar el Ver, (4) La Barrera, (5) La Apertura.

(1) *Ver dentro de la Nada*

Este ver es, simplemente, cuestión de girar en redondo la flecha de la propia atención de uno. La *Katha Upanishad* lo dice de esta manera: «Dios hizo los sentidos vueltos hacia fuera: el hombre por lo tanto mira afuera, no adentro de sí mismo. Pero ocasionalmente un alma atrevida, deseando la inmortalidad, ha mirado atrás y se ha encontrado a sí misma». De hecho, al «alma atrevida» no le falta aliento. Está rodeada por incontables recordadores y oportunidades, incontables medios de invertir la flecha de la atención —con solo que esté suficientemente interesado en su verdadera identidad, y con solo que *esté dispuesto a deponer por un momento las opiniones sobre sí mismo basadas sobre cuanto ha oído y sobre la memoria y la imaginación, y a confiar en la EVIDENCIA PRESENTE*—. He aquí tres de los muchos medios de efectuar el giro, para que el lector atento y honesto lo lleve a cabo al momento:

(I) *Lo que usted está mirando ahora es esta página impresa; desde donde está mirando ahora hacia esta página impresa es Espacio vacío.*

(II) *Desde donde está mirando ahora no son dos «ventanas» pequeñas y firmemente fijadas llamadas ojos sino una única «Ventana» sin bordes, inmensa y abierta de par en par; de hecho usted es esta «Ventana» sin cerco, sin cristales, sin mancha. De aquí la observación de Hui-hai de que no vemos con nuestros ojos, sino con nuestra Nada, nuestra Naturaleza de Buda.*

(III) *Para cerciorarse de esto, usted solo tiene que apuntar a la «Ventana» y notar lo que ese dedo está señalando —si es que señala algo—.*

Contrariamente, sin duda, como primera impresión, este ver dentro de la Nada-justamente-donde-uno-es resulta tener varias virtudes únicas. *No hay ninguna experiencia en absoluto igual a él.* He aquí cinco de sus peculiaridades:

Primera: Aunque a través de los siglos a este ver-adentro se le ha hecho ser la cosa más difícil del mundo, lo gracioso es que en realidad es lo más fácil. Esta broma cruel, o piadoso ardid secreto, ha engañado a incontables buscadores fervientes. El tesoro de los tesoros por cuya búsqueda se extenuaban es de hecho el más accesible y expuesto y llamativamente evidente de todos los descubrimientos, luminoso y visible todo el tiempo. La descripción del Nirvana por parte del Buda, en el Canon Pali, como «visible en esta vida, acogedor, atractivo, accesible», es claramente verdadera y tiene un sentido perfecto. También lo tiene la afirmación del Maestro Ummon de que el *primer* paso en la vía del zen es ver dentro de nuestra Naturaleza Vacía; deshacerse de nuestro mal *karma* viene después. Y también lo tiene la insistencia de Ramana Maharshi en que es más fácil ver Qué y Quién somos realmente que ver «una cereza en la palma de la mano». Lo cual significa que no hay ninguna precondition para este ver-adentro esencial. Para sí mismo la propia Naturaleza de uno está siempre claramente expuesta, y es sorprendente cómo pudo pretenderse alguna vez otra cosa. Está disponible ahora, justamente como uno es, y no requiere que el veedor sea santo, o instruido, o listo, o especial de ninguna manera. ¡Más bien a la inversa! ¡Qué soberbia ventaja y oportunidad es ésta!

Segunda: Solo éste es el ver real. No puede hacerse mal, y es a prueba de bobos. Mire y vea ahora si es posible percibir parcial o turbiamente la Vacuidad donde usted es. Este ver del *Sujeto* es una experiencia perfecta y todo-o-nada, comparada con la cual la vista de *objetos* (tales como esta página cubierta de marcas negras, y las manos que la sostienen, y su trasfondo) es un mero vislumbrar: una gran porción de la escena se pierde, no se registra. La visión de afuera nunca es clara, la visión de adentro jamás es turbia —como se deduce de la cita de Shen-hui que servía de prefacio a este artículo—.

Tercera: Este ver es profundo. La más clara y distante de las visiones *afuera* se encuentra que es superficial comparada con la visión *adentro*, la cual penetra evidentemente hasta las profundidades sin fondo de nuestra Naturaleza, hasta el Abismo más allá de la consciencia misma. Auto-validante y auto-suficiente, deja al veedor sin ninguna duda sobre su totalidad. Convence, como nada más puede hacerlo. «Ya no hay ninguna necesidad de creer», dice el Sufí Al-Alawi, «cuando uno *ve* la Verdad».

Cuarta: Esta experiencia es singularmente comunicable, debido a que es exactamente la misma para todos: para el Buda, para Lao-Tze, para Jesús, para Shen-hui, para Rumi, para Al-Alawi, para usted. Naturalmente, puesto que esta Nada no tiene nada en ella sobre lo que diferir, nada sobre lo que discrepar, nada idiosincrático o meramente personal o privado. ¡Cuán diferente de todas esas otras experiencias que son tan difíciles de compartir! Por muy vívidamente que usted describa e intente demostrar a su compañero sus percepciones, pensamientos y sentimientos, jamás puede tener la certeza de que él está experimentando la misma cosa. (Usted y él están de acuerdo en describir la flor como roja, bella, interesante, y demás; pero la experiencia interna que esa descripción trata de expresar es esencialmente una experiencia privada, imposible de pasar a otro. Su experiencia efectiva (de usted) del rojo, por ejemplo,

podría ser su experiencia (de él) del rosa, o incluso del azul). Pero invierta la flecha de la atención, y toda falta de certeza se desvanece. Aquí, y solo aquí, en el nivel de lo que se ve que es nuestra Naturaleza verdadera, hay comunicación perfecta, acuerdo sempiterno, ninguna posibilidad de incompreensión. Esta concordia no puede ser sobrevalorada, debido a que es la más profunda unanimidad sobre Lo Que nosotros y todos los seres *realmente* somos. A la luz de este asentimiento básico, podemos permitirnos diferir tanto como se quiera sobre lo que *parecemos* ser, sobre las apariencias.

Quinta y última: Este ver dentro de la propia Nada de uno está siempre disponible — cualquiera que sea el estado de ánimo, la disposición, por muy agitado o calmado que le acontezca a uno estar en el momento—. A diferencia de los pensamientos y sentimientos (incluso los más «puros» o más «espirituales» de ellos) es instantáneamente accesible, sólo con mirar dentro. Esta accesibilidad, cuando se pone con plenitud a prueba, puede dejar la vida de uno exteriormente la misma, pero en el interior revolucionada por completo.

Hemos examinado cinco inestimables virtudes de este simple ver-adentro, y lo hemos encontrado absurdo y fácil, completamente a toda prueba, más profundo que lo profundo, singular y compartible, siempre a mano. Pero hay la otra cara de esta espléndida moneda: todo un grupo de defectos o de escollos si usted quiere, que debemos examinar ahora.

Algunas de estas aparentes desventajas surgen de las ventajas mismas de este ver-adentro. Por ejemplo, debido justamente a que es tan evidente y tan fácil, tan accesible a petición y tan natural y ordinario, es trágicamente fácil infravalorarlo, incluso despacharlo sumariamente como completamente trivial. De hecho, su inmensa profundidad y poder espiritual son casi siempre pasados por alto, al menos al comienzo. ¿Cómo, podría, se argumenta, una realización tan barata (gratuita, de hecho) tener algún valor? Como viene de fácil, así de fácil se va. ¿Qué trabajo espiritual hemos invertido en ella, por el que podamos ganarnos algún don que merezca la pena? Además, esta realización, la menos costosa de todas, viene a nosotros sin el respaldo de ninguna credencial mística, sin el apoyo de ninguna erupción de consciencia cósmica, de ningún éxtasis. Todo lo contrario, es un constante «abajo» más bien que un «arriba», una experiencia «valle» más bien que una de esas famosas «experiencias cumbre». Es ciertamente «un evento prosaico y no-glorioso... Aquí no hay nada pintado con colores brillantes; todo es gris y en extremo modesto e inatractivo». Tales son los comentarios carentes de todo entusiasmo que el inicial ver dentro de la Nada es propenso a suscitar, y con buena razón. Nuestra cita es de hecho de D.T. Suzuki mismo, describiendo el Satori, que es este mismo ver dentro de nuestra Naturaleza Vacía. En cuanto a ganarnos este ver, o a lograr de algún modo Lo Que descubre, la idea misma es una insensatez; pues es ver lo que nosotros y todos los seres somos eternamente, eso desde donde todos vivimos, independientemente del mérito y prescindiendo de todas las gracias místicas —o de la falta de ellas—.

La verdad es que tales «defectos» o «escollos» —en particular la aparente superficialidad de este ver-adentro— no son tanto defectos como recelos iniciales, que se aclaran con prontitud. El «escollo» real es por completo diferente, y parece en extremo grave. Es éste: La gran mayoría de las gentes a quienes se les muestra Esto, a quienes se induce brevemente a mirar dentro y a percibir su Naturaleza Vacía de la manera que hemos indicado, se contentan con

dejar la experiencia en eso. Para ellos es poco más que una aventura intrigante, una manera interesante de mirar las cosas, algo divertido, una suerte de juego de niños agradable, y sin ninguna importancia operativa para la vida. No es para prolongarlo, repetirlo o estudiarlo, y ciertamente menos aún para practicarlo. Y así *no tiene virtualmente ningún efecto cualquiera que sea*.

Resulta así que, mientras que este simple ver-adentro es *potencialmente* todo lo que hemos reclamado (y mucho más), es de hecho —para casi todo el mundo— solo una experiencia pasajera más entre las miríadas que llegan a constituir una vida humana. Usted ni siquiera podría llamarlo un primer paso en la Vía; o, si puede llamarlo así, es el tipo de primer paso que *no cuenta*, un no-comienzo.

Unos pocos, sin embargo, siguen adelante. Llegan a nuestra segunda etapa.

(2) *Practicar el Ver*

Ahora comienza la parte «difícil», que es la repetición de este ver-dentro de la Nada hasta que el ver deviene completamente natural y nada especial en absoluto; hasta que, cualquier cosa que uno esté haciendo, se vea con claridad que aquí no hay nadie haciéndola. En otras palabras, hasta que la totalidad de la vida de uno está estructurada en torno a la flecha de doble punta de la atención, apuntando simultáneamente adentro al Vacío y afuera a lo que lo llena. Ésta es la meditación esencial de esta Vía. Es una meditación para la plaza del mercado, de hecho una meditación para todas las estaciones, que, sin embargo, puede ser suplementada con provecho por periodos regulares de meditación más formal —por ejemplo, sentándose a diario en un lugar tranquilo saboreando exactamente el mismo ver-adentro—.

Esta práctica esencial al principio requiere mucho esfuerzo de atención. Normalmente, a uno le lleva años o décadas llegar a algo como ver-adentro constante y espontáneamente. No obstante, el método es muy simple y el mismo siempre. Consiste en cesar de no ver al veedor —o más bien, la ausencia de veedor—. Algunos encuentran la práctica muy difícil de mantener durante un tiempo muy largo. Otros —en particular los veedores más jóvenes que han dedicado pocos años y menos esfuerzo a construir la persona ficticia en el centro de su universo— se hacen con ella con más rapidez. Esto es de esperar: están todavía cerca de la etapa en que, como niños pequeños, no somos aún objetos o cosas para nosotros mismos. Como los animales, vivíamos entonces sin obstrucción desde nuestra Nada central, inconscientemente. Ahora nuestra meta debe ser volver adentro y vivir consciente desde ella.

Lograrlo significa recompensas para la persona. Típicamente éstas incluirán algún aumento en la creatividad, una espontaneidad y sentido de libertad nuevos y como de niño, una calma de los miedos, una mejora en las relaciones personales, quizás más energía y eficiencia. Como regla, sin embargo, la paga es modesta. Los frutos de ver-adentro no son de inmediato tan abundantes como uno querría y son lentos en madurar, y además serán probablemente más visibles para los demás que para uno mismo. A menudo hay un sentido de no mejorar en nada. Puede haber un sentimiento de decepción creciente, de que se necesita algo más, además del ver-adentro desnudo. Esto nos lleva a la siguiente etapa de nuestro viaje.

(3) Trabajar el Ver

Tenemos que continuar para descubrir el significado de esta experiencia, su valor para el vivir, sus drásticas implicaciones para nuestro pensamiento y comportamiento. Esta etapa no es tan definida como las otras, y ciertamente se solapará a ellas en una amplia medida. No hay ningún patrón estándar. Dependerá mucho de la dotación y del temperamento del individuo. He aquí un pequeño ejemplo de los incontables descubrimientos que le esperan.

(I) Mientras que yo para los demás de ahí afuera (que me miran desde una distancia) parezco ser una cosa humana limitada, soy realmente aquí (mirándome a mí mismo desde ninguna distancia) esta No-cosa no-humana e ilimitada. Percibo que esta No-cosa está llena de todo tipo de cosas —dotadas de color, con forma, móviles, sonoras, agradables, desagradables, y así sucesivamente. Y paradójicamente, debido a que el Espacio aquí es totalmente diferente de sus contenidos, está por entero identificado con ellos. Yo no creo esto, lo veo.

(II) El Espacio *es* las cosas que lo ocupan, y ellas se dan todas justo aquí. Así ese sol, esa nube, ese árbol, esa hierba, esa ventana, esa alfombra, esta página impresa, y la mano que la sostiene —todos están presentes aquí, a ninguna distancia de mí. No están ahí afuera donde yo había imaginado que estaban (si voy hacia ellos progresivamente los pierdo) sino aquí donde se muestran. Una línea, tendida entre este lugar y el objeto más lejano, debo leerla como un punto. Se deduce de esto que todo el mundo es mío, y que soy rico más allá de comparación. Esto no es mera retórica, sino un hecho riguroso.

(III) Como el espejo, esta Capacidad o Vacuidad que soy no tiene ningún modo de rechazar ninguno de sus contenidos, no tiene ninguna preferencia o favoritos, ningún designio o planes con respecto a ninguno de ellos. Hablando de una cierta manera, debe someterse a todo lo que ocurre. Es sin elección, y sin embargo elige todo lo que acontece. No quiere nada, y quiere todas las cosas.

Tales realizaciones son primariamente perceptivas e intelectuales (en el sentido más antiguo y mejor de esa palabra). Otras lo son prácticas y morales. He aquí tres ejemplos:

(I) Mi ver dentro de esta Nada no es ver dentro de *mi* Nada, sino de la de todo el mundo. En el Centro, intrínsecamente, todos son uno y lo mismo, y no hay ningún otro. Se deduce que lo que yo hago a alguien me lo hago a mí mismo.

(II) Ver dentro de la No-cosa es conectar con la Fuente de toda cosa, con el Origen de toda inspiración y creatividad, con la Fuente de toda acción espontánea y con lo que es nuevo y por lo tanto impredecible. Esto no es para creerlo sino para probarlo.

(III) Ver dentro de la Nada es volver a Casa, a la única paz genuina, al único puerto seguro. Esto, de nuevo, es para comprobarlo, todo el día y todos los días.

Éstas, junto con otras incontables realizaciones, aguardan al viajero en esta etapa del viaje. Conducen a —y son la evidencia de— la profundización y maduración de su ver-adentro original. O (mejor dicho) son parte del cumplimiento de lo que constantemente estaba implícito en ese ver.

Sin embargo, hay que ir todavía más lejos, y en una dirección muy diferente. Sin importar cuán profundos y ricos sean los descubrimientos hechos a lo largo de esta tercera etapa de la Vía, o cuán valiosos para el vivir estén comenzando a resultar, dejan al viajero profundamente insatisfecho. Queda un malestar, un anhelo indefinido. A pesar de todo este «progreso» espiritual por completo real, una región sumamente importante permanece inexplorada, o al menos insuficientemente explorada. Es un país oscuro y peligroso habitado por monstruos, y no puede ser pasado de largo. Es el área de la voluntad. Aquí, más allá y por debajo de todos estos acontecimientos luminosos, el ego no-regenerado está todavía manos a la obra, posiblemente trabajando con más vigor que nunca. Y así llegamos a la cuarta etapa de nuestra Vía, la cual parece mucho más un callejón sin salida o una obstrucción insuperable que lo que es de hecho —realmente la etapa de prueba del viaje, penosa pero obligatoria—.

(4) *La Barrera*

Es un descubrimiento extraño, y más probablemente un descubrimiento chocante, que este ver perfectamente claro dentro de la Nada aquí (apoyado por los alentadores desarrollos que hemos notado antes) pueda ir a la par con una ceguera a un Algo macizo aquí —a saber, la propia voluntad o ego personal de uno—. Es como si el propio ojo (la percepción) y la cabeza (el pensamiento) de uno se hubieran abierto e inundado de luz, mientras que el corazón y las entrañas permanecieran al menos en parte cerrados y oscuros. Como si uno se hubiera sometido *a medias* —la parte de arriba por entero, mientras que la de abajo puede estar protestando como un loco—. En algún grado las regiones «más elevadas» y más conscientes de la personalidad total han reñido con —y se han separado de— los niveles «inferiores» y menos conscientes. (El caso de uno bien puede ser peor, en este respecto, que el de la persona «no-iluminada», quien a *todos* los niveles tiene puesta su confianza en su realidad objetiva ficticia, evitando así una grave dicotomía interior). Resultado: Un estrés creciente e inexplicable, quizás una grave depresión, un sentimiento de la propia indignidad y futilidad de uno. Un pensamiento temible le obsesiona a uno: ¿Era todo ese «progreso» espiritual, todo ese esfuerzo que ha conducido hasta esta Barrera, una pérdida de tiempo, incluso un fraude?

Se puede reaccionar de varias maneras. Profundamente desalentados, podemos echarnos atrás, con el triste sentimiento de que esta Vía del ver llano no es tan directa después de todo y es mucho más dura de lo que prometía ser; y podemos dejar nuestro solitario carril desierto y probar otras autopistas más populares y más escénicas. Esta reacción es tan común como comprensible.

Otra manera es hacer un alto en este punto, y ponerse a usar, en verdad a cultivar, los poderes especiales o *siddhis* que ya han venido con el ver-adentro, aplicándolos a fines limitados (aunque no siempre estrechamente personales) —fines que, por muy razonables o incluso nobles que sean, son esgrimidos de hecho por el ego no-redimido—. ¡En realidad no hay ningún desarrollo del ego comparable al del ego espiritual! Se dice que Satán es el más iluminado de todos los ángeles: la única excelencia espiritual que le falta es la humildad, el auto-abandono. Sin duda no es más que un mito profundamente significativo; no obstante, el ego es suficientemente diabólico en todos nosotros y capaz de inacabables sinuosidades y giros. Por ejemplo, hoy en día como en el pasado, florecen diferentes tipos de hacedores de milagros

y de magos, a veces organizados en cultos a gran escala, que buscan explotar (a veces con un éxito espectacular aunque pasajero) su contacto con Lo Que ellos *son*, a fin de promover lo que ellos *no son*, a saber, su egoidad falsa, sus fines limitados, brevemente: su ego. En su peor aspecto esto es un suicidio espiritual. En su mejor aspecto, es un descarrío tentador que entretiene durante algún tiempo a muchos que siguen el tipo de Vía que estamos examinando aquí.

La verdadera ruta se encuentra directamente adentro y eventualmente a través de la Barrera, a la cual nuestra tradición occidental llama la Noche Oscura del Alma. De ella, Evelyn Underhill (una experta) escribe: «El sí mismo en su primera purga ha limpiado el espejo de la percepción; de aquí que, en su vida iluminada, ha *visto* la Realidad... Ahora, tiene que *ser* la Realidad: una cosa muy diferente. Para esto se necesita una purga nueva y más drástica, no de los órganos de percepción, sino del mismo santuario del sí mismo: ese «corazón» que es la sede de la personalidad, la fuente de su amor y voluntad». En un cierto sentido, esto es el comienzo real de la Vía, de la verdadera vida espiritual, la cual no es nada más que auto-entrega, auto-abandono, suscribir de hecho todo lo que le acontece a uno, morir al ego separado. Se podría decir que todo «progreso» espiritual hasta este punto era meramente una preparación para esto, la etapa esencial y con mucho la más difícil de la Vía, la cual conduce eventualmente a la Apertura.

(5) *La Apertura*

Esto equivale a una profunda declaración de intenciones. Es la realización al nivel de las entrañas (por así decir) de que el deseo más profundo de uno es que todo sea como es —viendo que todo fluye desde nuestra verdadera Naturaleza, la Nada aquí. ¿Cómo se hace de hecho esta apertura? ¿Qué puede uno hacer para acercarla?

En un sentido nada. No es un hacer sino un *des*-hacer, un abandonar. Sin embargo, los años ya invertidos de visión fiel —de ver que uno ya *es* Nada y Todo— son una valiosa preparación para el descubrimiento de que en el nivel más profundo ya *no quiere* Nada y quiere Todo. Entonces la vida misma —con solo que aprendamos su lección infaliblemente sabia pero a menudo desgarradora— está demostrando siempre que la ganancia de nuestras metas separadas y personales aporta solo la satisfacción más efímera, y después de eso desilusión y aburrimiento, si no disgusto: mientras que, siempre que tenemos la gracia de decir ¡Sí! a nuestras circunstancias, y de querer activamente (más bien que aprobar pasivamente) todo cuanto acontece, entonces surge esa felicidad real y duradera que la tradición oriental llama *ananda*.

Para más luz sobre esta unión de lo Que vemos y de lo Que queremos, volvamos de nuevo a lo que citábamos antes de uno de los sermones del Buda: «El Nirvana es visible en esta vida, acogedor, atractivo, accesible al discípulo sabio». ¿Qué es exactamente este Nirvana tan visible? En el mismo sermón es descrito como «la Paz, lo más Alto... el fin de la sed insaciable, la cesación del deseo». Aquí por fin se cura la separación: no hay ninguna herida que divida la Nada que *se ve* tan clara, de la Nada que ahora *se siente* profundamente —como abandono incondicional de la voluntad—. O, según la frase del Buda, como la cesación del deseo.

Resumen y Conclusión

Esta vía pone en el comienzo mismo de la vida espiritual el ver-dentro de la Nada. Desde el comienzo es «el verdadero ver, el eterno ver». No es superado ni mejorado ni cambiado en absoluto a medida que uno viaja, sino que penetra e ilumina todas las etapas de la Vía. Es el Fundamento estable sobre el que reposa toda la elevada y siempre cambiante superestructura espiritual. O (para acabar de nuevo con metáforas) el Pan de Vida mismo que, aunque insípido, es singularmente nutritivo, y además proporciona soporte para la mantequilla y la mermelada —delicias espirituales o místicas— que a veces se extienden sobre él. Felizmente nuestra despensa, aunque a menudo le faltan estos apetecibles suplementos a nuestra dieta, jamás escasea del Sustento de Vida.

Habiendo dicho lo cual, debemos apresurarnos a repetir que, por sí mismo y cuando no es seguido por una larga práctica y una profunda comprensión, además de (por encima y por debajo de todo) por el abandono de la voluntad personal, nuestro inicial ver-dentro de la Nada es vano. Las mejores cosas que usted puede decir de esta revelación fugitiva es que abre una breve ventana sobre la Eternidad, y que, (aunque capaz de abuso) jamás hizo por sí misma ningún daño a nadie. Puede confiarse en que lo que somos no se revelará a destiempo, o para nuestro daño final.

BIBLIOGRAFÍA

The Hierarchy of Heaven and Earth, A New Diagram of Man in the Universe. Faber & Faber, 1952. (Preface by C.S. Lewis.)

The Universe Revalued. The Saturday Evening Post, 1961. (Article.)

On Having No Head, An Introduction to Zen in the West. London Buddhist Society, 1961.

Religions of the World. Heinemann, 1966.

The Face Game. Bulletin of the International Transactional Analysis Assoc. April, 1967. (Article.)

The Toolkit for Testing the Incredible Hypothesis. Shollond Publications, 1972.

The Science of the 1st Person. Shollond Publications, 1974.

The Youniverse Explorer model and audio tape. Shollond Publications, 1976.

On Having No Head. (Video.) Shollond Publications, 1980.

The Little Book of Life and Death. Penguin, Arkana, 1988.

Head Off Stress. Penguin, Arkana, 1990.

The Trial of the Man who said he was God. Penguin, Arkana, 1992.

The Spectre in the Lake. Head Exchange Press, 1996.

Look For Yourself. Head Exchange Press, 1996.

The Hierarchy of Heaven and Earth. The Shollond Trust, 1998. Reproduction of original full manuscript.

Face to No-Face. Inner Directions, 2000. Edited by David Lang

To Be and Not To Be. Watkins, 2002.

Open To The Source. Inner Directions, 2005. Edited by Richard Lang

DVDs (available in bookshop)

Melbourne Lecture

On Having No Head

Interview with Douglas Harding - His Life & Philosophy. (Interviewer: Richard Lang)

Sweden Workshop - Douglas Harding 1992